



ALBERTO MENESES

LOS MUERTOS
NO SE AHOGAN

Índice

[Título y autor](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Los muertos no se ahogan](#)

[0](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[Después de la lectura](#)

[Contacto con el autor](#)

[Otras obras del autor](#)

[Mundo sin futuro \(TC1\)](#)

[Centauri, un nuevo futuro \(TC2\)](#)

[Hijos de Centauri \(TC3\)](#)

[Pack Trilogía Centauri](#)

[Destino Orión \(O1\)](#)

[El último planeta \(O2\)](#)

[El rostro de la venganza \(O3\)](#)

[Pack El ocaso de los dioses](#)

[Muerte Negra \(GD1\)](#)

[Diario de un mundo sin futuro](#)

[Cuerpo de Asalto](#)

[Inundación: El despertar](#)

[Notas](#)

**LOS MUERTOS
NO SE AHOGAN**

ALBERTO MENESES

LOS MUERTOS NO SE AHOGAN

©Alberto Meneses, 2018
Todos los derechos reservados

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Diseño portada y maquetación: Alberto Meneses
<http://www.albertomeneses.es>

Versión 1.0: agosto, 2018

*A las gentes de Nueva de Llanes,
la villa más bonita de Asturias,
y a mis amigos de la infancia,
con los que pasé allí
momentos inolvidables.*

**LOS MUERTOS
NO SE AHOGAN**

0

El viento acariciaba su rostro, ondulando su larga y roja melena. Su mirada era triste, reflejo del dolor que la embargaba en ese momento y que ni siquiera la luna que brillaba en lo alto de un cielo completamente estrellado logró mitigar.

Escuchó las olas del mar golpeando con suavidad contra la pared de roca situada ochenta metros bajo sus pies, un sonido al que se había acostumbrado desde muy pequeña y que siempre le había transmitido serenidad. Era lo que necesitaba en ese momento para adentrarse con confianza en el lugar que la esperaba, un lugar donde el dolor desaparecería para siempre.

Miró a su espalda una última vez, como si esperase la llegada de alguien que pudiese evitar lo que estaba a punto de suceder, y luego cerró los ojos.

—Te quiero —murmuró con voz quebrada. Y dio un paso hacia delante.

Su cuerpo se precipitó al vacío, aunque no sintió temor por ello. Sabía que era el único modo de comenzar una nueva vida, de hacer que desapareciese aquel dolor que la desgarraba por dentro cada vez que recordaba su rostro y los momentos que habían pasado juntos.

Escuchó el creciente rumor de las olas, cada vez más cercano, y extendió los brazos para abrazarse a ellas. Solo en el último instante abrió los ojos para decir.

—Te quiero, Rober.

Y entonces su cuerpo se estrelló contra las rocas.

1

Roberto se despertó con el cuerpo empapado en sudor y extendiendo la mano al vacío. Por más que lo intentaba nunca conseguía agarrarla antes de que saltase.

—¡No puedo más! —dijo con la voz rota por el dolor.

Desde aquel fatídico día, el sueño se había repetido varias veces, sobre todo durante las siguientes semanas, aunque con el paso del tiempo llegó a desaparecer. Ahora, quince años después, el mismo sueño llevaba repitiéndose las últimas siete noches. ¿Por qué? ¿Acaso ella había vuelto del más allá para cargar de nuevo en él una culpa que ya creía olvidada?

Miró la hora del despertador de su mesita y acto seguido se levantó de la cama para ir al baño. Como en días anteriores, se metió en la ducha y abrió el grifo. Necesitaba quitarse de encima aquella sensación de culpabilidad que se pegaba a su piel y que solo el agua lograba desprender.

Mientras el líquido purificador caía sobre su rostro, cerró los ojos y trató de no pensar, aunque esta vez le resultó imposible. Era solo un chaval cuando ocurrió aquello. Con diecinueve años recién cumplidos no sabía mucho de la vida y las decisiones que tomaba no siempre eran las más acertadas, como le ocurría a la mayoría de jóvenes de su edad. Sin embargo, en su caso, una de esas decisiones le había costado la vida a una persona.

Nunca entendió por qué ella lo había hecho, quizás por eso le atormentó la culpa durante meses, hasta que decidió romper con su vida pasada y largarse para empezar de cero muy lejos de allí. Funcionó, logró olvidarse de todo y de todos durante años, hasta que ahora aquellos sueños habían vuelto para atormentarle.

¿Por qué ahora? ¿Por qué has vuelto después de tantos años?, se preguntó como si ella pudiese contestarle.

Confuso y agotado mentalmente, terminó de ducharse y regresó a la

habitación para vestirse. Eran las nueve de la mañana de un viernes que no prometía nada diferente a días anteriores, a semanas anteriores; hasta que escuchó el sonido de su teléfono móvil, posado sobre la mesita situada al lado de la cama.

—¡Mierda, se me olvidó apagarlo anoche! —protestó.

No esperaba ninguna llamada, y tampoco la deseaba, por eso se acercó decidido a rechazarla, hasta que vio el nombre que se reflejaba en la pantalla. A cualquier otro le hubiese colgado, pero a él no. Aun así, preguntó con cierta desgana:

—¿Sí?

—Buenos días, Roberto. Necesito que vengas.

—Estoy suspendido. ¿Recuerda?

—Es importante, sino no te llamaría. ¿Puedes estar aquí en una hora?

—No he desayunado todavía.

—Lo haremos juntos. Nos vemos en la cafetería de enfrente, la de siempre.

—Está bien —accedió—. Me visto y voy.

La voz se despidió de él con un «gracias», al que no respondió. No le hacía gracia volver a acercarse a su antiguo lugar de trabajo, pero le debía demasiado a aquella persona como para negarle nada. Y menos si le decía que era para algo importante.

Él no solía frivolar con esas cosas.

El tiempo en Madrid era frío y lluvioso, por eso decidió coger el metro. En otras circunstancias Roberto habría ido andando, ya que su antiguo lugar de trabajo se encontraba solo a media hora a pie de donde vivía en la actualidad. Volver allí no era algo que le apeteciese mucho. Es más, en su momento había estado a punto de largarse de Madrid, pero el hombre al que iba a ver le había convencido para que se quedase, bajo la promesa de que las cosas al final se arreglarían y que podría regresar de nuevo a la Unidad. No se habría quedado de no confiar en él.

Llegó a la cita diez minutos antes de lo previsto, así que entró en la cafetería y se sentó en una mesa situada junto al único ventanal del local. Varias miradas se posaron en él de camino, aunque no les prestó atención. Había agentes tanto de uniforme como de paisano, lo habitual en un día de trabajo. Sabía de sobra lo que pensaban de él, por eso hizo como que no les

veía y centró su mirada a través de la ventana en el edificio situado al otro lado de la calle, donde había trabajado durante los últimos tres años.

Las palabras «Todo por la patria» situadas sobre la puerta de entrada, por encima de la barrera, le resultaron irónicas en ese momento. Diez años de su vida eran los que había dedicado a servir en la Guardia Civil, diez años repartidos en diversos destinos después de un paso previo por el Ejército de Tierra, y que al final no habían servido para nada. Quién le iba a decir a él que todo acabaría así. ¡Y, precisamente, por servir a la patria!

Sus dos primeros años en la Guardia Civil habían transcurrido en costas y fronteras, hasta que le llegó la oportunidad de ingresar en la Unidad Especial de Intervención. Cinco años después fue reclutado por la UCO, la Unidad Central Operativa, donde había permanecido hasta ese momento. Fue el comandante Varela quien le llevó a la Unidad, la única persona que ahora creía en su inocencia y que le había apoyado desde la suspensión. Por eso, cuando le vio cruzar la calle en dirección a la cafetería, no pudo evitar dibujar una sonrisa en el rostro. Era mucho lo que le debía a aquel hombre.

El comandante Varela tenía cincuenta y tres años, y vestía un traje sencillo de calle, de color oscuro, con una corbata azul marino. Esa era una de las ventajas de trabajar en la UCO: el uniforme se quedaba colgado en el armario la mayoría del tiempo. En cuanto entró y se acercó a su mesa, Roberto se puso en pie.

—Tienes una pinta horrible —fue lo primero que le dijo su antiguo jefe.

—A sus órdenes, mi comandante.

—Déjate de formalidades, Roberto —replicó acercándose a él y estrechándole la mano—. Me alegro de verte.

—Yo también de verle a usted. Le veo muy bien.

—Ya sabes que el trabajo de oficina castiga poco. —El recién llegado señaló la silla—. Siéntate, tenemos que hablar.

Mientras se sentaban, alzó la mano para llamar la atención del camarero.

—Cuéntame, ¿qué tal lo llevas?

—Aburrido —reconoció Roberto—. Me he cansado de ver películas, leer libros y correr por la Casa de Campo. Ya ni siquiera me apetece entrar en internet. Estoy cansado de leer tantas tonterías.

—Lamento lo que estás pasando.

—Usted no tiene la culpa. Bastante ha hecho con dejarme su piso para vivir estos meses.

—Es lo menos que podía hacer. Además, desde que mi hijo se fue a

estudiar a Londres estaba vacío. Me viene bien que alguien lo ocupe.

El camarero se acercó para tomarles nota y ambos pidieron un café con leche.

—¿Qué tal las cosas por la oficina? —preguntó Roberto cuando se quedaron a solas de nuevo.

—La caza de brujas parece que ya ha terminado.

—Lo suponía. El coronel Quesado ya tiene lo que quería: mi cabeza.

—No es seguro todavía. Falta el juicio y...

—Ambos sabemos lo que va a pasar. Al coronel no le basta con que me suspendan seis meses. Convencerá al Tribunal Militar de que soy un peligro para la Guardia Civil y logrará que me echen.

—No debes rendirte, no estás solo en todo esto. Además —dijo el comandante bajando el tono de voz—, se avecinan cambios.

—¿Qué clase de cambios?

—Cambios importantes que no puedo comentar ahora, pero te pido que confíes en mí.

—¿Tengo otra opción? —Lo dijo con resentimiento, aunque de inmediato se dio cuenta de que no era justo tratar así a la única persona que le había apoyado en aquel asunto—. Lo siento. ¿Para qué quería verme?

—Para algo ajeno a nuestro Departamento —comenzó a explicarle sacando su teléfono móvil. Tras manejar la pantalla, le enseñó una imagen del Google Maps—. Supongo que conoces este pueblo.

Roberto leyó el nombre y contuvo la respiración unos segundos antes de responder.

—Sí, es el pueblo donde nací y me crié, hasta que me fui a vivir a Oviedo cuando mis padres se separaron. Yo tenía diez años, aunque seguí pasando allí los veranos y las vacaciones, hasta que cumplí los diecinueve.

—El año en que ingresaste en el ejército.

—Sí.

No le extrañó que Varela estuviese al corriente de su vida pasada.

—¿Has vuelto por allí?

—No desde hace quince años. Cuando me fui juré que no volvería jamás —respondió sin explicar el motivo.

—Pues ahora necesito que vuelvas.

—No.

Su respuesta fue tan tajante que hasta él mismo se sorprendió, aunque el comandante le miró con semblante relajado.

—Si no fuese importante no te lo pediría.

—Lo siento, pero...

Varela alzó la mano para acallar sus palabras.

—Escucha primero y luego decide.

—Está bien. ¿Por qué quiere que vuelva?

—Necesito que ayudes a capturar a un asesino.

El semblante de Roberto fue de total desconcierto.

—¿Ha dicho «capturar a un asesino»?

—Sí.

—¡Pero yo no soy de homicidios!

—Lo sé.

—Mi labor en la UCO ha sido siempre de vigilancia e información —dijo de manera apresurada—. Además, estoy suspendido.

—Todo eso lo sé, Roberto. Si te he llamado no es para que participes en la investigación, al menos de manera oficial.

—No lo entiendo.

Varela tomó un sorbo de café antes de continuar.

—Tú situación no ha cambiado, sigues suspendido —comenzó a explicarle con tono pausado—, así que esto va más allá del deber.

El comandante volvió a toquetear la pantalla de su móvil y se lo entregó, mostrándole un pantallazo de un texto escrito en un programa de notas.

—¿Qué es?

—Léelo, por favor.

Roberto comenzó a leer para sí.

«Las tres merecían la muerte, como la merecen muchas otras. Seguiré matando, porque eso hará de este mundo un lugar mejor, pero pararé si él regresa. Si Roberto Fuentes González regresa a Nueva de Llanes, mi sed de venganza se verá saciada».

Un escalofrío recorrió su espalda cuando vio su nombre completo escrito en el mensaje.

—¿Qué clase de broma es esta?

—No es ninguna broma. Este mensaje estaba en el móvil de una víctima de suicidio, o al menos eso suponían los investigadores que era hasta que lo

leyeron. Ahora piensan que pudo ser un asesinato.

—¿Quién era la víctima?

—Diana Cuesta González.

—No me suena.

—Nació y se crió en tu pueblo.

—No es mi pueblo. Hace tiempo que dejó de serlo —dijo con evidente resentimiento.

—Está bien, te explicaré cual es la situación. Hace una semana una joven de dieciocho años apareció muerta en el fondo del llamado Acantilado de San Antonio. Supongo que lo conocerás.

Roberto palideció al escuchar el nombre. ¡Qué clase de macabra coincidencia era aquella!

—Sí, lo conozco —murmuró con dificultad.

—Desde el primer momento su entorno negó que se hubiese suicidado, aunque en el lugar desde el que saltó no se encontraron signos de lucha ni indicios que indicasen que alguien la había empujado. En cuanto a la autopsia, no tenía marcas en el cuerpo ni restos de ADN bajo sus uñas que demostrasen que había luchado por su vida.

—¿Y qué razón hay entonces para pensar que no se suicidó?

—La falta de un motivo para hacerlo, por ejemplo. Su familia y sus amigos aseguran que estaba muy ilusionada con venirse a estudiar a Madrid y que no tenía ningún problema personal.

—Era adolescente. A esas edades los jóvenes...

—También está lo del mensaje —continuó Varela sin darle tiempo a terminar la frase—. Su móvil apareció en el lugar desde donde se supone que saltó. Está claro que lo escribió alguien que no fue ella, probablemente el asesino después de lanzarla al vacío. O puede que antes.

—Dice en el mensaje que ha matado a otras dos mujeres. ¿A quiénes?

—Los investigadores no están seguros. De hecho solo ha habido una muerte violenta en ese pueblo en los últimos diez años, el año pasado, y el autor ya está en la cárcel. Puede que solo se trate de una broma pesada, pero no podemos arriesgarnos.

En ese momento, más que pesada, le parecía una broma macabra.

—Lo que no entiendo es qué pinto yo en todo esto.

—¿Quién puede desear que vuelvas al pueblo?

—Nadie, que yo sepa. No tengo familia allí y hace años que no he vuelto. Varela le miró con gesto serio.

—Sé que no puedo ordenarte que lo hagas, pero necesito que vayas allí durante un par de días. Tal vez eso aplaque al supuesto asesino, o al menos haga que se dé a conocer. La situación en el pueblo es bastante tensa, sobre todo desde el asesinato del año pasado. Cuanto primero se resuelva este caso, mejor, antes de que la prensa se entere y meta las narices.

Roberto negó con la cabeza. Tenía demasiados problemas encima en ese momento como para enfrentarse de nuevo a su pasado y a todo lo que había dejado atrás.

—No voy a ser de ninguna ayuda. ¿Acaso la UCO no tiene a nadie allí llevando la investigación?

—La sargento Ruano, destinada en Oviedo. Investigó el asesinato que hubo hace un año y se ha hecho cargo también de esta investigación, pero ella no conoce a la gente que vive allí. No como tú.

—Yo tampoco. Hace quince años que me largué. Tal vez ya no quede nadie de los que yo conocía.

El comandante asintió con la cabeza, como si comprendiese el motivo de sus reticencias a regresar al pueblo.

—Sé que no puedo obligarte a ir, Roberto.

—Y yo soy consciente de que le debo mucho, pero no veo de qué puede servir que yo vaya allí.

—Tómalo como un fin de semana para desconectar de Madrid. Solo necesito que te dejes ver por el pueblo. Charla con los viejos amigos que te encuentres y cualquier cosa sospechosa que veas se la comentas a la sargento. Puede incluso que el presunto asesino, si es que existe, se ponga en contacto contigo.

—¿Y si no es así?

—Podrás regresar a Madrid el domingo si lo deseas, tienes mi palabra. —Al ver que dudaba, el comandante le entregó un sobre que sacó del bolsillo interior de su chaqueta—. Te he reservado una habitación en un bonito hotel del pueblo, «El Llagar», con pensión completa para una semana, por si deseas quedarte más tiempo. También tienes a tu disposición un vehículo oficial con tarjeta de combustible. Está todo dentro del sobre, incluida la llave del coche y el número de la matrícula. Lo tienes aparcado en esta misma calle.

—Da por hecho que voy a aceptar.

—Te conozco y sé que eres una persona entregada al trabajo, con vocación. No puedo garantizarte que esto te lo devuelva, pero sí que será un punto a tu favor cuando el coronel Quesado no esté.

—Dudo que eso ocurra alguna vez.

—Puede que antes de lo que piensas. Se avecinan cambios importantes en la Guardia Civil y en la UCO. ¿Conoces al coronel Martín Lozano?

—Personalmente no, pero he oído hablar de él. Tiene fama de ser un oficial inflexible.

—Estuvo participando al inicio de su carrera en varias operaciones contra el narcotráfico y luego en la lucha antiterrorista. Si alguien comprende por lo que estás pasando, es él.

—No entiendo —dijo Roberto sin ver a donde quería llegar con esa afirmación.

—Lo siento, pero no puedo contarte más. Las cosas ocurrirán a su debido tiempo y sería importante para ti que, llegado el momento, el coronel Martín Lozano viese tu compromiso con la Unidad, incluso estando suspendido de empleo y sueldo.

Ante aquel planteamiento, estaba claro que no podía negarse.

—De acuerdo, lo haré.

Ambos apuraron el café y se despidieron, siguiendo caminos opuestos, el comandante de regreso al cuartel y Roberto se fue en busca del coche que le llevaría de regreso al lugar del que había huido quince años atrás. Después de todo, tal vez no fuese tan mala idea regresar, así podría enfrentarse a los demonios del pasado y demostrar a aquella gente que ya no era el muchacho asustado que se había largado poco menos que con el rabo entre las piernas.

Ahora era un hombre de treinta y cuatro años con una vida demasiado complicada como para permitir que nadie le intimidase.

Los primeros años que Roberto estuvo en el ejército solo regresó a Asturias en contadas ocasiones, y lo hizo para ver a su madre en Oviedo. Cuando ella se fue a vivir a Torrevieja ya no volvió a Asturias, y mucho menos a Nueva de Llanes. Ni siquiera estuvo presente para el entierro de sus abuelos, que murieron con solo dos meses de diferencia cuando él estaba de misión en el extranjero. Un hecho que le dolió en lo más profundo, ya que se había criado con ellos, pero que le ahorró la mala experiencia de reencontrarse con su padre en el funeral. Un tiempo después se enteró de que había vendido la casa de los abuelos para irse a vivir a Cuba con una mulata, de donde esperaba que no regresase jamás.

Eran las cinco de la tarde cuando llegó a Llanes, acompañado de un tiempo primaveral espectacular. El cielo era azul y no había una sola nube en él, lo que contrastaba con los verdes prados que se veían allí donde alcanzaba la vista. Antes de abandonar la autovía vio una hermosa casa que siempre le había llamado la atención, desde que era un crío. Se elevaba sobre una colina, como un poderoso castillo que lo dominaba todo. Tras ella, a lo lejos, se encontraba la Sierra del Cuera, que recorría la región como un robusto muro paralelo al mar.

Ese era el principal motivo por el que la gente se enamoraba de Llanes: tenía el mar y la montaña al alcance de la mano. Uno podía ir a los Picos de Europa por la mañana para hacer montañismo y por la tarde tomar el sol en cualquiera de las playas de la región. Pocos lugares podían presumir de ello, aunque ninguno era tan hermoso como Llanes. Las playas tenían la arena fina y el agua cristalina, y había casi tantas como kilómetros de costa, algunas en lugares recónditos, casi salvajes. Crecer allí había sido una bendición para Roberto, a pesar de que había épocas en las que la lluvia parecía no tener fin. Era el precio a pagar para tener un paisaje tan verde y hermoso, aunque un

solo día soleado bastaba para compensar todos los demás.

El puesto de la Guardia Civil de Llanes estaba situado en la zona sur, así que cogió la salida de la autovía y siguió las indicaciones que le marcaba el GPS del coche. Aunque de chaval había estado varias veces en Llanes, tuvo la sensación de que se encontraba en un lugar desconocido. El pueblo había crecido tanto que no reconocía casi nada de lo que tenía a su alrededor. Ninguna de aquellas urbanizaciones de chalets y edificios de varios pisos de altura existía la última vez que había estado allí.

En ese momento escuchó la melodía de su móvil, así que paró a la derecha y respondió a la llamada.

—Sí, dígame.

—¿El cabo Fuentes? —preguntó una voz femenina.

—Sí, soy yo.

—Soy la sargento Ruano. Quería saber si te falta mucho para llegar. Tengo que volver a Oviedo esta tarde y me gustaría verte antes de irme.

—Estoy entrando en Llanes. Llegaré enseguida a la casa cuartel.

—¿Qué te parece si mejor nos vemos en Nueva? Ahora mismo estoy en Oviedo solucionando un asunto y me pilla mejor que nos veamos allí, así no tengo que ir hasta Llanes.

Podías habérmelo dicho antes, pensó cabreado. Nueva estaba veinte kilómetros atrás, entre Ribadesella y Llanes, con lo que ya podía haber llegado allí.

—No hay problema, mi sargento —respondió con sequedad.

—Muy bien, entonces nos vemos en Nueva en una hora, más o menos. Así tendrás tiempo de alojarte. Hasta luego.

La mujer colgó antes de que le diese tiempo a despedirse, algo que tampoco le sentó bien. Lanzó el móvil al asiento del acompañante con gesto de fastidio y maniobró para cambiar de dirección y regresar por donde había llegado. Calculó que no tardaría más de veinte minutos en llegar a su destino.

Nueva de Llanes estaba situado a menos de tres kilómetros de la costa. Su población era de algo más de quinientos habitantes, información que Roberto había consultado en la Wikipedia antes de iniciar viaje desde Madrid. Le llamó la atención encontrar bastante información en ella del pueblo, al menos más de la que esperaba. No es que no mantuviese los recuerdos vivos en su mente, pero temía que el pueblo hubiese crecido más de lo deseable en

los últimos años. En parte era así, por lo que había visto en el Google Maps. Había urbanizaciones de chalets que no existían la última vez que había estado allí, aunque en la visión por satélite le pareció que la mayor parte del pueblo seguía como entonces.

Tras abandonar la autopista en la playa de San Antolín, llegó a su destino dejando atrás dos de los pueblos en los que había estado de fiesta en varias ocasiones durante su juventud: Naves y Villahormes.

Entró en Nueva atravesando el eterno paso a nivel del tren regional y llegó directo a la pequeña plaza en la que se encontraba el hotel «El Llagar», mientras sentía una extraña opresión en el pecho. Sus manos comenzaron a temblar y su boca se secó; incluso sintió un frío helador recorriéndole la espalda. No estaba preparado para volver. A pesar de que habían pasado quince años, todavía tenía grabado a fuego en su mente todo lo ocurrido. Ni siquiera se sentía capaz de enfrentarse a todo aquello de nuevo.

Aparcó justo en la puerta, en el hueco que había entre dos coches, aunque en un primer momento no se bajó. Se quedó unos instantes pensativo, luchando contra sus propios miedos, hasta que se convenció de que ya no había vuelta atrás. Después de todo solo serían dos días y puede que incluso nadie se acordase ya de él.

Por fin se armó de valor y descendió del vehículo. El lugar frente al que se encontraba era la casa en la que antiguamente vivía Manolo «el de Pola», un hombre ya mayor que tenía un llagar en la cochera. Hacía sidra casera, parte de la cual vendía a algunos bares del pueblo, aunque su nieto solía cogerle alguna botella de vez en cuando, a escondidas, para compartirla con sus amigos de la pandilla. Ahora la fachada del edificio había sido remodelada por completo, aunque manteniendo ese aire rural tan típico de las casas de la zona. Estaba pintada de un color azul cielo, que contrastaba con los tonos naranjas y salmón de las casas más cercanas.

Roberto se dirigió a la única puerta de entrada, accediendo a un pequeño recibidor con un mostrador a la izquierda y una puerta a la derecha que conducía a lo que parecía ser un comedor. Al fondo, frente a la puerta, estaba la escalera de madera que llevaba al piso superior. El ambiente era muy acogedor, con paredes de piedra y techos de madera en los que podían verse las vigas que lo atravesaban de lado a lado. Identificó varios elementos antiguos, como un viejo *llagar de apretón* en el rincón que había junto a la escalera o un tonel junto a la puerta que servía ahora de mesa. La pared que había a su derecha estaba adornada con al menos una docena de botellas de

sidra vacías, de color verde, colgando a diferentes alturas de un hilo casi transparente.

—Bienvenido al hotel «El Llagar» —le saludó con una sonrisa la mujer que se encontraba tras el mostrador. Aparentaba unos treinta años y tenía unos rasgos faciales bonitos, aunque iba demasiado maquillada para su gusto. Las mechas rubias de su pelo hacían destacar unos ojos azules que le miraron con un brillo especial—. Supongo que eres Roberto Fuentes González.

—Pues sí —respondió algo sorprendido, temiendo que le hubiese reconocido.

—Es que tu habitación es la única que falta por ocupar —le aclaró ella—. Con la llegada del buen tiempo el hotel está lleno. Incluso tengo lista de espera por si falla alguna reserva. Por suerte ya estás aquí. Mi nombre es Susana y soy la dueña del hotel.

—¿Eres de Nueva? —se atrevió a preguntar.

—Sí, esta era la casa de mi abuelo. Hace cinco años la arreglé y monté en ella este hotel.

La respuesta hizo que la mirase desconcertado.

—¿Manolo era tu abuelo?

—Sí.

—Entonces tú eres...

—La hermana de Pedro, aunque entiendo que no te acuerdes de mí. La última vez que estuviste en el pueblo yo tenía dieciséis años. Era una cría para ti.

Roberto palideció. Si tenía alguna esperanza de pasar desapercibido, se difuminó en ese mismo instante. Los reproches y las acusaciones no tardarían en llegar, y no sabía si estaba preparado para enfrentarse a ellas.

—Me alegra mucho que hayas regresado al pueblo —prosiguió ella sin perder la sonrisa— y seguro que mi hermano también se alegrará.

—¿Qué tal está Pedro? —se atrevió a preguntar Roberto.

—Bien, se casó y ahora vive en Naves, pero suele venir por aquí bastante a menudo. Si quieres le llamo y le digo que se pase a saludarte.

—No hace falta. —Llevaba quince años sin verle, igual que al resto de la pandilla, y no sabía cómo explicarle el motivo por el que había roto la relación con todos ellos—. Solo voy a quedarme un par de días.

—Pues la reserva a tu nombre es para una semana —replicó Susana sorprendida.

—Casi seguro que me iré el domingo —dijo de forma escueta, sin dar

más explicaciones.

—Anuncian muy buen tiempo para esta semana y la que viene. Deberías quedarte.

—Lo pensaré.

—Como quieras. Lo único que si no vas a quedarte me gustaría que me lo dijese con tiempo, para poder avisar a alguno de los que están en lista de espera.

—No hay problema.

Susana tecleó en el ordenador que tenía bajo el mostrador.

—Necesito tu DNI.

—Claro.

Roberto sacó la cartera del bolsillo y le entregó el documento que le había pedido.

—Veo que pediste pensión completa. Buena elección. Mi tía Rosario es la cocinera y la verdad es que cocina muy bien. Hace la mejor fabada de Asturias. Supongo que te acordarás de ella.

—No mucho, la verdad.

Tras anotar sus datos, Susana le devolvió el carnet.

—Las seis habitaciones del hotel están ocupadas, pero no te preocupes, no oirás ningún ruido. Esta casa tiene las paredes de piedra —aseguró mientras salía de detrás del mostrador—. Vamos, te acompaño a tu habitación.

Roberto siguió sus pasos escalera arriba. Llevaba puesta una minifalda bastante corta que dejaba a la vista unas piernas perfectas, y una camisa azul que, aunque cerrada en el cuello, permitía adivinar un pecho generoso.

Llegaron al primer piso, donde Susana le señaló la primera puerta a la derecha.

—Esta habitación es muy tranquila. No da a la plaza, sino a la calle de atrás, y en días con un poco de viento incluso se oyen las olas del mar. Espero que te guste.

—Seguro que sí.

—Si necesitas cualquier cosa no tienes más que avisarme —dijo entregándole un llavero de madera con la cruz de Asturias y la llave de la puerta—, estoy en la recepción todo el día.

—¿No te turnas con nadie?

—Con mi primo, el hijo de mi tía Rosario, que vive aquí al lado.

Susana se despidió con una sonrisa cautivadora y Roberto entró en la habitación mientras se decía a sí mismo: *Mala idea, Rober, este es el último*

lugar de la tierra en el que te interesa ligar.

Roberto se reunió con la sargento Ruano en una cafetería situada justo frente al hotel, al otro lado de la plaza, de ese modo se ahorró tener que recorrer el pueblo y arriesgarse a que alguien pudiese reconocerlo. Ella le saludó con un frío apretón de manos al que él respondió con un simple «a sus órdenes, mi sargento». Una vez dentro, ocuparon una mesa situada al fondo del local, apartados del resto de clientes, para poder hablar con libertad. Antes de hacerlo, Roberto se tomó unos segundos para analizarla.

La sargento Ruano tenía el pelo castaño, muy corto, y unos ojos verdes penetrantes. Los rasgos de su rostro eran suaves, destacando unos labios carnosos, sin pintar. Quizás eso fue lo que más le llamó la atención de ella: que la ausencia de maquillaje no desluciese un rostro que, sin ser espectacular, le pareció atractivo. Lástima que su rictus fuese tan serio y, en cierto modo, cortante. Supuso que era normal en una mujer que ejercía el mando en un mundo integrado mayoritariamente por hombres. Su modo de vestir también era serio: unos pantalones vaqueros y una sudadera negra sin capucha. Calculó que sería de su edad, más o menos.

La actitud de Roberto al recibirla tampoco fue demasiado amistosa. No terminaba de encontrarse a gusto en el pueblo, y durante la media hora que transcurrió hasta que ella le llamó por teléfono para avisar de que estaba entrando en Nueva no dejó de preguntarse qué hacía allí. No tenía conocimientos para ayudar en la investigación y tampoco entendía en qué podía ayudar su presencia allí. Es más, dudaba que nadie quisiese responder a sus preguntas. Estaba seguro de que lo único que escucharía serían palabras de rechazo, como en el pasado.

—Te agradezco que hayas venido —dijo ella al tomar asiento.

—No sé si seré de mucha ayuda, la verdad.

—Al menos espero que nos sirva para ganar tiempo. Supongo que no

sabrás quién pudo escribir ese mensaje dirigido a ti, ¿no?

—Ni idea.

—¿Conocías a la víctima?

—No. —Roberto se dio cuenta de que estaba siendo demasiado cortante, así que decidió mostrarse algo más comunicativo—. El comandante me dijo que tenía dieciocho años y yo hace quince que no vengo por aquí.

—Es verdad, lo siento —dijo con gesto de cansancio—. Hoy llevo un día complicado y ya no pienso con claridad. ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza.

Ruano alzó la mano y llamó la atención del camarero, que estaba atendiendo a otra mesa.

—Una cerveza y una cola, cuando puedas.

—¡Voy, guapa! —respondió el aludido.

—La verdad es que estoy bastante perdida —reconoció Ruano retomando la conversación— y cualquier ayuda me vendría bien. La gente del pueblo no quiere hablar conmigo.

—¿Y eso?

—Hace un año se produjo aquí un asesinato. No sé si lo sabrás.

—Sí, el comandante Varela me lo comentó.

—La cuestión es que el caso casi se convirtió en una caza de brujas. La gente del pueblo acusándose los unos a los otros, sacando a la luz viejas rencillas que lo único que hicieron fue entorpecer la investigación. No era raro el día en que alguien me paraba para decirme que fulanita o menganita estaban implicados en el asesinato. Todo el mundo tenía su propia teoría sobre el crimen.

—Aquí la gente siempre ha sido muy cotilla —recordó en voz alta.

—Menos mal que logramos resolverlo antes de que esto fuese a más, aunque creo que el daño ya estaba hecho. Ahora me he encontrado con que casi nadie quiere hablar conmigo. Por eso, cuando averigüé que tú habías nacido aquí y que, además, eras guardia civil no dudé en pedir tu ayuda.

—Escuche, mi sargento —comenzó a decir Roberto con gesto serio—, para mí no es agradable estar aquí. He venido porque el comandante Varela me lo pidió, pero dudo que le pueda ser de ninguna ayuda.

—Si lo dices porque no tienes experiencia en investigación criminal, no importa. Lo único que necesito es que hables con la gente del pueblo, con tus viejos amigos, para ver qué saben ellos del asunto.

—Precisamente ese es el problema. Cuando me fui de aquí juré que no

volvería jamás y lo he cumplido. No he vuelto a mantener contacto con nadie, ni siquiera con mis amigos de la infancia. Y en cuanto al resto de la gente del pueblo... —Roberto hizo una pequeña pausa para mirar de reojo y asegurarse de que nadie le escuchaba—. Por mí pueden irse todos al infierno. Bastante daño me hicieron en el pasado como para que ahora tenga ganas de verles la cara a ninguno de ellos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Es un tema del que no me apetece hablar ahora. Lo único que puedo decirle es que no voy a quedarme aquí más de lo imprescindible. He venido por deferencia al comandante, pero no me pida que la ayude en la investigación porque no pienso hacerlo.

La sargento Ruano apretó los labios con gesto de cabreo y clavó la mirada en Roberto, como si se sintiese profundamente contrariada. No obstante, él no se amedrentó. Creía en cada una de las palabras que acababan de salir de su boca y no pensaba echarse atrás. Desde el mismo momento en que había visto el cartel de «Nueva de Llanes» tuvo claro que no iba a quedarse ni un minuto más de lo necesario.

El camarero trajo en ese momento las bebidas y ambos tomaron un trago, como si necesitasen tomarse una pequeña pausa. Fue la sargento quien, tras unos segundos de reflexión, retomó la conversación.

—El comandante me ha dicho que estás de baja. —Roberto respondió asintiendo con la cabeza. Era mejor eso que tener que explicarle que estaba suspendido de empleo y sueldo—. Sé que no puedo pedirte que te impliqués en el caso, pero...

—Supongo que tendrá un equipo de gente más preparada que yo a su lado, ¿no? —la interrumpió con gesto serio. Llegado a ese punto, estaba decidido a no darle ninguna concesión.

—La verdad es que no, precisamente por eso me he pasado casi todo el día en Oviedo. Mi comandante quiere que lleve esto con discreción, tanta que solo cuento con la ayuda de mi compañero, el cabo Hinojosa, que ha tenido que quedarse en Oviedo. Por cierto, me ha dicho que te mande recuerdos. Dice que coincidisteis en el mismo destino hace unos años.

Sus palabras despertaron por primera vez el interés de Roberto.

—¿Eusebio Hinojosa?

—Sí.

Una tímida sonrisa asomó en su rictus serio.

—Coincidimos en la Academia y en nuestro primer destino, en Coruña.

No tenía ni idea de que estuviese destinado en Asturias.

—Lleva tres años conmigo, en Oviedo.

—Supongo que seguirá perdiendo pelo. Cuando le conocí ya estaba medio calvo.

—¡Qué va! Hace dos años se fue a Turquía a hacerse un injerto de esos de pelo y ahora tiene flequillo.

—¡No me joda! —Roberto soltó una carcajada, que ahogó tapándose la boca con la mano para no llamar la atención de los que estaban en el bar—. No me imagino la pinta que debe de tener con pelo.

—Pues su éxito entre las mujeres ha subido. ¡Y mucho!

—¡Qué cabrón! Siempre fue un bala perdida —dijo provocando la risa de la sargento.

—Es cierto, pero también es un investigador muy bueno. Sin su ayuda no habría resuelto muchos de los casos.

El recuerdo de su compañero de Academia hizo que Roberto suavizase el tono de su voz.

—Hinojosa siempre fue un coco, no me extraña que esté en Investigación Criminal.

—Tú estás en Anticorrupción, ¿no?

—Sí —respondió Roberto sin entrar en detalles de su situación actual.

—Tengo entendido que es bastante duro, sobre todo porque es un trabajo en el que se echan muchas horas.

—Demasiadas. No hay tiempo para tener una vida privada.

—¿Y tu mujer cómo lo lleva?

—Lo llevaba mal, por eso nos separamos.

—Lo entiendo. Compaginar una vida laboral como la nuestra con la pareja es muy difícil. Todos lo hemos sufrido.

Roberto la miró con interés.

—¿También está separada?

—No, yo no llegué a casarme nunca. No he encontrado a nadie dispuesto a compaginar su vida con la mía. Me tomo muy en serio mi trabajo, sin importar las horas que deba dedicarle, y pocas parejas entienden eso.

Roberto se sintió identificado con sus palabras, aunque en su caso esa implicación iba a hacer que perdiese su trabajo.

—¿Puede hablarme del caso? —preguntó dispuesto al menos a darle la oportunidad de explicarle por qué le necesitaba.

Ella asintió agradecida, antes de responder.

—Hace una semana un pescador encontró el cadáver de Diana Cuesta González al pie del Acantilado de San Antonio. Está cerca de la playa de San Antonio, junto a la ermita.

—Lo sé, lo conozco.

—Los agentes que lo investigaron dijeron en su informe que parecía un caso claro de suicidio. No había signos de lucha ni nada que indicase que alguien la había arrojado por el acantilado. Como mucho, que hubiese caído accidentalmente, aunque nadie logró explicar qué hacía allí sola, por eso se mantuvo la hipótesis del suicidio. Hasta que hace tres días el pescador que había encontrado el cuerpo entregó el teléfono de la víctima a una de las patrullas rurales de la zona.

—Pensé que el móvil había aparecido en el lugar desde el que se supone que saltó la chavala.

—Sí, allí fue donde lo encontró el pescador antes de avisar al ciento doce, pero luego el muy imbécil se lo quedó para él y no dijo nada. Alegó que el suyo era muy viejo y que pensó que nadie lo echaría en falta, pero cuando vio que tenía huella dactilar y que no iba a poder usarlo nos lo entregó.

—¿Y quién es ese lumbrera? —preguntó Roberto con ironía.

—Uno del pueblo que se dedica a la pesca furtiva y trabaja en un bar de Llanes. Un tal Juan Cuetos Ruiz.

—¿Juanín? ¡Ostia, lo conozco! —dijo esbozando una sonrisa—. Siempre fue muy buen chaval.

—Pues se pasó un día en el calabozo por esa tontería, hasta que comprobamos que estaba cenando en Llanes con unos amigos la noche de la muerte de Diana. Aun así, le va a caer una buena multa por llevarse el móvil.

—En ese mensaje se habla de tres asesinatos —comentó Roberto, a lo que ella correspondió moviendo la cabeza en sentido afirmativo—. ¿Cuáles son los otros dos?

—Eso es lo que nos trae de cabeza. El único asesinato en esta zona se produjo hace un año. Vanesa Tamargo Fernández apareció muerta en la playa de Cuevas del Mar, pero detuvimos a su asesino.

—¿Quién era?

—Gustavo Villar García, marido de Susana, la dueña del hotel en el que te hospedas.

—¡Joder! —exclamó sorprendido—. No tenía ni idea.

—Todas las pruebas le señalaban a él, incluida el arma del crimen con sus huellas, pero ahora su abogado sabe lo del mensaje en el móvil y quiere

reabrir el caso, por eso mi comandante quiere verme en Oviedo antes de terminar el día. Quiere saber cómo coño se ha filtrado esa información.

—Si las pruebas están tan claras dudo que su abogado pueda hacer nada.

—Yo creo que es para forzar al juez a que le conceda la libertad bajo fianza hasta la revisión del caso.

—Pero en el mensaje no menciona a qué dos asesinatos se refiere. No tiene por qué ser el de esa tal Vanesa.

—Lo mismo le dije yo, pero se ve que el juez duda y mi comandante quiere revisar conmigo el caso mañana por la mañana.

—¿Y hubo algún otro asesinato en esta zona?

—Ninguno. Creo que en realidad ese mensaje lo escribió alguien que encontró el móvil al pie del acantilado y que quiso exculpar a Gustavo.

—¿Su mujer, tal vez?

—No, ella no —respondió negando con la cabeza—. Su marido aprovechaba que ella estaba trabajando en el hotel para irse de fiesta y tirarse a todas las que podía, a la víctima entre ellas.

—Quizás la mató ella, por celos —dijo sin pensar.

—Esa noche trabajaba. Además, todas las pruebas demostraron que había sido Gustavo, aunque él lo negase. Te aseguro que Susana es la última persona que quiere ver a su marido fuera de la cárcel.

—¿Y si no fue ella, quién entonces?

—Juan Cuetos es el candidato número uno, aunque de momento no hemos podido demostrarlo. Es amigo de Gustavo y encontró el móvil, quedándose durante cuatro días. En ese tiempo pudo encontrar a alguien que lo desbloquease para escribir la nota. No me creo esa gilipollez de que se lo quedó para él y al ver que estaba protegido por huella dactilar decidió devolverlo.

—Aun así, un mensaje no creo que sea prueba suficiente para soltarlo.

—Lo sé, pero en Oviedo están bastante nerviosos. Quieren resolver esto antes de que alguien de la prensa se entere. Ese «seguiré matando» es algo que no podemos pasar por alto, por eso pedí que vinieses. —La sargento echó mano de un bolsillo de su pantalón y sacó de él un objeto—. Aquí tienes la información de las dos muertes, la de Vanesa Tamargo y lo que tengo hasta el momento sobre la muerte de Diana.

Roberto cogió en su mano el *pendrive* que le ofrecía, aunque torció algo el gesto. Ella debió adivinar lo que iba a decir porque se apresuró a continuar:

—Solo te lo doy para que estés al día, no te pido que te impliqués en la

investigación. Si ves en el informe algo que te llame la atención o, por lo que sea, alguien te comenta durante el fin de semana cualquier cosa que confirme o contradiga lo que pone en él te agradecería que me lo dijese. Me basta con eso. No voy a pedirte que te quedes más de lo que tenías previsto.

—Gracias. —Fue lo primero que salió de los labios de Roberto—. Le echaré un vistazo.

La sargentoapuró el refresco de un solo trago y luego se puso en pie.

—Te llamaré cuando vuelva mañana por la tarde e iremos juntos a ver a Juan Cuetos. Tal vez a ti te diga algo que no nos ha dicho a nosotros. ¿Te parece?

—No hay problema.

—Hasta mañana, entonces.

Roberto la observó mientras salía del local, no sin antes pagar las dos consumiciones.

—Bueno, por lo menos me ha invitado —murmuró entre dientes, tomando a continuación un sorbo.

Al posar la cerveza en la mesa una voz poco amistosa captó su atención.

—¿Y tú qué cojones haces aquí?

Cuando levantó la mirada y reconoció al hombre que le hablaba, sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

A pesar de las arrugas que castigaban su rostro, reconoció de inmediato al hombre que tenía a su lado, apenas a un paso de la mesa. Tenía unos sesenta años, aunque aparentaba bastantes más.

—Hola, Toño —lo saludó.

—No me hables como si fuésemos amigos... ¡cabrón!

Por su tono de voz pastoso, estaba claro que había bebido más de la cuenta, algo de lo que también se dio cuenta el camarero que se encontraba atendiendo una mesa cercana.

—Por favor, Toño, no la lées otra vez.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el hombre señalando con el dedo a Roberto—. ¿Por qué has vuelto?

—¿Necesito un motivo para hacerlo?

—No eres bienvenido en este pueblo. No creas que la gente olvidó lo que le hiciste a mi hija.

—Eso fue hace muchos años.

—No para mí. —El hombre apretó los labios con gesto de rabia—. Yo todavía recuerdo a mi pobre niña... mi... mi pequeña. —Y rompió a llorar.

—Vamos, Toño, tranquilízate —le rogó el camarero acercándose a él y agarrándole por el brazo—. Es demasiado temprano, incluso para ti. Es mejor que vuelvas a casa.

El aludido le miró con los ojos llenos de lágrimas y dejó que le acompañase a la puerta, aunque antes de salir se volvió para decir:

—¡Pagarás por lo que hiciste, cabrón!

Cuando por fin salió del local, Roberto trató de mantener la tranquilidad, a pesar de que por dentro notaba que se estaba desmoronando. Aquello era lo que siempre había temido de su vuelta al pueblo y el motivo por el que jamás lo había hecho. No estaba preparado para enfrentarse de nuevo a las miradas

acusatorias, a los reproches y a que le señalasen con el dedo cargando toda la culpa en él. Estaba claro que había sido un error regresar.

Miró la cerveza que tenía delante, de la que quedaba más de medio vaso, y pensó en dejarla allí. Incluso se planteó coger el coche y largarse en aquel mismo momento de Nueva para no volver jamás. No le importaba decepcionar al comandante Varela, ni siquiera dejar vendida a la sargento Ruano. Después de todo, tampoco se había comprometido a nada con ella. Él no tenía culpa de lo que estaba pasando y si el asesino volvía a matar no sería por culpa suya. Cada uno era responsable de sus actos. Nadie más.

Sintió que la rabia crecía en su interior, así que decidió calmarla de un trago. Sí, lo mejor era largarse para siempre y volver a Madrid. Incluso dejó de importarle que pudiesen echarle de la Guardia Civil. Todavía era joven para buscar otro trabajo. Tal vez incluso podía irse al extranjero. Sus conocimientos de inglés eran aceptables y había muchas empresas de seguridad en las que podía conseguir un empleo, tanto en Europa como en el resto del mundo.

Estaba tan imbuido en esos pensamientos que no se dio cuenta de que alguien se plantaba delante de él.

—¡Pero qué cabrón! Estás igual que siempre, no has cambiado nada.

Un hombre de su edad, de pelo rubio y barba de un par de días le miraba sonriente.

—¿Pedro? —intuyó.

—Pues claro, tío. ¿Es que no te alegras de verme?

—Sí, claro, perdona —Roberto se puso en pie algo desconcertado y alargó la mano hacia el recién llegado—. ¿Qué tal estás?

—¿Que qué tal estoy? —Pedro se abalanzó sobre él y lo abrazó con tal fuerza que casi le dejó sin respiración—. ¡Alucinado de verte!

—Yo también me alegro —dijo Roberto sin mucha efusividad.

Su amigo le soltó y por fin pudo recuperar el aliento.

—¡Joder, Rober, no sabes cuánto me alegra verte aquí! Paré por casualidad para saludar a mi hermana, y cuando me dijo que estabas en Nueva no me lo podía creer.

—Solo estoy de paso. No me quedaré mucho.

—No importa, me alegro de que hayas venido.

Pedro no dejaba de sonreír y de mirarle con ojos brillantes, señal inequívoca de que estaba emocionado por el reencuentro. Sin embargo, Roberto no le correspondió de igual modo, al menos en un primer momento.

En cierto modo se sentía avergonzado. Ambos habían sido muy amigos, casi desde que tenía uso de razón, y el día que decidió no volver al pueblo ni siquiera le llamó para despedirse de él. Tampoco lo hizo del resto de la pandilla, aunque con Pedro siempre había tenido una relación muy especial. Por suerte, no parecía que estuviese molesto por ello.

—Me pareció ver salir de aquí a Toño, el padre de Miriam —dijo Pedro señalando con la mirada la puerta del bar—. ¿Te dijo algo?

—Nada que no me dijese antes.

—No le hagas caso, en el pueblo nadie lo hace ya. —Pedro posó una mano sobre su hombro y le miró como años atrás—. Todos sabemos que tú no tuviste la culpa de lo que pasó.

Aquellas palabras y el modo que tuvo de decirlo hicieron que se sintiese a gusto por primera vez desde que había puesto el pie en Nueva.

—Gracias —acertó a decir.

—No tienes que dárme las. Y, en cuanto a Toño, pasa de él. Lleva años criticando a las chavalas del pueblo. Que si son unas provocadoras, que si visten como putas... Incluso llegó a amenazar a una de ellas una noche en la puerta de un bar. Suerte que el novio de la chavala lo vio tan borracho que pasó de él, pero cualquier día alguien le dará una paliza. En fin, hablemos de cosas más alegres. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta el domingo.

—¡Estupendo! ¿Por qué no hacemos una cosa? Mañana es sábado y no trabajo. ¿Qué te parece si nos vemos de tarde y nos ponemos al día?

—Como quieras.

—Me quedaría ahora, pero le prometí a mi mujer que cenaríamos en Llanes y ya llego tarde.

—No te preocupes. Tu hermana me dijo que estabas casado y que vivías en Naves.

—Sí, tío, desde hace ya ocho años.

—Me alegro por ti.

—Tengo un par de críos, pero mejor te lo cuento todo mañana. ¿Te parece que te recoja después de comer, a eso de las cuatro?

—Claro —respondió incapaz de negarse.

—¡No sabes cuánto me alegro de verte, Rober! —dijo abrazándole de nuevo.

Esta vez Roberto sí que le correspondió al abrazo, incluso esbozó una sonrisa al despedirse de su amigo. Quizás no había sido tan mala idea volver

al pueblo.

Tal y como había asegurado Susana, la comida del hotel «El Llagar» era excelente, quizás demasiado. Roberto ya no estaba acostumbrado a ingerir tal cantidad de comida, y menos para cenar, así que regresó a su habitación con tal empacho que no tardó en sentir que le invadía el sopor. Aun así, antes de quedarse dormido tuvo tiempo de leer el informe de la sargento Ruano, aunque llegó a las últimas líneas a duras penas.

Por primera vez en mucho tiempo durmió como un bebé, gracias también a que la pesadilla que le había acosado las siete últimas noches no se repitió. Eso hizo que se levantase de buen humor a la mañana siguiente y se animase incluso a salir a correr un rato para deshacerse de la pesadez que todavía sentía. Por suerte, había metido en la maleta unas zapatillas de deporte y un pantalón corto, por si hacía buen tiempo, así que se vistió, cogió unos auriculares para escuchar música a través del teléfono móvil y salió de la habitación. Al bajar al piso inferior se encontró con que Susana no estaba en la recepción. En su lugar había un chaval de no más de veinte años, con gafas redondas, el pelo rizado y algunos granos en la cara; el típico empollón.

—Buenos días.

—Buenos días —le respondió Roberto—. ¿Susana no está hoy?

—Viene más tarde, a los desayunos —dijo el joven.

—Muy bien, hasta luego.

—*Ta* luego.

Roberto salió a la calle y miró su reloj. Eran las ocho de la mañana y a esa hora la temperatura era ya bastante agradable, con un cielo completamente azul que presagiaba un buen día, sobre todo para los que quisiesen acudir al mercado que en ese momento se estaba montando en la plaza.

No tuvo que pensar mucho para decidir cuál sería su destino: la playa de Cuevas del Mar. Puso en el móvil una sesión titulada «Retrodisco Mix» y se

colocó los auriculares, dejándose envolver a partir de ese momento con aquellas melodías que tan buenos recuerdos le traían. Realizó un trote tranquilo, deseoso más de disfrutar del recorrido que de mejorar ninguna marca personal. Pasó junto a una urbanización que no conocía, situada en una finca donde años atrás se celebraba una de las fiestas del pueblo en verano y luego giró a la derecha para tomar la carretera que llevaba a la playa.

De inmediato comenzaron a invadirle los recuerdos. Pasó junto a la pista de futbito en la que jugaba con sus amigos de crío, el puente sobre el arroyo en el que se había declarado a su primera novia o la gran roca en la que se sentaban a descansar todos los de la pandilla cuando volvían de la playa. Llevaba quince años sin volver por allí y de pronto era como si no se hubiese ido nunca. Aquel era el lugar que le había visto crecer, donde había pasado buena parte de su niñez y adolescencia, quizás por eso no podía evitar sentir que había regresado a casa.

Mientras escuchaba un tema tras otro, recorrió la carretera que llevaba hasta la playa, en la que apenas se cruzó con coches. No tardó más de veinte minutos en llegar a su destino y contemplar después de tantos años la playa de Cuevas del Mar. Era tal y como la recordaba.

La marea estaba baja, así que recorrió las piedras que el río Ereba acumulaba siempre en la entrada de la playa y luego, tras descalzarse y quitarse los calcetines, pisó la arena húmeda, la misma en la que cada verano jugaba al fútbol con sus amigos. Caminó hasta el arco de piedra situado en el lado derecho de la playa, el elemento más característico y llamativo de Cuevas del Mar, que salía en la mayoría de fotos que había en internet.

A pesar de que era una playa bastante resguardada, de crío siempre le había dado mucho respeto bañarse en ella. Nunca se había atrevido a meterse más allá de donde el agua le alcanzaba la altura del pecho, estuviese la marea alta o baja, por miedo a que la corriente del mar le arrastrase fuera del resguardo que proporcionaban las paredes de roca. Resultaba irónico pensar cómo años más tarde, en el ejército, tuvo que recorrer a nado kilómetros y kilómetros de mar abierto con la única protección de un neopreno y unas aletas.

Sus pies tocaron el agua, algo fría, aunque no le importó. El día era tan soleado que incluso sintió deseos de darse un baño. Dado que no tenía toalla decidió dejarlo para otro momento, aunque se quedó un buen rato mirando cómo las olas rompían con suavidad a pocos metros de la orilla, mientras el aroma del mar impregnaba hasta el último poro de su piel.

—Debería haber vuelto antes —murmuró melancólico.

Pasado un tiempo que no supo precisar, algo en su interior le dijo que debía ponerse en marcha, como una suave voz susurrándole al oído. Se alejó de la orilla para dirigirse a «la playina», la pequeña zona de arena próxima al arco de piedra, situada en el extremo opuesto al acceso a la playa y a la que solo se podía acceder cuando la marea estaba baja. Desde ella podía llegar a su destino sin tener que coger el camino alternativo que bordeaba la playa por un recorrido más largo. Se calzó de nuevo, no sin antes sacudirse la arena, y cogió el camino que llevaba a la playa de San Antonio.

Mientras ascendía por la ligera colina trató de recordar lo que la sargento Ruano decía en su informe.

Diana Cuesta González, una adolescente de dieciocho años residente en Nueva, había aparecido muerta en el lugar al que se dirigía. No existían pruebas de que nadie la hubiese empujado, ni siquiera en la autopsia, y solo el mensaje aparecido en su teléfono móvil daba a entender lo contrario. En cuanto a las declaraciones de su entorno, tanto familiares como amigos cercanos coincidían en que no tenía enemigos ni nadie que pudiese desear su muerte. Tampoco encontraban un motivo o una explicación para que hubiese decidido suicidarse. Meses atrás había roto con el único novio serio que había tenido, aunque varias amigas coincidieron en que no fue una ruptura traumática.

Teniendo en cuenta que la habían visto viva por última vez el viernes a las dos de la madrugada y que a esa hora la marea estaba alta, supuso que habría llegado por el camino más largo, aunque también podría haber llegado desde Picones. Desde que la playa de San Antonio se había hecho famosa años atrás, se había autorizado a los coches a entrar por el pueblo de Picones, cercano a Nueva, por una pista de tierra que no llegaba hasta la misma playa pero que permitía dejar el vehículo a unos trescientos metros de ella. Aunque en esa época el camino estaba menos transitado, solían utilizarlo tanto pescadores como excursionistas, por lo que no era fácil saber cómo había llegado la víctima hasta el acantilado.

El informe lo completaba la declaración de sus padres, que hablaban de lo bien que se portaba su hija y que nunca salía hasta tarde, por eso se alarmaron cuando esa noche vieron que no regresaba.

Mientras ascendía por el sendero, Roberto vio claro, según los datos del informe, que Diana no tenía un motivo para suicidarse, aunque eso no significaba que no lo hubiese hecho. Tal vez alguien la acosaba, bien en las

redes sociales o en el instituto. O quizás había sufrido un desengaño amoroso del que nadie sabía nada y que no había sido capaz de superar. A veces las adolescentes se veían al borde del abismo y, en vez de pedir ayuda, decidían arrojarse a él.

En cuanto al asesinato que se había producido en el pueblo un año atrás, la víctima era Vanesa Tamargo Fernández, de diecinueve años. El informe que le había entregado la sargento era en este caso mucho más detallado.

Su cadáver había aparecido precisamente en la playa de Cuevas, en la zona de piedras más cercana al río. La autopsia desveló que la habían golpeado doce veces con un martillo en la parte posterior de la cabeza, hasta fracturar el cráneo. Su sangre solo mostró un nivel bajo de alcoholemia, aunque lo más llamativo fue que estaba embarazada de tres meses. Tras numerosas declaraciones de la gente del pueblo, que no hicieron otra cosa que enredar la investigación, los investigadores pudieron acceder a los mensajes de Whatsapp del iPhone de la víctima, que desvelaron que se veía a escondidas con un hombre casado, Gustavo Villar García. En el último de ellos la citaba en la playa de Cuevas la noche de su muerte, a las dos de la madrugada. Eso y las huellas en el arma del crimen, que encontraron en un registro de su coche, fueron suficientes pruebas para arrestarle.

Aunque la prueba definitiva llegó unos días después. Hasta ese momento los investigadores sabían que había utilizado un martillo para acabar con su vida, y que esa noche se había visto con ella. Faltaba el motivo y ese se conoció con los resultados del ADN del feto que la víctima llevaba en su interior: Gustavo era el padre del niño.

Al conocerse ese último dato su abogado intentó llegar a un acuerdo de rebaja de condena a cambio de una declaración de culpabilidad, algo que el fiscal, con buen criterio, no aceptó. Fue condenado a veinte años de cárcel.

Por eso a Roberto le llamaba poderosamente la atención que ahora, tras conocerse el mensaje aparecido en el móvil de una víctima de suicidio, su abogado intentase reabrir el caso. Aquello tenía pinta de ser un montaje, aunque comprendía que los investigadores quisiesen asegurarse de que no había un asesino tras la muerte de Diana.

A la vista del informe que la sargento Ruano le había pasado, Roberto veía claro que la muerte de Vanesa Tamargo y Diana Cuesta no estaban relacionadas. Seguro que si investigaban en el pasado de Diana encontrarían el motivo por el que se había suicidado. Y, en cuanto al mensaje, estaba casi seguro de que Juanín era el autor. El día anterior, mientras hablaba con la

sargento, no había caído en ello, pero, cuando tuvo tiempo para pensar, recordó un detalle importante: Juanín siempre había sido un bromista, desde crío. Le gustaba gastar bromas, a veces pesadas y otras divertidas, como cuando habían asustado a unas turistas francesas una noche cuando regresaban de una fiesta, usando sábanas y linternas. A pesar de ser el más pequeño de la pandilla, era capaz de convencer a sus amigos para participar en sus bromas, lo que les había proporcionado momentos muy divertidos y alguno que otro más bien complicado.

¿Y si aquella era una broma de las suyas? Sin duda era muy macabra, pero un par de porros y unas cervezas seguro que eran capaces de hacer volar la imaginación de su amigo. De cualquier modo, esa tarde podría salir de dudas cuando hablase con él.

Sus pensamientos se difuminaron cuando se dio cuenta de donde se encontraba. Le faltaban menos de cincuenta metros para llegar a la Ermita de San Antonio, un pequeño edificio de piedra con una llamativa fachada frontal que le daba el aspecto de un muro de castillo y que estaba situado en lo más alto de esa parte de la costa. Cien metros a su izquierda estaba el Acantilado de San Antonio, una pared de piedra vertical de ochenta metros de altura que, cuando la marea estaba baja, dejaba al descubierto un curioso lecho de piedras oscuras. De niño su padre solía ir allí con un amigo a coger percebes. Era tan inaccesible que solo se podía llegar abajo descolgándose con una cuerda, lo que aseguraba coger los mejores percebes de toda la costa de Llanes.

Roberto decidió no acercarse, y no porque le diese miedo el acantilado. Lo que realmente le asustó fue ver que el lugar era exactamente igual a como lo había vivido en sus sueños las últimas noches. Solo faltaba ella.

Incapaz de enfrentarse a sus recuerdos, se dio media vuelta y regresó a Cuevas.

Roberto regresó una hora después al hotel, donde se dio una ducha y desayunó en el comedor que había junto a la recepción. Allí charló durante unos minutos con un belga de unos cincuenta años al que acompañaba una mujer mucho más joven que él. Al igual que otros belgas que solían veranear en el pueblo, era hijo de emigrantes, uno de aquellos jóvenes de la región que en la década de los cincuenta y sesenta habían emigrado a Francia, Bélgica o Suiza. Sus hijos acompañaban desde pequeños a sus padres cada verano para visitar a la familia que habían dejado en el pueblo, y ahora de mayores muchos regresaban a la que consideraban su segunda tierra.

Tras reponer fuerzas, Roberto volvió a su habitación y llamó por teléfono a la sargento Ruano, cuyo número tenía grabado en la memoria de su móvil desde el día anterior. Si Juanín era el autor de la nota, no tenía sentido seguir con la investigación.

—Mi sargento, soy el cabo Fuentes —dijo cuando ella respondió a su llamada.

—Dime, Fuentes.

—No sé si la pillo muy ocupada.

—No, tranquilo. De momento sigo en Oviedo. ¿Qué pasa?

—Creo que la nota es una broma —le soltó a bocajarro, explicándole acto seguido por qué había llegado a esa conclusión.

Ruano no le interrumpió. Dejó que hablase y, cuando terminó, dijo con voz seca:

—Me cuesta creer que alguien pueda bromear con una cosa así, a no ser que esté enfermo de la cabeza.

—Juanín no está enfermo, solo le gusta gastar bromas y esta puede que se le haya ido de las manos.

—Por su bien espero que no sea así, porque pienso meterle en un

calabozo y tirar la llave.

Su tono de voz indicaba que no estaba para bromas.

—Al menos así sabría que no existe ningún asesino —trató de suavizar las cosas.

—¿Ya has hablado con el capullo de tu amigo?

—De momento no. Pensaba esperar a esta tarde e ir juntos, como habíamos hablado.

—No estoy segura de poder llegar a tiempo. El cabrón del abogado de Gustavo ha conseguido que el juez medite reabrir el caso y tendré que revisar todas las pruebas que presentamos contra él.

—Pensé que estaba claro que él era el asesino.

—Lo está, pero quiero comprobar que no hay ningún cabo suelto. El anterior juez no tuvo dudas de su culpabilidad, a pesar de no poder situarle en la escena del crimen.

—No entiendo.

—En todo homicidio hay cuatro preguntas claves que los investigadores debemos responder: dónde, cuándo, cómo y por qué —comenzó a explicarle—. O, dicho de otro modo, necesitamos identificar el lugar en el que se cometió el crimen; la hora exacta a la que murió; el modo en que la víctima fue asesinada; y qué motivo tenía el asesino para acabar con su vida. Las respuestas a esas preguntas deben dar como resultado su identidad. Si, además, logramos situar al presunto asesino en la escena del crimen la condena está asegurada.

—¿Y en este caso no fue así?

—No exactamente. Vanesa Tamargo no tenía restos de ADN del asesino bajo sus uñas, por lo que no se pudo demostrar que hubiese luchado contra él, y tampoco encontramos ropa de Gustavo con sangre de la víctima. En el lugar del crimen, la playa de Cuevas del Mar, tampoco encontramos pruebas que demostrasen que Gustavo estuvo allí, excepto el mensaje de Whatsapp en el que quedó en verse con ella. —Aunque Roberto ya había leído todo eso en el informe, no quiso interrumpir a la sargento—. Por eso digo que no pudimos situar a Gustavo en la escena del crimen, aunque sí lo identificamos como autor material cuando encontramos un martillo con la sangre y el ADN de la víctima, y sus huellas en él.

—Esa parece una prueba definitiva.

—No si Gustavo hubiese demostrado que a la hora de la muerte de la víctima estaba en otro lugar, algo que no pudo hacer. Declaró que esa noche se

había quedado solo en casa, tomando unas cervezas y viendo el fútbol, y que luego se quedó dormido en el sofá, donde despertó a la mañana siguiente. Su mujer tenía turno de noche en el hotel, por lo que no pudo certificar que se encontraba allí. Ni ella ni nadie.

—No tenía coartada —dedujo Roberto.

—Hasta ese momento sabíamos dónde habían matado a la víctima, a qué hora y con qué —prosiguió ella con su explicación—. No tardamos en averiguar por qué.

—Estaba embarazada de Gustavo.

—Así es. Eso bastó para que el juez le condenase.

—Entonces no entiendo por qué ahora otro juez puede reabrir el caso.

—No lo hará. Le presentaremos de nuevo las pruebas y seguro que nos da la razón. Lo único que quiere ese abogado es tocarnos los cojones dando a entender que hay un asesino en serie suelto por Nueva.

—Si Juanín nos confirma que el mensaje es solo una broma pesada ese abogado no tendría a qué agarrarse. Tal vez sería mejor que hablase con él lo antes posible.

—No, quiero estar presente para dar validez a su declaración. Si esto se alarga y no puedo volver hoy estaré ahí por la mañana, para que así puedas irte de tarde a Madrid. Espero que no te importe.

—Aguantaré, no se preocupe —dijo medio en broma.

—Muy bien, Fuentes. Si no te llamo, nos vemos mañana.

Roberto dejó el teléfono sobre la mesita y se tumbó en la cama para leer un rato. Necesitaba ocupar la mente en algo que no fuesen asesinatos, así que sacó de la mochila su Kindle y lo encendió. Desde que le habían suspendido solía leer al menos un par de libros por semana, sobre todo de ciencia ficción. Le encantaba viajar con la mente a otros planetas y a otros universos, a mundos en los que solía encontrarse más cómodo que en el mundo que le rodeaba.

Pasó el tiempo sin que fuese consciente, absorbido por la historia de un mundo a punto de extinguirse por el impacto de un asteroide, hasta que sonó el teléfono fijo que había en la habitación, sobre la mesita.

—¿Sí? —preguntó sorprendido de que alguien le llamase.

—Roberto, soy Susana. Mi hermano Pedro está aquí y pregunta por ti.

Miró su reloj y vio que era ya la una y media del mediodía

—¿Tu hermano? Pensé que habíamos quedado por la tarde.

—Ni idea, pero dice que bajas.

—Muy bien, ahora voy —dijo colgando el teléfono.

Pedro estaba en la recepción charlando con su hermana cuando Roberto bajó las escaleras.

—Pensé que habíamos quedado esta tarde —comentó sorprendido.

—Sí, lo sé, pero hoy hay mercado y la *muyer* quería mirar algún vestido. Además, a mi madre le apetecía ver a los nietos, así que hemos quedado para comer con ella —aseguró su amigo sonriente—. Las he dejado a su aire y les he dicho que me iba a tomar el vermut contigo.

—¿Vermut a estas horas? —dijo Roberto mirando su reloj—. ¿No es un poco temprano?

—Venga, anda, solo serán un par de *traguinos*.

—¿Un par? —murmuró con ironía.

Roberto pensó que si su amigo seguía bebiendo como quince años atrás iba a volver a cuatro patas a la habitación. No obstante, y a pesar de sus temores, lo siguió a la calle, mientras su hermana les sonreía con mirada cómplice, como si adivinase el modo en que podía acabar aquello.

—¿Y dónde vamos? —preguntó Roberto una vez estuvieron fuera del hotel.

—Al «Dolce Vita», por supuesto.

—¿Pero sigue abierto?

—¿Estás de coña? ¡Ahora está más de moda que nunca! —dijo Pedro soltando una carcajada—. Viene gente hasta de Llanes y de Ribadesella. ¡No veas como se pone los fines de semana por la noche!

—¡No jodas!

—Como te lo cuento. El cabrón de Quique se está forrando.

—¿Ahora lo lleva Quique? —preguntó sorprendido.

—Desde que se jubiló su padre. Estuvo trabajando fuera, hasta que hace unos años volvió para hacerse cargo del negocio y la verdad es que le dio un

giro espectacular.

—Nunca lo habría pensado de él.

—Mejóro la decoración, ahora es más tipo años ochenta, con música ambiente durante el día y música italo disco por la noche. ¿Te acuerdas de la música que escuchaba cuando estábamos con él, la que le grababa su hermano mayor?

—Sí, claro. Pet Shop Boys, Bananarama, Depeche Mode, Madonna... Todavía la sigo escuchando. ¡Me encanta la música de esa época!

—Pues no eres el único. En verano hay días que no cabe más gente dentro.

—¡Me dejas alucinado!

No tardaron en llegar al «Dolce Vita», una casa aislada situada un par de calles detrás del hotel, con un amplio aparcamiento delante en el que en ese momento había una docena de coches. La fachada estaba pintada de amarillo chillón, lo que contrastaba con la piedra vista de las ventanas.

En cuanto puso los pies dentro, Roberto se dio cuenta de que se respiraba aire ochentero por los cuatro costados. En las paredes había carteles enmarcados de películas como «Arma letal» o «La jungla de cristal». También había una foto enorme de Michael Jordan machacando la canasta a una mano y fotos más pequeñas de actores y grupos musicales de los ochenta. Tras la barra del bar había varios estantes con objetos tales como un cubo de Rubik, un radiocasete de doble pletina, una cámara de fotos Polaroid o un teléfono antiguo con marcación de disco. Aunque lo que más le llamó la atención fue que el suelo de la pista de baile, situada al fondo del local, estuviese pintada como una pantalla del juego «Come cocos».

—Mira, ahí está —dijo Pedro tocándole el hombro y señalando el extremo de la barra—. ¡Quique, mira a quien te traigo!

Roberto sintió de pronto cómo los nervios le atenazaban el estómago. Después de tantos años sin saber nada de él, desconocía qué recibimiento le daría su amigo. Tal vez le echase en cara haber cortado la relación con todos los amigos de la pandilla, o simplemente le ignoraría. De cualquier modo, no tardó en salir de dudas.

—Hola, Quique —le saludó con una tímida sonrisa cuando posó los ojos en él.

El aludido le miró algo desconcertado, hasta que se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ostia, no me jodas! ¿Rober? —Acto seguido rodeó la barra y salió al

encuentro de su amigo, abrazándose a él—. ¿De dónde coño sales?

—He venido a pasar el fin de semana.

—Joder, tío, no sabes lo que me alegro de verte después de tanto tiempo —dijo soltándole y dando un paso atrás para mirarle emocionado.

—Y yo a ti.

—¡Qué cabrón, estás como siempre! No has cambiado nada. Bueno, sí, llevas el pelo mucho más corto. ¿Qué pasó con aquel flequillo?

—Me lo cortaron cuando entré en el ejército.

—Sí, algo de eso escuché cuando murieron tus abuelos. ¿Sigues en el ejército?

—No, lo dejé hace unos años. Por lo que veo te va bien —dijo mirando a su alrededor y cambiando de tema para ahorrarse más explicaciones.

—Ya ves, me da para vivir.

—Sí, para vivir —comentó Pedro con una carcajada—. ¡Te estás forrando, cabrón!

—No es para tanto —respondió Quique sin darle importancia—. Supongo que habréis venido para tomar algo, ¿no?

—Sí, pero en la terraza de arriba. Hoy hace buen tiempo y quiero que Rober vea lo bien que te lo has montado.

—¿Qué os subo?

—Un par de vermut.

—Yo prefiero una cerveza, si no te importa —le corrigió Roberto—. El vermut se me sube a la cabeza enseguida.

—El de aquí es casero.

—Peor me lo pones.

—¡Qué cabronazo! —exclamó el dueño del bar riéndose—. ¡Cómo te acuerdas!

—Un día tu padre nos invitó porque habíamos ganado un partido de fútbol contra los de Naves y terminé tumbado en el arroyo que hay aquí detrás. ¡Menos mal que no tenía agua!

Pedro le dio una palmada en la espalda, mientras soltaba una carcajada.

—Venga, vamos *p'arriba*. Tenemos mucho de lo que hablar.

Al fondo, muy cerca de la pista de baile, había una escalera que subía al piso superior, una terraza muy acogedora con una docena de mesas y sillones de mimbre, cubierta por un tejado de cristal. A través de varios altavoces repartidos discretamente por la terraza sonaba el tema «Drive», de The Cars. A Roberto le llamó la atención que hubiese tanto gente joven como gente más

mayor, que rondaban los cincuenta, aunque en el caso de estos últimos era comprensible, dado que era la música que escuchaban en su juventud.

—Ya veo que Quique se lo ha montado bien —comentó Roberto mientras ocupaban una de las mesas próximas a la escalera.

El dueño del local no tardó ni un minuto en presentarse con dos cervezas y un vermut de color, que entregó a Pedro.

—Pensé que ibas a tomarte un vermut conmigo —protestó este.

—Lo siento, pero tengo que trabajar. Me tomo esta cerveza para charlar un *ratín* con vosotros y vuelvo abajo.

—Como quieras, pero yo pienso tomarme un par más de estos. ¡No sabéis lo que es comer con mi madre!

Sus amigos soltaron una carcajada, que dio pie a una serie de divertidas anécdotas de su época de adolescentes, relatadas casi siempre por Pedro y encabezadas por la frase *¿Os acordáis cuando...?*

Ninguno de los dos preguntó a Roberto sobre el motivo por el que había dejado de ir al pueblo, lo que ayudó a que cada vez se sintiese más cómodo en la conversación. Quique le contó que la gran mayoría de amigos de la infancia se habían ido a vivir lejos de Nueva. En su caso había vuelto para trabajar en el bar de su padre después de cinco años estudiando y trabajando en Gijón, y seguía soltero. Pedro, por su parte, relató cómo su mujer le había «cazado» con solo veintidós años, casándose un par de años después. En la actualidad trabajaba para el Ayuntamiento de Naves por las mañanas, y por las tardes haciendo pequeñas obras en los pueblos de alrededor.

—Trabajé de albañil hasta hace seis años, y la verdad es que me pagaban una pasta —explicó Pedro con cierta añoranza—, pero luego la cosa se puso muy jodida con lo de la crisis del ladrillo, así que decidí asegurar. Saqué una plaza fija en el ayuntamiento y de vez en cuando me gano un dinerillo haciendo algunas chapuzas. Por suerte, con eso nos llega para vivir bien.

—¡Serás cabrón —se burló Quique—, pero si hace un año te compraste un todoterreno Range Rover de esos nuevos!

—Sí, bueno, eso fue porque ella heredó una finca y la vendimos.

—Anda, que no vacilas poco con él cada vez que vienes al pueblo. Incluso le has puesto una pegatina atrás que dice «poderío asturiano».

—¡Ye¹ lo que hay! —exclamó orgulloso Pedro antes de soltar una carcajada.

—¿Y tú qué? —preguntó Quique mirando a Roberto—. ¿Qué has hecho estos últimos años?

—Estuve en el ejército —respondió de manera escueta.

—Sí, eso nos lo contaron. ¿Pero qué hiciste allí?

—Pues... estuve de misión un par de veces

—¿Dónde?

—Una en Kosovo y otra en Irak.

—¡No jodas! ¿Cuándo la guerra?

—Más o menos.

—¿Y cómo era aquello? ¿Tuviste que pegar tiros?

—No fueron unas vacaciones —dijo forzando una sonrisa que de inmediato comprendió que no engañaría a sus amigos—. La verdad es que fue duro, pero prefiero no hablar de ello, si no os importa.

—Claro, tío, lo entiendo. ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

—Lo estuve, pero la cosa no funcionó. No consigo encontrar a ninguna que me aguante lo suficiente —bromeó.

—Y no la busques —aseguró convencido Pedro poniendo cara de agobio—. No tientes al demonio dos veces.

Su comentario provocó nuevas carcajadas que inundaron la terraza y que llamaron la atención del grupo de personas que en ese momento accedió a ella. Eran cuatro hombres y seis mujeres, todos con pinta de latinoamericanos, excepto uno que llevaba puestas unas gafas de sol y que al pasar al lado de ellos dibujó una sonrisa estúpida. Aunque no podía verle los ojos, Roberto supo que le miraba a él. Caminó con sus amigos hasta una mesa situada al fondo, donde se sentaron.

—¿Ese de las gafas de sol no es Diego «el baboso»? —preguntó después de unos segundos.

—Sí —le respondió Quique.

—¿Y sigue siendo tan gilipollas como antes?

—Más o menos.

—¡Qué asco le tuve siempre!

—No sé por qué, a mí nunca me cayó mal —aseguró Pedro.

Roberto reflejó una mueca de disgusto.

—¿Sabéis que una vez Oscar y yo estuvimos a punto de pegarle?

—¿Y eso?

—Nos tenía hasta los cojones. Siempre que nos veía por ahí nos menospreciaba y se metía con nosotros, sobre todo si estábamos con alguna chavala. Un día que estaba borracho empezó a vacilarnos, así que nos armamos de valor y nos enfrentamos a él. Solo teníamos dieciséis años, diez

menos que él, pero no nos importó. Le dijimos que le íbamos a partir la cara allí mismo, y os juro que estábamos decididos a hacerlo, hasta que apareció Jandrín «el de Villanueva». Era amigo de Diego y dijo que no veía justo que fuésemos dos contra uno. Aseguró que si empezábamos la pelea se pondría de parte de él, y respetábamos demasiado a Jandrín como para seguir adelante, así que lo dejamos. Nos quedamos con las ganas.

—Jandrín siempre fue muy buen tío —aseguró Pedro.

—Por eso lo dejamos correr. No queríamos pegarnos con él.

—Y Diego siempre fue un gilipollas —puntualizó Quique—. Lo sigue siendo.

—Recuerdo que en aquella época andaba trapicheando con chinas de costo —prosiguió Roberto—, hachís del malo que él decía que era marroquí y que para mí que era goma de neumático. A más de uno le tomó el pelo.

—En eso no ha cambiado. Ahora anda con esos colombianos trapicheando con cocaína que según él es colombiana, pero para mí que tiene de colombiana solo el color. ¡Incluso presume de que conoció a Pablo Escobar!

Roberto soltó una carcajada al escuchar eso.

—¡Pero cómo puede ser tan fantasma! Pablo Escobar debió morir cuando él tenía... ¿cuántos? ¿Quince años?

—Alguno más, pero dudo que se acercase alguna vez por Colombia. No creo que haya salido de España nunca.

—No levantéis la voz que os va a oír —les rogó Pedro haciendo gestos con las manos para que bajasen el volumen.

—¿Y qué va a hacernos? Sabe que se la juega si se mete en otro lío —le replicó Quique con cierto desdén.

—¿Y eso por qué? —preguntó Roberto interesado.

Quique se inclinó hacia delante para decir en voz baja:

—Está en libertad condicional por lo de Vanesa, la chavala esa que murió el año pasado. —Un profundo silencio siguió a sus palabras, hasta que continuó mirando a Pedro con cara de circunstancias—. Lo siento, tío, perdona. No debería mencionar ese tema.

—¿Qué tema? —insistió Roberto.

Fue el propio Pedro quien respondió.

—Mi cuñado... bueno, más bien mi «excuñado» —dijo remarcando esa última palabra—. Está en la cárcel por matar a una joven del pueblo.

—¡Joder, no tenía ni idea! —mintió Roberto de forma convincente.

—Fue un golpe bastante duro para la familia, sobre todo para mi hermana, pero por suerte ya lo hemos superado.

—¿Y Diego estaba implicado?

—No, pero le detuvieron como sospechoso porque había estado acosando alguna vez a Vanesa —le explicó Quique—. Bueno, más que acosar, «babeaba» a su alrededor. Lo típico en él de siempre, vamos.

Roberto recordó que Diego se había ganado a pulso el apodo de «el baboso» años atrás. En aquella época era muy pesado con las mujeres, sobre todo con las que no pasaban de los veinte años. Presumía de que le gustaban «muy tiernas», aunque en realidad las que tenían más de esa edad ya le conocían y no le hacían ni puñetero caso. Parecía que eso no había cambiado con el paso de los años.

—Cuando le detuvieron para interrogarle por la muerte de Vanesa llevaba encima varios gramos de coca —prosiguió Pedro—. Por suerte para él no tardaron en pillar al asesino y se libró de la cárcel, pero está en libertad condicional por lo de la droga.

—Y el gilipollas sigue trapicheando —se burló Quique—. Nunca fue muy listo. Veremos si lo de la otra chavala no termina salpicándole.

—¿Qué chavala? —preguntó Roberto.

—La que saltó desde el acantilado. Lo vi varias veces aquí poniéndose muy pesado con ella, invitándola a copas y ofreciéndole droga. De hecho le amenacé con no volver a dejarle entrar si le veía trapicheando dentro del bar.

—Es un fantasma, nada más —le defendió Pedro—. No es mal tío.

—Pues más le vale que no saltase por estar drogada, porque se metería en un buen lío.

Roberto sabía que no era así. En el informe que la sargento Ruano le había pasado se mencionaba que en la autopsia no se habían encontrado rastros de drogas y una cantidad de alcohol que no era excesiva.

Un camarero entró en ese momento en la terraza y llamó la atención del dueño del bar.

—Pedro, está aquí uno de los proveedores. Quiere hablar contigo.

—Voy —respondió poniéndose en pie y despidiéndose de sus amigos—. Me tengo que ir, pero espero veros esta noche. Estáis invitados a las copas que queráis. Hay que celebrar tu regreso, Rober.

—Bueno, tampoco te vengas arriba, que este antes bebía mucho —replicó Pedro riéndose.

—Mucho más que ahora, te lo aseguro —respondió Roberto.

Cuando se quedaron a solas, Pedro no tardó en decir:

—No hagas mucho caso de lo que dice Quique de Diego. Ya sabes que no lo puede ver delante.

—¿Y eso?

—Joder, ¿no te acuerdas de aquella novia que tenía Quique y que la dejó porque una noche se enrolló con Diego?

—¡Ostia, sí! ¿Cómo se llamaba? —trató de recordar.

—Noelia.

—¡Eso! Debíamos tener diecisiete o dieciocho años, de aquella.

—La tía era un putón que se cepillaba a todo el que podía, aunque Quique no se enteró hasta después. En cierto modo, Diego le hizo un favor, aunque desde entonces lo odia.

—Normal.

La melodía de un móvil interrumpió la conversación.

—Perdona —dijo Pedro sacando su teléfono del bolsillo y respondiendo a la llamada—. Dime, cari... Sí, estoy con mi amigo... Lo sé, pero... Está bien, voy ahora.

Pedro puso cara de circunstancias.

—Mi mujer —aseguró tras colgar—. Dice que los críos están dando guerra y que si puedo ir ya a comer. Lo siento, tío.

—No te preocupes. Nos vamos cuando quieras.

Los dos apuraron sus bebidas y se encaminaron a la escalera que bajaba al interior del pub, aunque, antes de salir, Roberto miró de reojo a la mesa en la que estaba sentado Diego. Este le miró de nuevo con aquella falsa sonrisa, lo que le confirmó que le había reconocido.

Después de la comida, Roberto decidió salir a dar una vuelta. Susana no le había mentado, la fabada de su tía era la mejor que había probado nunca, tanto que había comido dos platos. Ahora, con la barriga llena, lo último que necesitaba era estar sentado, así que pensó en ir andando hasta la playa. La tarde era agradable e invitaba a no quedarse encerrado en su habitación.

Pasó junto al bar donde más de una vez había ido a comer de tapas con sus amigos por muy poco dinero. Ahora era un restaurante de aspecto elegante con un camarero con pajarita en la puerta. No quiso ni imaginarse cuanto podían «clavar» por comer allí.

A la salida del pueblo, después de pasar la pista de fútbol, se encontró con un muro de piedra de unos tres metros de altura que transcurría paralelo a la carretera. A mitad de su recorrido lo atravesaba un camino asfaltado que llevaba hasta un chalet que no tuvo tiempo de ver. Un todoterreno Audi Q7 de color blanco con las lunas tintadas salió a toda velocidad del interior y a punto estuvo de llevarle por delante, de no ser porque se apartó a tiempo. Antes de que le diese tiempo de llamarle «gilipollas», el vehículo se alejó a toda velocidad en dirección a la playa.

—¡Van como locos! —dijo una anciana desde el otro lado de la carretera, al pie del camino que llevaba a una casa con pinta de tener bastantes años.

—Ya lo veo.

—Yo te conozco —aseguró ella, obligando a Roberto a detenerse para prestarle atención—. Tú eres de los de la Ribera, nieto de Soledad, ¿no?

—Pues... sí —respondió desconcertado. La Ribera era la parte del pueblo en la que vivía la familia de su padre desde hacía varias generaciones, hasta que él lo había vendido todo para irse a Cuba.

—¡*Saquete pola pinta!* —dijo la mujer sonriendo.

Aquella era una expresión que Roberto llevaba escuchando desde niño y

que venía a decir algo así como: «sé quién eres porque te pareces a alguien de tu familia». En el caso de la anciana que tenía delante era fácil que le recordase de cuando era crío, pero en una ocasión había ido a un pueblo que estaba más allá de Llanes, y una mujer mayor supo de qué familia era asegurando lo mismo: «*saquete pola pinta*». Al parecer Roberto se parecía mucho a un tío de su padre que la mujer conocía.

—Así que eres el hijo de Servando.

Al escuchar ese nombre, Roberto sintió que se le erizaba la piel.

—Sí —respondió con timidez.

—Hacía mucho que no se te veía por aquí.

—He estado fuera.

—¡Y tanto! Perdiste hasta el acento, aunque es normal. Me acuerdo yo cuando...

La mujer comenzó a relatarle que con quince años se había ido a trabajar a Bélgica, con una tía suya que vivía allí, y lo duro que había sido para ella estar tan lejos de su querida «tierrina». Le explicó que había vuelto diez años después para pasar el verano, pero que conoció al que luego sería su marido y ya se quedó para siempre.

—Debimos irnos juntos a Bélgica —se lamentó con pesar—. Puede que así mi nieta estuviese viva ahora.

—¿Su nieta? —se interesó Roberto.

—Diana, mi pequeña —dijo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Dicen que se tiró por el Acantilado de San Antonio, pero yo no lo creo. Iba a marcharse a Madrid para ser doctora. Ella no saltó, la empujó alguien.

—¿Quién?

—No lo sé, pero anduvo con el hijo del alcalde y a mí ese chaval nunca me gustó. ¡Y su padre menos!

—¿Cree que el chaval tuvo algo que ver en su muerte?

La mujer no dijo nada más. En ese momento un muchacho de unos quince años salió del interior de la casa y le gritó:

—¡Güelita², dice mamá que entres a tomar tu manzanilla!

Ella asintió conforme y comenzó a recorrer los cincuenta metros que la separaban de la casa, aunque se detuvo a mitad de camino para decir:

—El padre nunca quiso que saliesen juntos.

El ambiente en la playa de Cuevas era casi como en verano, o al menos

como lo recordaba él. El buen tiempo había animado a la gente a acercarse y tanto el bar como la playa en sí estaban bastante concurridos. Se acercó precisamente al bar, en cuya puerta estaba aparcado el Audi todoterreno que casi le había atropellado a la salida del pueblo. Aunque no había visto al conductor debido a que tenía las lunas tintadas, echó un vistazo a las mesas que había fuera del bar, todas ellas ocupadas. En un principio no reconoció a nadie. La mayoría era gente mayor que él y con pinta de «veraneantes», expresión utilizada por los del pueblo para referirse a quienes pasaban en él las vacaciones, tanto de verano como el resto del año.

No obstante, en una mesa identificó una cara conocida. Tenía mucho menos pelo en la cabeza de lo que recordaba, con dos visibles entradas a cada lado de la frente. Vestía una camisa azul con finas rayas blancas y un pantalón vaquero de color rojo, junto con un chaleco acolchado de color azul oscuro sin abrochar. En el cuello llevaba anudado un *fular* de hombre de color blanco.

Cuando sus miradas se encontraron, él pareció sorprenderse, y de inmediato se puso en pie para saludarle. A pesar de los años transcurridos, vio en su mirada ese aprecio que sentían el uno por el otro.

—Hola, Rober.

—Hola, Santi.

Primero se dieron la mano y luego se fundieron en un abrazo.

—¡Has vuelto! —dijo Santi sonriente—. ¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Quince años, por lo menos.

—¿Tanto? ¡Qué cabrón, no has cambiado nada!

—Tú tampoco.

—¡Ya me gustaría! —aseguró pasándose la mano por la cabeza—. ¿Te acuerdas del pelazo que tenía en aquella época? Ya ves, la mitad se perdió por el camino.

Roberto soltó una carcajada, y aceptó la invitación de su amigo para sentarse a su mesa. Con un gesto llamó al camarero, que tomó nota de los cafés que pidieron.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo Roberto—. ¿Estás de vacaciones?

—¿De vacaciones? ¿Qué pasa, tengo pinta de veraneante?

—Pues...

Sus dudas provocaron la risa de Santi, que se acarició el chaleco antes de responder:

—Ahora tengo que dar buena imagen, es mi trabajo.

—¿Y eso?

—Soy el alcalde de Nueva.

Roberto había conocido a Santi con catorce años, precisamente jugando un partido de fútbol en la playa de Cuevas. No era muy habilidoso con el balón, sobre todo porque estaba algo gordito, pero cuando se ponía de defensa era difícil regatearle. Dos años más tarde, empezaron a salir juntos en la misma pandilla, que entre chicos y chicas aquel verano superó los veinte integrantes. Fue el verano en que empezaron a interesarse por las chicas, y Santi demostró enseguida que, a sus dieciséis años, era muy enamorado. Roberto mantenía con él una gran amistad, ya que le parecía una persona muy noble y sincera. Quizás ese fue su problema. A Santi le gustaba una chavala de la pandilla a la que él también parecía agradarle. Pasaba a buscarla por casa cuando salían y ella dejaba que la invitase a varias copas cada noche. Dicho de forma sencilla, se dejaba querer. Sin embargo, a ella quien realmente le interesaba era Manu, otro de la pandilla de aquel verano.

Cuando Santi le confesó que tenía intención de preguntarle a la chica si quería ser su novia, Roberto intentó convencerle para que esperase a que ella le diese pie, pero su amigo no le escuchó. Estaba tan enamorado que no se dio cuenta del doble juego de ella, y, tal y cómo Roberto se temía, lo rechazó.

Sentado ahora con él casi veinte años después, Roberto recordó a su amigo en aquella misma playa llorando como un niño —en realidad, a esa edad todos lo eran todavía—, en una mezcla de dolor y vergüenza. Dolor porque sentía su corazón roto y sus ilusiones destrozadas, y vergüenza porque muchos de la pandilla le estaban viendo llorar, aunque ninguno pareció compadecerse de él. Roberto fue el único que se acercó para consolarle. Al llegar a su lado, Santi levantó la cabeza y dijo con ojos llenos de lágrimas:

—A partir de ahora voy a ser un cabrón con las tías.

Y cumplió su palabra. El verano siguiente le costó reconocer a su amigo. Aquel chaval cariñoso y buena persona se había convertido en alguien altivo

que presumía del dinero que manejaba y que trataba a las chavalas con evidente prepotencia. Roberto fue el único al que nunca miró por encima del hombro, pero poco a poco sus caminos se separaron. Santi empezó a salir con otros amigos por Llanes y el siguiente verano solo lo vio en un par de ocasiones. Luego no supo más de él.

—¿Recuerdas cuando jugábamos al fútbol en esta playa? —preguntó Santi devolviéndole al presente, con una sonrisa que aparentaba ser sincera.

—Eras como un muro cuando jugabas de defensa.

—Por culpa de mi barriga. Como ves, no conseguí deshacerme de ella —dijo acariciándosela por encima de la camisa—, y si tuviese que jugar ahora no aguantaría más de diez minutos. A ti, en cambio, se te ve en buena forma.

—No creas, los años se van notando.

—Al menos sigues teniendo todo el pelo. ¡No sabes cómo te envidio! ¿Cómo lo haces?

—No tomándome las cosas muy en serio.

—Ya me gustaría a mí poder hacer lo mismo.

Roberto intuyó que hablaba de su trabajo.

—¿Cómo has terminado de alcalde de Nueva?

—De rebote. Me metí en política hace unos años en Madrid, ocupando pequeños cargos en el partido, pero escalando poco a poco —dijo con orgullo y cierta suficiencia—. Hace cuatro años el partido me preguntó si me interesaba asumir la dirección aquí. Al alcalde socialista que había en ese momento acababan de pillarle robando dinero del Ayuntamiento, así que no me costó ganarme a la gente. En las elecciones del año siguiente fui elegido alcalde.

Viendo su forma de vestir y conociendo de que su familia siempre había sido de derechas, Roberto imaginó a qué partido pertenecía.

—¿Y qué tal lo llevas como alcalde?

—Bastante bien. A pesar del dinero que se llevó de la caja el anterior alcalde, estamos haciendo bastantes cosas en el pueblo y mejorándolo, aunque el último año ha sido duro. El asesinato de una chavala aquí, en esta playa, no fue la mejor publicidad para Nueva —dijo con pesar.

—Al menos cogieron al asesino, según tengo entendido.

—Sí, menos mal —afirmó Santi asintiendo con la cabeza—. ¿Y tú qué haces por aquí? ¿Vienes a quedarte?

—Solo unos días, me apetecía salir de Madrid y desconectar.

—¡No jodas que vives en la capital! Normal que necesites largarte unos

días.

—Es probable que no tarde en largarme a vivir a otro sitio —dijo de manera inconsciente, dada la alta probabilidad que había de que le echasen de la Guardia Civil.

—¿Y a qué te dedicas? Tal vez tenga trabajo para ti.

—Trabajaba en una empresa de seguridad —aseguró improvisando sobre la marcha.

—¡Qué bien! Necesito un policía local. De momento no hay presupuesto para pagarte un sueldo, ni a ti ni a ningún otro, pero todo se andará —dijo soltando una carcajada a continuación.

—Agradezco la oferta. Miraré mi agenda —respondió Roberto, riendo a su vez—. Por cierto, ¿quién es la mujer a la que mataron? ¿La conozco?

—Lo dudo, era Vanesa, una chavala de diecinueve años. Su padre, Belarmino, murió hace unos años de cáncer y su madre, Marimar, vive en la plaza de la Blanca.

—No me suenan.

—Ese verano estuvo trabajando en el Ayuntamiento para pagarse los estudios, como ayudante de secretaria. Ya sabes, haciendo fotocopias, recogiendo el correo y echando una mano en lo que hiciese falta. No merecía morir así —dijo sin mucho convencimiento.

—Pero no ha sido la única muerte violenta en el pueblo, ¿no?

Roberto notó que su amigo se ponía tenso.

—¿Por qué lo dices?

—De la que venía andando hacia aquí estuve hablando con una mujer que me dijo que su nieta había muerto hace poco. Una tal... Diana, creo que me dijo. ¿La conocías?

Santi se tomó unos segundos para responder.

—Sí, una tragedia —dijo con sequedad—. Se suicidó en el mismo sitio que Miriam.

Roberto contuvo el aliento, pero acto seguido continuó hablando como si no le hubiese molestado la comparación.

—Dijo que era novia de tu hijo. No me imaginaba que tuvieses un chaval tan grande.

—Tiene dieciocho años, pero no eran novios. Tonteaba con él... y con otros. Ya sabes que a esa edad los tíos somos bastante tontos y nos dejamos manipular por cualquier par de tetas. —Roberto intuyó que lo decía por su mala experiencia de chaval, aunque, aun así, le pareció un comentario poco

afortunado—. No pongas esa cara. Las mujeres siempre han sido más listas que nosotros y esta era demasiado lista. De todas formas, si saltó no creo que fuese por culpa de él. Hacía tiempo que no salían juntos.

—¿Y por qué crees que lo hizo?

—Ni idea. Las chavalas a esas edades son imprevisibles, tú lo sabes mejor que nadie.

Fue un golpe bajo, su modo de decirle «*cambia de tema si no quieres que remueva la mierda del pasado*», así que Roberto lo hizo.

—Por suerte esas cosas no afectan al turismo —dijo mirando a su alrededor—. El pueblo está muy animado.

—En estos últimos años hemos apoyado a los pequeños empresarios para mejorar sus negocios —presumió Santi orgulloso—. No tenemos dinero para subvenciones, pero hemos hecho una importante rebaja de impuestos y publicidad gratuita en todos los medios a nuestro alcance. ¿Has entrado en la web del Ayuntamiento?

—No.

—Pues hazlo. Podrás ver todos los eventos que hemos organizado desde que estoy en la alcaldía.

Santi miró entonces su lujoso reloj de pulsera y torció el gesto, apurando el café de un solo trago.

—Tengo que volver al pueblo. ¿Quieres que te lleve?

—No, gracias, me apetece andar.

—Si sales esta noche podemos tomar algo juntos, como en los viejos tiempos.

—Me encantaría.

—Hasta entonces. Me alegro de haberte visto, Rober.

Santi se despidió con un apretón de manos y una sonrisa que parecía ensayada, la típica sonrisa del político que busca votos. Al menos esa fue la impresión que tuvo Roberto. Poco después le vio alejarse con su flamante Audi Q7 blanco.

Al regresar al hotel, Roberto se encontró con Susana en la puerta, que nada más verle dibujó una amplia sonrisa.

—Hace una tarde estupenda.

—Sí —respondió él sin mucha alegría.

Al entrar en el pueblo de vuelta de la playa había pasado al lado de un pequeño parque en el que había varias ancianas sentadas en bancos. Una de ellas debió reconocerle al acercarse porque comenzó a cuchichear con las demás y todas le clavaron la mirada en actitud despectiva, acompañada de comentarios del tipo «qué hará este por aquí otra vez» o «mejor se largaba otra vez». Por un momento estuvo a punto de detenerse, aunque llegó a la conclusión de que no merecía la pena discutir con ellas y siguió su camino.

—No lo recordarás, pero de pequeña solía seguiros en bici a mi hermano y a ti cuando ibais a la playa. Pedro casi siempre se daba cuenta antes de salir del pueblo y me mandaba de vuelta a casa, pero una vez le convenciste para que me dejara ir con vosotros.

—¿Cuándo fue eso?

—Yo tenía diez años.

—Ha llovido mucho desde entonces.

—Pues sí. La verdad es que me dio mucha pena cuando dejaste de venir al pueblo —afirmó con expresión triste—. No fue justo cómo te trataron. Tú no tuviste la culpa de lo que le pasó a aquella chica.

—Lástima que nadie más pensase así.

—Seguro que lo pasaste muy mal.

Roberto se limitó a asentir con la cabeza y entrar en el interior del hotel.

—Creo que voy a darme una ducha.

—¿No vas a salir esta noche? —preguntó Susana siguiendo sus pasos.

—No creo.

—¿Por qué no te animas? Si sales, te invito a una copa.

—Tenía pensado descansar. Mañana vuelvo a Madrid por la tarde.

—¿No has cambiado de opinión con lo de quedarte?

—No, nada me ata ya a este pueblo.

—¿Y entonces por qué has venido?

Roberto se dio cuenta de que no iba a ser fácil improvisar una respuesta convincente.

—Quería comprobar si las cosas habían cambiado, pero veo que todo sigue igual.

—¿A qué te refieres?

Roberto le contó su incidente con las ancianas del parque.

—No les hagas caso —le aconsejó Susana—, son gente mayor acostumbrada a cotillear desde que nacieron.

—En Madrid no me tengo que preocupar por lo que la gente diga de mí.

—¿Te espera alguien allí?

—No, pero...

—Entonces quédate unos días más. Algunos de tus amigos siguen por aquí y seguro que se alegrarán de verte.

—Lo siento, pero prefiero largarme —dijo sin más explicaciones.

Susana pareció decepcionada, pero no insistió. Volvió a su puesto de trabajo tras el mostrador, aunque, antes de que él se perdiese escaleras arriba, dijo:

—Si cambias de opinión con lo de la copa, avísame. Estaré por aquí hasta la hora de la cena.

Pero Roberto no cambió de opinión. Se pasó el resto de la tarde viendo una película, y después de cenar estuvo leyendo hasta que el sueño le venció. Aunque no volvió a tener la misma pesadilla, sí que estuvo inquieto toda la noche, despertándose en varias ocasiones. Cerca de las seis de la mañana consiguió quedarse profundamente dormido, hasta que le sobresaltó el sonido de su teléfono móvil.

—Fuentes, soy la sargento Ruano —sonó su voz nada más descolgar.

—¿Ya ha vuelto de Oviedo? —preguntó mirando su reloj. Eran las ocho y diez de la mañana.

—No, voy a salir ahora, pero necesito que me hagas un favor. Tienes que ir ahora mismo a la playa de Cuevas del Mar.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Acaban de encontrar un cadáver allí.

El día amaneció gris y triste. Al pisar la calle el viento acarició su cara, mientras en el cielo, sobre su cabeza, las nubes pasaban veloces. Eso le trajo a la mente las palabras de su abuelo en días como aquel: *En cuanto pare el viento, empezará a llover.*

El primo de Susana, que en ese momento la sustituía en la recepción, le dijo algo antes de salir del hotel, aunque no le escuchó. Tenía la mente en otras cosas. Subió al coche y puso rumbo a la playa de Cuevas del Mar, atravesando unas calles que a esa hora se veían todavía vacías. Eran las ocho y media de la mañana.

Tras recibir la llamada de la sargento, apenas tuvo tiempo de reflexionar, o, más bien, de calibrar lo que estaba a punto de hacer. No cuestionó la orden de la sargento Ruano de dirigirse a la playa para asegurar la zona hasta su llegada, aunque ahora de camino se planteó si no estaba cometiendo un error. En primer lugar estaba suspendido de servicio, por lo que su presencia allí era, cuando menos, irregular. Tampoco tenía idea de lo que se iba a encontrar a su llegada ni a quién. Supuso que los guardias de alguna patrulla de la Guardia Civil Rural que no tenía muy claro si obedecerían sus órdenes. Aunque lo que más le preocupaba era que alguien del pueblo pudiese verle. Hasta el momento se había preocupado de ocultar que era guardia civil y, sobre todo, el motivo que le había llevado a regresar a Nueva. No obstante, antes de llegar a su destino decidió no preocuparse por ello. En pocas horas estaría de regreso a Madrid y dejaría todo aquello atrás.

Cruzó el pequeño túnel que antecedió el acceso a la playa y detuvo su coche unos metros más allá de la salida. Un Nissan Patrol de la Guardia Civil con los rotativos encendidos bloqueaba el carril. El guardia plantado delante del vehículo alzó la mano para que se detuviese. No tendría más de veinte años y parecía recién salido de la Academia. Roberto bajó la ventanilla y

esperó.

—Buenos días —dijo acercándose por el lado del conductor y saludando de forma reglamentaria—. Tiene usted que dar la vuelta. Hoy no se puede acceder a la playa.

—Soy el cabo Fuentes. Me han pedido que venga.

—¡Ah, sí! Mi compañero habló con una sargento de Oviedo que nos avisó de que vendrías. ¿Puedes enseñarme tu documentación?

—Claro —respondió sacando la cartera y mostrándole su tarjeta de identificación.

—Gracias —dijo tomándose unos segundos para leerla. Acto seguido se la devolvió—. Puedes pasar. Mi compañero está más adelante, acordonando la zona.

Sorteó el todoterreno por su izquierda y condujo unos cincuenta metros, hasta llegar al único bar, situado al final de la carretera que transcurría paralela a la playa. Delante de él había dos coches aparcados y un pequeño grupo de gente rodeando a un guardia civil. Si algo estaba claro es que no había acordonado ninguna zona. No se veía ninguna cinta de balizar ni varillas que la sujetasen. Es más, las tres personas que le acompañaban parecían mantener con él una charla amistosa. Cuando vio el coche aproximarse y aparcar a veinte metros de ellos se separó del grupo para recibir al recién llegado. Roberto descendió y le abordó con gesto serio.

—¿Quién es esta gente?

El guardia civil arrojó al suelo el cigarro que estaba fumando y se acercó con cierta parsimonia. Tenía unos veinticinco años.

—¿Y tú quién eres?

—Cabo Fuentes, de la UCO. Me manda la sargento Ruano.

No supo si fue la frialdad con la que lo dijo o el mencionar que iba de parte de ella, pero el guardia tragó saliva y se mostró mucho más colaborador.

—Son el dueño del bar, uno de los camareros y un pescador de la zona, que fue quien encontró el cuerpo —justificó la presencia de los civiles.

Roberto les miró con detenimiento y de inmediato reconoció a uno de ellos, aunque él no reparó en su presencia. La charla con los otros dos le mantenía entretenido, por eso decidió dejar para más tarde hablar con él.

—¿Dónde está el cadáver?

—Allí, sígueme.

El guardia se encaminó hacia la playa seguido por Roberto. Recorrieron primero la carretera de vuelta casi hasta el principio de la playa, y luego se

adentraron en ella, caminando sobre los cantos rodados que arrastraba el río y que se amontonaba en esa zona, hasta un metro por encima del nivel de la arena. Eso impidió que pudiesen ver el cuerpo hasta estar a menos de veinte metros. Estaba tendido justo donde empezaba la arena, cubierto por un chubasquero amarillo. A un par de metros, sobre las piedras, había amontonadas algunas prendas de ropa. Roberto le ordenó detenerse.

—Estábamos de patrulla cerca de aquí cuando nos dieron el aviso —explicó el guardia—. Hemos llamado al cuartel de Llanes para pedir refuerzos, pero tardarán un poco en llegar.

Roberto comprendió por qué la sargento Ruano le había pedido con tanta urgencia que se personase en el lugar. Aunque no tuviese experiencia como investigador criminal, sí sabía cómo preservar la escena del crimen hasta que llegasen los de criminalística, y no contaminarla con ningún elemento externo, como el chubasquero que tenía el cadáver encima.

—¿De quién son esas huellas? —preguntó señalando las que llegaban hasta el cadáver desde el otro lado de la playa.

—Del pescador. Volvía de pescar cuando vio el cuerpo.

—Hay más huellas alrededor del cadáver. ¿Son del pescador o de alguno de vosotros?

—Nuestras no. Ni nos hemos acercado. Supongo que son de él.

—¿Y el chubasquero?

—Se lo puso el pescador. Sí, lo sé —se apresuró a decir al ver su gesto contrariado—, no debió hacerlo, pero es que la mujer está desnuda y le dio apuro dejarla así. No quise volver a acercarme para quitárselo.

—Hiciste bien. —Eso dibujó una sonrisa de satisfacción en el guardia—. Ahora hay que acordonar la zona. ¿Tenéis cintas de balizar y piquetas?

—Sí, lo siento —se disculpó con voz nerviosa—. Es que me lie a hablar con los civiles y...

—No pasa nada. Vete a por ellas y las ponemos juntos —dijo consciente de la importancia de balizar la zona lo antes posible.

Poco más podía hacer. Hasta que llegasen los de criminalística y el juez para el levantamiento del cadáver había que intentar mantener inalterable la escena, y a los posibles curiosos alejados del lugar, en especial la prensa, aunque esperaba que tardasen en enterarse.

La llegada de una nueva patrulla de la Guardia Civil Rural minutos después, cuando estaban balizando el lugar, ayudó a que cualquier curioso que se presentase en la playa no pudiese acercarse a menos de cincuenta metros. Roberto no sabía qué más podía hacer allí, dado que no era su ámbito de actuación, así que se limitó a esperar la llegada de los expertos, entre ellos la sargento Ruano. No obstante, vio que uno de los testigos alzaba la mano para llamar su atención, además de repetir su nombre en varias ocasiones. Era el pescador que había encontrado el cadáver. Permanecía en el exterior del bar junto a los otros dos testigos, custodiados todos ellos por el guardia civil que había balizado la zona junto a Roberto.

Cuando se acercó, el pescador, de pelo oscuro y rizado, salió a su encuentro con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—¡Ya me pareció que eras tú! ¿Qué pasa, Rober? —Antes de que pudiese responderle, el pescador se aproximó a él con los brazos abiertos, así que dejó que lo abrazase—. ¡No sabes cuánto me alegro de verte!

—Y yo a ti, Juanín —dijo devolviéndole el abrazo.

Juanín era el pequeño de la pandilla, de ahí el apodo. Siempre había sido avisado, gracioso y muy buen chaval. Su padre había muerto pescando cuando el tenía un año y su madre tenía una enfermedad que no le permitía trabajar con regularidad. Por eso Juanín aprendió desde pequeño a ganarse la vida y conseguir dinero para sus gastos, pescando peces y cogiendo marisco que luego vendía por los bares del pueblo. Era habitual verle de crío con pantalones remendados o con ropa que le regalaba alguna vecina. Eso, unido a que siempre estaba de buen humor, hacía que todos en la pandilla le tuviesen cariño.

—Sabía que volverías algún día —afirmó al separarse de Roberto—. Esta *tierrina* tiene algo que hace que la gente tarde o temprano vuelva. ¿Qué

tal te va la vida?

—No me puedo quejar. ¿Y tú qué tal?

Juanín perdió la sonrisa antes de responder.

—Pues no muy bien, tío. Parece que me ha mirado un tuerto.

—¿Y eso?

—Hace un semana encontré a una chavala muerta al pie del Acantilado de San Antonio y ahora me encuentro con esta otra chavala —dijo señalando con el dedo la dirección de la playa en que se encontraba el cadáver.

—¿La conocías?

—Muy poco, solo de vista. Ahora vivo en Llanes y trabajo en un bar del puerto.

—¿Y cómo es que andas por aquí?

Juanín dibujó una sonrisa pícaro.

—Conozco esta costa como la palma de mi mano. Sé donde están los mejores puestos para pescar y donde se cogen los mejores percebes.

—Escuché que eras pescador furtivo.

—Ahora lo llaman así —dijo soltando una leve carcajada—. Cuando éramos *guajes*³ lo llamábamos «sacar un dinerillo para vivir». Por cierto, no me has dicho qué haces aquí.

—Soy guardia civil.

—¿Picoletto? ¡No jodas! —exclamó con voz nerviosa dando un paso atrás y perdiendo la sonrisa—. Oye, ¿no irás a denunciarme por lo que acabo de decirte, no?

—Tranquilo, estoy aquí por la muerte de esa joven.

—¡Pobre chavala! —se lamentó un poco más tranquilo.

—¿Cuando la encontraste?

Juanín miró el reloj antes de responder.

—A eso de las siete y cuarto, más o menos. Vine de madrugada para ver si pescaba algún congrio. Hay un paisano que tiene un bar en Posada y que me los compra a buen precio. —Posada era un pueblo situado entre Nueva y Llanes, en la zona interior—. Sé de un sitio cerca de San Antonio donde suelen sacarse bastante bien, aunque hoy no tuve suerte.

—¿A qué hora llegaste aquí, a la playa?

—Debían ser las cuatro o así.

—¿No es un poco tarde para ir a por congrios? Pensé que solían pescarse al oscurecer.

—Sí, pero me gusta más pescar al alba. Suelo tener más suerte que por la

noche.

—¿Qué hiciste al llegar a la playa para ir a pescar?

—Aparqué junto al bar —dijo señalando un viejo Peugeot 206 gris, aparcado más allá del bar— y subí por el camino de atrás. A la vuelta, como la marea estaba baja, vine por «la playina» y vi el cuerpo a lo lejos. No es normal encontrarse a alguien en esta época del año tumbado en la playa a esas horas, y menos desnudo, así que decidí acercarme.

—¿Tocaste el cadáver?

—No, para nada —respondió algo nervioso—. Estaba claro que estaba muerta, así que me limité a taparla con mi chubasquero.

—¿Y cómo sabías que estaba muerta?

—Pues... —Dudó unos segundos—. Porque estaba tumbada bocarriba con los ojos abiertos y la cabeza empapada de sangre. Además, no tenía pulso.

—¿No decías que no la habías tocado? —Su amigo se quedó petrificado al darse cuenta de su error—. No pasa nada porque lo hayas hecho, es normal que quisieses saber si estaba viva, pero debes decírmelo.

—Lo siento, tío, perdona.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Busqué el pulso en... en su muñeca —dudó— y no lo encontré.

—¿Seguro? No es fácil para alguien inexperto buscar ahí el pulso.

Tras dudar de nuevo, negó con la cabeza.

—La verdad es que puse la mano sobre su pecho para ver si le latía el corazón —dijo bajando la voz—. ¿Esto puede quedar entre tú y yo? No quiero que nadie piense que soy un degenerado por tocar el cadáver. Ya me metí en un lío con tus compañeros cuando encontré el cadáver de la otra chavala.

—¿Y eso? —preguntó Roberto como si no supiese nada del tema.

—Porque soy imbécil. Ese día libraba, así que vine por la mañana a ver si pescaba algo. Al pasar junto al acantilado vi un móvil tirado en el suelo y fui tan tonto como para guardarlo en la mochila. La verdad es que acababa de fumarme un porro, así que no pensaba muy bien. Busqué un buen puesto donde pescar y entonces fue cuando vi el cuerpo de la chavala al fondo del acantilado, así que llamé al ciento doce desde mi móvil.

—¿Y qué hiciste con el de la chavala?

—No me acordé más de que lo tenía hasta que llegué a casa. Como nadie me había preguntado por él pensé en quedármelo, pero era de esos de huella dactilar y... —Se encogió de hombros antes de continuar—. El caso es que mi novia me convenció para llevárselo a la Guardia Civil.

—¿Y qué pasó?

—Al principio solo me echaron la bronca, pero luego una pareja de guardias se presentó en mi casa y me llevaron al cuartelillo. Al parecer alguien había escrito un mensaje en el móvil y querían saber si había sido yo. Les aseguré que no, pero me tuvieron detenido hasta que al día siguiente comprobaron que a la hora de la muerte de esa chavala yo estaba cenando con mi novia y unos amigos en un bar de Llanes.

—¿Y qué decía el mensaje? —preguntó para ver su reacción.

—Ni idea, no me lo dijeron, pero te juro que yo no escribí nada en ese puto móvil. Ni siquiera fui capaz de desbloquearlo antes de que se quedase sin batería.

—Está bien, volvamos a lo de este cadáver. ¿Qué hiciste después de comprobar que estaba muerta?

—Le coloqué encima el chubasquero y me alejé un poco para llamar a emergencias. Entonces escuché llegar un coche al bar, así que me acerqué y le conté a estos dos lo que había encontrado —dijo señalando con la mirada a los dos civiles que acompañaban al guardia—. Entonces llamamos a emergencias.

—¿Alguno de ellos se acercó al cadáver?

—No, ninguno.

—¿Seguro?

Esta vez Juanín no dudó.

—Ninguno. Nos acercamos un poco, pero nos quedamos en la carretera, sin bajar a la playa.

—Está bien. Vas a tener que declarar luego en el cuartelillo y contarles lo mismo que a mí.

—Lo sé, ya me conozco la rutina. ¿Les dirás a tus jefes que yo no tuve nada que ver con su muerte?

—Eso tendrán que demostrarlo los expertos, pero no te preocupes, si todo sucedió tal y como me lo has contado no tienes nada que temer.

—Eso espero, porque no quiero meterme en más líos.

Roberto le aconsejó que se tranquilizase y se sentase en cualquiera de las mesas que había en el exterior del bar hasta que llegasen los investigadores. Luego habló con el dueño y el camarero del local. Ambos confirmaron la declaración de Juanín. Habían llegado un poco antes de las ocho de la mañana en coche para limpiar el bar, después de haber cerrado la noche anterior a la una y media de la madrugada.

—En esta época la gente no suele venir de noche, así que cerramos temprano —declaró el dueño del bar, un hombre que sobrepasaba los cuarenta años—. En verano es raro que cerremos antes de las cuatro de la mañana, pero ahora todavía refresca por las noches y la brisa marina no anima a la gente a quedarse en la terraza hasta muy tarde, aunque sea sábado.

—¿Quedaba gente en la playa cuando os fuisteis? —preguntó Roberto.

—Nadie, ni coches ni gente, al menos que yo viese. En verano a las parejas les gusta venir a echar un polvo en el coche mirando al mar, pero en esta época es raro ver a alguien a esas horas.

El camarero corroboró las palabras de su jefe, aunque sí que recordó algo más.

—Anoche conducía yo cuando volvíamos a Nueva, y poco antes de llegar al puente que cruza el río tuve que meterme a la cuneta porque me crucé con un cabrón que iba por el centro de la carretera, en dirección a la playa.

—¿Te refieres al puente que hay antes de llegar a Nueva?

—Sí.

La carretera que salía de Nueva no solo iba a la playa, sino que existía un desvío a mitad de camino que subía al pueblo de Picones y otro más adelante que llevaba a los pueblos de Villanueva de Pría y Garaña.

—¿Qué coche era? —preguntó consciente de que no tenía por qué dirigirse a Cuevas del Mar.

—Un todoterreno, grande... blanco. No me dio tiempo a ver el modelo.

Al igual que a su amigo Juanín, les pidió que esperasen allí hasta que llegase la sargento Ruano para tomarles declaración, aunque les permitió esperar dentro del bar mientras limpiaban. Luego se acercó a los guardias civiles que vigilaban el acceso a la playa y estuvo charlando con ellos de temas intrascendentes hasta que, media hora después, apareció un Citroën C4 berlina metalizado, como el suyo, al que seguían una furgoneta Mercedes Vito negra, un Audi A4 azul oscuro y dos Nissan Patrol más de la Guardia Civil Rural. Tras sortear el cordón de seguridad aparcaron en la cuneta.

Roberto acudió al encuentro del vehículo que iba en cabeza y del que descendieron la sargento Ruano y una cara que reconoció de inmediato

—¿Qué pasa, Hinojosa?

—¡Rober! —exclamó antes de que ambos se fundiesen en un abrazo—. ¡Cómo me alegro de verte!

—Y yo a ti.

—Desde que me fui de Coruña no habíamos vuelto a coincidir.

—Pues sí, ha pasado mucho tiempo desde entonces. ¡Vaya pelazo que tienes! —exclamó Roberto soltando una carcajada.

—Lo sé —dijo Hinojosa pasándose la mano por su pelo engominado—. Mi dinero me ha costado.

—Ya me imagino.

—¿Qué es de tu vida? ¿Te has casado?

—Me casé después de que tú te fueras, pero la cosa no salió bien.

—¿No sería con la hija de aquel Teniente Coronel?

—Pues sí.

—Mal asunto aquella tía. Se veía venir.

—Ya. Yo lo vi demasiado tarde.

—Por eso yo no pienso dejar que ninguna zorra me atrape —le replicó con una sonrisa sarcástica.

—Siento interrumpir tan interesante conversación, pero esta zorra necesita que nos pongamos manos a la obra —intervino la sargento Ruano mientras se colocaba un chaleco verde oscuro con la inscripción «GUARDIA CIVIL UCO», tanto en el pecho como en la espalda. En la mano llevaba otro que ofreció a Roberto—. Toma, te encontrarás más cómodo con él puesto.

—Gracias.

—A ti por venir hasta aquí. No quería llamarte, pero, en cuanto me

comunicaron desde Llanes que había aparecido otro cadáver, decidí que necesitaba a alguien que se asegurase de que nadie accediese a él.

—Ya había una patrulla de rurales cuando llegué.

—Lo sé, pero no es la primera vez que se cargan una escena por ser demasiado curiosos.

—Yo tampoco es que sepa muy bien lo que había que hacer. Balicé la zona con la ayuda de uno de los guardias y luego hablé con los testigos. Uno de ellos es Juanín.

—¿Tu amigo el pescador furtivo? —preguntó sorprendida, a lo que Roberto respondió asintiendo con la cabeza—. ¡Qué casualidad!

—Según él, vino antes del amanecer porque es la mejor hora para pescar congrios y encontró el cadáver cuando volvía al coche.

—¿Pescó algo?

—No. Me contó que tocó el cadáver para ver si tenía pulso y luego lo cubrió con su chubasquero.

La sargento torció el gesto.

—Habrá que esperar a ver qué dicen los de criminalística, pero tu amigo se está metiendo en un follón de los gordos. Es el segundo cadáver que encuentra y su actitud la anterior vez fue cuando menos sospechosa. Solo falta que el teléfono de esta víctima tenga también un mensaje.

—Hablé con él y no me pareció que fuese el autor de la nota dirigida a mí que apareció en el teléfono de Diana.

—¿No le habrás dicho lo que ponía?

—Claro que no, pero ni siquiera sabía que yo era guardia civil. No creo que fuese él.

—Espero que tu amistad con él no te nuble el juicio. —Roberto se encogió de hombros como única respuesta—. De todas formas los de criminalística nos sacarán de dudas.

Vestidos con el mono de trabajo de color blanco, mascarilla y guantes, tres agentes salieron de la furgoneta Mercedes y se acercaron a la zona acordonada. Solo uno de ellos la traspasó, avanzando con cautela y lentitud en dirección al cadáver mientras inspeccionaba el suelo que pisaba. Los otros dos no tardaron en seguir sus pasos.

—Esto va a ser lento —aseguró la sargento mirando a Hinojosa—, así que creo que podemos aprovechar para tomar declaración a los testigos.

—Me parece buena idea —la secundó su compañero.

Roberto decidió quedarse. Por un lado prefería no inmiscuirse en el

trabajo de los dos investigadores, y por otro lado tenía curiosidad por ver trabajar a los de criminalística. Hasta ese momento no había tenido la suerte de coincidir con ellos.

Nada más llegar al cadáver, dos de ellos comenzaron la minuciosa labor de toma de pruebas, mientras el tercero inspeccionaba los alrededores buscando indicios y colocando pequeños letreros amarillos numerados allí donde creía conveniente. Fue una labor que les llevó más de media hora, hasta que uno de ellos se acercó al Audi A4 azul oscuro que acompañaba a la comitiva y de cuyo interior no había salido nadie hasta el momento. A los pocos segundos de llegar a su altura dos personas salieron de la parte trasera.

—Es el juez instructor del caso —dijo la sargento Ruano a su espalda, regresando de la toma de declaraciones—, un hombre muy peculiar. Supongo que en cuanto el brigada Padilla le explique la escena del crimen podrán levantar el cadáver.

Eso requirió una espera de quince minutos más, durante los cuales la sargento explicó a Roberto lo que habían declarado los tres testigos, que era básicamente lo mismo que le habían dicho a él, en especial Juanín.

—¿Le han comentado lo del coche que vieron los del bar?

—Sí, me dijeron que seguramente se dirigía a la playa.

—Puede, pero la carretera no solo viene hasta aquí —le aclaró Roberto—. Teniendo en cuenta el punto de la carretera donde se cruzaron con él, puede que fuese a Picones o a Villanueva.

—Bueno, al menos es una pista que podemos seguir. A ver si los de criminalística nos dan algo más.

Poco después, el brigada al frente del equipo científico se acercó a ellos llevando en la mano una pequeña bolsa transparente con un teléfono móvil dentro que mostró a la sargento Ruano. Roberto contuvo al aliento. Si tenía alguna esperanza de que aquella muerte no tuviese nada que ver con él se difuminó en cuanto comenzó a hablar.

—El móvil no está bloqueado —comenzó a decir el recién llegado. Tenía la máscara quitada, dejando a la vista un rostro marcado de arrugas—. Hay un mensaje de texto.

—¿Y qué dice?

El brigada le entregó el teléfono a la sargento, que tocó la pantalla por encima del plástico, iluminándola. Tras unos segundos, levantó la mirada y la posó en Roberto.

—¿Qué dice? —preguntó él con el corazón a mil por hora.

—Si él se va, volveré a matar.

—No lo entiendo —dijo Roberto desconcertado. Había leído el mensaje al menos una docena de veces antes de que el brigada se llevase el teléfono—. No me he largado del pueblo. ¿Por qué la ha matado entonces?

—Puede que esté jugando con nosotros —reflexionó en voz alta Ruano.

—No creo que sea eso, Eva —la corrigió el cabo Hinojosa, que hacía un par de minutos que se había reunido de nuevo con ellos—. Algo le ha empujado a matar de nuevo.

Se hizo un silencio que rompió la sargento pasados unos segundos.

—Fuentes, ¿has comentado con alguien que tenías intención de largarte hoy a Madrid?

—No que yo recuer... —Las palabras se ahogaron en su garganta cuando hizo memoria—. ¡Mierda! Anoche hablé con Susana, la dueña del hotel, y le dije que pensaba irme. Pero no creo que ella...

—No tiene por qué haber sido ella. Puede que lo comentase con alguien y que llegase a oídos del asesino, o que incluso hablase con él sin saberlo.

—También estuve con un par de amigos ayer sábado —reflexionó Roberto en voz alta— y les dije que me quedaría solo el fin de semana.

—¿Y tu amigo Juanín? ¿Sabía que ibas a irte hoy?

—Ni siquiera le había visto hasta ahora.

—Entonces habrá que hablar con Susana y con esos dos amigos tuyos para saber si lo comentaron con alguien más.

—Puede que haya suerte y uno de ellos sea el asesino —sugirió Hinojosa.

—No —replicó tajante Roberto—. Ni Pedro ni Quique son unos asesinos.

—Todos llevamos un asesino dentro —le contradijo la sargento—. Solo hace falta un motivo para sacarlo a flote.

—¿Y qué motivo iban a tener ellos para que yo volviese al pueblo? No tiene sentido.

—¿Y Susana?

—Tampoco. Hasta ahora apenas nos conocíamos.

—De todas formas tenemos que hablar con ella y averiguar si le comentó a alguien que tenías intención de irte —dijo Ruano convencida—. Lo que está claro es que ahora ya no puedes volver a Madrid. Tienes que quedarte en Nueva hasta que encontremos al asesino.

—¿No lo entiendo! —exclamó Roberto cabreado—. ¡Menuda mierda! ¿Qué cojones tengo que ver yo con todo este asunto?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

—¿Que le den por el culo al que escribió la nota! —dijo en un arranque de rabia, incapaz de dominar su frustración—. Voy a largarme, y punto. ¡Putá mierda de pueblo y de gente!

Roberto se dirigió al lugar donde había aparcado su coche sin mirar atrás, mientras se quitaba el chaleco que llevaba puesto. Solo cuando llegó al coche se tomó unos segundos para coger aire y reflexionar, con las manos apoyadas en el capó. Su cabeza no dejaba de repetirle: *No tenías que haber vuelto, no tenías que haber vuelto.*

Una voz femenina a su espalda le devolvió al presente.

—Fuentes, ¿estás bien?

Se tomó unos segundos antes de volverse para mirar a la sargento.

—Sí, no es nada. Perdona.

—Perdona tú, no pensaba que pudiese afectarte tanto investigar un asesinato. Quizás no debí pedirte que vinieses aquí.

—No es por eso.

—¿Entonces qué te ocurre?

—Es por este pueblo de mierda. Juré hace quince años que jamás volvería a él. Si lo he hecho es porque me lo pidió el comandante Varela y porque pensé que ya no me afectaría, pero está claro que me equivoqué. Todavía no he superado lo ocurrido.

La sargento Ruano le miró con preocupación.

—¿Perdiste a alguien importante aquí?

—No exactamente. Fue el modo en que la gente me trató después de aquello. —Al ver que ella le miraba con cara de no entender nada, decidió sacar lo que llevaba guardado dentro desde hacía quince años—. Yo tenía diecinueve años y Miriam dieciocho. Empezamos a salir a principios de

verano y la verdad es que nos llevábamos muy bien, al menos las primeras semanas, pero luego empezamos a discutir cada vez con más frecuencia, la mayoría de veces por tonterías. Que si llegaba tarde a buscarla, que si pasaba más tiempo con mis amigos que con ella, que si siempre íbamos a los mismos sitios... Luego ya empezamos a discutir por auténticas chorradas, a diario. Las reconciliaciones no estaban mal, pero llegó un momento que me encontraba agotado mentalmente.

—Una relación bastante tóxica, por lo que cuentas.

—La verdad es que sí. Lo hablé con Pedro y me aconsejó que rompiese con ella antes de que la cosa se complicase más. Quedaba poco para terminar el verano y era el mejor momento para hacerlo —dijo con voz apagada—. El caso es que ella se lo tomó bastante mal. Estuvo tres días sin salir de casa, llorando sin parar, hasta que la llamé y le dije que quería verla. No es que quisiese volver con ella, pero sí que al menos quedásemos como amigos. Ella accedió a verme esa noche, pero ya no volví a verla.

—¿Qué ocurrió?

—La mañana siguiente encontraron su bicicleta al pie del Acantilado de San Antonio y su cuerpo en el fondo.

—¿No es el sitio en el que...?

—Sí, donde también murió Diana Cuesta.

—¡Dios, lo siento! Esto tiene que ser muy duro para ti.

—La Guardia Civil dijo que Miriam se había suicidado —prosiguió con su relato—, pero yo siempre me negué a creerlo. Cuando hablé con ella por teléfono aquella tarde para quedar la noté más tranquila y con ganas de hablar, pero la gente me echó a mí la culpa de su muerte. Se corrió el rumor por el pueblo de que se había suicidado porque yo la había dejado, y ya sabe lo que ocurre en estos casos: las cosas comenzaron a exagerarse. Primero dijeron que era yo quien siempre discutía con ella y que la tenía agobiada. Luego que si le ponía los cuernos con otras cuando no me veía. Al final incluso hubo quien dijo que me había visto maltratarla en varias ocasiones. Todo era mentira, pero nadie quiso escuchar mi versión ni creer en mi inocencia. Bueno, sí, mis amigos de verdad, con los que había crecido, sí lo hicieron, pero el resto del pueblo me condenó sin un juicio de por medio.

—La gente de los pueblos es así.

—No he conseguido olvidar todavía las miradas de odio y los murmullos a mi espalda —dijo Roberto con evidente rencor—. No podía salir a la calle sin que la mayoría de la gente me mirase como a un criminal.

—¿Y tu familia?

—Solo mis abuelos dieron la cara por mí al principio, aunque luego poco pudieron hacer. Después de todo este era su pueblo y no podían enfrentarse a los vecinos. Y de mi padre mejor no hablamos. Siempre fue un borracho y un putero al que jamás le importé —afirmó con evidente rencor—. Después de aquel verano vine a Nueva varios fines de semana, pero la situación no cambió, así que al final decidí no volver más. Regresé a Oviedo y poco después entré en el ejército como soldado profesional, lo que me alejó durante mucho tiempo de aquí.

—Lo siento, no tenía ni idea de lo que te había pasado.

—No es algo que vaya contándole a la gente.

—Entiendo que te sientas así. Yo... —La sargento dudó si continuar—. No sé qué decirte que hagas, la verdad.

Roberto resolvió la duda por ella.

—Está claro que tengo que quedarme, aunque me joda. No puedo irme hasta que cojan al cabrón que está haciendo esto.

—¿Estás seguro?

Por mucho que le cabrease, Roberto sabía que era la única salida que le quedaba. Si moría alguien más por su culpa no se lo perdonaría nunca.

—Odio a la gente de este pueblo —dijo convencido—, pero no quiero que muera nadie más. Después de todo soy guardia civil.

—Eso te honra.

—De todas formas, quiero pedirle algo, mi sargento. Si me quedo aquí es para participar en la investigación en la medida de lo posible.

—Por supuesto, no hay problema.

—Espere, antes de aceptar tiene que saber algo. Ahora mismo estoy suspendido de empleo y sueldo, y es probable que después del juicio que me espera me expulsen del Cuerpo.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabe? —preguntó sorprendido.

—Esta mañana, de camino a aquí, hablé con el comandante Varela para preguntarle si podías unirte a la investigación, en caso de que decidieses quedarte, y me habló de tu situación. Oficialmente no puedes formar parte de la investigación como agente de la autoridad, eso está claro, pero me dijo que sí puedes hacerlo como testigo colaborador.

—No entiendo.

—Dado que el asesino parece tener una fijación contigo, toda la

información que aportes al caso será incluida en el informe judicial. Es decir, conversaciones que tengas con testigos o posibles sospechosos, hechos que observes a tu alrededor... lo que sea. —La sargento hizo una pequeña pausa y sonrió—. En la práctica trabajarás con nosotros casi codo con codo. Estarás presente en los interrogatorios y nos acompañarás durante la investigación. El comandante Varela no ha puesto impedimento alguno en ello y mi comandante en Oviedo tampoco. En la capital lo único que quieren son resultados, y más después de lo que acaba de ocurrir.

Roberto asintió con la cabeza conforme. Si el asesino quería que se quedase en el pueblo lo haría. Eso sí, tenía claro que no iba a marcharse hasta atraparlo.

El brigada Padilla, un hombre de pelo gris entrado en años, se reunió con la sargento Ruano, Hinojosa y Roberto una vez realizado el levantamiento del cadáver y su posterior traslado a las dependencias forenses en Oviedo. Lo hizo dentro de la furgoneta Mercedes en la que había llegado allí con su equipo, ocultos a la vista de los curiosos que ya se habían congregado tras el cordón de la Guardia Civil.

—La víctima se llama Ana María Montes García, de diecinueve años de edad —comenzó a relatarles—. Según la documentación encontrada en su bolso, que estaba bajo la ropa, vive en un pueblo llamado Piñeres.

—Parece que le gustan jóvenes —murmuró Hinojosa.

—La muerte se produjo por traumatismo craneoencefálico tras varios golpes con un objeto contundente que todavía no hemos encontrado.

—¿Un martillo? —preguntó la sargento Ruano.

—No —respondió, para alivio de ella—. Probablemente utilizó un canto rodado de los que hay por el suelo, pero de momento no lo hemos encontrado. Tendremos que seguir buscando.

—¿Qué hay de las circunstancias de la muerte?

—Se produjo hacia las dos de la mañana, aunque podré ser más exacto cuando se le realice la autopsia.

—La chica estaba desnuda. ¿Sabe si la violaron?

—Te digo lo mismo que antes, Eva, lo sabremos cuando el forense le realice la autopsia, aunque no lo parece. Más bien da la sensación de que el escenario fue preparado.

—¿Qué quiere decir?

—Murió sobre las piedras, no en la arena, donde la encontramos. Hay gotas de sangre que indican que el primer golpe lo recibió estando de pie. También hay sangre en la ropa, lo que indica que estaba vestida cuando la

mataron. El asesino la desnudó *post mortem* y luego colocó el cadáver en la arena, bocarriba, con las manos sobre el pubis.

—¿Y eso?

—No me compete a mí averiguar por qué actuó así. Tendréis que hablar con un criminólogo.

—Conozco uno muy bueno en la Policía Nacional. Puedo llamarle cuando tengamos el informe final —sugirió Hinojosa.

—Para eso necesito al menos un día más —dijo el brigada—. El forense tiene que hacer la autopsia y hay que mandar varias pruebas a Valladolid para que las analicen. Aunque haya Servicio de Criminalística en Oviedo, todavía no disponemos de laboratorios para ciertas cosas. Llevamos pocos meses funcionando.

—Lo sé, mi brigada. Esperaremos.

—Una cosa más, Eva. Hemos encontrado varias evidencias en un perímetro de veinte metros con respecto al cadáver, pero siendo esta una playa tan concurrida en verano es probable que ninguna tenga que ver con el caso. Por lo demás, tendréis que esperar a obtener los resultados de huellas y ADN de su ropa y objetos personales, además del teléfono móvil que apareció en su bolso con esa nota escrita.

—Hinojosa, hay que tomar las huellas a los tres testigos —sugirió Ruano.

—Podemos hacerlo nosotros antes de irnos —propuso el brigada Padilla, mirando acto seguido a la sargento Ruano—. El juez quiere hablar contigo antes de irse.

—Lo suponía.

Los cuatro abandonaron el vehículo y, mientras ellos dos iban a reunirse con el juez en su coche, Roberto e Hinojosa se quedaron junto a la furgoneta.

—¿Un cigarro? —preguntó Hinojosa.

—No, gracias, no fumo.

—Nunca es tarde para empezar.

—Ni tampoco para dejarlo.

—Yo ya paso de intentarlo, tío. Me he puesto parches, he hecho terapia, acupuntura... Nada, no hay forma de dejar este puto veneno —dijo encendiendo a continuación un pitillo.

—La mejor forma de dejarlo es no empezar nunca.

Hinojosa dio una calada y luego miró a su alrededor.

—Ahora entiendo por qué llaman a Asturias el paraíso natural. Este sitio es precioso, lástima que ocurran cosas tan desagradables como esta.

—De niños siempre veníamos a jugar al fútbol y luego nos dábamos un baño —dijo Roberto con cierta melancolía—. Nunca imaginé que algún día me encontraría aquí con un cadáver.

—No te preocupes, cogemos al que lo hizo.

—¿Qué tal es la sargento Ruano?

—Muy competente en su trabajo —aseguró Hinojosa convencido—. Lleva varios casos resueltos desde que llegó a Oviedo hace dos años. Los mandos la tienen bien considerada.

—¿Tiene pareja?

La pregunta arrancó una sonrisa en el rostro de su amigo.

—¿Qué pasa, estás interesado en ella?

—No, ni de coña. Ya sabes lo que dice ese refrán: Donde tengas la olla no metas la...

—Sí, sí, lo conozco de sobra —replicó Hinojosa soltando una carcajada—, y por experiencia te digo que es cierto.

—¿Te refieres a lo que te sucedió en Coruña con aquella teniente de tráfico?

—A eso y a la sargento que conocí en Burgos al año siguiente —dijo con una sonrisa malévol—. En cuanto a Eva, no está casada y tampoco sé que haya estado saliendo con nadie desde que trabajamos juntos. Me da que le van más las tías.

—¿De dónde sacas eso?

—Por sus gestos, su forma de vestir y por cómo mantiene las distancias con los tíos. ¿A ti no te parece un poco machorra?

—Pues no. Lo que me parece es que no es fácil ser mujer en un cuerpo como la Guardia Civil, y mucho menos siendo sargento y ejerciendo el mando. Es normal que actúe así, tan fría.

—Como quieras, pero yo sigo diciendo que le tiran más unas faldas que unos pantalones.

El regreso de la sargento hizo que guardasen silencio de golpe.

—El juez se larga —dijo con gesto serio—, así que aquí ya no pintamos nada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Hinojosa.

Ella se tomó unos segundos para responder.

—No sé si la joven que inició este caso se suicidó o la asesinaron, pero lo que sí está claro es que a esta víctima la han matado. A partir de este momento vamos a centrar nuestros esfuerzos en encontrar al asesino que ha

cometido este crimen. Y esperemos que sea el mismo que escribió el primer mensaje.

—Si puedo ayudaros en algo... —sugirió Roberto dejando el final de la frase en el aire.

—Pues la verdad es que sí. Quiero volver a Nueva para hablar con Susana, la dueña del hotel, y me gustaría que estuvieses presente. Aunque mantengo una buena relación con ella desde que detuvimos a su marido el año pasado, prefiero que estés conmigo. Hay que averiguar lo que hizo anoche y con quien habló.

—Muy bien.

Roberto regresó a su coche, mientras los dos agentes se dirigían al suyo para poner rumbo al pueblo. Dejó que ellos saliesen en cabeza, para que abriesen paso entre el grupo de curiosos que se habían arremolinado tras el balizamiento montado por la Guardia Civil en el acceso a la playa. Habría al menos veinte personas, entre ellos un fotógrafo de la prensa que sacó fotos a los dos coches al pasar a su lado. No obstante, lo que más le llamó la atención a Roberto fue ver una cara conocida entre ellos, hablando con uno de los guardias civiles.

Era Santi, el alcalde de Nueva.

Llegaron a Nueva cinco minutos después y, tras aparcar los coches en la plaza en la que se encontraba el hotel, entraron en su interior con gesto serio.

—Hola, Susana.

—Hola, Eva —respondió con expresión sorprendida al ver a la sargento encabezando el grupo—. ¿Qué ocurre?

—Necesitamos hablar contigo.

—Claro.

En ese momento no había ningún huésped en la recepción, por lo que Roberto no dudó en preguntarle:

—¿Le dijiste a alguien que me iba a marchar esta tarde?

La sorpresa de Susana se convirtió en desconcierto.

—No entiendo.

—Necesito que me digas si le comentaste a alguien que hoy tenía pensado volver a Madrid.

—Pues... la verdad es que sí. Fui al «Dolce Vita» a tomar algo y allí me encontré con mi hermano. Me preguntó por ti y le dije que suponía que estabas en el hotel descansando, para tu viaje de vuelta a Madrid hoy. Creo que también lo comenté con Quique. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¿Estabas sola?

—¿En el bar? No, había más gente a mi alrededor. Anoche estaba a tope, como si fuese verano.

Roberto torció el gesto contrariado.

—¿Conoces a Ana María García Montes? —preguntó la sargento tomando el mando de la conversación—. Pelo moreno, diecinueve años, que vive en...

—Piñeres —dijo Roberto al ver que no recordaba el nombre del pueblo.

—Sí, la conozco. Estuvo saliendo con mi primo una temporada.

Precisamente ayer la vi en el «Dolce Vita».

—¿A qué hora fue eso? —se interesó la sargento.

—No sé, a la una o una y media.

—¿La viste irse con alguien?

—No, estaba sola. Hablé con ella cinco minutos y luego me fui a casa.

—¿Qué coche tienes, Susana?

La mujer arrugó el entrecejo ante la pregunta de Roberto.

—Un BMW Serie 3 Touring, azul oscuro. ¿Alguien va a decirme lo que pasa?

Fue la sargento Ruano quien respondió.

—Ana María ha aparecido muerta en la playa de Cuevas del Mar.

—¡Virgen de la Blanca! —exclamó llevándose las manos a la cara—.

¿Qué le pasó?

—Alguien la ha asesinado.

—¡Dios bendito, pobre chavala! Mi primo Nico estuvo muy enamorado de ella.

—¿Te refieres al que te ayuda aquí en el hotel? —preguntó Roberto.

—Sí.

—¿Y por qué lo dejaron? —inquirió Ruano.

—Lo que suele ocurrir en estos casos. Eran demasiado jóvenes para una relación seria.

—Necesitaríamos hablar con tu primo.

—No hay problema. Supongo que estará en casa descansando, porque se quedó toda la noche aquí, en la recepción.

—¿A partir de qué hora?

—Desde las nueve de la noche de ayer hasta que vine esta mañana, a eso de las nueve menos algo. En todo ese tiempo no se movió de aquí —afirmó convencida.

—Tendremos que hablar con él. ¿Dónde podemos encontrarle? —preguntó Hinojosa, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—Aquí cerca. La casa de mi tía está después de pasar la tienda de dietética en dirección a la playa, en el número treinta.

La sargento le dio las gracias y salió del hotel seguida por sus dos compañeros. No fue hasta estar en la calle que Roberto dijo:

—He visto a su primo y no tiene pinta de asesino. Más bien parece un empollón con problemas de acné.

—Te sorprendería ver el aspecto de algunos de los asesinos más crueles

—aseguró ella.

—Tal vez, mi sargento, pero en este caso se equivoca.

—Ahora lo veremos —dijo comenzando a caminar calle adelante—. Ah, por cierto. Si vamos a trabajar juntos deja de llamarme «mi sargento». Mi nombre es Eva y me gusta que la gente que trabaja conmigo me llame por él.

Roberto miró a Hinojosa, extrañado, como si no terminase de entender el motivo.

—A mí no me mires. Ya te acostumbrarás a trabajar con ella y a sus manías.

—Y tú espabila —dijo ella fingiendo estar cabreada—, que llevas empanado desde que salimos de Oviedo.

—¡No haberme levantado de la cama un domingo a esas horas!

Llegaron a la casa, una vivienda de dos plantas con la fachada pintada de azul claro y la puerta a pie de acera. Pulsaron el timbre que había junto a ella y a los pocos segundos les abrió una mujer mayor con rulos en la cabeza.

—¿Qué queréis? —preguntó intrigada, mirando primero a la sargento y luego, por encima de su hombro, a Roberto. Lo hizo de un modo que él no supo interpretar.

—Señora, soy la sargento Ruano, de la Guardia Civil. Queremos hablar con su hijo Nico. ¿Está en casa?

—Está durmiendo —respondió con sequedad. No parecía que la visita le agradase.

—Pues necesito que le despierte.

—¿Por qué, ha hecho algo?

—No, pero necesitamos hablar con él para que nos confirme dónde estuvo anoche.

—Trabajando en el hotel, como siempre.

—Necesito que me lo diga él, si no le importa.

Tras unos segundos de duda, la mujer se hizo a un lado.

—Está bien —dijo con gesto contrariado—. Entren, voy a avisarle.

Eva entró en cabeza, seguida de Hinojosa y por último de Roberto. Al pasar junto a ella, la mujer murmuró algo entre dientes que él no fue capaz de escuchar, pero que no le pareció para nada amistoso, a tenor de la mirada cargada de rencor que le lanzó. En ese momento se dio cuenta de que era una de las mujeres que había visto en el parque al regreso de la playa el día anterior. Le extrañó que una mujer tan agria fuese capaz de hacer una fabada tan buena.

Accedieron a un estrecho pasillo en el que había una puerta a la derecha que daba a la cocina y otra a la izquierda que llevaba a una pequeña sala de estar, con dos butacones y un sofá de dos plazas. Mientras la sargento y Roberto entraban en el interior, el cabo Hinojosa se quedó en el pasillo, bloqueando la salida por si al tal Nico le daba por intentar escapar. El joven no tardó más de un minuto en aparecer con el pijama puesto y cara de sueño. Su madre seguía sus pasos diciéndole en voz baja:

—¿No te habrás metido en algún lío?

—Que no, mamá, ya te lo dije. No he hecho nada.

—Pues la Guardia Civil quiere hablar contigo.

Al entrar y ver a Roberto dibujó una mueca de sorpresa.

—¿Eres guardia civil?

—Sí. Necesitamos hacerte unas preguntas.

—Claro, no hay problema.

—¿Conoces a Ana María García Montes? —preguntó Eva.

—Sí, estuvimos saliendo juntos hace año y medio. ¿Por qué? ¿Le ha pasado algo?

—Ha aparecido muerta esta mañana en la playa de Cuevas del Mar.

El joven palideció y necesitó apoyarse en uno de los butacones para no venirse abajo.

—¿Muerta? —balbuceó mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Sí. Necesitamos hablar con todas las personas relacionadas con ella para averiguar lo que le pasó.

—No entiendo.

El chaval tenía la mirada perdida, como si estuviese a punto de desmayarse, por eso Roberto le agarró del brazo.

—Es mejor que te sientes.

—¿Cómo... murió? —acertó a decir mientras tomaba asiento.

—Creemos que fue asesinada —dijo Eva.

Se hizo el silencio en la sala, hasta que Nico levantó la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

—Sabía que algún día terminaría así.

La madre de Nico trajo de la cocina una bandeja con varios cafés y un plato de pastas que posó en la pequeña mesa de cristal que había en el centro de la sala. Hasta ese momento los agentes habían dejado que el chaval se desahogase en un llanto silencioso que reprimió cuando su madre regresó a la pequeña salita.

—Ya te dije en su momento que esa chica no te convenía —murmuró entre dientes, posando la bandeja sobre la mesa—. No sé por qué lloras por ella.

—Mamá, por favor, déjanos solos.

La mujer salió refunfuñando palabras ininteligibles.

—¿Qué quisiste decir antes con eso de que sabías que terminaría así? —preguntó Eva.

El joven no dijo nada, al menos en un primer momento. Cogió una de las tazas, se echó tres cucharadas de azúcar y luego tomó todo el contenido de un solo trago.

—¡Era tan guapa! —dijo con melancolía, posando la taza sobre la mesa.

—¿Dónde estabas anoche a eso de las dos? —preguntó Hinojosa.

—En el hotel.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo Nico asintiendo con la cabeza—. Entré a trabajar a las nueve y no me moví de la recepción hasta que mi prima llegó esta mañana.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—¿Cómo?

—¿Que si alguien puede confirmar que estabas a las dos en tu puesto?

—Pues... sí. Bueno, en realidad estuve jugando a las cartas con tres de los huéspedes, entre la una y las tres y media de la madrugada. Querían jugar al tute y les faltaba uno.

—¿Dónde jugasteis?

—En el comedor.

—Pensé que no te habías movido de la recepción.

—Desde la mesa se veía la entrada, así que era como si estuviese en la recepción.

—¿Puedes decirme el nombre de esos huéspedes?

Hinojosa sacó una pequeña libreta y tomó nota de los nombres que le dio y sus habitaciones.

—Nico, necesito que me digas por qué pensabas que podían matar a Ana María —insistió Eva con voz suave.

El aludido torció el gesto, como si se hubiese arrepentido de hacer el comentario.

—¿Cuántos años tienes, Nico? —preguntó entonces Roberto.

—Veinte. Casi veintiuno.

—Un año más que ella.

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo estuvisteis saliendo juntos?

—Unos meses. Rompimos una semana antes de mi cumpleaños, cuando cumplí los diecinueve.

—Tu prima Susana dice que lo pasaste bastante mal.

Nico tragó saliva antes de responder.

—Sí, yo la quería mucho.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que era demasiado crío para ella, que conmigo se aburría. Quería que la llevase a cenar a sitios caros, y que nos fuésemos juntos de vacaciones, pero yo no me lo podía permitir. Dejé los estudios con dieciocho años y desde entonces nunca he tenido un trabajo fijo. Luego me enteré de que llevaba tiempo saliendo con otros a mis espaldas.

—Eso debió cabrearte —intervino Eva.

—Me pasé una semana en casa, sin querer salir. Mi prima fue la que me ayudó a superarlo. Ella me quiere mucho. Me dio un trabajo en el hotel y se ocupó de mí. Gracias a ella me olvidé por completo de Ana María.

—No del todo, a tenor de cómo te afectado su muerte. Lo entiendo, de verdad, hay relaciones que se te quedan dentro y son difíciles de olvidar. —El joven asintió con la cabeza ante las palabras de Eva—. ¿Qué vida llevaba ella para que algo así pudiese ocurrirle?

—No quiero ensuciar su recuerdo.

—Nosotros tampoco. Queremos atrapar a su asesino y para eso necesito que me cuentes todo lo que sepas de su vida.

—Tengo un amigo que trabaja en el hotel Las Olas y me dijo que la había visto varias veces allí cenando en el restaurante con hombres mayores y poderosos, semanas antes de romper conmigo.

—¿Poderosos?

—Supongo que quiso decir «gente de pasta».

—¿Puedes decirnos el nombre de tu amigo? Tendremos que hablar con él.

—Se llama Julio.

—¿Volviste a ver a Ana María después de que rompiese contigo?

—Un mes después me la encontré en el «Dolce Vita» y le eché en cara lo que me había contado Julio. No lo negó. Es más, me dijo que eran amigos que la trataban muy bien y que le hacían regalos caros. Que le encantaba salir con ellos.

—¿Y después de eso?

—Yo no salgo mucho por el pueblo. La vi este año en Semana Santa en el bar de Cuevas, aunque no me atreví a acercarme a saludarla. Estaba hablando con Diego y sus amigos colombianos, supongo que trapicheando con drogas.

—¿Qué quieres decir?

—Vi cómo se metía en el bolso un par de bolsitas pequeñas que le dieron y ella les entregaba un sobre. Esos colombianos son mala gente —aseguró Nico meneando la cabeza—. Hace poco le dieron una paliza a un chaval de Naves que les debía pasta y lo dejaron medio muerto.

—¿Y no les detuvieron?

—El chaval no recordaba nada, solo discutir con ellos en un bar y luego despertarse en el hospital, así que no pudo acusarles.

—¿Y cómo supo que habían sido ellos?

—Diego se encargó de que se supiese lo que le pasaba a la gente que no liquidaba sus deudas.

Roberto no supo disimular su sorpresa. Quizás Diego ya no era un camello de mala muerte como en el pasado.

—¿Ana María les debía pasta? —preguntó interesada Eva.

—No tengo ni idea

—¿Y sabes de algún lío en el que estuviese metida? ¿Alguien con quien tuviese problemas o discutiese?

—No, ya os dije que no venía mucho por el pueblo, aunque... —dijo mirando al techo como si tratase de recordar algo—. No hace mucho la vieron

discutir con alguien en la farmacia. Creo que me lo contó mi madre.

—¿Con quién discutió?

—Con la mujer del alcalde. Por lo visto le dijo que no quería volver a verla cerca de su marido y que si lo hacía se iba a arrepentir.

Eso despertó el interés de Roberto.

—¿Santi tenía un lío con ella?

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a él.

—Lo haremos —aseguró Eva—. ¿Recuerdas alguna otra cosa?

—Ahora mismo no.

—De todas formas, si te acuerdas de algo ponte en contacto con nosotros. Tu prima Susana tiene mi teléfono.

Los agentes abandonaron la casa y se encaminaron de vuelta al hotel.

—Quizás debía pasta a esos colombianos y la mataron —sugirió Hinojosa.

—Eso no explica la nota de su móvil —dijo Eva mirando acto seguido a Roberto—. ¿Ese tal Diego tiene algún motivo para querer que volviesses al pueblo?

—No que yo sepa. Siempre pensé que Diego era un gilipollas que vendía costo del malo.

—Pues le pillamos con varios gramos de coca encima cuando le interrogamos por la muerte de Vanesa Tamargo, la chavala a la que mató Gustavo.

—Sí, me lo han dicho.

—Sospechamos que él y sus amigos colombianos trapichean con coca por esta zona —aseguró ella.

—¿Y por qué no están detenidos?

—Por falta de personal para investigar sus actividades. En Llanes no tienen gente suficiente para ocuparse de estas cosas y digamos que se hace la vista gorda hasta tener pruebas de que trafiquen a una escala mayor. ¡Ye lo que hay!, como decís por aquí.

—De cualquier modo, yo creo que habría que investigar a Diego, ¿no os parece?

—¿Y qué me decís de la mujer del alcalde? —propuso Hinojosa—. Si Ana María se estaba cepillando a su marido, tal vez se la cargó en un ataque de celos.

—Eso sigue sin dar una explicación para la nota aparecida en el móvil —apuntó Roberto.

—Tal vez esto no tiene nada que ver contigo y solo es una forma de desviar la atención —dijo Eva—. No puede ser una casualidad que tu amigo el pescador encontrase los dos cadáveres con un mensaje en su móvil.

—Hay una forma de saberlo —reflexionó Hinojosa en voz alta—. Si sus huellas aparecen en el teléfono de Ana María es porque lo cogió para escribir el mensaje.

—De todas formas quiero hablar con él en el cuartelillo de Llanes —aseguró la sargento— y con ese amigo de Nico que trabaja en el hotel «Las Olas».

—También sería bueno averiguar quiénes eran esos hombres mayores con los que se citaba y charlar con ellos. Y yo no descartaría a Nico como sospechoso.

—Parece que tiene coartada —apuntó Roberto.

—Eso no quiere decir que él no lo hiciese. Tal vez contrató a alguien para que se la cargase o se lo pidió a un amigo. Quizás a su madre —aseguró Hinojosa con una sonrisa malévol.

—Creo que ves mucho cine policiaco —dijo Eva.

—Soy un Colombo frustrado, te lo aseguro.

—Sí, solo te falta la gabardina gris —bromeó Roberto—. Incluso tienes el mismo pelazo que él.

—¡Muy bueno! —dijo Eva conteniendo la risa—. De todas formas estás en lo cierto. Tenemos varias líneas de investigación que deberíamos ir analizando ya. Hay que hablar con esos huéspedes para confirmar la coartada de Nico y ya que estamos aquí interrogar a la mujer del alcalde.

—Conozco a Santi, así que puedo acompañaros —se ofreció Roberto—. Creo que vive en una casa a la entrada del pueblo, aunque no sé si estará allí o en la playa. Lo vi en ella cuando veníamos hacia aquí.

—Vendrás conmigo mientras tú te encargas de hablar con los huéspedes —dijo señalando a Hinojosa.

—De acuerdo.

—Podemos parar en su casa y si no está seguir hasta la playa —propuso Roberto

—Me parece bien —aceptó Eva—. Iremos en mi coche.

Al llegar a la plaza se separaron y, mientras Hinojosa entraba en el hotel, Eva y Roberto montaron en el coche y pusieron rumbo a la salida del pueblo.

—¿Tienes experiencia en interrogatorios? —preguntó ella mientras conducía.

—En homicidios, no. Estuve en varios relacionados con temas de corrupción, pero nunca llevando el peso del interrogatorio.

—Pues lo has hecho bastante bien en casa de ese chaval.

—Gracias, aunque está claro que la experta es usted. Yo prefiero mantenerme en la sombra.

—En esta ocasión quiero que empieces tú. Si el alcalde es amigo tuyo se sentirá más cómodo si las preguntas provienen de ti. Yo intervendré cuando lo crea necesario.

—Lo intentaré, mi sargento.

Ella desvió un instante la mirada hacia él, antes de fijarla de nuevo en la carretera.

—Fuentes, hablaba en serio cuando te dije que me llamasas Eva.

—Entendido, y yo prefiero que me llames Rober. Es como me llaman mis amigos.

—No hay problema. Hay gente como Hinojosa que prefiere que les llamen por el apellido.

—Eso es porque no le gusta nada que le llamen Eusebio. Dice que suena a pueblerino. En la Academia le tomábamos el pelo diciéndole: *¿Ande* andará el Eusebio?

Llegaron entre risas a las puertas que daban acceso al interior de la finca, aunque tuvieron que detenerse al encontrarlas cerradas. Roberto se bajó para llamar al telefonillo y, tras un breve cruce de palabras, las puertas se abrieron para darles acceso al interior.

Un camino empedrado les guio hasta la entrada de un lujoso chalet de una sola planta con amplias cristaleras y una piscina en el lado derecho de la finca.

—Una piscina en Asturias —murmuró Roberto con ironía—. ¡Qué manera de tirar el dinero!

Aparcaron junto al Audi Q7 de color blanco perteneciente al alcalde y se dirigieron a la entrada de la casa, aunque antes de llegar la puerta se abrió y su amigo salió a recibirles.

Roberto observó que tenía los ojos enrojecidos y comprendió de inmediato que había estado llorando.

El salón era bastante amplio y estaba amueblado con mucho gusto. *En realidad, con mucho lujo*, pensó Roberto. Había una larguísima mesa de comedor a un lado y un conjunto de sofás en el lado contrario, alrededor de una pantalla de televisión de más de sesenta pulgadas. También había un precioso piano de cola de color caoba en un rincón, pegado al amplio ventanal que daba luminosidad a la estancia.

El alcalde se sentó en uno de los sofás y, mientras encendía un cigarro, dijo con voz apagada:

—Así que eres guardia civil. Pensé que trabajabas en una empresa de seguridad.

—Quizás fui demasiado modesto —respondió Roberto con una ligera sonrisa—. Santi, si no te encuentras bien podemos venir en otro momento.

—No es nada. De vez en cuando me ataca la alergia, pero se me pasa enseguida.

—¿No está su mujer? —preguntó Eva.

—No, está pasando el fin de semana en Londres, con una amiga.

—Un poco lejos ¿no?

—Cosas de mujeres. A la mía no le vale con comprar la ropa en el Zara de Oviedo.

—Santi, queremos hablar contigo sobre un tema. Supongo que sabrás que hoy ha aparecido en la playa de Cuevas el cadáver de una chavala.

—Ana María. Sí, lo sé. Vi pasar las patrullas temprano y decidí acercarme a ver qué pasaba. Un guardia civil me dijo quién era.

Eva torció el gesto porque uno de los guardias se hubiese ido de la lengua, pero no dijo nada.

—¿Conocías a la chavala? —prosiguió Roberto.

Su amigo se tomó unos segundos en responder, como si dudase la

respuesta.

—Sí —dijo finalmente con voz apagada—. Trabajó en el Ayuntamiento hace un par de veranos.

—¿Y eso?

—Solemos dar trabajo a las chavalas del pueblo y de la zona.

—¿Como Vanesa Tamargo? —recordó Roberto.

—Sí. En verano se ganan un dinerillo para los estudios y de paso saben lo que es trabajar.

—¿Con que edad las contratáis?

—Con diecisiete o dieciocho años, normalmente.

—Sabemos que su mujer discutió no hace mucho con Ana María —intervino Eva—. ¿Tiene idea de por qué?

Santi miró a su amigo antes de responder.

—Ya sabes cómo son las mujeres y las películas que se montan en la cabeza. Se pensó que tenía un lío con ella.

—¿Y no era así? —preguntó él.

—¿Estás de coña? Yo no me enrolló con crías.

—Tampoco era tan cría —sugirió Eva, lo que hizo que el alcalde se mordiese el labio inferior, como reprimiendo las ganas de rebatirle—. Además, sabemos que salía con gente mayor.

—Yo de eso no sé nada —respondió rotundo—. Trabajó un verano en el Ayuntamiento, nada más. Después de eso apenas la vi.

—¿Y entonces por qué pensó tu mujer que tenías un lío con ella? —preguntó Roberto.

—Porque la vio un día saliendo de mi despacho y se montó una película en la cabeza —respondió de forma escueta—. Ana María vino para hablarme de una prima suya que quería trabajar este verano en el Ayuntamiento, como había hecho ella. Nada más.

—¿Cuando vuelve tu mujer de Londres?

—Este mediodía. De hecho, tengo que irme ahora a Avilés, al aeropuerto, a recogerla.

—¿Como se llama?

—Carlota.

—Nos gustaría hablar con ella —aseguró Eva con gesto serio—. También me gustaría tener un listado de la gente que trabaja o ha trabajado en el ayuntamiento estos últimos años.

—¿Y eso por qué?

—Puede que su asesino la conociese en el trabajo. Tenemos que explorar todas las vías posibles.

—Pero...

—En este tipo de asesinatos, el autor suele ser una persona cercana, como amigos o compañeros de trabajo —le aclaró.

—Entiendo, pero hoy es domingo y el Ayuntamiento está cerrado.

—No hay problema. Esperaré a mañana.

—Por cierto, Santi, ¿anoche andabas por aquí? —preguntó Roberto—. En Nueva, me refiero.

—¿A qué hora?

—De noche.

—Estuve en Llanes, en una cena del partido. Llegué a casa cerca de las tres y media.

—¿Dónde fue la cena?

Su amigo torció el gesto, intuyendo el motivo de la pregunta.

—¿Qué pasa, no me crees?

—Santi, te aseguro que te interesa que comprobemos tu coartada.

Él asintió de mala gana antes de responder.

—En el hotel «Las Olas».

—Muy bien.

—¿Le parece que vayamos mañana a primera hora a por ese listado de trabajadores? —preguntó Eva, mientras sonaba la melodía de su teléfono.

—Sí, claro —respondió el alcalde con gesto distraído.

Ella respondió a la llamada y, tras unos segundos de charla, colgó.

—Tenemos que irnos, Rober. Gracias por todo, señor alcalde.

Los dos agentes se despidieron de él de forma breve y regresaron al coche, cruzándose en la puerta con un joven que ni siquiera les miró a la cara. Tenía pinta de volver a casa después de una noche de juerga, en un Audi A3 de color blanco que había aparcado fuera del camino, sobre el jardín.

No fue hasta abandonar la finca para coger la carretera de vuelta al centro del pueblo, que Eva comentó:

—Tu amigo parecía afectado. No me creo que tuviese los ojos así por una alergia.

—Yo tampoco. ¿Sabes que Diana Cuesta, la chica que se suicidó hace unos días, salía con su hijo?

—No tenía ni idea.

—Debe ser ese con el que nos cruzamos al salir. Diana vivía en la casa

que hay frente a la suya, al otro lado de la carretera, y, por lo que me dijo ayer su abuela, a Santi no le hacía gracia que saliesen juntos.

—¿Y eso?

—Ni idea.

—¿Piensas que tuvo algo que ver con su muerte?

—Espero que no. El Santi que yo conocí no era capaz de matar ni a una mosca, pero el de ahora no lo sé. La gente cambia con el paso de los años, ¿no?

—Lo investigaremos y comprobaremos su coartada. Está claro que quien mató a Ana María tenía un motivo para hacerlo, pero también debemos situarle en la escena del crimen. Si encontrásemos la piedra con que la mataron y las huellas de su asesino en ella resolveríamos el caso. Como no es así, tendremos que averiguar quién tenía un motivo para acabar con su vida.

—¿Qué me dices de Nico?

—¿El exnovio? Los celos son el principal motivo por el que se asesina en España, pero, si su coartada es cierta, no pudo ser él, aunque sí cabe la posibilidad de que le encargase el trabajo a alguien, como decía Hinojosa. Investigaremos sus cuentas a ver si encontramos algún movimiento importante, pero lo dudo. —Eva reflexionó unos segundos en silencio y luego sacudió la cabeza—. No, me decanto más por alguien que estuviese anoche con ella o que se cruzase en su camino.

—Susana dijo que la había visto en el «Dolce Vita», entre la una y la una y media.

—Habrá que hablar con los clientes que estuvieron allí anoche.

—El dueño es amigo mío. Puedo hablar con él y preguntarle si la vio hablando con alguien —propuso Roberto.

—Me parece buena idea. Yo tengo que ir a Llanes ahora para realizar el informe previo y mandarlo a Oviedo. La prensa ya se ha hecho eco del asesinato, por eso mi comandante me llamó cuando estábamos en casa del alcalde. De paso aprovecharé para comprobar su coartada y hablar con ese tal Julio que conocía a Ana María.

—De acuerdo.

Se detuvieron frente al hotel, en cuya puerta ya estaba esperándoles Hinojosa, que se acercó de inmediato para hablar con la sargento.

—He hablado con dos de los huéspedes y lo que dijo el chaval es verdad —aseguró cuando ella bajó la ventanilla—. Estuvieron jugando a las cartas con él hasta pasadas las dos y media de la noche.

—Eso en principio le descarta, al menos hasta tener la autopsia definitiva y conocer la hora exacta de la muerte de Ana María —comentó Eva—. Sube, nos vamos a Llanes.

Roberto bajó del coche y lo rodeó para despedirse.

—Iré a ver a mi amigo al «Dolce Vita». ¿Nos veremos luego?

—Sí, aunque no sé cuándo —respondió ella—. Ya te llamaré al móvil.

El coche arrancó y Roberto se encaminó al local de Quique. Eran las diez de la mañana, así que no sabía si ya estaría abierto, aunque tampoco tenía nada mejor que hacer. Por un momento había dudado si pedirle a Eva que le permitiese acompañarles a Llanes, pero luego se dijo a sí mismo que les sería de más ayuda si se quedaba en el pueblo investigando por su cuenta.

Se metió por la calle que estaba pegada al hotel y callejeó en dirección al «Dolce Vita», aunque hubo algo que le hizo detenerse. Una anciana, que estaba barriendo la calle delante de la puerta de su casa, le señaló con el dedo con expresión desangelada.

—¿Sabes que están matando a las *guajas*⁴ de este pueblo?

—Sí —respondió con sorpresa.

—Acaban de decirlo en la radio, y yo sé de quién es la culpa. ¡De la droga! —exclamó con un gesto de rabia—. Salen de noche, se *endrogan* y luego no saben lo que hacen. La droga las está matando. —Y acto seguido siguió barriendo murmurando palabras ininteligibles entre dientes.

Roberto siguió su camino pensando que la mujer no estaba muy bien de la cabeza, aunque al cabo de unos segundos se preguntó si no tendría razón.

La puerta del local estaba cerrada, pero dentro parecía haber algo de luz, así que Roberto golpeó la puerta justo cuando comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia. Mala señal. Si una cosa recordaba de Asturias era que cuando empezaba a llover ya no paraba hasta pasados dos o tres días.

Golpeó un par de veces más en la puerta, hasta que por fin se abrió y apareció el rostro sorprendido de su amigo.

—¿No es un poco pronto para tomarte algo? —preguntó Quique.

—¿Tienes un minuto? Quiero hablar contigo.

—Claro, pasa. No abrimos hasta las doce, pero tengo que rellenar las neveras de bebida y limpiar esto un poco —aseguró mientras le dejaba paso y cerraba de nuevo la puerta—. Anoche esperaba que vinieses por aquí. Esto estaba a tope.

—Necesitaba descansar.

—Es verdad, hoy vuelves a Madrid.

—Ya no. —Roberto echó un vistazo a su alrededor y vio algo que le llamó la atención en el rincón del local cercano a la puerta, algo que le había pasado desapercibido en su anterior visita: una mesa con tres ordenadores de sobremesa y un monitor CRT cada uno—. ¿Y eso?

—Los puse el verano pasado. Son unos ordenadores Pentium que compré por internet tirados de precio. ¿Te acuerdas del Pc Fútbol 4?

—¿Bromeas? —dijo Roberto dibujando una sonrisa melancólica—. Nos pasamos todo un verano en tu casa jugando a ese juego, en el ordenador de tu hermano. ¿Cuántos años teníamos?

—Doce como mucho.

—¿No irás a decirme que tienes el Pc Fútbol instalado en esos ordenadores?

Quique dibujó una sonrisa maliciosa antes de responder.

—Pc Fútbol, Indiana Jones y la última cruzada, Príncipe de Persia, Sim City, Wolfenstein, Lemmings... Y así hasta cuarenta juegos de MS-DOS y Windows 95. No te imaginas cómo le mola a la gente jugar a ellos mientras se toman una cerveza. ¡Sobre todo los cincuentones!

Ambos rieron mientras se acercaban a la barra.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, Quique. Necesitaba hablar contigo —comenzó a decir sin saber muy bien cómo afrontar el asunto—. Ayer no os dije nada, porque en teoría estaba fuera de servicio, pero tienes que saber que soy guardia civil.

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabías? —preguntó sorprendido.

—Me lo dijo Pedro anoche.

—¿Y él cómo lo sabe?

—Su madre siempre fue muy amiga de la tuya.

—Es cierto —recordó.

—Por lo visto suelen hablar de vez en cuando por teléfono. Ella se lo contó hace tiempo.

—¿Y por qué...?

—No te dijimos nada porque supusimos que no te apetecía hablar de ello —se adelantó a su pregunta—. Además, se supone que estás de vacaciones, ¿no?

—Lo estaba. Hoy ha aparecido un cadáver en la playa de Cuevas y me he unido al equipo de investigación.

Como explicación, le pareció bastante creíble, y se ahorró hacer referencia a los mensajes aparecidos en los móviles de las dos fallecidas.

—Espero que no hayan matado a otra chavala —reflexionó en voz alta su amigo.

—¿Por qué dices eso?

—Hace un año... cuando murió Vanesa... —Quique torció el gesto en señal de disgusto—. No te imaginas cómo fue esto. Vecinos acusándose los unos a los otros, sospechando de todo el mundo. Menos mal que atraparon al asesino, porque sino no sé cómo habría acabado esto. La gente de Nueva no está preparada para pasar otra vez por lo mismo.

—Pues me temo que va a ser así. ¿Conocías a Ana María Montes García?

—¿Ana... María? —preguntó con voz entrecortada.

—Sí, una chavala de Piñeres.

—¡Joder, no me lo puedo creer! —exclamó con total desconcierto—.

Anoche estuvo aquí.

—¿La viste?

—Sí, incluso hablé con ella. —Se notaba que la noticia le había afectado bastante. Incluso se apoyó en la barra a la vez que hablaba—. ¡Pobre chavala!

—¿Cuándo fue eso? ¿Cuándo hablaste con ella?

—No sé... a la una o así. Me pidió que le pusiese una canción.

—¿La viste hablar con alguien?

—No sabría decirte —respondió su amigo sacudiendo la cabeza—. Joder, no me lo puedo creer. ¡Con lo feliz que estaba ayer!

—¿Y eso?

—Me dijo que se iba a vivir a Madrid después del verano.

—¿La conocías mucho?

—Charlábamos alguna vez que otra. Era muy alegre y simpática. Y además guapa, lo que despertaba bastantes envidias.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ya sabes cómo es la gente en este puto pueblo! El deporte número uno es despellejar a los demás y ella se convirtió en objetivo de muchos. Bueno, más bien de muchas. Hace unos meses me la encontré aquí en la barra llorando, precisamente por ese motivo, y estuvimos charlando un buen rato. Solo estuve cinco años en Gijón, pero te aseguro, Rober, que cuando sales de aquí ves las cosas de un modo diferente. En la ciudad cada uno va a lo suyo, no se ocupan de lo que hace o deja de hacer el vecino. —Roberto no dijo nada, pero hacía ya mucho tiempo que se había dado cuenta de ello—. Ese día estuvimos hablando un buen rato. Ana también quería largarse de aquí, empezar de nuevo como hice yo en su momento. La pena es que yo tuve que volver a hacerme cargo del bar cuando mi padre enfermó del corazón y lo jubilaron antes de tiempo. Ella quería irse para no volver más.

—¿Qué sabes de su vida amorosa? ¿Salía con alguien?

—No, que yo sepa. Las últimas veces que la vi por aquí venía sola.

—Al parecer la vieron por Llanes con gente de pasta.

—Ni idea.

—¿Sabes si tenía algún problema con alguien?

—No.

Aquello no parecía llevar a ninguna parte.

—Tengo entendido que la mujer del alcalde la amenazó no hace mucho para que no se acercase a su marido.

—¿Esa pija estirada? —Soltó una carcajada—. ¡No se entera de nada!

—¿Por qué lo dices?

—Su marido es el que andaba detrás de Ana y no al revés.

—¿Estás seguro de eso?

—Ana era muy guapa. Con dieciséis años ya tenía tíos de veintitantos detrás de ella, incluso los casados se giraban para mirarla cuando pasaban al lado de ella. ¡Y Santi ni te hablo!

—¿Qué quieres decir?

—¿Has estado con él desde que llegaste?

—Sí, ayer en la playa.

—¿Y qué opinas?

—Lo veo como siempre. Con menos pelo, eso sí.

—Llegó aquí al pueblo hace cuatro años prometiendo que iba a limpiarlo de corrupción y convertirlo en el reclamo turístico número uno de Llanes.

—¿Y lo hizo?

—Al principio. Consiguió rebajas en los impuestos para los negocios, entre ellos el mío. Gracias a eso pude techar la terraza de arriba. Pero al final se volvió como los demás. Mucha cena de partido, mucho aparentar que se preocupa por la gente, pero ya le han pillado en un par de renunciados. Dio una concesión a un amigo suyo de Madrid para construir un spa en Cuevas, aunque, por suerte, un juez paralizó las obras antes de que empezasen. Y luego está lo de la denuncia por acoso. Una chavala lo denunció porque le ofreció un empleo fijo en el ayuntamiento a cambio de que le hiciese un «Mónica Lewinsky».

—¡No jodas! —dijo Roberto con fingida sorpresa. Desde que estaba destinado en el Departamento de Anticorrupción de la UCO había visto cosas más graves que esa.

—Al final tuvo suerte —prosiguió Quique—, porque la denuncia no llegó a juicio.

—¿Y eso?

—La chavala que le denunció fue Vanesa, la que mataron el año pasado.

—¡No me jodas!

—Todo se tapó con su muerte, aunque si tus compañeros de la Guardia Civil no llegan a trincar tan rápido a Gustavo creo que Santi habría terminado en el calabozo. —Al ver la cara de desconcierto de su amigo, Quique sonrió—. Ya te dije que es como los demás políticos.

—Ya lo veo. Y con respecto a Ana María, ¿qué relación tenía Santi con ella?

—Cuando trabajó para él en el Ayuntamiento lo vieron varias veces llevándola en coche. Y no fue la única. Hizo lo mismo con otras chavalas que trabajan en verano para él. Me da que a ese cerdo le gustan tiernas.

—Nunca lo hubiese imaginado de él.

—Ya ves. Bueno, tío, me encantaría seguir charlando contigo, pero tengo que abrir en un par de horas y todavía tengo que limpiar todo esto.

—Claro, no hay problema.

—Supongo que te quedarás unos días más por aquí.

—Seguramente.

—Estupendo, pues ven cuando quieras y seguimos charlando.

—Lo haré.

Ambos se despidieron, y Roberto regresó al hotel con la extraña sensación de estar entrando en una cueva en la que no sabía lo que se iba a encontrar. Estaba claro que Nueva de Llanes no era el idílico pueblo que creía de pequeño.

De regreso al hotel se encontró con Susana en la puerta, mirando al cielo. Iba vestida con un pantalón vaquero bastante apretado y una camiseta blanca con el nombre del hotel en negro.

—Parece que va a llover de un momento a otro —comentó ella al verle llegar.

—Antes ya me cayeron cuatro gotas.

—Pues no daban lluvia para hoy. Está claro que los del tiempo no aciertan nunca. ¿Vas a desayunar?

Hasta ese momento, Roberto ni se acordaba de que no había comido nada desde que se había levantado esa mañana a las ocho para ir a la playa de Cuevas.

—¿Está abierto el comedor?

—Para ti sí —dijo ella con una sonrisa—. Vamos, me tomaré un café contigo.

Minutos después ambos estaban sentados en una mesa del comedor desde la que podía verse la recepción. Ese día Susana apenas llevaba maquillaje, lo que permitió a Roberto apreciar unos rasgos que le parecieron bastante hermosos. Recordó en ese momento una frase que las abuelas siempre usaban cuando alguien estaba radiante: «hoy te has levantado con el guapo subido», por eso no terminaba de entender cómo alguien como ella había terminado anclada en aquel pueblo. Seguro que, en su momento, no le habrían faltado pretendientes dispuestos a sacarla de allí. Y, sin embargo, no solo se había casado con uno del pueblo, sino que además seguía allí después de todo lo ocurrido con él.

Por una parte lo entendía. Cada vez era más complicado encontrar trabajo y un hotel como aquel seguro que proporcionaba unos buenos ingresos. Pero a alguien como él, que sabía lo que había más allá de Ribadesella o de Llanes,

le costaba entender que una mujer tan atractiva como Susana estuviese dispuesta a quedarse en el pueblo en vez de largarse a cualquier ciudad.

Lo bueno de vivir en ciudades como Oviedo, Coruña o Madrid era que nadie se ocupaba de lo que hacía el vecino. Uno podía pasear por la calle sin que decenas de ojos se fijasen en si vestía bien o siquiera si se había peinado. Todo lo contrario que en Nueva, donde el mero hecho de colgar en el tendal un tanga se convertía en la comidilla y tema del día de los corrillos del pueblo. Por eso no comprendía que algunas jóvenes como Susana prefiriesen vivir en el pueblo. La única explicación que encontraba era que tuviesen miedo a lo desconocido, a aventurarse en un mundo que no eran capaces de controlar y en el que se encontraban indefensas.

—Estás muy pensativo —dijo ella con una cierta preocupación—. ¿Es por lo de Ana María?

—No, pensaba en lo poco que ha cambiado el pueblo en estos años.

—¿Poco? —replicó sorprendida—. ¿No viste la cantidad de chalets nuevos que hay?

—Sí, pero no me refería a eso. Pensaba más bien en la gente.

—Esto es un pueblo y la gente de los pueblos ya sabes cómo somos. Eso no lo cambia el progreso.

—Pues debería. Hay un mundo más allá del cartel de entrada a Nueva de Llanes.

Ella soltó una carcajada.

—No todos podemos elegir donde vivir, como tú. Seguro que en tu trabajo has conocido muchos lugares de España.

—Sí, pero eso puede hacerlo cualquiera. Tan solo hay que coger la maleta y subir a un autobús para salir de aquí.

—No es tan fácil. A veces la familia te ata y otras es el dinero el que no te permite irte.

—¿Eso es lo que te ocurrió a ti? —se atrevió a preguntar Roberto.

—En mi caso fue la estupidez. Me enamoré de la persona equivocada y me quedé aquí atrapada.

—Nueva no es una cárcel de la que uno no pueda escapar.

—Lo sé, pero ahora es lo que me da de comer. De todas formas, estoy dispuesta a largarme en cuanto me surja una buena oferta —dijo con una sonrisa.

Roberto también sonrió, aunque de forma tímida.

—Yo no creo que fuese capaz de vivir aquí de nuevo —aseguró

convencido.

—Tampoco es tan malo, te acostumbras. Muchos jóvenes quieren irse, pero las cosas están tan jodidas por ahí fuera para encontrar trabajo que al final prefieren asegurar y quedarse.

—Aquí tampoco debe ser fácil encontrar trabajo.

—No te creas, lo único que hace falta es que la gente cambie la mentalidad. Nuestros padres y nuestros abuelos vivían del campo. Ahora eso ya no es posible, pero a cambio tenemos una fuente de ingresos que antes no había: los turistas.

—Siempre hubo turistas.

—Pero no tantos como ahora. El turista que viene aquí está deseando gastar su dinero. Quieren comer bien, hacer excursiones y disfrutar de la playa con todas las comodidades posibles. Esa es una fuente de ingresos importante para quien sepa explotarla.

—El problema es que no hay turistas todo el año.

—No te creas. Hay unas épocas mejores que otras, eso está claro, pero da para vivir todo el año. Por eso no entiendo que haya jóvenes que renieguen del pueblo y que quieran largarse pensando que se van a comer el mundo. No se dan cuenta de que fuera de aquí la vida es mucho más dura de lo que piensan.

—Es normal que los jóvenes quieran irse. Algunos lo hicimos y no nos fue tan mal.

—¿Ahora vas a negarme que no sentiste algo especial al volver al pueblo? Seguro que te alegraste de venir después de tantos años.

—En parte sí. No te voy a negar que tengo buenos recuerdos, después de todo me crié aquí, pero pesan más los malos recuerdos.

—No tenías que haberte ido cuando ocurrió aquello. —Su tono de voz sonó a reproche, aunque a continuación lo suavizó—. La gente olvida y las cosas pasan con el tiempo.

Roberto no se molestó en llevarle la contraria. Estaba convencido de que no era así. Al menos era lo que había apreciado en la mirada de algunas personas con las que se había cruzado desde que estaba allí. Sabía que seguían culpándole de la muerte de Miriam, como si él la hubiese empujado desde el borde del acantilado.

—¿Qué puedes decirme de Ana María? —preguntó cambiando de tema.

—No mucho. La conocía de cuando salía con mi primo, pero no hablamos demasiadas veces.

—Tengo entendido que era muy guapa.

—Tampoco tanto —dijo sacando a relucir esa habitual rivalidad entre mujeres—. Era una cría con sueños fantasiosos, que pensaba que se iba a comer el mundo.

—¿Te dijo algo anoche cuándo hablaste con ella?

—No, me preguntó por mi primo y por cómo le iban las cosas. Yo creo que fue más bien porque nos encontramos codo a codo en la barra y no supo cómo reaccionar. Tampoco hablamos mucho.

—¿Sabes si luego estuvo charlando con alguien más?

—Ni idea, después de verla me fui a casa. Estaba cansada y había demasiada gente en el «Dolce Vita» como para sentarme tranquila en una mesa a tomar una copa.

—¿Estabas sola?

—Sí. Te estuve esperando, pero no apareciste, así que al final me fui a casa.

Roberto la miró sorprendido.

—¿Hablabas en serio con eso de invitarme a una copa?

—¡Pues claro, que te creías! —exclamó Susana riendo—. Aún estás a tiempo de aceptar la invitación, si decides quedarte en Nueva.

—De momento tengo que quedarme, al menos unos días más —afirmó con algo de pesar.

—No parece que te guste la idea de quedarte.

—No por el motivo que lo hago, créeme.

—Ya me imagino. No tenía ni idea de que fueses guardia civil. ¿Llevas mucho tiempo?

—Diez años.

—Supongo que en ese tiempo habrás visto muchas cosas. Me refiero a asesinatos y eso.

—He visto un poco de todo.

—La verdad es que últimamente parece que el pueblo esté maldito. Entre muertes y desapariciones...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roberto interesado.

—Supongo que sabrás que la semana pasada se suicidó una chavala en el Acantilado de San Antonio.

—Sí.

—Y ya te habrán contado lo que hizo Gus, mi marido. Bueno, exmarido desde hace tres meses.

—Sí, la sargento Ruano me lo contó. Lo siento. Imagino que fue muy duro para ti.

—Para mí y para todo el pueblo, aunque por suerte lo detuvieron y pagaré por lo que hizo. ¡Menudo cabrón! —dijo con rabia—. Mientras yo trabajaba aquí como una burra para levantar el negocio, él andaba por ahí tirándose a todas las que podía.

—¿Y no te enteraste?

—¡Ojalá! Si me hubiese enterado me habría separado antes de él y esa pobre chavala igual estaría viva todavía.

—Se me hace raro que nadie te lo dijese, con lo pequeño que es este pueblo y lo que le gusta a la gente cotillear.

—Normalmente, el cornudo es el último en enterarse. ¿No lo sabes?

—Sí, lo sé —admitió Roberto sin querer ahondar más en el tema—. Pero de ahí a matar a alguien...

—Supongo que ella le confesó que estaba embarazada y amenazó con decírmelo, o algo parecido. Solo te puedo decir que él estaba muy nervioso los días anteriores, aunque no quiso decirme lo que le pasaba. Supongo que estaba buscando el modo de salir del lío en el que se había metido.

—Pues eligió la peor solución.

—Lo sé. Por suerte la gente se compadeció de mí cuando todo salió a la luz y nadie me señaló con el dedo.

—No como a mí —dijo Roberto sin ocultar su resentimiento.

—Aquello no estuvo bien. Tú no tuviste la culpa de que Miriam decidiese saltar —aseguró convencida.

—Antes has hablado de muertes y desapariciones —continuó para reconducir la conversación y evitar así hablar del pasado—. ¿Qué desapariciones?

—Hace años desapareció una cría belga que veraneaba con sus padres en Villahormes. Salió en todas las televisiones. ¿No te acuerdas?

—¿Cuándo fue?

—Pues... creo que el mismo verano que murieron tus abuelos.

—Entonces estaba de misión. No me enteré de nada.

—Tenía dieciséis años y vino a Nueva a la fiesta de San Juan con unos amigos. Durante la noche se separó de ellos y no volvieron a verla más. La Guardia Civil la buscó por todas partes, durante semanas, pero nunca apareció. Conociste a su padre el día que llegaste.

—¿El belga que estaba con una mujer mucho más joven que él?

—Sí. Se separó de su mujer después de aquello, pero él sigue viniendo todos los años para buscar a su hija. Piensa que en algún momento encontrará a alguien que le diga lo que pasó con ella o tal vez incluso la encuentre viva.

—No me imagino el infierno por el que está pasando desde entonces.

—Es muy buena persona. Siempre le hago una rebaja de precio en la habitación.

Roberto apuró el café con leche. Lo que acababa de contarle Susana le dio una idea, así que decidió regresar a su habitación para comprobarlo.

—Creo que me iré a leer un rato —dijo poniéndose en pie—. Gracias por invitarme a desayunar.

—Ha sido un placer, aunque el desayuno está incluido en el precio de la habitación.

—Pero la compañía, no. Ha sido agradable charlar contigo.

—¿Por qué no lo repetimos esta noche? Podemos quedar después de cenar y tomarnos esa copa que te prometí.

Roberto dudó.

—No sé si podré.

—¡Anda venga, ánimo! Solo una copa.

—Lo pensaré —dijo para no quedar como un borde.

—Eso no suena muy convincente.

—Está bien, de acuerdo —accedió finalmente—. Tomaremos esa copa.

—Muy bien. Hasta esta noche, entonces.

Roberto se encaminó a su habitación, aunque antes de salir del comedor echó un vistazo a su espalda. Susana le despidió con una sonrisa radiante.

Roberto dedicó las dos horas siguientes a buscar noticias por internet relacionadas con desapariciones o secuestros. El buscador le mostró un montón de ellas de diversos lugares de España, algo con lo que ya contaba. Cada año desaparecían decenas de personas, aunque solo tenían repercusión social un mínimo porcentaje de ellas. No obstante, no encontró ninguna desaparición en esa zona de Llanes, aparte de la desaparición de la adolescente belga. Tuvo que ampliar la búsqueda a otro tipo de fallecimientos para encontrar algo que llamase su atención: el ahogamiento de una turista francesa en la playa de San Antolín dos años atrás.

La playa de San Antolín, situada muy cerca de Naves y pegada a la autovía, era una playa muy larga y muy abierta al mar, motivo por el cual casi todos los años se ahogaba en ella algún imprudente bañista. Solía suceder cuando había resaca. En ese caso, si uno se alejaba demasiado de la orilla, la corriente podía arrastrarle mar adentro, sin posibilidad de volver a tierra firme. El esfuerzo de nadar contracorriente presa del pánico terminaba provocando el cansancio y el consecuente ahogamiento de ese bañista.

La muerte de la turista francesa había sido accidental, eso estaba claro, pero le dio la idea de buscar otros ahogamientos en la zona. Encontró dos: un pescador que había muerto cogiendo percebes cerca de la playa de Villahormes, y una joven de veintidós años ahogada en la playa de Canal, en Villanueva de Pría, diez años atrás. Aquello llamó de inmediato su atención. Conocía la playa de Canal, ya que alguna vez había ido hasta allí en bici con sus amigos, de chaval, y sabía que era muy difícil ahogarse en ella. Era una playa situada en una entrada del mar que tenía una longitud de unos doscientos metros y una anchura de no más de veinte. Tal y como indicaba su nombre, se trataba de un canal a resguardo del mar abierto donde el oleaje era mucho menor.

El sonido del teléfono móvil le obligó a dejar de lado la tablet.

—Dígame, sargento. Perdón, dime, Eva —rectificó.

—Acabamos de estar en el hotel «Las Olas» y me temo que tu amigo el alcalde está metido en un lío.

—¿Y eso?

—La cena y posterior fiesta terminó a las tres como nos dijo, pero un empleado del hotel le vio irse alrededor de la una en su coche con dos personas y no volvieron hasta dos horas más tarde.

—¿Con quién se fue?

—Dice que no los conocía, pero que vestían un traje elegante.

—En dos horas tuvieron tiempo de venir a Nueva y volver —reflexionó en voz alta.

—Habrá que preguntarle a tu amigo el alcalde directamente. ¿Tú has averiguado algo?

—Sí.

Roberto le relató su conversación con Quique, en la que le había explicado la denuncia a Santi por el ofrecimiento de un «Mónica Lewinsky» y cómo eso a punto estuvo de dar con sus huesos en la cárcel.

—Es cierto, sospechamos de él en cuanto lo supimos —reconoció Eva—, pero las pruebas apuntaron enseguida a Gustavo, el marido de Susana. Ni siquiera llegué a interrogarle.

—¿Quieres que vuelva a hablar con Santi y le pregunte qué hizo cuando se fue de la fiesta?

—No, dame tiempo. Antes quiero hablar con los invitados para ver que me cuentan ellos. Tal vez alguno nos diga donde fue. Mañana iremos al Ayuntamiento para hablar de nuevo con él.

—¿Eso quiere decir que no vas a volver por aquí hoy?

—Hinojosa y yo tenemos que ir a ver a la familia de Ana María Montes. No sé si estarán muy receptivos para hablar con nosotros, pero todo lo que nos puedan contar ahora sobre lo que rodeaba a la vida de su hija nos ayudará en la investigación. Luego tengo que volver aquí para elaborar el informe previo y dar novedades a mi comandante en Oviedo sobre el curso de la investigación. Eso me llevará toda la tarde, casi seguro. Espero que no te importe.

—No hay problema. Si quieres que os acompañe a Piñeres, a casa de la chavala...

—No, es mejor que te quedes ahí y sigas hablando con la gente del

pueblo. Cualquiera de ellos podría darnos la clave para resolver este caso.

—¿Qué hay del tal Julio, el amigo de Nico?

—Hablamos con él y nos dijo más o menos lo mismo que Nico. Ana María estuvo en varias ocasiones cenando allí, en el hotel Las Olas, con hombres mayores que parecían tratarla bien y con los que ella tonteaba.

—¿Cómo de mayores?

—Entre cuarenta y cincuenta. Estuvo en el hotel varias veces después de dejarlo con Nico. Le preguntaré a su madre a ver si sabe lo que hacía con ellos.

Roberto se despidió de Eva con un «hasta mañana» y se recostó en la cama. La sargento era demasiado optimista al creer que él podía ayudarla a resolver el caso. Como mucho podía charlar con sus amigos y enterarse de los trapos sucios del pueblo, pero dudaba que eso sirviese para atrapar al asesino. Nada aseguraba que fuese un vecino de Nueva. Podía ser cualquier persona ajena al pueblo, alguien que estuviese de paso y que se hubiese encontrado con Ana María de forma casual; lo que los americanos llamaban un depredador sexual. Aunque el índice de criminalidad era infinitamente menor que en los Estados Unidos, también existían depredadores sexuales en España. Hombres que se dedicaban a violar a mujeres y que, en algunos casos, acababan luego con sus vidas.

Solo tardó unos segundos en descartar el razonamiento, dado que eso no explicaba la nota en el móvil de la víctima. La única explicación para eso era que el asesino le conociese y que, por algún motivo, estuviese obsesionado con él, tanto como para matar y conseguir así que se quedase en el pueblo.

Pasó el resto de la mañana paseando por el pueblo, decidido a charlar con cualquier persona dispuesta a hacerlo con él. La mayoría fueron reticentes, sobre todo la gente mayor. En cuanto les decía que era guardia civil y que quería hablar con ellos sobre la muerte de Ana María recibía un no por respuesta, en el mejor de los casos. Una anciana, que le reconoció enseguida, incluso le acusó de llevar consigo la muerte al pueblo. El resto dijeron conocer a la joven, pero solo de vista. Eso le dejó claro que el único modo de averiguar algo más era introduciéndose en el ambiente en el que ella se movía.

Regresó al hotel para comer y luego durmió una larga siesta, con la idea de salir de noche con Susana. Tal vez así descubriría quien tenía tanto interés en que se quedase en el pueblo.

Eran las siete de la tarde cuando salió del hotel, no sin antes prometerle a Susana que tomarían esa copa juntos después de cenar. Parecía bastante ilusionada con la cita, si es que podía denominarse como tal, y Roberto no dejaba de sentirse halagado por el interés que ella mostraba en él. Ni se le pasaba por la cabeza complicarse de nuevo la vida con una relación, pero tenía que reconocer que Susana le atraía físicamente, más que otras mujeres que había conocido en los últimos años.

Aunque no llovía en ese momento, la tarde amenazaba lluvia, por eso decidió bajar en coche hasta la playa de Cuevas, más que nada por dar una vuelta y que la tarde le pasase más rápido. El acceso a la misma ya estaba permitido, con una única patrulla de la Guardia Civil que vigilaba la zona balizada, donde había aparecido el cadáver. Al pasar al lado hubo algo que le llamó la atención, así que aparcó el vehículo y se acercó.

En el suelo, justo en el borde de la zona balizada, había al menos media docena de ramos de flores y un par de coronas, así como un oso de peluche con un lazo rosa al cuello. El lugar parecía haberse convertido en un improvisado homenaje a la fallecida. En ese momento, dos jóvenes de la edad de la víctima se acercaron y posaron sendos ramos de flores junto a los demás. Parecían bastante afectadas, sobre todo una de ellas, que no dejaba de llorar.

—Espero que no tardéis en coger al asesino —sonó una voz a su espalda.

Roberto giró la cabeza y vio acercarse a él a uno de los dos guardia civiles que vigilaban el lugar. Era el mismo con el que había hablado esa mañana a su llegada a la playa.

—Lo intentaremos —respondió—. ¿Sigues aquí?

—Sí, aunque vendrán a relevarnos enseguida.

—Parece que la gente la quería mucho.

—Sí, todo el día estuvo viniendo gente para dejar flores, desde que

abrimos el acceso a la playa.

—¿Alguien sospechoso? —dijo medio en broma.

—No. ¡Ojalá! —replicó el guardia civil sonriendo—. Solo gente bastante triste por su muerte. Supongo que lo normal en estos casos.

—La zona sigue balizada. ¿Están por aquí los de criminalística?

—No, se fueron hace un par de horas. Uno de ellos estuvo mirando las piedras una a una, buscando sin éxito la que usaron para matar a la víctima. Te aseguro que no envidio su trabajo.

—¿Sabes si van a volver?

—Ni idea, pero yo no pienso quitar la cinta de balizar hasta que alguien me lo diga. Así al menos la prensa no se atreve a pasar.

—¿Han venido muchos periodistas?

—Solo un reportero gráfico, pero no me extrañaría que pronto apareciesen más.

Como si se tratase de una premonición, una furgoneta de Antena 3 apareció en ese momento por la carretera.

—Joder, si antes lo digo... —protestó el guardia—. Voy a buscar a mi compañero para asegurarnos de que no pasen de la cinta.

Viendo la hora que era, Roberto supuso que estaban allí para abrir el telediario de la noche con la noticia del asesinato de la joven, eso si no lo hacía alguno de los escándalos políticos que venían dándose de forma frecuente en las últimas semanas. Decidió acercarse a las jóvenes antes de que la prensa intentase hablar con ellas.

—Hola, soy el cabo Fuentes, de la Guardia Civil. ¿Conocíais a Ana María?

—Sí —dijo una de ellas, mientras sujetaba con el brazo por encima del hombro a la que no dejaba de llorar—. Fuimos juntas a clase.

—¿Sabéis si tenía novio?

—No sé, supongo. Yo últimamente no hablaba mucho con ella.

—Tu amiga parece muy afectada —dijo Roberto señalando con la mirada a la que no dejaba de llorar—. ¿Eran muy amigas?

La joven se repuso y le miró con ojos vidriosos.

—La vi... ayer —dijo con voz entrecortada.

Eso captó de inmediato el interés de Roberto.

—¿Cuando la viste?

—Por la noche, después de cenar. Estaba hablando con alguien en un coche.

- ¿Qué tipo de coche?
—No sé, uno grande, blanco.
—¿Un todoterreno?
—Sí.
—¿Recuerdas la marca?
—No sé —se encogió ella de hombros.
—¿Audi, BMW... Nissan?
—Ni idea, no entiendo de coches.

Era la segunda vez que salía a relucir un todoterreno blanco en la investigación, y de momento sabía ya de dos personas que tenían uno, aunque suponía que, si buscaban en el registro de vehículos, aparecería algún otro entre los habitantes de la zona. En los últimos años a mucha gente le había dado por comprar todoterrenos y coches grandes, lo más ostentosos posible. Lo curioso es que en muchas ocasiones era gente mayor, de sesenta años o más, que, en contra de toda lógica, preferían conducir ese tipo de coches en vez de otros más pequeños y manejables. Estaba claro que para muchos de ellos era más importante aparentar que minimizar el riesgo de un golpe o un accidente.

- ¿Recuerdas dónde y a qué hora viste a Ana María?
—Claro, en «La Fuentina». Cerca de mi casa, en la Ribera.

Roberto conocía bien el lugar. Era una fuente situada en una pequeña plazoleta muy cercana a la casa de sus abuelos, donde él se había criado.

- ¿Viste con quien estaba?
—No, era ya de noche y allí no hay mucha luz, por eso a veces hay parejas que van a «La Fuentina» a liarse.
—Pero viste a Ana María.
—Sí, estaba leyendo algo en su móvil y la pantalla le iluminó la cara.
—¿Ella te vio?

La joven retuvo el llanto antes de ser capaz de responder.

- No, pero... ¡se la veía tan feliz!

Las lágrimas inundaron sus ojos y comenzó a sollozar, por lo que Roberto le dio unos segundos para que se calmase.

- ¿A qué hora la viste? —no tardó en preguntar.
—A las diez y algo. Diez y cuarto, más o menos.
—¿Cuál es tu nombre? Puede que necesite hablar de nuevo contigo.
—Raquel Suárez González. Vivo en el tres de la calle Santa Ana.
—Gracias por todo, Raquel —se despidió de ella Roberto—. Siento

mucho lo de tu amiga.

De regreso a su coche, Roberto reflexionó sobre lo que la joven le acababa de contar, en especial un detalle sobre Ana María: «se la veía feliz». La persona con la que estaba en el coche era como mínimo amigo suyo, quizás incluso su novio. No obstante, el hecho de que estuviesen en un lugar algo apartado del pueblo podía indicar que a él no le interesaba que les viesen juntos. Quizás fuese un hombre casado, o tal vez era su asesino y ya tenía planeado matarla, por eso no quería que le viesen con ella. *O quizás te estás montando una película*, se dijo a sí mismo.

De momento no había ninguna prueba sólida que vinculase la muerte de Ana María con un todoterreno blanco, tan solo la declaración del camarero del bar de la playa, que se refería a un coche con esas características con el que se habían cruzado la noche de su muerte y que no tenía por qué ir necesariamente a Cuevas.

No obstante, cuando iba a montar en el coche, un vehículo todoterreno de color blanco pasó a su lado. Era un Ford Ranger de color blanco, un modelo *pick up* que pasó más cerca de él de lo debido. Roberto lo siguió con la mirada hasta que aparcó delante del bar, unos cincuenta metros más allá de donde se encontraba. Lo hizo atravesando el coche y ocupando media carretera, como si fuese suya. Cuando el conductor bajó del coche, se volvió hacia él con gesto de suficiencia. A pesar de las gafas de sol, le reconoció al instante.

—Si supieses las ganas que te tengo —murmuró Roberto entre dientes.

«El baboso» dibujó una sonrisa estúpida y luego entró en el bar agitando el llavero como un crío de dieciocho años, aunque la mirada de Roberto se centró más en su coche que en él. Ya era la tercera persona conocida que tenía un todoterreno blanco.

Roberto posó la cerveza en la mesa y dedicó unos segundos a observar a su acompañante, mientras les envolvía la música ochentera del «Dolce Vita». Susana llevaba puesto un vestido muy ceñido con un ligero escote que insinuaba unos pechos generosos. Si se lo había puesto para impresionarle sin duda lo estaba consiguiendo. Tenía los labios pintados de un color rojo tan brillante que le hipnotizaban cada vez que sonreía, por lo que su mirada iba del escote a los labios y viceversa sin que pudiese evitarlo. En cierto modo, se sentía como un adolescente en su primera cita.

—Hasta ahora no he hecho más que hablar de mi hotel —protestó ella con una sonrisa—. Cuéntame algo de tu vida.

—No hay mucho que contar.

—¿Qué has hecho desde que te fuiste del pueblo?

—Me fui al ejército, durante cuatro años.

—Imagino que necesitabas escapar de aquí. —Al ver que asentía con la cabeza, Susana continuó hablando con gesto serio—. Fue muy injusto lo que te pasó. La gente no tenía derecho a acusarte de ser el culpable de la muerte de Miriam. No es culpa tuya que no fuese capaz de superar vuestra ruptura.

—Lo que nunca entendí fue por qué lo hizo. Esa noche había quedado con ella para arreglar las cosas y al menos seguir como amigos, pero ella decidió saltar de aquel acantilado. ¿Por qué?

—En el fondo era una cría que no supo afrontar un desengaño amoroso. A esas edades es normal que una no sepa cómo afrontar ciertas situaciones, pero está claro que tomó la peor decisión posible. No debes sentirte culpable por ello, tú no tuviste la culpa. Miriam era débil y podía haber tomado la misma decisión ante cualquier otro problema.

Roberto se dio cuenta de que Susana era la primera persona que le había hablado de ese modo desde la muerte de Miriam. Ni siquiera sus amigos de la

pandilla lo habían hecho, quizás influenciados por la corriente de comentarios que inundó el pueblo y que le señalaban a él como principal culpable de la muerte de Miriam. No es que sus amigos le hubiesen echado la culpa, pero sí se mantuvieron al margen cuando más necesitaba su apoyo; todos excepto Pedro, que siempre había estado a su lado. No es que les guardase rencor por ello, pero en buena parte fue uno de los motivos por los que no volvió a Nueva durante quince años. Que Susana le hablase ahora de ese modo le produjo cierta satisfacción.

—Me alegra ver que alguien lo entiende —dijo.

—Me dio mucha pena cuando dejaste de venir al pueblo, la verdad. No merecías que te tratasen así. Pero, bueno, ahora has vuelto. Eso es lo importante.

El modo que tuvo de sonreír al decirlo hizo que se sintiese reconfortado, y ayudó a que a partir de ese momento la conversación se volviese más distendida. Se sentía conectado a ella de un modo muy diferente a cómo se había sentido con otras mujeres. No había duda de que Susana era especial. Sin embargo, algo rompió la magia del momento, una voz desagradable que interrumpió su conversación.

—¡Una parejita de enamorados!

Roberto alzó la mirada y vio plantado a su lado a Diego «el baboso», con aquella estúpida sonrisa que siempre había deseado borrarle de la cara.

—¿Por qué no te largas, Diego? —le replicó Susana con cara poco amistosa.

—¿Ya se te ha pasado el duelo por tu marido?

—Hace tiempo, aunque hasta ahora no había encontrado nada en el pueblo que mereciese la pena.

—Yo siempre estoy disponible, ya lo sabes.

—Soy demasiado madura para ti. Deberías ir a la puerta del instituto para buscar una de tu tipo.

Roberto no pudo reprimir una sonrisa divertida, mientras Diego intentaba asimilar el golpe con una risa nerviosa.

—Muy graciosa, pero normalmente me buscan ellas a mí.

—¿Ya no tienen miedo de que les echés burundanga en la bebida?

—No necesito usar esas cosas.

—Sí, seguro.

—De todas formas, ten cuidado con este —dijo sin molestarse en mirar a Roberto—. La última del pueblo con la que salió se tiró por un acantilado.

En contra de toda lógica, Roberto no se molestó por el comentario. Es más, sonrió con ironía antes de darle un trago a su cerveza. Quince años atrás lo más seguro es que hubiese saltado por encima de la mesa para partirle la cara, pero ahora se mantuvo tranquilo. Quizás, después de todo, el paso de los años había ayudado a que se tomase a broma gente como Diego. Sobre todo porque había conocido a personas mucho más duras que él.

—No me interesa la droga que vendes, así que si no quieres nada más... —dijo Susana invitándole a irse.

—Yo no me dedico a vender esa mierda.

—Sí, claro, lo que tú digas.

Diego hizo amago de irse, aunque en el último momento se volvió hacia Roberto.

—Supongo que no te quedarás mucho por aquí.

—¿Quieres que cenemos juntos algún día? —le preguntó con ironía.

—No, gracias. Lo digo porque tu padre vendió la casa y lo poco que le quedaba a tu familia en el pueblo.

—Puedo permitirme un hotel.

—¡Mientras que no sea el de esta! Ahí dentro puedes pillar de todo.

—Al menos está amueblado, no como la casa esa que compraste en Villanueva —aseguró Susana.

—Ya nos veremos —dijo finalmente dándose media vuelta y dirigiéndose al otro extremo del bar.

Susana soltó una carcajada y miró a Roberto divertida.

—Se compró una casa en Villanueva de Pría, incluidos los muebles, pero cuando fue a vivir a ella se encontró con que alguien se los había llevado. No sabe si fue el anterior dueño, que tenía una copia de las llaves, o alguien a quien él le debía pasta.

—¿Y dices que ahora vive en Villanueva?

—Sí, desde hace unos meses. Es la última casa del pueblo que hay camino a la playa.

Lástima, pensó. Si era su coche el que se habían cruzado el dueño del bar de la playa y el camarero de vuelta a Nueva la noche del asesinato de Ana María, lo más probable era que se dirigiese a Villanueva de Pría y no a Cuevas.

—Me encanta esta canción. —En ese momento sonaba en los altavoces del local el tema «Always on my mind», de Pet Shop Boys—. Venga, vamos a bailar —dijo Susana poniéndose en pie.

—¿Cómo?

—Ven, no seas carca.

Roberto se dejó arrastrar de la mano de ella. En la pista de baile, situada al fondo del local, había al menos una veintena de cincuentones, bailando como si tuviesen dieciocho. En un primer momento fue reacio a ponerse a bailar, pero entre la música que les envolvía y las luces de colores que rotaban sobre la pista, sintió que volvía a la adolescencia y sus pies comenzaron a moverse solos.

Durante más de media hora estuvieron bailando un tema tras otro, lo mismos temas que Roberto había bailado con sus amigos quince años atrás, cuando la época dorada del «Dolce Vita», una época que parecía no haber pasado de moda a tenor de lo concurrido que estaba el local siendo domingo por la noche. Lo mejor de todo fue que su mente se liberó de todos los problemas y solo se centró en disfrutar de la música junto a Susana, que parecía estar disfrutando como nunca.

Pasado ese tiempo, decidieron tomar un par de cervezas y estuvieron charlando de forma distendida sobre temas tan variados como libros y cine, donde los gustos de ambos coincidieron con más frecuencia de lo previsto. Cerca de las doce de la noche decidieron dar por concluida la cita.

Roberto acompañó a Susana hasta la casa en la que vivía con su madre, situada cerca de lo que se conocía como «El Henar». Las calles del pueblo estaban vacías, y en algunas partes del recorrido las farolas estaban apagadas.

—El alcalde ha recortado el gasto de iluminación en el pueblo —le aclaró ella—, apagando una farola de cada dos, en el mejor de los casos.

—Pues no debería ser así.

—Dice que es para recuperar lo que el anterior alcalde se llevó, aunque yo no estoy tan segura.

Llegaron a la casa, la típica vivienda asturiana de dos plantas, con una cochera abajo y una escalera exterior para subir a la planta habitada. Estaba rodeada por un jardín poblado de plantas y flores. La luminosidad que proporcionaban varias luces solares colocadas de forma estratégica le permitió distinguir las habituales hortensias que había en la mayoría de casas de la zona, así como varios árboles frutales.

—Lo he pasado muy bien —dijo Susana cuando se detuvieron ante la pequeña portilla de madera que daba acceso al interior de la finca.

—Yo también —reconoció él.

—Me encantaría invitarte a una última copa en la terraza —dijo

señalando con la mirada la que había en la planta superior, a lo largo de la fachada—, pero mi madre debe estar durmiendo y no quiero despertarla. Además, los vecinos de enfrente seguro que protestan. Mañana es día de curro.

—Lo sé, para mí también. Otra vez será.

—Sí —dijo ella acercándose a él y dándole un beso en la mejilla—. Gracias por una cita tan maravillosa. Espero que podamos repetirla antes de que te vayas.

—Seguro que sí.

Roberto se encaminó de vuelta al hotel, aunque apenas había dado dos pasos cuando ella dijo:

—Me alegra que hayas vuelto a Nueva, Rober.

De algún modo, las palabras salieron solas de su boca:

—Yo también me alegro.

El sonido del móvil le despertó de un sueño placentero, al que intentó agarrarse hasta que la melodía resultó tan insistente que se vio obligado a responder.

—¿Sí?

—Soy Eva. ¿Estás viendo las noticias?

—No. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Vaya! —exclamó incorporándose. Hacía tiempo que no dormía tantas horas seguidas, lo cual, en cierto modo, agradeció.

Buscó en la mesita el mando de la pequeña tele, situada en la pared enfrente de la cama.

—¿Qué canal pongo?

—Antena 3.

En cuanto se encendió la tele, pulsó el botón del tres y observó a la reportera que estaba hablando. Identificó de inmediato, detrás de ella, la playa de Cuevas del Mar.

—Sí, estoy con una de las mejores amigas de la víctima —aseguró mientras la imagen de la cámara se ampliaba para mostrar a la joven que la acompañaba. Era una de las dos chavalas con las que había hablado el día anterior en la playa, aunque no era la que lloraba desconsolada, sino la otra—. ¿Qué me puedes contar de Ana María?

—Era mi mejor amiga —dijo sin ningún rubor—. Estábamos muy unidas.

—Está mintiendo —afirmó Roberto—. Ayer estuve con ella y me dijo que apenas la conocía.

—Eso es lo de menos. El problema es que la prensa ya está dando publicidad a la noticia y pronto las demás cadenas se presentarán ahí. Nueva de Llanes se va a convertir en un circo, como hace un año. —Por el tono de

voz intuyó que la sargento estaba bastante cabreada—. Esperemos que no se enteren del mensaje que apareció en el móvil de la víctima o estamos jodidos.

Como si la hubiese escuchado, la reportera fue interrumpida por uno de los periodistas que estaba en el estudio.

—Perdona que te corte, Nuria, pero me dicen que este asesinato podría estar relacionado con otra muerte sucedida unos días atrás muy cerca de ahí. Atención, porque esto es una primicia de Antena 3 —dijo el periodista con barba de varios días y cara de niño destetado—. Puede que estemos ante un asesino en serie que amenaza la paz de este pueblo al que ya golpeó la tragedia hace un año. ¿Se acuerdan del asesinato de Vanesa Tamargo Fernández, por el que fue detenido Gustavo Villar García? Este programa dispone ahora de información privilegiada según la cual puede que detuviesen al asesino equivocado.

—¡Puto abogado! —exclamó Eva con rabia al otro lado de la línea—. Ha sido él, seguro.

—¿Quién?

—El abogado de Gustavo. Seguro que es él quien ha filtrado la información a Antena 3.

Aquello iba a complicar la investigación. ¡Y mucho!

—Aunque no disponemos todavía de la prueba material —continuó diciendo el pseudoperiodista—, sabemos que alguien dejó un mensaje en el móvil de una supuesta víctima de suicidio, en el que aseguraba que la había asesinado y que había matado a otras antes que a ella. Hoy hablaremos con el abogado de Gustavo Villar para aclarar si su defendido fue acusado injustamente de la muerte de Vanesa Tamargo.

Roberto apagó el sonido de la tele.

—¿Qué vamos a hacer, Eva?

—De momento hablar con el alcalde en el Ayuntamiento, como teníamos previsto —respondió ella—. Nos vemos ahí en media hora.

—De acuerdo.

Roberto se dio una ducha rápida y bajó a la recepción, donde le recibió Susana con una amplia sonrisa.

—Buenos días. Hoy se te han pegado las sábanas.

—Sí, un poco. Hacía tiempo que no descansaba tan bien.

—Eso es por el baile —dijo ella arrancándole una risa—. Deberíamos repetir.

—Por mí encantado, aunque no sé si será posible.

—¿Por qué lo dices?

—Por el trabajo.

—Sí, acabo de ver en la tele que están hablando de Ana María —afirmó señalando la pequeña pantalla que tenía a un lado del mostrador—. Me da que esto se va a convertir en un circo, mayor que la otra vez.

—Eso me han dicho. Espero que cojamos pronto al asesino, antes de que esto se desmadre.

—¿Vas a desayunar?

—Sí, pero algo rápido. Tengo que ir al Ayuntamiento.

—Hasta las diez no abre, así que tienes tiempo.

—He quedado antes con la sargento Ruano.

—¿Con Eva?

—Sí.

—Es muy maja. Me ayudó mucho cuando lo de mi marido. Si no es por ella se hubiese librado.

—¿Y eso?

—Supo juntar todas las piezas, o como quiera que lo digáis vosotros. Lo hizo muy bien.

—Por lo que sé todas las pruebas apuntaban a él.

—Sí, la verdad es que no siempre se conoce a la persona con la que se vive —dijo con amargura—. Me costó reponerme de todo aquello. No le deseo a nadie que pase por lo mismo que yo.

—Seguro que fue duro.

El rostro de Susana se ensombreció, aunque logró sobreponerse de inmediato dibujando una sonrisa.

—Venga, pasa al comedor. Mi tía Rosario vino temprano y dejó hechos unos *frixuelos*⁵.

Roberto aprovechó durante el desayuno para leer la prensa en su móvil. Todavía existían pocas noticias con respecto a la muerte de Ana María, aunque supuso que aumentarían conforme las televisiones se hiciesen eco de lo ocurrido. Lo que sí vio fue una noticia que le llamó la atención, casi al final del resumen de noticias de uno de los diarios: «*Juan José Delgado Osuna es nombrado Director de la Guardia Civil*».

Eso le recordó lo que el comandante Varela le había comentado sobre los cambios que se iban a producir en la Guardia Civil. ¿Se referiría a eso? Intrigado siguió leyendo el artículo.

«*Juan José Delgado Osuna es licenciado en Derecho por la*

Universidad de Salamanca y juez de reconocido prestigio asumiendo la titularidad de varios juzgados en Sevilla, Valencia y Madrid. Ha sido miembro tanto del Consejo General del Poder Judicial como del Tribunal Constitucional, puesto que abandona para ocupar la Dirección de la Guardia Civil. A sus cincuenta y siete años, lo que muchos consideran un paso atrás en su carrera, él lo califica como una oportunidad para mejorar los engranajes que deben garantizar el Estado de Derecho».

—Estás aquí —escuchó una voz femenina que captó de inmediato su atención. Era Eva, que le observaba desde la puerta del comedor.

—Lo siento, estaba leyendo la prensa y no me di cuenta de la hora.

—No te preocupes, no pasa nada —aseguró entrando para sentarse delante de él—. El Ayuntamiento está cerrado, así que le he dicho a Hinojosa que espere allí y me llame en cuanto abran. ¿Algo interesante en la prensa?

—De Ana María, poco. Estaba leyendo ahora que han designado a un nuevo Director de la Guardia Civil. Un tal Juan José Delgado... Osuna —dijo revisando la pantalla de su móvil.

—¿El juez Delgado?

—Sí. ¿Le conoces?

—Solo de oídas. Mi padre fue guardia civil, y hablaba a menudo de él. Decía que era el juez más duro que había conocido nunca. Cuando estaba en Sevilla, los delincuentes temblaban en cuanto se enteraban de que les tocaba en su juzgado. Luego se fue a Valencia, donde llevó a cabo la instrucción de la causa contra la corrupción política en la Comunidad Valenciana, hasta que el Tribunal Superior de Justicia de Valencia le retiró de su puesto, y tuvo que irse a Madrid. Lleva desde entonces luchando por la independencia de los jueces, para que ningún partido pueda influir sobre ellos, por eso me extraña que ahora se haga cargo de la Guardia Civil.

—Tiene cincuenta y siete años. Quizás está pensando ya en la jubilación —razonó Roberto.

—No lo sé. De todas formas a nosotros poco nos va a afectar quien ocupe el cargo —dijo ella convencida—. La Benemérita tiene un engranaje de funcionamiento que es imposible que nadie pueda alterar.

Roberto no pudo evitar darle la razón en su fuero interno. Estaba convencido de que nada de lo que hiciese en Nueva de Llanes impediría que le expulsasen de la Guardia Civil, por eso decidió olvidarse de los cambios que se avecinaban. Buenos o malos, él ya no estaría allí para verlos.

—¿Quieres unos *frixuelos*? —preguntó señalándole el plato en el que

quedaban todavía media docena de ellos—. Están riquísimos.

—No, gracias. No sé qué me ha hecho daño, pero estoy fatal del estómago —dijo Eva frunciendo el ceño—. Espero que se me pase.

—¿No has tomado nada?

—Sí, un omeprazol al levantarme, pero de momento no me ha hecho nada. Como siga igual voy a tener que tomar una botella de esas de carbón activado.

—¿Carbón... activado? ¿Qué demonios es eso?

—Un líquido que se usa para intoxicaciones. Por lo visto es capaz de absorber más del ochenta por ciento de cualquier líquido ingerido que sea dañino para el estómago.

—¿Como la ginebra? —bromeó

—Supongo que sí, aunque lo curioso es que lo toma la gente que hace dietas detox.

—Ni idea de lo que me hablas —dijo Roberto encogiéndose de hombros.

—Sí, hombre, es lo que ahora se ha puesto de moda. La gente que ha engordado hace algo así como curas de salud de una semana, durante la cual solo toman batidos de proteínas. Uno de ellos lleva carbón activado. Piensan que eso les depura el organismo. Lo que no saben es que el carbón activado es un compuesto que se usa para descontaminación gastrointestinal y que no se debe abusar de él.

—¿Y eso es legal?

—Debe de serlo porque lo venden en algunas dietéticas y en supermercados.

—Pues aquí al lado hay una dietética, por si quieres ir a mirar.

—Mejor espero a ver si me hace efecto el omeprazol que tomé antes de venir. ¡Dios, no debí pedir almejas a la marinera para cenar!

Aunque el Ayuntamiento abría a las diez, tuvieron que esperar media hora más a que llegase Santi. El alcalde les recibió en su despacho, una habitación no demasiado grande y con muebles de oficina modernos y funcionales. En la pared, detrás de su mesa, había una foto del presidente del Gobierno y otra del Rey de España.

—Siento que hayáis tenido que esperar.

—No pasa nada —aseguró Eva mientras se sentaba en una de las dos sillas que el alcalde les ofreció delante de su mesa. Roberto se sentó en la otra e Hinojosa se quedó de pie.

—Supongo que venís a por los listados de los trabajadores del Ayuntamiento. Ya le he dicho a la secretaria que os los prepare, así que no tardará mucho.

—Hay otra cosa de la que tenemos que hablar —dijo la sargento con rictus serio.

—¿De qué se trata?

—De su coartada.

—¿Mi coartada? —preguntó Santi desconcertado.

—Nos dijo que la noche de la muerte de Ana María estuvo en una cena del partido, en Llanes.

—Así es, en el hotel «Las Olas».

—Y que no regresó aquí hasta las tres y media de la madrugada.

—Más o menos.

—Tengo un testigo que afirma que le vio irse del hotel a la una con dos personas y regresar un par de horas después con ellos.

Santi palideció al instante. Eso y su silencio fueron prueba irrefutable de que era cierto.

—¿Dónde fuiste esas dos horas? —preguntó Roberto.

—No fui a la playa de Cuevas, si es lo que preguntas, te lo juro. Podéis mirar el GPS de mi coche.

—Lo haremos —aseguró Eva—, pero antes sería mejor que nos dijese donde estuvo.

El hombre dudó, por lo que Roberto insistió.

—Santi, es mejor que nos lo digas ahora. Terminaremos sabiéndolo.

—Estuvimos en una reunión privada.

—¿Qué clase de reunión?

—Una en un club.

—¿Un puticlub?

—No seas capullo. No es esa clase de club. Es un club social.

—Deja de jugar conmigo, Santi —se impacientó Roberto—, y dime donde estuviste.

—¿Te suena el Palacio del Conde de la Vega del Sella?

—Sí, claro, aunque nunca he pasado de la puerta.

—Desde hace unos diez años pertenece a un club privado donde los socios se reúnen para charlar de sus cosas. Dos de las personas con las que estaba en la cena querían venir a tomar una copa, así que me ofrecí a traerles.

—¿A la una de la madrugada? —preguntó Roberto con tono irónico.

—Querían conocer el palacio.

—Tendré que hablar con esas dos personas —intervino Eva.

—Imposible. Regresaron esta mañana temprano a Madrid.

—Si me da sus nombres puedo llamarlos.

—Lo siento, pero no puedo. La identidad de los socios del club es privada, no es de dominio público.

—¿Y eso por qué? —preguntó Roberto.

—Ya os lo he dicho. Son gente importante, con puestos importantes. Empresarios, políticos, personas con dinero a las que no les gusta que nadie se entere de las reuniones que tienen y de lo que se habla en ellas. —Al ver la cara de incredulidad de los guardias civiles, Santi señaló la puerta—. Podéis mirar el GPS de mi coche y veréis que no miento.

—De acuerdo —aceptó Hinojosa sin dudar—. ¿Vamos?

—Claro.

Los cuatro salieron del despacho y salieron del Ayuntamiento, dirigiéndose al Audi Q7 blanco aparcado en la puerta.

—Arrancaré el coche para que podáis ver la última ruta realizada —dijo Santi confiado.

—No es necesario, voy a por mi portátil —aseguró Hinojosa encaminándose al coche aparcado unos metros más allá.

—¿Para qué? —preguntó desconcertado.

Al ver que no le respondía, Santi abrió el coche y esperó sentado dentro.

—¿Qué es eso del Palacio del Conde? —preguntó Eva a Roberto mientras esperaban el regreso de Hinojosa.

—Es una finca que se encuentra a la salida de Nueva, en dirección a Villahormes. Está rodeada por un muro alto de piedra que no deja ver lo que hay al otro lado, un palacio bastante antiguo, por lo que he oído.

—¿Alguna vez has estado dentro?

—No, pero ahora siento mucha curiosidad.

Hinojosa regresó con un pequeño portátil y un cable que utilizó para conectarlo a la centralita del vehículo. La operación le llevó un par de minutos.

—Dime una cosa, Santi —llamó su atención Roberto—. ¿Qué trabajo hacen exactamente las chavalas que contratas en el Ayuntamiento en verano?

—Ya te lo dije. Hacen fotocopias, recogen el correo, limpian. Cosas así.

—Al parecer te han visto en coche con varias de ellas.

—Suelo llevarlas a casa cuando me pilla de paso o si no tienen otro modo de ir. Algunas viven en los pueblos de alrededor y sus padres no pueden traerlas y llevarlas. ¿A qué viene esa pregunta? —dijo algo tenso.

—Me dijeron que te vieron con Ana María varias veces.

—¿Pues claro! La chavala vivía en Piñeres y la llevé a casa varias veces, pero nada más. ¿No estarás pensando nada raro? Ya sabes lo que le gusta a la gente de este pueblo cuchichear.

—Lo sé.

En ese momento Hinojosa les interrumpió

—Ya lo tengo. Su GPS indica que no nos ha mentado —dijo para alivio de Santi—. Llegó a esa finca que hay a la entrada del pueblo a la una y veinte y luego regresó a Llanes a las dos y cincuenta y cinco.

—Os lo dije —afirmó volviéndose para mirar a Roberto y Eva con gesto serio—. Y ahora, si me disculpáis, tengo trabajo.

El alcalde regresó al interior del Ayuntamiento y dejó a los tres guardias civiles charlando en la calle.

—De todas formas eso no quiere decir que no fuese a la playa de Cuevas —reflexionó en voz alta Roberto—. Pudo usar otro coche.

—¿Cuál? —preguntó Eva.

—Ni idea.

—La centralita de su vehículo indica claramente que estuvo en ese palacio y que de ahí regresó a Llanes —aseguró Hinojosa convencido—. No hay duda en eso.

—Un momento, un momento —dijo de pronto Roberto, señalando a continuación el portátil que Hinojosa sostenía en la mano—. ¿Ese cacharro puede decirte donde estuvo el coche de Santi antes de ir a la cena?

—Sí, claro, he descargado toda la información del GPS. ¿Por qué?

—Una amiga de Ana María dice que la vio a eso de la diez de la noche en un coche blanco, hablando con alguien.

—¿Crees que era tu amigo Santi?

—Eso es lo que quiero saber.

—De acuerdo, pero mejor no lo hagamos aquí —dijo Eva—. Vayamos a un sitio más tranquilo.

—¿Qué tal el hotel? A esta hora el comedor está vacío.

—Vamos.

Se dirigían a él cuando una furgoneta con una antena parabólica en el techo aparcó en la plaza en la que se encontraban, justo al lado del hotel «El Llagar». No llevaba ningún rotulo, pero de inmediato supieron que se trataba de la prensa.

—Ya vienen en busca de carnaza —protestó Hinojosa.

—Mejor vamos al pub de mi amigo —propuso Roberto—. Allí estaremos más tranquilos.

Quique no puso ningún impedimento en que subiesen a la terraza y se tomasen un café allí, a pesar de que el «Dolce Vita» todavía estaba cerrado. Mientras sus compañeros subían, Roberto se quedó un momento hablando con él a solas.

—Gracias por permitir que nos reunamos aquí. La prensa ya anda por el pueblo.

—Sí, imagino que buscando carroña, como la otra vez. Por cierto, ayer ya vi que estabas muy bien acompañado —aseguró Quique con una sonrisa.

—Sí, la verdad es que me lo pasé muy bien.

—Susana es muy buena chavala, así que trátala bien.

—Tranquilo, no tengo pensado complicarme la vida con ella.

—No lo digo por eso. Los dos sois adultos y podéis hacer lo que queráis.

Lo digo porque lo pasó muy mal estos meses de atrás con lo de su marido. La gente del pueblo no le echó la culpa a ella de nada, pero la pusieron poco menos que de tonta. Que si no se enteraba de que su marido le ponía los cuernos, que si eso le pasaba por dejarlo solo mientras ella se pasaba el día en el hotel... La verdad es que hacía tiempo que no la veía bailando tan feliz como anoche.

—Yo también lo pasé bien —reconoció Roberto.

—¡Quien os lo iba a decir hace veinte años!

—¿El qué?

—¿Joder, no te acuerdas? Cuando tú tenías quince y ella unos doce o así andaba loca detrás de ti.

—No creo.

—¡Que sí, coño! —exclamó su amigo riendo—. ¿No te acuerdas de cómo nos seguía a la playa?

—Sí, pero pensé que era porque quería estar con nosotros y sentirse mayor.

—Era porque estaba enamorada de ti y te seguía a todas partes.

—No exageres. ¡Si era una cría!

—Bueno, ahora ya no lo es.

Quique soltó una nueva carcajada, que esta vez fue imitada por su amigo.

—¡Que liante eres!

—Por eso tengo un bar.

—Voy a reunirme con mis amigos. Luego bajo a por los cafés.

—No te preocupes, os los subo yo en cuanto estén.

Roberto subió a la terraza, donde sus compañeros se habían sentado en una mesa situada al fondo del todo, en una zona más resguardada. El día no amenazaba lluvia, incluso se veían algunos claros en el cielo, y la temperatura era agradable, pero soplaba un ligero viento del que era mejor protegerse.

—Quique nos subirá enseguida los cafés —dijo antes de sentarse.

—Estoy mirando lo que me has pedido —dijo Hinojosa mostrándole la pantalla del portátil, en la que aparecía un mapa con una serie de puntos marcados y unas líneas azules que lo recorrían—. La verdad es que el sistema de navegación de Audi es cojonudo. Mira, aquí estuvo parado el coche entre las veintidós diez y las veintidós veinte de la noche.

Roberto miró el punto que le señalaba y soltó una exclamación:

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —preguntó Eva.

—Es la fuente que hay en la Ribera.

—¿Y eso qué significa?

—Que Santi estuvo en el coche con Ana María esa noche.

—¿Ese cabrón se acostaba con ella? —dijo Hinojosa abriendo los ojos de forma exagerada—. ¡Menudo cerdo! Seguro que se la cargó para que su mujer no se enterase.

—No saquemos conclusiones precipitadas —le corrigió Eva—. Que estuviese con ella no quiere decir que la matase.

—Además la amiga de Ana María dijo que la había visto feliz —comentó Roberto—. Y Quique dijo que estaba muy contenta esa noche en el «Dolce Vita». Puede que estuviesen liados, pero dudo que la matase él.

—Pues a mí me parece el típico político que se cree que está por encima de los demás. ¿Os fijasteis cómo hablaba de ese club? ¡Es para gente importante! —dijo en tono de burla Hinojosa—. Se creen que pueden hacer lo que les dé la gana sin que les pase nada. Lo siento, sé que es tu amigo, pero es lo que pienso de él

—Sé de sobra de lo que son capaces los políticos, créeme —le replicó Roberto—. No es algo que vaya a ignorar por muy amigo mío que sea, pero no deberíamos detenerle hasta estar seguros.

—Podemos volver al Ayuntamiento y sacarle la verdad. ¡A hostias, si hace falta!

—No vamos a volver a hablar con él hasta que tengamos alguna prueba sólida en su contra —aseguró Eva— y de momento el informe de criminalística no señala ninguna.

—¿Ya tienes el informe? —preguntó Roberto interesado.

—Sí, lo recibí ayer a última hora, por eso al final no fuimos a hablar con los padres de Ana María —dijo Eva mientras sacaba su teléfono móvil, un Galaxy Note, cuya pantalla comenzó a leer—. La autopsia fija la muerte entre la una cincuenta y las dos de la madrugada, lo cual ya nos da un punto claro de referencia a la hora de investigar a los sospechosos.

—A esa hora el capullo del alcalde estaba en Nueva, así que pudo matarla —la interrumpió Hinojosa apretando los dientes. La mirada que le lanzó su jefa le hizo rectificar—. Perdona, lo siento. Sigue.

—La víctima no fue violada ni sufrió ninguna agresión sexual. La muerte se produjo por fractura craneoencefálica causada por repetidos golpes con una piedra que no apareció en el minucioso registro de la zona. Eso sí, los restos de sangre que se encontraron en la ropa y las piedras cercanas a la víctima pertenecen a ella, lo que indica que la mataron a pocos metros del lugar en que apareció su cadáver y que el asesino, después de matarla, le quitó la ropa y arrastró el cadáver hasta la arena, donde la colocó en la pose en que fue encontrada. Nos falta el informe del criminólogo que explique el motivo por el que la dejó así. Si forma parte de un ritual o solo fue casual.

—Mi amigo de la Policía Nacional ya tiene el informe y pronto nos dirá sus conclusiones —aseguró Hinojosa.

—Por lo demás, no hay restos de ADN bajo las uñas de la víctima ni signos de lucha —continuó Eva—. Eso podría significar que conocía a su asesino y que no esperaba que la atacase.

—Quizás estaba borracha o drogada —sugirió Roberto.

—Los análisis de sangre no han detectado drogas y tenía un porcentaje muy bajo de alcoholemia en sangre, cero coma dieciocho gramos por litro —afirmó Eva—. En cuanto a su teléfono móvil, no contenía huellas distintas a las tuyas, por lo que no hay forma de identificar a quien escribió la nota. Eso sí, recibió una llamada de un número oculto a las nueve de la noche y otra a las dos menos veinte de la madrugada.

—¿Del alcalde? —se interesó Hinojosa.

—No lo sabemos y no sé si podremos averiguarlo.

—¿Y los de criminalística no encontraron nada más que nos pueda ayudar? —preguntó Roberto.

—Había multitud de huellas de neumáticos en las cunetas de la carretera —respondió ella—, pero, siendo un lugar visitado de forma tan regular por la gente, no van a ser de mucha ayuda. Las huellas en la arena, cerca del cadáver, tampoco parece que vayan a decirnos nada de utilidad. De todas formas, todavía faltan los resultados de algunos análisis.

Quique llegó en ese momento con una bandeja con tres cafés, por lo que esperaron a que los dejase en la mesa y se marchase de nuevo para poder continuar.

—La clave para atrapar al asesino de Ana María es averiguar quién tenía

un motivo para acabar con su vida —aseguró Eva.

—Uno es el capullo del alcalde, eso está claro —insistió Hinojosa sin que esta vez ella le interrumpiese—. Se vio con Ana María unas horas antes de que la matasen.

—Eso no es suficiente.

—Su exnovio Nico podía tener un motivo —propuso Roberto—. Parecía guardarle cierto rencor cuando hablamos con él.

—Encaja con el perfil de un asesino pasional que ha sufrido un desengaño amoroso —aseguró Eva—, pero tiene una coartada sólida.

—Otra opción sería Diego y sus amigos colombianos. Puede que les debiese pasta.

—No lo creo, Rober —dijo Eva negando con la cabeza—. Del informe de criminalística se deduce que Ana María conocía a su asesino y confiaba en él. Si hubiese sido alguno de esos traficantes habría luchado por su vida. Además, esa forma de matar, golpeándola en la cabeza repetidas veces más bien parece consecuencia de un acto pasional. Esa gente le habría pegado un tiro o dado un navajazo.

—La mujer de Santi sería otra candidata, aunque si estaba en Londres es imposible que la matase ella. Motivo tenía, si es que su marido se acostaba con la víctima, y seguramente también dinero para pagar a alguien que le hiciese el trabajo sucio.

—Hemos comprobado su cuenta y la de su marido, así como la de Nico —intervino Hinojosa—, y no hay movimientos extraños de dinero. Ninguno de ellos pagó para que la matasen, al menos con dinero del banco.

A pesar de no ser un experto en ese tipo de investigaciones, Roberto quería aportar el mayor número de opciones posibles.

—¿Y si fue uno de esos hombres poderosos con los que se relacionaba? Tal vez Ana María vio o escuchó algo que no debía y por eso la quitaron de en medio. Habría que averiguar quiénes eran esos hombres con los que se veía.

—En eso estoy de acuerdo contigo —dijo Eva—. El hecho de que estuviese desnuda, con las dos manos cruzadas sobre el pubis, y tumbada en la arena tiene que dar a entender algo, un sentimiento hacia ella de algún tipo. Habrá que ver qué nos dice ese criminólogo de la Policía Nacional cuando vea las fotos y lea el informe, pero está claro que el asesino dejó así su cuerpo por un motivo. Quería decir algo.

—¿Alguien que desaprobaba su conducta, por ejemplo? —sugirió Roberto.

—Puede ser. Por mi experiencia estoy casi segura de que el asesino es un hombre. Las mujeres no suelen matar con la violencia con que murió Ana María, de múltiples golpes en la cabeza con una piedra. Hay que tener fuerza para hacer algo así.

—No tanta —le rebatió Hinojosa—. Un primer golpe bien dado pudo hacerle perder el conocimiento, mientras le asestaba el resto sin oposición. Puede que conociese a su asesino y no desconfiase de él, o que estuviese drogada.

—Ya te he dicho que no tenía restos de droga en sangre.

—Hay drogas que desaparecen de la sangre pasadas unas horas —apuntó Hinojosa.

—¿Cómo cuáles?

—La escopolamina, por ejemplo, conocida vulgarmente como burundanga. Es una droga que anula la voluntad y los recuerdos, usada en robos y violaciones. Alguien pudo echársela en la bebida y llevarla hasta la playa para matarla allí.

—Esa droga tiene más de mito que de realidad —dijo Eva—. Yo nunca la he visto ni conozco a nadie que la haya tenido en la mano. Es más, me decanto por la opción de que la víctima conociese a su asesino.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Hinojosa.

—Hay que volver al Ayuntamiento. No cogimos la lista de empleados que le habíamos pedido y la necesitamos —respondió Eva—. Si la mató alguien que la conocía, debemos buscar entre la gente con la que trabajó y sus amigos.

—¿No vamos a hablar con sus padres, Eva? —propuso Hinojosa.

—Sí, en cuanto terminemos en el Ayuntamiento. Y luego quiero ir a Llanes para seguir hablando con los invitados a la cena del partido que hubo en el hotel. Ayer logré hablar con varios, pero todos me dijeron lo mismo: que no se habían fijado en si el alcalde de Nueva se había ausentado de la fiesta o no. Alegaron que se estaban divirtiendo y que no estaban pendientes de esas cosas. ¿Vienes con nosotros, Rober? Luego podemos comer por Llanes.

—Sí, claro.

—Entonces vamos primero al Ayuntamiento.

Los tres abandonaron el «Dolce Vita» y se encaminaron a la plaza, aunque antes de llegar Roberto se separó de ellos para acercarse un momento al hotel. Necesitaba hablar con Susana de algo que le había escuchado decir la noche anterior. La encontró tras el mostrador atendiendo a un huésped. Era el belga que había perdido a su hija.

—¿Seguro que no te quieres quedar unos días más?

—Gracias, Susana, pero es hora de volver a casa. El año que viene nos veremos otra vez.

—Cuando quieras.

El hombre le dio dos besos y luego sonrió al pasar junto a Roberto.

—Daría lo que fuese porque algún día supiese lo que fue de su hija — murmuró Susana al perderlo de vista—. ¡Pobre hombre!

Roberto asintió con la cabeza dándole la razón y luego preguntó:

—¿Recuerdas lo que comentaste ayer sobre la burundanga cuando viste a Diego?

—Sí, claro.

—¿A qué te referías exactamente?

—A que una chavala le acusó hace un par de años de haberle echado algo en la bebida. No la creyeron porque se había pasado la noche tonteando con él y con sus amigos colombianos, pero, según ella, tuvo relaciones sexuales esa noche que no recuerda.

—No entiendo como supo entonces que las tuvo.

—Una mujer sabe esas cosas —dijo ella sin necesidad de más explicaciones—. Luego se corrió el rumor de que a alguna más le había pasado lo mismo, pero eso ya no está tan claro. Si quieres saber más tendrás que preguntarle a él directamente.

Roberto se quedó pensativo y murmuró casi de forma inconsciente:

—Tal vez lo haga.

Roberto atravesó con su coche el pequeño pueblo de Villanueva de Pría, situado a tres kilómetros de Nueva. De crío había estado allí en varias ocasiones, cuando se dedicaba junto a sus amigos a explorar con la bici los pueblos cercanos y recorrer la costa. Después, ya de chaval, había ido en un par de ocasiones a la fiesta del pueblo, terminando la noche dándose un baño en la playa de Canal. Gracias a eso supo orientarse para llegar a su destino. Aparcó el coche antes de alcanzar las últimas casas y continuó a pie siguiendo precisamente la carretera que llevaba a la playa.

Apenas un cuarto de hora antes se había despedido de sus dos compañeros de investigación, con la disculpa de quedarse en el pueblo para comer con Susana. No es que les hubiese mentido. Después de su pequeña charla en el hotel, ella había insistido en que comiesen juntos ese mediodía y, teniendo en cuenta lo bien que lo había pasado con ella la noche anterior, no quiso decir que no. Pero había un tema que quería investigar por su cuenta. Aunque Eva estuviese centrando la investigación en la muerte de Ana María, Roberto no dejaba de darle vueltas en la cabeza a las notas aparecidas en los dos móviles y a la petición del supuesto asesino de que regresase al pueblo. ¿Por qué motivo quería que lo hiciese? ¿Quién podía odiarle tanto como para implicarle en aquellas muertes? Y, sobre todo, ¿qué es lo que quería de él? Buscar respuesta a esas preguntas era lo que le había llevado a Villanueva.

Nada más sobrepasar la última casa del pueblo, de lo que podía considerarse el núcleo urbano, vio una casa sola situada a cien metros, justo donde terminaba el asfalto y comenzaba una pista de tierra que llevaba a la playa. Era una casa de madera, pequeña pero muy bonita, muy parecida a la típica cabaña americana de las películas. Estaba situada a unos cincuenta metros del camino que llevaba a la playa, al que le unía un camino de tierra.

Alrededor de la vivienda había una pequeña finca con varios manzanos y

hierba tan alta que pedía a gritos un buen corte. También había varias plantas de flores, la mayoría con aspecto de no recibir ningún cuidado, entre las que destacaba un frondoso arbusto de un par de metros de altura con una flor blanca con forma de campana, en cuya sombra dormía plácidamente un mastín de pelo color canela.

Delante de la puerta había cuatro vehículos aparcados, el Ford Ranger de color blanco que esperaba ver y tres coches más, de alta gama: dos Audi A7 y un Mercedes Clase C, todos ellos de color negro. Agrupadas alrededor de la barbacoa de piedra situada junto a la cabaña había un grupo de personas, cuatro hombres y seis mujeres, charlando y bailando un tema de reguetón que sonaba a todo volumen.

—Puto reguetón —murmuró Roberto entre dientes.

Todos vestían de forma similar. Gorras de amplia visera, gafas de sol a pesar de estar el cielo nublado, camisetas de tirantes, y, en el caso de ellas, pantalones recortados que dejaban poco margen para la imaginación. Por un momento dudó si se había equivocado de casa, hasta que reconoció a la persona que buscaba. Estaba de pie, junto a la barbacoa, con una cerveza en la mano y la mirada clavada en él.

Roberto dudó cómo reaccionar. Podía seguir su camino hacia la playa disimulando o entrar directamente en la finca para hablar con él, como era su intención al presentarse allí, aunque no contaba con que estuviese acompañado. De cualquier modo, Diego resolvió sus dudas cuando caminó hacia él acompañado de sus tres amigos colombianos. Rondarían los treinta años y le pareció que eran los mismos que le acompañaban un par de días atrás cuando le había visto en el «Dolce Vita». Aparentando tranquilidad, Roberto esperó a que llegasen a su altura.

—No sabía que te hubiese invitado a mi fiesta —dijo «el baboso» con aquella expresión de suficiencia que siempre había odiado tanto.

—Iba camino de la playa cuando oí la música —improvisó Roberto sobre la marcha—. Ya veo que lo estáis pasando bien.

Diego se situó delante de él, a un par de pasos, mientras sus tres amigos le franqueaban a ambos lados con expresión poco amistosa. Parecían perros guardianes que esperaban la orden de su amo para atacar.

—No nos gustan los mirones. ¿Qué haces aquí? —preguntó Diego.

—Ya te lo dije, voy camino de la playa.

—Me refiero a qué haces en Nueva. ¿Por qué has vuelto?

—Pensé que eso era lo que querías, que volviese.

—¿Yo? Siempre me han importado una mierda tú y tu familia.

Esas palabras hicieron que recordase que la rivalidad entre ambos no se debía solo a su relación personal. Sus padres eran primos segundos y habían tenido alguna que otra rencilla de jóvenes por temas de fincas y de herencias.

—El negocio debe irte bien —dijo Roberto ignorando el comentario.

—¿Qué negocio?

—El que sea al que os dedicáis tus amigos y tú. Supongo que ellos se llevan la mayor parte del dinero, viendo que tienen mejores coches que tú.

—¿Por qué no te largas y nos dejas en paz, picoletto de mierda? —le replicó Diego con cara de asco.

¡Vaya, así que sabes que soy guardia civil!, pensó Roberto.

—¿Qué pasa, os molesto? —preguntó—. ¿Es que estáis haciendo algo ilegal?

—Solo comer y escuchar música. No creo que eso sea delito.

—Escuchar ese puto reguetón debería serlo. Por mí metería en la cárcel a todo el que lo escucha y quemaría en la hoguera al que lo inventó —afirmó con gesto tenso clavando la mirada en Diego—. Pero no me refiero a eso. Me han dicho que traficas con droga.

—¡Eso es mentira! —dijo con rabia uno de los colombianos, que tenía una cruz tatuada en el lado derecho del cuello.

—Hace años trapicheabas con costo del malo —prosiguió Roberto ignorado al que había hablado—. Supongo que ahora, con tus nuevos amigos, has subido de nivel.

—Yo no trafico con droga.

—Pues hace un año te trincaron con varios gramos de coca encima.

—Eran para uso personal.

—Sí, claro. Por eso les vacilas a las chavalas del pueblo diciendo que conociste a Pablo Escobar y ofreciéndoles la mejor coca de Llanes. ¿Qué pasa, te crees el Patrón de Nueva?

El rostro de los colombianos se tensionó.

—El único patrón es Pablo Escobar —dijo el de la cruz en el cuello— y deberías hablar con más respeto de él.

—Vuestro patrón me importa tres cojones. Lo que quiero saber es si este gilipollas se dedica a vender burundanga por aquí.

A Diego le cambió la cara.

—¿Burundanga? —preguntó desconcertado.

—Sí, no hagas como si no supieses de lo que estoy hablando.

—No conozco ninguna droga llamada así.

—Pues una chavala te acusó hace un par de años de haberla drogado y violado.

—¡Fue todo mentira! —se defendió él muy nervioso—. A la gente de este pueblo le gusta inventarse las cosas y exagerar.

—¿No estuvisteis con ella esa noche?

—Con ella y con otras, pero ella fue la única que nos acusó de violarla.

—Lo que pasa es que aquí en España las mujeres son mucho más frías que en Colombia —aseguró el del tatuaje— y les importa demasiado lo que la gente piensa de ellas, por eso cuando alguna se arrepiente de lo que ha hecho dice que fue porque le echaron droga en la bebida.

—Supongo que ahora vas a decirme que nunca habéis vendido droga.

—¿Es que por ser colombianos somos traficantes de drogas?

—Espero por vuestro bien que no sea así.

—¿Y si lo es? —preguntó entonces desafiante.

—Celebraréis la próxima barbacoa en la cárcel. ¿Os gustaría?

Ninguno de ellos se intimidó, más bien todo lo contrario.

—¡Eres un *malparido hijoeputa*!

—Pero también soy picoletto. No me toquéis los cojones y os dejaré en paz, pero como me los toquéis os aseguro que vais a reuniros con vuestro amado patrón antes de lo que pensáis.

—Vamos, pasad de él —dijo Diego dándose la vuelta y alargando los brazos para llevarlos consigo de vuelta a la casa—. Solo está aquí para provocarnos. Sigamos con la fiesta.

Los colombianos le miraron con desprecio y se dejaron arrastrar, mientras Roberto les observaba impasible. No le daba miedo enfrentarse a ellos, lo había hecho con gente mucho más peligrosa, aunque nunca solo, como en esa ocasión. Ahora se daba cuenta de que había corrido un riesgo innecesario. Entre los cuatro podían haberle dado una paliza y tirado al mar, y seguramente nadie se habría enterado. Pero la visita le había servido para descubrir un par de cosas. Por un lado, que aquella gente no tenía coches de alta gama solo por trapichear con cuatro papelinas de coca, y, por otro, que había algo de verdad en el asunto de la burundanga. La cara que había puesto Diego al mencionárselo era señal inequívoca de que sabía de lo que le hablaba. No obstante, decidió que era el momento de irse. Estaba claro que allí no iba a sacar nada más en claro.

Mientras regresaba con su coche a Nueva, analizó de nuevo toda la

conversación que había mantenido con ellos, hasta que, poco antes de llegar al pueblo, se dio cuenta de algo que el colombiano había mencionado. Tal vez no tuviese nada que ver con el asesinato de Ana María, pero sí con la muerte de Diana Cuesta, la chavala que presuntamente se había suicidado en el Acantilado de San Antonio, por eso detuvo el coche justo al llegar a la altura de su casa.

Esta vez no estaba la abuela de Diana Cuesta en el exterior de la casa, sino una mujer de unos cincuenta años que regaba las numerosas macetas con flores que la adornaban. Su aspecto era cansado y su mirada triste, por lo que adivinó de quien se trataba antes de preguntar:

—Buenos días, ¿es usted la madre de Diana Cuesta?

La mujer contuvo el aliento al escuchar su nombre y le miró sin demasiado interés.

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy el cabo Fuentes, de la Guardia Civil. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre su hija.

—¿Qué clase de preguntas?

—Sobre las circunstancias de su muerte.

—Mi hija no se suicidó —aseguró la mujer con un gesto de rabia, tras el cual le dio la espalda y prosiguió con su tarea, ignorándole.

—¿Por qué piensa eso?

—Ya lo dije cuando encontraron su cadáver, pero nadie me hizo caso. Alguien mató a mi niña.

—¿Sospecha de alguna persona?

La mujer se detuvo al escuchar eso, posó la regadera en el suelo y se volvió para mirarle durante varios segundos.

—¿Yo te conozco, verdad? —preguntó finalmente.

—Supongo que sí. Soy nieto de Soledad.

—Ya me parecía. Te pareces a tu padre.

Esa comparación molestó a Roberto, aunque trató de no demostrarlo.

—No sé si será un buen momento —prosiguió él—, pero quisiera hacerle algunas preguntas.

—Tú dirás.

—¿Sabe con quién salía su hija?

—Con las amigas del instituto, aunque Laura era su mejor amiga. Pasaban mucho tiempo juntas.

—¿Qué hacía cuando salían?

—Lo normal de las chicas a su edad. Daban una vuelta por el pueblo, escuchaban música, bailaban...

—¿Sabe si su hija bebía?

—Supongo que lo normal. Ya era mayor de edad.

—¿Y consumía drogas?

La mujer frunció el ceño antes de responder.

—Mi hija no se suicidó porque estuviese drogada.

—Sí, ya lo sé, pero me refiero a otras ocasiones. ¿Alguna vez le comentó algo al respecto?

—No.

—¿Sabe si tenía relación con unos colombianos que andan por Nueva? ¿Alguna vez le dijo que se hubiese tomado algo con ellos y luego no recordase lo que había pasado?

—Jamás me comentó nada parecido —respondió mirándole extrañada, tras lo cual prosiguió cabreada—. Mi hija era una cría muy buena, ¿sabe? Ella no tomaba drogas y no andaba con colombianos ni drogadictos. Estudiaba mucho porque quería ser doctora.

—Tengo entendido que su hija iba a irse a Madrid —dijo Roberto para rebajar un poco la tensión.

—Pues sí. Era su ilusión desde pequeña, por eso siempre sacó muy buenas notas.

Roberto se fijó en que un joven les observaba desde una de las ventanas de la primera planta de la casa mientras hablaban. Era el hermano de Diana, el que había salido a buscar a la abuela el día que había estado hablando con ella de camino a la playa.

—En Madrid están las mejores universidades. Seguro que habría sido una gran doctora —aseguró Roberto, para beneplácito de la mujer—. A mí también me habría gustado estudiar allí, pero mi madre no se lo podía permitir.

—Nosotros tampoco, pero le concedieron una beca.

—¿Qué clase de beca?

—Una que concede una asociación que está allí, en Madrid. Ayudan a los jóvenes de los pueblos que destacan y que no pueden ir a la universidad por

falta de dinero.

—¿Cómo se llama esa asociación?

—Algo así como «Proyecto de futuro para jóvenes talentos». El alcalde les convenció para que financiaran los estudios de al menos un chaval de la zona cada año, de entre todos aquellos que destacaban por las buenas notas, y este año habían elegido a mi pequeña. —La mujer tuvo que contener las lágrimas que amenazaban con inundar sus ojos—. Estaba ilusionadísima, por eso es imposible que saltase por ese acantilado.

—¿Qué pudo pasarle?

—No lo sé. Sueño todas las noches con ella. La veo al pie de ese acantilado, mirándome aterrada y pidiéndome que la ayude. Y yo no... no puedo...

La mujer no aguantó más y rompió a llorar, lo que hizo que Roberto se acercase a ella y le pusiese la mano sobre el hombro.

—Tranquilícese, le prometo que atraparemos al que lo hizo —dijo dejándose llevar por la emoción.

—Lo siento, pero... no puedo seguir hablando —aseguró la mujer entre lágrimas.

—Claro, no se preocupe.

La madre de Diana entró en la casa y Roberto decidió regresar a su coche. La similitud que tenía la muerte de Diana con la de Miriam quince años atrás hizo que de pronto la angustia hiciese presa en él, por lo que trató de largarse antes de que él también se viniese abajo. Estaba con la mano en la manecilla de la puerta del coche cuando una voz llamó su atención.

—Perdona. —Al volverse vio acercarse al joven de quince años que les había observado desde la ventana de casa—. ¿Eres guardia civil?

—Sí.

—¿Y estás investigando lo que le pasó a mi hermana?

—Eso intento. ¿Tienes algo que contarme? —preguntó al observar el nerviosismo del chaval.

—Sí... bueno. Mi hermana y yo no nos llevábamos muy bien.

—¿Y eso?

Antes de responder, se pasó la mano por la cabeza.

—Siempre fue muy mandona y me echaba la bronca cuando hacía algo mal o no obedecía a mis padres.

—Es normal, era tu hermana mayor y se preocupaba por ti.

—Lo sé, y a pesar de eso yo la quería mucho.

—Imagino que sí.

El chaval estaba nervioso, como si quisiese decir algo y no se atreviese. Se mordió el labio inferior, miró hacia la casa para asegurarse de que su madre no le veía y finalmente afirmó:

—Mi hermana se escapaba algunas noches.

—¿Cómo que se escapaba?

—Su habitación está en la planta baja, en la parte de atrás, así que salía por la ventana cuando todos nos habíamos acostado y volvía muy tarde.

—¿Tus padres lo saben? ¿Se lo has contado?

—Claro que no —dijo sacudiendo la cabeza—. No quiero que piensen que lo digo porque no me llevaba bien con mi hermana. Además, yo no...

—No quieres ensuciar su recuerdo —intuyó Roberto.

—Sí, eso.

—¿Sabes dónde iba tu hermana y con quién?

—Ni idea. A veces la esperaba un coche un poco más adelante de nuestra casa, pero desde mi ventana no podía verlo por culpa de los árboles —dijo señalando los que había en la finca, pegados a la carretera—. Aunque una vez vi como la traía el de aquí —prosiguió señalando la casa que había enfrente.

—¿El hijo del alcalde?

—No, su padre. Una vez la trajo en su todoterreno blanco y se bajó delante de casa.

—¿Cuando fue eso?

—Hace un par de meses, más o menos.

—¿Y qué hacía con él?

—No lo sé, mi hermana no me contaba esas cosas.

—¿Sabes de alguna amiga suya a la que sí se lo contase?

—Supongo que a Laura. Siempre andaban juntas.

—¿Y dónde vive Laura?

—En una casa que hay al otro lado del pueblo, entrando desde Piñeres, antes de llegar al hotel rural. No tiene pérdida, es la única casa de color verde.

—Gracias por tu ayuda... eh...

—Julio —dijo el chaval orgulloso—. Espero que encuentres al que le hizo eso a mi hermana.

—Cuenta con ello, Julio.

Cuando arrancó el coche, Roberto tuvo la sensación de que Nueva escondía más secretos de lo que parecía a simple vista.

A la salida del pueblo, Roberto se cruzó con dos vehículos de la prensa: una furgoneta de la Televisión de Asturias y un coche de la Cope, que parecían dirigirse a Nueva. Aquello estaba empezando a llenarse de periodistas, lo que, en su opinión, no iba a ayudar nada a la investigación.

Tomó la carretera que entraba en el pueblo por la parte alta y la recorrió a poca velocidad en busca de la casa que le había comentado Julio. No tardó en encontrarla, una preciosa casa de dos plantas, no muy grande, pintada en color verde manzana y con las puertas y ventanas blancas. Tenía un precioso jardín delante, con hortensias, calas y alguna planta más cuyo nombre desconocía.

Aparcó en la cuneta y se acercó a la puerta, que tuvo que golpear con los nudillos dado que no tenía timbre. No tardó en abrir una mujer mayor, de unos setenta años.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Está Laura en casa?

—¿De parte de quién?

—Soy el cabo Fuentes, de la Guardia Civil, y quiero hacerle unas preguntas sobre Diana Cuesta.

—Está estudiando. La semana que viene tiene los exámenes para entrar en la universidad.

—Por favor, solo serán cinco minutos —le rogó con voz suave.

La mujer asintió con la cabeza y le hizo un gesto para que la siguiese.

—Entra, voy a preguntarle a mi nieta.

Roberto esperó en el pasillo de entrada a la casa, mientras la mujer subía las escaleras que llevaban a la planta superior. No tardó mucho en regresar.

—Dice que baja ahora. ¿Por qué no la esperas en el jardín de atrás?

Roberto siguió sus pasos hasta el final del pasillo y atravesó la puerta

que daba al jardín situado en la parte trasera de la casa, en el que había una larga mesa de madera y varias sillas de plástico alrededor.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó la mujer—. ¿O prefieres una botella de sidra?

—Mejor un café con leche.

Mientras ella regresaba al interior, Roberto observó una higuera de grandes hojas verdes situada al fondo del jardín. De una de las ramas colgaba un columpio hecho con cuerda y una tabla de madera. Eso le recordó a uno similar que había en casa de su amigo Pedro y en el que se columpiaban a menudo cuando eran unos críos.

—Hola.

Roberto se volvió para recibir a la joven.

—Hola, Laura. Me llamo Roberto y soy guardia civil. Quería hacerte unas preguntas sobre Diana.

—Sí, claro, no hay problema.

La joven tenía larga melena, color negro azabache, que le llegaba casi hasta la cintura. No era demasiado guapa, en parte debido a una dentadura demasiado prominente que, sin duda, había heredado de su abuela.

—Tengo entendido que eras muy amiga de Diana.

—Sí, desde pequeñas.

—¿Sabes si salía con alguien?

—Que yo sepa no. Estuvo saliendo el año pasado con Borja, el hijo del alcalde, pero lo dejaron.

—¿Y eso?

—Borja es un capullo que vacila del dinero que le da su papá y del coche que tiene. Diana se cansó de él enseguida y lo dejaron.

—¿Cómo se lo tomó Borja?

—Bien, al poco ya andaba con otra. Seguro que salía con otras por Madrid cuando estaba con Diana.

—¿Borja vive en Madrid?

—Estudia allí, en un colegio privado, pero viene en vacaciones y algunos fines de semana.

—¿Estaba por aquí cuando murió Diana?

—No —respondió negando con la cabeza—. No llegó hasta este viernes.

—La abuela de Diana me comentó que al padre de Borja no le gustaba que saliese con ella.

—Yo de eso no sé nada.

La abuela de Laura salió en ese momento de la casa con una bandeja con un vaso de café con leche y un plato con pastas.

—¿Laurina, tú quieres tomar algo?

—No, gracias, *güelita*. Enseguida comeremos.

Eso le recordó a Roberto que había quedado para comer con Susana en poco más de una hora.

—Gracias, señora —dijo cogiendo el vaso de café.

—Si quieres más pastas avísame. Yo voy a la cocina a preparar la comida.

Cuando se quedaron de nuevo a solas, Roberto expuso el motivo por el que realmente estaba allí.

—Laura, tengo entendido que Diana se escapaba algunas noches de casa para salir.

La joven tardó unos segundos en responder.

—Sí, bueno... Sus padres eran muy protectores y no querían que saliese hasta tarde de noche.

—¿Salía contigo en esas ocasiones?

—Alguna vez sí.

—¿Y otras?

Laura titubeó antes de dar una respuesta.

—Diana era muy alegre y caía muy bien a los chicos. Se llevaba muy bien con todo el mundo.

—No es eso lo que te he preguntado —insistió Roberto.

—Yo... —dudó de nuevo—. A ella le gustaban los hombres mayores y a mí no.

—¿Qué quieres decir? ¿Salía con hombres mayores que ella?

—Más o menos.

Roberto trató de no levantar la voz ni de alterarse.

—Laura, necesito saber lo que hacía Diana —dijo con voz pausada—. Si no se suicidó y en realidad alguien la empujó por el acantilado quiero encontrarle y meterle en la cárcel.

—Yo no creo que nadie la empujase.

—¿Entonces?

—Para mí que ese día estaba drogada.

—¿Diana consumía drogas?

Ella asintió con la cabeza, cada vez más nerviosa.

—Por favor, no se lo digas a sus padres. Se llevarían un disgusto enorme.

—No pienso contarles nada de lo que tú me digas, pero necesito que me lo cuentes todo. ¿Diana consumía drogas?

—Sí, pero solo en las fiestas —dijo bajando la voz y mirando a la entrada de la casa para asegurarse de que nadie la escuchaba.

—¿Qué fiestas?

—Las del Club Sella.

—¿Las que se celebran en el Palacio del Conde de la Vega del Sella, el que hay a la entrada del pueblo?

La joven miró de nuevo a la casa.

—Sí.

Roberto intuyó que iban a adentrarse en un terreno muy delicado, por eso le hizo una indicación a Laura para que lo acompañase al fondo del jardín y, una vez allí, le pidió que se sentase en el columpio. A aquella distancia nadie desde la casa podría escucharles.

—¿Tú estuviste alguna vez en una de esas fiestas?

—No, jamás —respondió rotunda.

—¿Por qué? —Al ver que la joven no respondía, Roberto replanteó la pregunta—. Laura, ¿puedes contarme lo que pasaba en esas fiestas?

—Yo nunca estuve en una. Solo sé lo que me contó ella y... bueno, yo no... es decir...

—¿Mantén relaciones sexuales con hombres en esas fiestas?

—Al principio, no. Lo único que hacía era servir copas con ropa muy sexy.

—¿Qué tipo de ropa?

—Lencería de lujo, ropa de latex, transparencias y esas cosas. Le pagaban bien solo por eso, aunque le pagaban bastante más por mantener relaciones sexuales, algo que empezó a hacer a partir de la tercera vez que fue.

—¿Con quién mantenía relaciones?

—Con los socios del Club, gente de dinero. Diana me contó que nunca la obligaban a nada, que lo hacía ella porque le apetecía y porque le pagaban muy bien por ello. Trató de convencerme para que la acompañase una vez y probase, pero yo no quise. Mis padres me habrían matado si se enteran.

—¿Y dices que le pagaban?

—Sí, le daban dinero y también regalos, como pulseras o relojes muy caros, aunque pronto dejó de hablarme de ello. Le pregunté un par de veces, pero me cambió de tema. —Laura extendió la mano izquierda y señaló la parte interior de su muñeca—. Un día vi que tenía aquí un tatuaje pequeño, una

«ese» con un palito vertical. Le pregunté que era y qué significaba, y me dijo que era su billete a una vida mejor.

—¿Qué clase de «ese»?

—Era como el símbolo del dinero, aunque solo se la vi esa vez. Luego la llevaba tapada por la correa de un reloj precioso que le regalaron, tipo brazalete.

—¿Y sus padres no se enteraban de lo que hacía? —preguntó sorprendido Roberto.

—Según ella, no. Se escapaba cuando estaban durmiendo y un coche la esperaba para llevarla a la fiesta.

—¿Quién la llevaba?

—Nunca me lo dijo.

El modo que tuvo de mirar a un lado le dio a entender que lo sabía.

—Pero tú sabes quién era, ¿verdad?

—No estoy segura, pero la vi varias veces tomando algo y charlando con una chavala de Piñeres. Se llamaba Ana María.

Roberto notó que se le paraba el corazón.

—¿La que apareció muerta ayer?

—Sí.

Aquello no podía ser una coincidencia.

—¿Sabes de qué la conocía?

—No lo sé, nunca me lo dijo, pero yo creo que tenía algo que ver con esas fiestas.

—Está bien —dijo Roberto ordenando sus ideas—. ¿Sabes si Diana alguna vez sufrió algún daño en alguna de esas fiestas o si tuvo una mala experiencia?

—No, es más, se la veía muy contenta. La semana antes de su muerte me dijo que iban a pagarle los estudios de medicina en Madrid, en una universidad privada, su sueño desde cría.

—Tú no crees que se suicidase.

—No. Esa noche estuve con ella y la vi muy feliz, como siempre era ella. Nos despedimos en el «Dolce Vita» con un abrazo y volvió a casa andando, aunque nunca llegó.

—¿Viste que alguien la acompañase o la siguiese?

—No.

—¿Y todo esto lo saben los agentes que investigaron su muerte?

—Sí. Vinieron unos guardias civiles dos días después de su muerte y les

conté que había estado con ella esa noche.

—¿No les contaste lo de las fiestas? —Ella negó con la cabeza de inmediato—. ¿Por qué?

—Diana me dijo que eran fiestas privadas con gente importante que no querían que se supiese su identidad y me pidió que nunca se lo contase a nadie.

Roberto sonrió agradecido.

—Pero ahora me lo estás contando a mí.

—Eres la primera persona que cree que Diana no se suicidó. Bueno, aparte de sus padres, claro.

—¿Cuántos años tenía Diana cuando comenzó a ir a esas fiestas?

—Dieciocho recién cumplidos, como yo. Ella los cumple a finales de septiembre y yo a principios de octubre.

—¿Y cómo lo hizo? Es decir, ¿Cómo empezó a ir a esas fiestas? ¿Alguien la llevó la primera vez o la invitaron?

—No lo sé.

Roberto notó de nuevo que no estaba siendo sincera.

—Por favor, Laura, necesito saberlo.

—Verás... No estoy segura.

—Dime lo que sepas.

La joven se atrevió a continuar.

—Ella no me dijo quien, pero alguien del Ayuntamiento le habló de las fiestas.

—¿Del Ayuntamiento de Nueva? —preguntó con sorpresa.

—Sí. Estuvo trabajando el verano pasado en él y cuando terminó me dijo que le habían ofrecido una forma de ganar mucho dinero y de incluso solucionar su futuro. Yo me lo tomé un poco a broma, hasta que el día de mi cumple me dijo que había ido a su primera fiesta y que todo había sido genial.

—Por eso el alcalde no quería que saliese con su hijo —reflexionó en voz alta Roberto.

Antes de que pudiese confirmárselo, la abuela de Laura salió de nuevo al jardín y llamó su atención.

—Laurina, acaba de llamar tu madre. Quiere que te prepares para ir con ella hasta Posada.

—¡Voy! —gritó, para luego dirigirse a Roberto—. Lo siento, pero tengo que irme.

—Gracias por tu ayuda, Laura. Me has contado cosas muy útiles para

averiguar lo que le ocurrió a Diana.

—Espero que lo consiga. Aquella noche estuve a punto de acompañarla a casa, pero me gustaba tanto la música que estaban poniendo en el «Dolce Vita» que decidí quedarme bailando con una amiga. Quizás si lo hubiese hecho no le habría pasado nada a Diana —dijo con ojos llorosos.

—No debes pensar eso, tú no tuviste la culpa de lo que le pasó. Si realmente alguien la empujó, ese es el único culpable.

—Gracias —dijo forzando una sonrisa.

Roberto se despidió de ella y de su abuela, y regresó al coche. Antes de arrancar cogió su teléfono móvil y detuvo la grabación que acababa de hacer. Luego le mandó un audio a la sargento Ruano a través del Whatsapp.

—Eva, sé que quieres centrar la investigación en la muerte de Ana María, pero creo que he encontrado una conexión entre ella y Diana Cuesta. Te mando los audios que he grabado tanto en casa de Diana, a su madre y su hermano, como con su mejor amiga, Laura. Escúchalos y hablamos de tarde.

Acto seguido envió las grabaciones de audio que había realizado con el móvil y dirigió el coche de vuelta al hotel. Le vendría bien pasar un rato con Susana para desconectar de la investigación.

Susana le estaba esperando en el hotel, junto a su primo Nico, que ya la había relevado de su puesto.

—Tengo que ir a casa a cambiarme de ropa y a coger un par de cosas — le pidió ella—. Vamos, iremos en mi coche.

Roberto estuvo de acuerdo y montaron en el BMW Serie 3 aparcado frente a la puerta del hotel.

—Bonito coche —dijo él cuando arrancaron.

—Era de Gustavo, aunque se lo pagué yo con las ganancias del hotel. Tiene demasiados botones y tecnología para mí. Ni siquiera sé usar el navegador GPS.

—¿Y dónde vamos a ir a comer?

Susana sonrió antes de responder.

—A un sitio muy especial.

—¿Ah, sí?

—Es un secreto, ya verás.

Roberto decidió dejarse sorprender, así que no insistió. Llegaron a casa de la madre de Susana poco después y aparcaron delante de la portilla de entrada. Viéndola de día, le pareció mucho más bonita. La fachada estaba recién pintada, de un color crema que la hacía destacar sobre el verde de la finca que la rodeaba. De inmediato acudieron a su mente los recuerdos de su niñez, cuando Pedro y él jugaban a naves espaciales en aquel jardín. Solo necesitaban colgar una manta entre dos árboles y coger un par de cajas de madera a modo de asientos para imaginarse que viajaban a través del espacio infinito. Mientras entraban, trató de localizar los árboles, pero descubrió desilusionado que ya no estaban. En su lugar había varias hortensias azules y moradas rodeadas de un manto de pequeñas piedras cogidas seguramente en el río o la playa.

La madre de Susana, que en ese momento estaba regándolas, se volvió para saludar a su hija.

—¿No ibas a comer fuera?

—Sí, vengo a cambiarme. ¿Mamá, te acuerdas de Roberto?

—Sí, claro —respondió ella sonriendo.

—Hola, Isabel.

La mujer se acercó a él y le dio un par de besos, que él aceptó de buen grado.

—¿Qué tal tu madre? Hace tiempo que no hablo con ella.

—Bien, disfrutando del buen tiempo del sur.

—Ya me imagino. A ver si nos hace una visita algún día de estos. ¿Tu padre sigue por Cuba?

—Supongo —respondió encogiéndose de hombros.

—¡Mira que vender la casa de sus padres para largarse con una mulata! Ese hombre nunca fue normal. Yo no sé cómo tu madre aguantó tanto a su lado.

Isabel era una mujer agradable, aunque demasiado cotilla, en opinión de Roberto.

—Tienes unas flores muy bonitas —dijo cambiando de tema.

—Siempre han sido mi afición, aunque desde que murió mi marido hace ocho años son mi principal entretenimiento. Tengo algunas plantas que incluso las heredé de mi abuela, con eso te lo digo todo.

La mujer siguió hablando mientras se ponía a regar de nuevo, pero Roberto ya no la escuchó. La melodía de su teléfono captó toda su atención y, cuando lo sacó del bolsillo y vio que era Eva, se alejó unos metros en dirección al otro lado de la finca.

—Dime, Eva. ¿Has escuchado los audios?

—Sí, y la verdad es que estoy bastante cabreada. —Su tono de voz indicaba que era así.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¿Qué coño estás haciendo investigando por tu cuenta?

—Pensé que eso era lo que me habías dicho que hiciese —dijo Roberto desconcertado—, que hablase con la gente del pueblo.

—Sí, joder, pero no que te pusieses a llevar tu propia investigación. Y menos sin que yo esté presente.

—Lo único que he hecho ha sido hablar con la familia y una amiga de Diana Cuesta. Pensé que podría ser de ayuda.

—Pues no lo eres. Vas a cargarte la investigación.

—Oye, yo no pedí quedarme aquí —dijo Roberto notando cómo la rabia comenzaba a crecer en su interior—. Tú me pediste que me quedase y os echase una mano. ¿A qué coño viene ahora esto?

—¿Es que no has visto las noticias?

—Pues no, he estado ocupado.

—Acaban de llamarme desde Oviedo. Al parecer un periodista de Antena 3 dijo hace un rato en el programa de la mañana que en la investigación hay implicado un guardia civil que está suspenso de empleo y sueldo por vender información clasificada a la prensa en otro caso.

—¡Joder! —exclamó cabreado.

—¿Cómo coño no me dijiste nada?

—Tú ya sabías que estaba suspendido.

—Sí, pero no el motivo. Ahora la prensa nos va a perseguir como buitres en busca de información. Por suerte para ti no han mencionado tu nombre, aunque no sé si tardarán mucho en hacerlo.

—No soy culpable de lo que se me acusa, te lo aseguro. Alguien me quiere joder.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¡Pues a mí me has jodido bien!

La voz de Eva sonaba casi fuera de sí, por lo que trató de rebajar la tensión de la conversación.

—Yo no vendí información a la prensa, te lo aseguro.

—Eso ahora da igual. Mi comandante me ha echado la bronca por permitir que participes en la investigación y no sé si me quitará el caso. Tengo que ir a Oviedo a hablar con él. Luego hablamos.

La llamada se cortó antes de que Roberto tuviese tiempo de decir nada más, lo que hizo que sintiese deseos de lanzar el teléfono al suelo. Por suerte supo contenerse, pero eso no hizo que se calmase. ¿Quién demonios habría filtrado su historia a la prensa? El primer nombre que le vino a la mente hizo que menease la cabeza. *No creo que haya sido él*, se dijo a sí mismo. *Es demasiado rastrero, incluso para él.*

Susana salió en ese momento de la casa luciendo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Nos vamos?

Se había arreglado y estaba muy guapa, pero Roberto no fue capaz de decírselo. No dejaba de darle vueltas a su conversación con la sargento

Ruano.

Regresaban al coche cuando recibió un mensaje por Whatsapp. Era Hinojosa.

—*No te preocupes por Eva, se le pasará pronto el cabreo. Te llamo desde Oviedo para darte novedades.*

Eso ayudó a que por lo menos rebajase la tensión que le atenazaba en ese momento y estuviese más predispuesto a disfrutar de la compañía de Susana.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando subieron al coche.

—Es una sorpresa.

Contra todo pronóstico, las nubes del cielo desaparecieron, dejando que brillase un sol poderoso, tanto que la temperatura alcanzó los veintiséis grados. Salieron del pueblo en dirección a Piñeres y una vez allí tomaron la autovía hacia Llanes.

—Estás muy callado —dijo Susana al cabo de unos minutos.

—Me gusta mucho la canción que está sonando.

Era el tema «Killer», de Adamski.

—A mí también. En general me gusta mucho la música de los ochenta. Recuerdo que mi hermano y tú escuchabais esta música cuando bajabais a la playa.

—Quique fue quien nos la metió en la cabeza. Su padre la ponía siempre en el bar, aunque también escuchábamos música de nuestra época.

—La de los ochenta tiene algo especial.

—Sí, eso es cierto.

Pasaron junto a la playa de San Antolín, donde al menos había media docena de surferos cabalgando sobre las olas.

—¿Vas a decirme ya donde me llevas? —preguntó Roberto.

—A un lugar que no creo que conozcas.

—¿Cuál?

—Una playa que está tierra adentro.

—¿Gulpiyuri?

—No, esa playa la conoce todo el mundo. Estuve el verano pasado acompañando a unos huéspedes y había más gente que en las rebajas. —La comparación le arrancó una carcajada a Roberto—. No había donde poner la toalla y los alrededores estaban llenos de gente. Andaban hasta por encima de las rocas, como si fuesen cabras.

—¡No me digas!

—Como te lo cuento.

—¿Y si no vamos allí, adónde vamos?

—¿Conoces la playa de Cobijeru?

—Es la primera vez que oigo su nombre.

—Lo imaginaba —dijo ella con una sonrisa de satisfacción—. Está más allá de Llanes, pero merece la pena el viaje.

El tiempo que duró el trayecto, y a petición de Roberto, Susana le estuvo contando cómo se había decidido a montar el hotel y lo duros que habían sido los inicios, hasta que internet y el boca a boca hicieron que se llenase de huéspedes. Se notaba que estaba orgullosa de lo que había conseguido. Aunque ella no lo dijo, Roberto se dio cuenta de que el hotel era una parte muy importante de su vida y que no iba a renunciar a él por nadie.

Aparcaron el coche en el pueblo de Buelna, cerca de la iglesia, y, tras colgarse Susana una mochila a la espalda, comenzaron a caminar por un camino de tierra.

—Nunca había estado aquí —reconoció Roberto.

—Por suerte no hay mucha gente que la conozca todavía, por eso se puede venir.

El camino pronto se separó del pueblo y tomó rumbo hacia la costa, situada a no más de medio kilómetro. Varios carteles indicaban el camino a seguir, aunque Susana tomó una senda a la derecha, que se salía del camino principal.

—Es un atajo.

No tardaron en llegar a una zona arbolada y, tras sortear un pequeño arroyo, vieron una enorme cueva en el lado izquierdo del camino.

—¿Esto es Cobijeru?

—No, está un poco más adelante.

Roberto no pudo dominar su curiosidad y siguió el arroyo que se adentraba en la cueva para ver el interior. El techo tenía varios metros de altura, aunque luego iba disminuyendo conforme se avanzaba.

—Es preciosa —murmuró.

—La cueva interesante es la que llega hasta el mar, pero no sé cómo se accede a ella. De todas formas, ya verás que tanto la playa como lo que la rodea es precioso.

Roberto cogió su teléfono y sacó una foto del interior de la cueva, de cuyo techo colgaban varias estalactitas. Luego salió al exterior para tomar una nueva foto.

—¿Por qué no nos hacemos un *selfie* en el que salga la cueva de fondo?
—propuso.

—¿Crees que saldrá bien?

—Claro, tengo el brazo muy largo. —Se situaron delante de la entrada a la cueva y Roberto estiró el brazo tanto como pudo, sujetando en ella el teléfono móvil—. Pégate bien, o no saldrás.

Susana obedeció y pegó su cara al hombro izquierdo de Roberto, que notó de inmediato el suave aroma de su perfume. Eso hizo que su mano temblase ligeramente y la foto no saliese bien enfocada.

—Otra —pidió—, y esta vez sonriendo.

La segunda salió perfecta, aunque sacó dos más entre risas.

—Venga, sigamos.

Poco después llegaron a su destino, un lugar que arrancó una expresión de sorpresa de los labios de Roberto.

—¡Es preciosa!

De entre la roca salía una piscina natural de agua cristalina cuyas suaves olas acariciaban la orilla de fina piedra.

—Ahora la marea está alta —dijo Susana—, pero cuando baja es todo arena.

En el lado izquierdo, por encima de la pequeña playa semicircular, había un puente de piedra, una pasarela que los miles de años transcurridos y la influencia del mar habían dado aquella forma tan caprichosa y bonita a la vez.

Bajaron hasta la playa por un sendero y una vez en las piedras Susana sacó de la mochila una manta que extendió en el suelo. Luego sacó un par de latas de cerveza y una bolsa de patatas.

—Seguro que en Madrid no tomas el aperitivo en un sitio tan tranquilo.

—¡Ni de coña!

Se sentaron en la manta, casi pegados el uno al otro, y, tras un improvisado brindis con sus cervezas, Roberto observó el lugar que le rodeaba.

—Este sitio es precioso.

—Y tenemos la suerte de estar solos. En verano es imposible encontrarla vacía, aunque no está tan masificada como la de Gulpiyuri.

—La verdad es que me quedaría aquí para siempre. Me construiría una cabaña ahí —dijo señalando el acceso a la playa, rodeado de árboles— y me dedicaría a pescar para sobrevivir.

—¿Te gusta el pescado?

—¡Lo odio! —dijo Roberto soltando una carcajada, que fue imitada por ella—. Me gusta el lenguado y poco más, aunque me encanta el marisco.

—Sé de un sitio donde lo preparan muy bien. Podría llevarte un día de estos, si sigues por aquí.

—La verdad es que no sé qué rumbo seguirá mi vida —aseguró con cierta amargura.

—¿Por qué lo dices?

—Dudo que me quede mucho más en Madrid y cuando me vaya la verdad es que no tengo ni idea de donde terminaré.

—¿Problemas en el trabajo? —intuyó ella.

—La verdad es que sí. Van a echarme de la Guardia Civil.

—¿Por qué?

Roberto sabía que no debía hablar de ello con nadie ajeno al Cuerpo, pero la discusión que había mantenido con la sargento Ruano le había dejado tocado. Que le colgase sin darle opción a explicarse hacía que ahora necesitase desahogarse con alguien.

—Por culpa de una investigación en la que estaba participando, relacionada con la corrupción política en la Comunidad de Madrid. Me impliqué tanto en el caso que me dejé llevar por la rabia y la frustración, e hice lo que no debía.

—¿Tan grave era?

—Bastante, aunque el problema fue que había alguien deseando que yo diese un paso en falso para ir a por mí y se lo puse en bandeja.

—¿Quién?

—Mi suegro. Bueno, exsuegro.

—Estuviste casado.

Roberto no supo si era una afirmación o una pregunta, así que se lo tomó como lo segundo.

—Sí.

—¿Y la cosa no salió bien?

—Cuando la hija de un oficial de la Guardia Civil sale con guardias civiles rasos solo por hacer de rabiarse a papá no es aconsejable ser uno de ellos. Yo lo hice y lo terminé pagando, aunque debo decir en mi defensa que tenía veinticuatro años y que era mi primer destino como guardia. Después de cuatro años en el ejército estaba cansado de tantas maniobras y misiones y me apetecía sentar un poco la cabeza.

—¿Donde la conociste?

—En Coruña, durante mi segundo año allí. Su padre no sabía nada de nuestra relación, algo que no me preocupaba porque lo pasábamos muy bien juntos. Pero cuando llevábamos seis meses saliendo me dijo que se había quedado embarazada y que si no nos casábamos a escondidas su padre la iba a obligar a abortar. Fui tan tonto como para creérmelo, aunque debo decir en mi defensa que estaba coladísimo por ella. —La sinceridad con la que lo dijo arrancó una sonrisa a Susana—. Nos casamos en el juzgado pocos días después, así que imagínate la que le montaron en casa cuando nos presentamos con los papeles. Su padre renegó de ella y dijo que no quería volver a verla, algo con lo que Nuria pareció disfrutar. Poco después descubrí que todo había sido un plan para darle una lección a su padre.

—No entiendo.

—El padre de Nuria siempre había sido muy recto con ella. Nunca la dejaba hacer lo que quería y económicamente la tenía muy controlada, así que pensó: «voy a darle a mi padre donde más le duele y a partir de ahí comerá de mi mano».

—¿Quieres decir que te usó para manipular a su padre?

—Así es. Llevábamos una semana casados cuando me confesó que no estaba embarazada, que se lo había inventado porque me quería y que tenía miedo a que yo no quisiese casarme con ella si no había un crío de por medio. Otra mentira que, como un imbécil, me tragué. Dos meses después la pillé en la cama con un teniente.

—¡Joder, qué fuerte!

—Lo curioso es que después de separarnos arregló las cosas con su padre y se casó con el teniente, una boda por todo lo alto con el beneplácito de papá, encantado con la decisión de su niña de casarse con alguien de su mismo estatus social. Alguien digno de ella.

—¿Y tú qué hiciste?

—Dos meses después pasé las pruebas de ingreso en la Unidad Especial de Intervención y me trasladé a Madrid. Por suerte no volví a verla más.

—¿Y le concediste el divorcio, así sin más?

—No teníamos hijos ni casa en común. Estábamos de alquiler. Pensé que lo mejor era empezar de cero y olvidarme de ella, por eso me largué.

—Pero, por lo que dijiste antes, intuyo que te encontraste de nuevo con su padre.

—¡La vida es así de jodida! —dijo Roberto con rabia—. Llevaba dos años en la UCO cuando el coronel Quesado, mi querido exsuegro, tomó el

mando de la unidad. ¿Sabes que fue lo primero que hizo? Llamarme a su despacho para decirme que no descansaría hasta echarme de la Guardia Civil.

—¿Qué cabrón! ¿Pero qué culpa tenías tú de los tejemanejes de su hija?

—Eso mismo le dije yo, pero la versión de su hija era que yo poco menos que la había engañado y obligado a casarnos. Él, por supuesto la creía a ella, así que a la menor oportunidad que tuvo de joderme la vida lo hizo. Supongo que no fui consciente de ello hasta que fue demasiado tarde.

—¿Qué pasó?

En otras circunstancias no habría contestado a su pregunta, pero el modo en que Susana parecía estar implicada en su relato y el hecho de que jamás hasta ese momento se lo hubiese contado a nadie hizo que soltase todo lo que llevaba tiempo guardando dentro.

—Investigábamos la corrupción política en la Comunidad de Madrid, pero pronto vimos que aquello iba mucho más allá. Era solo la punta del iceberg de una trama a nivel nacional en la que estaban implicados tanto altos cargos del gobierno actual como de anteriores gobiernos. Teníamos pruebas para meter en la cárcel al menos a veinte de ellos, pero alguien paralizó la investigación.

—¿Quién?

—La orden nos llegó a través del coronel Quesado, pero todos sospechábamos que venía de más arriba, del Ministro de Interior. Quizás incluso de Presidencia del Gobierno.

—¡Los políticos son basura! —dijo Susana cabreada—. Hacen lo que les da la gana y no hay nadie que les pare los pies.

—Lo sé, pero pensé que yo podría. Me negué a aceptar que se saliesen con la suya, así que mandé a la prensa parte de lo que teníamos: cuentas en el extranjero, puestos de relevancia que se habían asignado a dedo y contratos de obras concedidas a determinadas empresas a cambio de aportaciones al partido. Lo hice convencido de que era lo mejor para el país y porque no llevaba un año trabajando veinte horas al día para que toda esa gente terminase en la cárcel. No cobré nada por ello. Solo quería desenmascararles a todos.

—¿Y lo conseguiste?

—Lo único que conseguí fue quedarme sin trabajo —respondió con ironía.

—¿Entonces ya no eres guardia civil?

—De momento estoy suspenso seis meses de empleo y sueldo, a la espera

de juicio, pero seguro que me dan la patada.

—Lo siento.

—El caso es que el periódico al que mandé toda esa información se lo tomó muy en serio y comenzó a publicarla. Ellos lo intentaron, eso es verdad, pero solo pudieron publicar una mínima parte antes de que les cortasen el grifo. Al final todo quedó enterrado y el coronel Quesado comenzó una caza de brujas dentro de la UCO para averiguar quién había filtrado la información. Aunque en el periódico jamás dieron mi nombre, el cabrón supo de algún modo que fui yo. Primero suspendió a todos los del equipo que llevábamos el caso y luego tramitó un parte por falta grave contra mí, señalándome como único culpable.

—¿Y no tienes forma de librarte?

—Mi abogado me ha recalado una y otra vez que no tienen manera de condenarme a no ser que admita mi culpa, pero el coronel tiene suficiente mano dentro del Tribunal Militar como para que me echen de la Guardia Civil.

—¿Y no hay nadie que te defienda?

—Mi jefe de Departamento, el comandante Varela. Él cree que soy inocente, es el único que ha dado la cara por mí, por eso no he tenido valor para decirle la verdad. Se llevaría una gran decepción si supiese que les he traicionado tanto a él como a la UCO.

—Hiciste lo que creías que era lo más justo.

—Eso ya no importa. Pagaré por lo que hice y tendré que empezar de cero.

Susana le miró y dijo con cierta timidez.

—Podrías hacerlo aquí.

El modo tan dulce que tuvo de decirlo hizo que Roberto sonriese. Hacía tiempo que no se sentía tan a gusto con una mujer ni tan cómodo contándole a alguien sus secretos. Aunque Susana era todavía una niña cuando se había ido del pueblo, ahora la veía como una mujer con un enorme atractivo. Sus labios carnosos dibujaron una sonrisa que hicieron que se olvidase al instante de todos sus problemas, y, cuando sus ojos azules como el cielo se clavaron en él, se dejó llevar.

Sin que pudiese hacer nada por evitarlo, sus labios se unieron a los de ella en un delicado beso.

—Lo siento —acertó a decir Roberto cuando sus labios se separaron.

—¿Por qué? —preguntó Susana sin apartar la mirada de él.

—No debería haberlo hecho.

—¿Acaso no querías hacerlo?

—Sí, pero... No es eso.

—¿Entonces qué? —dijo ella sin dejar de sonreír—. Los dos somos adultos y no hacemos nada malo.

—Lo sé, pero no quiero hacerte daño.

—¿Y por qué ibas a hacérmelo?

—Mi vida está muy lejos de aquí.

—Acabas de decir que pronto tendrás que irte de Madrid.

—Sí, pero no está en mi mente volver a Nueva.

Por unos segundos ella perdió la sonrisa, en un claro gesto de decepción, aunque no tardó en recuperarla.

—¿Y si yo te diese un motivo para hacerlo?

Roberto dudó. Aquello era precisamente lo que quería evitar. No deseaba atarse de nuevo al lugar que le había visto nacer y del que había huido tiempo atrás. Puede que guardase muy buenos recuerdos de su infancia y su adolescencia, pero todo lo ocurrido tras la muerte de Miriam le dio motivos de sobra para no desear volver jamás. Y ese deseo no había cambiado. Susana era una mujer muy especial, de la que podía llegar a enamorarse, por eso tenía que parar aquello antes de que empezase.

—Me gustas mucho, Susana, de verdad, pero esto va demasiado rápido.

Ella no dejó de sonreír.

—Pensé que esa era una frase que solo utilizábamos las chicas.

—Lo siento, yo...

—No te preocupes, no me parece mal. Te entiendo. Tú tienes una vida

muy complicada ahora mismo y no quiero convertirme en una preocupación más. Me basta con disfrutar de tu compañía, si te parece bien.

—Claro que sí —dijo él, aliviado por su comprensión.

—Entonces levantemos el campamento para ir a comer. Conozco un restaurante mexicano en Colombres donde sirven buena comida. ¿Te gusta la comida mexicana?

—Si no pica mucho...

—Conozco al dueño, así que le diré que no se pase con el chile.

Pasaron el resto de la jornada juntos. Primero fueron a un restaurante mexicano muy acogedor, donde comieron muy bien, quizás en exceso. Por ello, decidieron luego ir hasta Llanes para recorrer el Paseo de San Pedro y así bajar la comida. Ninguno de los dos mencionó el asunto del beso. Se dedicaron a hablar de cómo había cambiado el aspecto de la mayoría de pueblos de Llanes a causa del turismo.

Luego tomaron un café en una cafetería y pusieron rumbo a Nueva, aunque antes de llegar pararon en Naves para saludar a Pedro. El hermano de Susana no se encontraba en casa en ese momento, ya que estaba en Oviedo haciendo unas gestiones para el Ayuntamiento, pero Roberto tuvo la oportunidad de conocer a sus dos hijos y a su mujer, Lorena, un poco seca en el trato al principio, aunque luego les invitó a que se quedasen a cenar. Tuvieron que rechazar el ofrecimiento, dado que Susana debía regresar al hotel, pero Roberto prometió que volvería otro día. Cuando salió de allí lo hizo con la sensación de que su amigo tenía una hermosa familia.

—No imaginarás donde la conoció mi hermano —dijo Susana al subir al coche para reemprender la marcha.

—¿Dónde?

—Borracho como una cuba en el descenso del Sella.

—¡No me digas!

—Como te lo cuento. No sé qué vio en él aquel día, pero el siguiente fin de semana quedaron para verse de nuevo en Ribadesella y desde entonces están juntos.

De nuevo tomaron la carretera en dirección a Nueva.

—Ahora que mencionas eso —dijo Roberto cuando salían de Naves—. ¿Conoces el Palacio del Conde de la Vega del Sella?

—¿El que está a la entrada de Nueva? Sí, claro.

—Es que tengo entendido que se organizan fiestas allí.

—Ni idea, pero ya sabes que con el muro que lo rodea y los árboles de la

finca no se ve lo que pasa dentro.

—¿No has oído nada al respecto en el pueblo?

—No. ¿A qué tipo de fiestas te refieres?

—Cenas y reuniones de gente importante.

—Yo no he visto nada, pero apenas salgo del hotel.

Llegaron a su destino cerca de las ocho y media, encontrándose con Nico en la puerta con gesto de impaciencia.

—Lo siento —dijo Susana nada más bajarse del coche—, al final se nos ha hecho un poco tarde.

—No pasa nada. Había quedado en conectarme con unos amigos hace media hora.

—Tenías que haberme llamado.

—Para una vez que sales no te quería molestar, aunque han estado preguntando por ti.

—¿Quién?

—Una de la prensa. Quería saber qué opinabas sobre que el abogado de Gus haya pedido reabrir el caso.

—¡Que se vayan a la mierda! —exclamó ella cabreada—. No pienso hablar con nadie de la prensa. Son unos vampiros.

Roberto siguió sus pasos hasta dentro del hotel y esperó a que Nico se fuese para preguntarle:

—¿Estás bien?

—Sí. Esos cabrones de la prensa hicieron mucho daño a este pueblo cuando lo de Gus. Espero que se larguen pronto.

—Lo harán en cuanto aparezca el asesino de Ana María.

—Siento que nuestra cita termine así —dijo ella forzando una sonrisa.

—No tiene por qué terminar. Podemos cenar juntos.

—Me encantaría, pero no puedo pedirle a mi primo que vuelva a relevarme hoy.

Roberto soltó una carcajada.

—¿Olvidas que estoy hospedado en este hotel y que tengo pensión completa? ¿Qué te parece si cenamos aquí, en el comedor, dentro de un rato?

—Cuando quieras —respondió ella sonriente.

—Dame media hora para que me duche y bajo.

—Muy bien.

Roberto subió a su habitación, aunque antes de ducharte le mandó un mensaje a Hinojosa:

—*¿Cómo van las cosas por Oviedo?*

La respuesta no se hizo esperar:

—*Regular. De momento no van a quitarle el caso a la sargento, pero le han dicho que lo solucione pronto o la relevarán. Mañana volveremos a Nueva de Llanes y empezaremos a interrogar a cualquiera que conociese a la víctima.*

Roberto preguntó a continuación:

—*¿Sabes si van a prescindir de mí?*

La respuesta tardó un rato en llegar, como si Hinojosa buscase las palabras adecuadas:

—*Me temo que sí. Mañana hablamos.*

A Roberto no le molestó. Quizás era mejor así. Respondió con un «OK» y se metió en la ducha.

Al día siguiente decidiría si volvía a Madrid.

Cenaron en el comedor a la vez que lo hicieron la mayoría de los huéspedes, de modo que Susana solo tuvo que levantarse una vez durante la cena para ir a la recepción. La conversación fue distendida, como si el suceso del beso nunca hubiese tenido lugar. Ella no parecía molesta porque Roberto se hubiera echado atrás y a él esa actitud le agradó, hasta el punto que su interés por ella aumentó. Después de cenar continuaron charlando hasta que se quedaron solos en el comedor, momento que Roberto aprovechó para preguntarle algo que no dejaba de rondarle la cabeza.

—¿Cómo terminaste casada con alguien como Gustavo?

Nada más terminar la pregunta se dio cuenta de que había sido demasiado brusco, aunque ella no se lo tomó a mal.

—Porque no sabía cómo era realmente —dijo encogiéndose de hombros—. Me enamoré de él como una cría. Era muy guapo y muy divertido. Siempre que me lo encontraba de fiesta me vacilaba, aunque por aquel entonces tenía novia y solo éramos amigos. Buenos amigos, eso sí. Entonces su novia murió en un trágico accidente y yo estuve a su lado, apoyándole. Unos meses después salimos juntos a cenar y, bueno, una cosa llevó a la otra. Tonteamos un poco al principio, pero la cosa fue a más con el tiempo y acabamos casándonos. Yo tenía veintitrés años.

—¿No hubo nada de él que te pareciese extraño o sospechoso? No sé, uno no mata de un día para otro porque sí.

—La verdad es que no. Siempre fue muy atento conmigo y las cosas nos fueron bien un tiempo, hasta que llegó la crisis económica y se quedó sin trabajo. Entonces empezó a juntarse con compañías que no le convenían.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roberto interesado.

—¿Conoces a Juanín?

—¿Cuetos?

—Sí.

—Claro, somos amigos de la infancia. Era el pequeño de la pandilla — afirmó Roberto, sin mencionar que Juanín era quien había encontrado los dos cadáveres con un mensaje en su móvil dirigido a él.

—Los dos comenzaron a quedar para ir a pescar juntos. Gus lo hacía para estar entretenido, pero con el tiempo también empezaron a quedar para tomar cervezas, fumar porros y vacilar a las chavalas con las que se encontraban. Yo había abierto el hotel un año atrás y estaba muy implicada en sacar el negocio adelante, así que apenas podía dedicarle tiempo. Lo que sucedió después supongo que fue consecuencia de la mala vida que Gus empezó a llevar. Los porros dieron paso a la coca y cada vez era más habitual que llegase a casa tarde, algunas veces incluso a media mañana. —Susana hizo una pequeña pausa y apretó los labios, como si le doliese recordar aquellos sucesos—. Mi vida transcurría todo el día en el hotel, así que apenas nos veíamos, y eso fue minando nuestro matrimonio con el paso del tiempo. Tuvimos varias crisis a lo largo de esos tres años, motivadas principalmente porque llegaban a mis oídos los líos que tenía por ahí con sus amigas. Intentamos arreglar las cosas varias veces, incluso metí a un empleado en el hotel para pasar más tiempo con él, pero lo nuestro estaba muy roto ya.

—¿No pensaste en separarte?

—Yo le quería, y sabía que si le abandonaba terminaría de hundirse del todo, así que traté de aguantar. Por un tiempo pareció que podíamos superarlo, hasta que mató a esa pobre chavala.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Roberto.

—Según los investigadores, porque Vanesa lo amenazó con contarme que estaba embarazada de él.

—Vuestro matrimonio ya estaba muy tocado. ¿Qué importaba que ella te lo dijese?

—No lo sé. Tal vez no supo asimilar que iba a ser padre y perdió el control, o ella le amenazó de algún modo que él no pudo soportar. Gus no quería a nadie, solo a sí mismo, y no soportaba que nadie le dijese lo que tenía que hacer. Por ese mismo motivo le echaron de varios trabajos los últimos meses.

—Pero de ahí a matar a alguien hay mucha diferencia.

—Yo solo sé que llevaba una temporada muy nervioso y muy tenso, y que la gente decía que se ponía muy agresivo cuando mezclaba la bebida con cocaína. Lo siento por esa pobre chavala, de verdad, pero muchas veces

pienso que yo podría haber sido ella y que podía haber terminado muerta en cualquiera de las discusiones que tuvimos. —La voz de Susana se quebró y sus ojos se humedecieron—. Me aterra pensar de lo que será capaz cuando salga de la cárcel.

—Faltan muchos años para eso —dijo Roberto ofreciéndole su mano para que la agarrase, algo que ella hizo sin dudar.

—Alguien como él no debería salir jamás de la cárcel —aseguró con rabia—. Mató a dos personas, a Vanesa y a su hijo. ¿Acaso no merece estar encerrado para siempre?

—Sí, pero en España no existe la cadena perpetua, como en Estados Unidos.

—Pues debería.

—Lo que tienes que hacer es olvidarte de él y vivir tu vida, Susana.

—Lo sé, es lo que intento.

Se miraron unos instantes a los ojos, aunque enseguida Susana soltó su mano y se puso en pie.

—Bueno, tengo que volver a la recepción —dijo mientras comenzaba a recoger los platos.

—Espera, te echo una mano.

—¡De eso nada! Esto es cosa mía. Tú descansa.

—En realidad estaba pensando en tomarme una copa en el «Dolce Vita». ¿Te apetece venir?

—No te digo que no, pero esta noche me toca quedarme en la recepción.

—¿Y no puedes hablar con tu primo para que se quede por ti un rato?

En ese momento Roberto no deseaba otra cosa que seguir disfrutando de su compañía. Puede que hubiese sido demasiado brusco con ella después del beso y quería compensárselo de algún modo.

—Si llamo a Nico se pega un tiro en la cabeza seguro. Estará echando una partida de esas tuyas por internet.

—Lástima.

—Podemos dejarlo para mañana, si te parece bien.

—Claro.

—Quedamos así, entonces. Voy a recoger todo esto y preparar el comedor para el desayuno de mañana —aseguró mientras se llevaba los platos a la cocina.

Roberto la vio desaparecer en la cocina, así que regresó a la recepción. Una vez allí dudó si subir a la habitación, pero lo cierto es que necesitaba

tomarse una copa, así que se encaminó al «Dolce Vita». Habían pasado muchas cosas en las últimas horas y necesitaba reordenar sus ideas. Para empezar, no dejaba de decirse a sí mismo si no habría sido un error rechazar a Susana después de haberla besado. Todavía notaba el calor de sus labios en los suyos y su corazón se aceleraba cada vez que recordaba ese momento. ¿Por qué no era capaz de dejarse llevar?

Entró en el «Dolce Vita», donde la mayoría de las mesas estaban ocupadas por parejas, y se acercó a la barra para saludar a Quique.

—Veo que el negocio va bien incluso entre semana.

—¿Qué pasa, Rober! —le saludó su amigo—. Pues sí, tío, ya ves. Se nota que ya hay gente de vacaciones, aunque también han venido unos cuantos de la prensa.

Roberto miró hacia el fondo del local, donde había seis personas sentadas alrededor de una mesa.

—¿Cómo sabes que son periodistas?

—Porque dos de ellos han venido a preguntarme por la muerte y han hecho lo mismo con la gente que andaba por aquí. Yo que tú trataría de evitarlos.

—Lo haré.

—Es la misma mierda de la otra vez—dijo Quique con cara de asco—.

En fin, ¿qué te pongo?

—Un vodka con naranja.

—¿Coño, un destornillador, como en los viejos tiempos! —se sorprendió.

—Necesito relajar las neuronas.

—Pues te voy a preparar uno especial de la casa, con vodka de importación, tónica noruega y naranja exprimida. ¡Y en copa, como debe ser!

—Eso suena a diez euros la copa.

—Para los amigos la mitad —dijo Quique soltando una carcajada—.

¿Dónde lo vas a tomar?

—Aquí mismo.

—¿Y por qué no te subes a la terraza? Verás cómo te gusta el ambiente.

Yo te subo la copa.

—Está bien —respondió incapaz de negarse.

Nada más acceder a la terraza, Roberto entendió a qué se refería su amigo al decir que había buen ambiente. Sentadas al fondo, en varias mesas que habían unido, había como una docena de chavalas celebrando lo que parecía ser una despedida de soltera, a tenor de la gorra marinera que

llevaban todas y un cartel apoyado en la pared con un dibujo de unas esposas y la leyenda «Despedida y detenida».

Roberto se sentó en la primera mesa que encontró en su camino, dándoles la espalda para concentrarse en sus pensamientos, y revisó su móvil. Esperaba ver en él algún mensaje de Hinojosa, o incluso de Eva, pero lo único que apareció en pantalla fue una notificación de batería baja. *Ya lo cargaré cuando vuelva a la habitación*, pensó.

Quique subió un par de minutos después con su copa y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué pasa, te da miedo sentarte cerca de ellas? —bromeó.

—¡No lo sabes bien!

Su amigo soltó una carcajada mientras posaba la copa sobre la mesa.

—Por cierto, tu amigo «el baboso» te invita a esta copa.

—¿Ese gilipollas? ¿Y eso por qué?

—No lo sé, pero insistió mucho. Incluso la pagó antes de que te la subiese.

—¿No me habrá escupido dentro?

—No lo sé —dijo Quique riendo—. ¿Por qué no la pruebas y me dices lo que te parece?

Roberto tomó un sorbo y notó cómo los sabores se mezclaban en su boca.

—¡Joder, está cojonudo!

—¿A que sí? Ahora ya sabes dónde venir si quieres tomarte la mejor copa de Llanes.

—Por supuesto.

Quique se despidió de él y regresó al piso inferior. Tras un nuevo sorbo, Roberto pensó en sacar el móvil para mandarle un mensaje a Hinojosa, aunque no llegó a escribirlo. De pronto empezó a notar cómo su mente se nublaba y dejaba de escuchar los sonidos a su alrededor, como si su cuerpo se estuviese adormeciendo. Intentó ponerse en pie, pero no logró mover ningún músculo. Estaba como congelado.

Antes de que lograra pedir ayuda perdió la consciencia.

Roberto abrió los ojos y lo primero que percibió fue que todo estaba borroso a su alrededor. No era capaz de centrar la visión y los sonidos que le rodeaban le llegaban como si estuviese en lo más profundo de una cueva. Poco a poco sus sentidos fueron recuperando la percepción y lo siguiente que notó fue una mano acariciando la suya. La calidez del tacto le reconfortó, haciendo que dibujase una ligera sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó una voz femenina.

No respondió en un primer momento. Era como si a su mente le costase recuperar la actividad y tuvo que pasar un tiempo que no supo precisar hasta que sus labios preguntaron:

—¿Dónde estoy?

—En el hospital.

—¿Un... hospital? —preguntó confuso ladeando la cabeza para mirar a la persona que estaba a su lado. Era Susana.

—Me alegro de que te hayas despertado —dijo ella sonriendo emocionada—. Llevabas dos días inconsciente. ¿Cómo te encuentras?

—No siento nada.

—Es por la medicación. Voy a avisar a la enfermera.

—Espera —le rogó él al dejar de notar el contacto de su mano—. ¿Qué ha pasado?

Susana le miró con preocupación.

—¿No recuerdas nada?

—No. —Roberto trató de acceder a sus recuerdos, pero era como si su mente estuviese cubierta por una niebla que le impedía ver nada.

—Te dieron una paliza.

—¿Quién? —preguntó intentando incorporarse. De inmediato una intensa punzada le recorrió el costado arrancándole una mueca de dolor.

—No te muevas, necesitas descansar. —Roberto se recostó de nuevo y Susana prosiguió con gesto triste—. Alguien te golpeó hasta dejarte medio muerto. Por suerte, un vecino que volvía a casa te encontró y llamó a una ambulancia.

—¿Quién... quien lo hizo? —insistió.

—Nadie lo sabe. Quique dice que te vio salir solo del «Dolce Vita». Le extrañó que no te despidieses de él, aunque estaba atendiendo a un cliente y no pudo salir detrás de ti.

—No recuerdo nada —dijo Roberto en un vano intento por recuperar la memoria—. Solo sé que entré en el «Dolce Vita» para tomar una copa. No recuerdo nada más. ¿Qué es lo que tengo?

—Por lo que dijo el médico, un par de costillas fisuradas y un montón de contusiones por todo el cuerpo. Ahora que estás despierto te mirarán mejor. Voy a decirle que le avisen.

—No te vayas —insistió él—. Quédate conmigo un rato solo.

Ella sonrió y tomó de nuevo su mano. El agradable contacto de su piel hizo que Roberto cerrase los ojos y se sumiese en un placentero sueño del que tardó en despertarse.

Miriam estaba tumbada bocarriba sobre un lecho de finas piedras de color oscuro que contrastaban con su melena rojiza. Llevaba puesto un vestido blanco y el colgante en forma de triángulo con símbolos celtas que él le había regalado días atrás. Los ojos los tenía cerrados, transmitiendo una paz y una tranquilidad muy diferente a la de anteriores sueños. Pasados unos segundos, ladeó la cabeza hacia él y abrió los ojos, mirándole de un modo que hizo que sintiese deseos de tumbarse a su lado y abrazarla contra su pecho. Entonces los labios de Miriam se movieron, pronunciando unas palabras que no alcanzó a escuchar.

Acto seguido se despertó.

Al abrir los ojos vio que estaba de nuevo en la habitación del hospital y que Susana ya no estaba a su lado, aunque sí había una enfermera a los pies de la cama observándole sonriente.

—Por fin ha despertado. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor, creo —dijo no muy convencido.

—Voy a buscar al médico.

—¿Mi amiga no está?

—Se fue a descansar. Llevaba aquí desde que le trajeron. No quiso separarse de su lado hasta que despertó por primera vez ayer por la tarde.

—¿Cuánto tiempo llevo ingresado? —preguntó confuso.

—Le trajeron el lunes de madrugada y hoy es jueves.

—Tres días —murmuró a la vez que sentía una punzada en el pecho que apagó su voz.

Cerró los ojos de nuevo y no los abrió hasta que el médico entró en la habitación. El diagnóstico no fue muy alentador, aunque sí optimista.

—Pudo ser peor —comenzó a explicarle—. Tiene dos costillas fisuradas y un fuerte neumotórax que ya está estabilizado. Sufrió un traumatismo craneal que por suerte no causó daños importantes y numerosos hematomas en cara, brazos, pecho y estómago. Le estamos sedando para que no sienta dolor y su vida no corre peligro, así que puede estar tranquilo.

—¿Qué me ocurrió?

—Suponemos que recibió numerosos golpes, probablemente puñetazos y patadas, aunque deberá preguntarle a los agentes que investigan el caso. Yo solo puedo decirle que está fuera de peligro y que podremos darle el alta dentro de unos días.

—¿Dónde estoy?

—En el HUCA.

—¿HUCA? —preguntó confuso.

—El Hospital Universitario Central de Asturias, en Oviedo.

Eso está lejos de Llanes, fue lo primero que pensó, consciente del sacrificio que tenía que haber hecho Susana para permanecer a su lado durante tres días.

—Hay alguien que pidió verle en cuanto despertase y que está esperando para entrar —continuó el médico—, pero ya le he dicho que solo puede quedarse unos minutos. Necesita descansar y recuperarse.

—¿Quién es?

—No lo sé, alguien de su trabajo.

Roberto esperó ver entrar por la puerta a Eva o Hinojosa, pero la persona que lo hizo cuando el médico dijo que podía pasar fue alguien que no esperaba.

—¿Cómo estás, Roberto?

—Bien, mi comandante —respondió a la pregunta del comandante Varela, su jefe en la UCO.

—Te han dado una buena paliza.

—Eso parece.

—Siento haberte metido en este asunto.

—No tiene importancia, mi comandante.

—Te prometo que cogemos a los que te hicieron esto, cueste lo que cueste.

—¿Sospechan de alguien?

—La verdad es que esperábamos que tú nos contases lo que recuerdas.

—No recuerdo nada, salvo haber entrado en el «Dolce Vita» y sentarme

en la terraza para tomar una copa. Después de eso no logro recordar nada.

—Puede ser a causa del traumatismo —aseguró el médico—. En los próximos días debería ir recordando cosas.

—Me gustaría hablar un momento a solas con él, si no le importa —dijo el comandante Varela, a lo que el otro respondió asintiendo con la cabeza—. Serán solo unos minutos.

Cuando se quedaron solos, Roberto preguntó con voz cansada:

—¿Ya han encontrado al asesino de Ana María?

—No estoy al tanto del estado actual de la investigación, pero creo que está en un punto muerto. De todas formas quiero que te olvides ya de eso. Ahora tienes que recuperarte y volver pronto al trabajo.

—¿Qué trabajo?

—El tuyo.

Varela sacó un papel doblado del interior de su chaqueta y, tras desplegarlo, se lo acercó.

—¿Qué es eso? —preguntó Roberto sin hacer ademán de cogerlo.

—Tu alta para el servicio. Ya no estás suspendido.

—¿Cómo?

—¿Te acuerdas de que te hablé del coronel Martín Lozano?

—Sí.

—Pues hace tres días tomó posesión del mando de la UCO.

—¿Y el coronel Quesado? —preguntó sin poder ocultar su sorpresa.

—Cesado por el nuevo Director de la Guardia Civil, José Juan Delgado Osuna.

—No termino de entenderlo.

—Te dije que se avecinaban grandes cambios. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Pues este es el primer paso. Se acabó eso de que nos paralicen las investigaciones y que los culpables nunca lleguen a juicio. Lo que ocurrió en Madrid con los casos de corrupción no va a volver a pasar. Las cárceles se van a llenar pronto de políticos.

—Eso no va a ocurrir nunca —aseguró Roberto convencido. Si algo había aprendido en sus propias carnes es que no se podía luchar contra el sistema.

—¿Por qué no?

—Porque hacen falta jueces dispuestos a aplicar la ley sin temor a represalias políticas.

—¿Y quién te dice que no los hay? —preguntó Varela con una sonrisa malévola—. Pronto verás los resultados, tú y el resto de los españoles. Nadie podrá impedir que salga a la luz la verdad.

—Con respecto a eso... —Roberto dudó unos segundos. Era mucho lo que le debía a aquel hombre, demasiado como para seguir engañándole, tal y como había hecho los últimos meses—. Hay algo que tiene que saber, mi comandante. Aunque el coronel Quesado me odiaba, tuvo razón al suspenderme de empleo y sueldo.

—¿Por qué dices eso?

—Yo fui quien le entregó a la prensa los informes de nuestras investigaciones.

Contuvo el aliento al terminar. Sabía que el comandante iba a sentirse traicionado, sobre todo porque en una ocasión, antes de su suspensión, le había preguntado directamente si tenía algo que ver con aquel asunto y Roberto le había respondido con un rotundo no.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó el oficial sin alterar su rictus serio.

—Porque no podía soportar que se saliesen con la suya —dijo apretando los dientes en un arranque de rabia—. Porque llevábamos dos años trabajando sin descanso para encarcelar a toda esa gente y se iban a ir de rositas. Sentí tal grado de impotencia que tomé la peor decisión posible, pero le juro que no cobre ni un solo euro. Le pasé la información a ese periódico para que la publicase, no para sacar dinero por ella.

—Está claro que fue una muy mala decisión.

—Lo sé. Los trapos sucios deben lavarse dentro de casa y no airearlos, pero...

—No lo digo por eso —le interrumpió Varela—. Lo digo porque esto no es Estados Unidos. Aquí ningún político va a dimitir ni va a entrar en la cárcel por lo que diga un periódico. Te jugaste tu carrera para nada. Supongo que eres consciente de ello.

—Ahora lo sé.

—Ese no era el camino, Roberto. El que vamos a tomar ahora, sí, por eso necesito contar contigo.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó extrañado.

—Sabes más que yo y, probablemente, más que ningún otro del Departamento sobre los casos de corrupción que investigamos. Grabaciones, fotos, vídeos, documentos... Todo pasó por tus manos antes de hacerlo por la mía, por eso quiero que vuelvas.

—Pero... ¿Y qué hay de mi suspensión?

—Ya te he dicho que no estás suspendido.

—¿Ni siquiera después de lo que le he contado?

Varela sonrió antes de responder, aquella sonrisa tan característica que dibujaba cuando iba un paso por delante de los demás.

—¿Crees que no sabía que tú filtraste la información a la prensa?

—¿Lo sabía?

—Estaría haciendo muy mal mi trabajo si no tuviese controlados a todos los hombres bajo mis órdenes. Lo supe en cuanto el periódico publicó el primer artículo.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Por dos motivos. Uno sentimental: estaba de acuerdo contigo. Alguien tenía que sacar todo aquello a la luz. Pero también quería ver hasta donde estabas dispuesto a llegar.

—Pues no llegué muy lejos.

—Cuando te suspendieron no te viniste abajo y guardaste silencio a pesar de que sabías que te iba a costar el trabajo.

—Solo me protegía a mí mismo.

—¿Y estarías dispuesto a hacer lo mismo por proteger a otros?

—¿A quién?

—A tus compañeros de trabajo y a tus superiores, por una causa en la que crees.

—Sí.

El comandante asintió con la cabeza.

—Bien, entonces recupérate y, cuando estés en condiciones, vuelve a Madrid. Los casos de corrupción que investigamos allí son solo la punta del iceberg y tenemos varios posibles frentes de investigación por todo el país. Quiero contar contigo para llevarlos a cabo.

—¿Y qué hay de los asesinatos de Nueva?

—La sargento Ruano tendrá que hacer su trabajo y atrapar al asesino sin ti. Además, después de la paliza que has recibido no te interesa volver por allí.

—No me gusta rendirme —protestó Roberto.

Varela puso cara de contrariedad, aunque finalmente asintió con la cabeza.

—Llámame cuando estés mejor y hablaremos. Lo que está a punto de ocurrir no podrá pararse en cuanto empieza, como verás en los próximos días.

—Quiero pedirle un último favor, mi comandante —dijo Roberto al ver que tenía intención de abandonar la habitación.

—Tú dirás.

—Cuando me suspendieron tuve que entregar mi pistola en el cuartel. ¿Puede hacer que me la envíen aquí, a Oviedo?

—¿No pensarás vengarte del que te hizo esto? —dijo medio en broma el oficial.

—No, pero quiero asegurarme de que no vuelva a ocurrir.

—Está bien, me ocuparé de ello.

El comandante Varela se despidió de él con un apretón de manos y le dejó a solas con sus pensamientos.

Roberto estaba feliz por poder volver a su trabajo, pero había algo que le hacía dudar y que le carcomía por dentro, y no era resolver las muertes de Nueva de Llanes ni detener a quienes le habían dado la paliza. Por primera vez en mucho tiempo había conocido a alguien que despertaba en él unos sentimientos que creía desterrados de su corazón. Alguien que hacía que desease volver al pueblo que tanto había odiado, solo por estar de nuevo con ella. Alguien de quien, a pesar de sus intentos por evitarlo, se estaba enamorando.

El calor en el coche era agobiante, por eso Susana puso el climatizador, algo que Roberto agradeció aunque les quedase poco para llegar a Nueva de Llanes. Habían pasado ya ocho días desde que se había despertado en el hospital, tiempo durante el cual se había ido recuperando poco a poco de sus heridas. Todavía estaba lejos de encontrarse en buenas condiciones, pero al menos había recibido el alta médica para poder largarse de aquella habitación que, aunque acogedora, le hacía sentirse como en una cárcel.

—¿Seguro que no quieres quedarte en casa de mi madre?

—No, prefiero quedarme en el hotel. Así no molesto a nadie.

—No molestas, te lo aseguro. Además, podría cuidar de ti si lo necesitas.

—En el hotel también.

—Eso es cierto —reconoció ella con una sonrisa.

—Al menos así puedo devolverte parte del dinero que tú te has gastado en mí.

—Tampoco gasté tanto en ir a Oviedo.

—Has estado una semana yendo a diario a verme. Eso no sale gratis, Susana.

—No tiene importancia.

—Nadie hasta ahora se había preocupado tanto por mí —aseguró Roberto con una sonrisa.

Los tres primeros días Susana había estado pegada día y noche a la cama de Roberto, hasta que recuperó la consciencia. Luego, regresó a Nueva para retomar el mando del hotel, que había dejado durante ese tiempo en manos de su primo y de su tía, aunque fue a verle todos los días al hospital de Oviedo.

—Lo he hecho con gusto —aseguró Susana—. Es lo que hay que hacer por un amigo, y más si está solo. ¿Por cierto, hablaste ya con tu madre?

—Sí, ayer, y me echó una buena bronca.

—Normal, deberías haberla llamado antes.

—Estaba de crucero por el Mediterráneo. Además, si se lo digo antes hubiese venido y no quiero que me vea con esta pinta —dijo señalándose el rostro.

—Tampoco estás tan mal, aunque Rocky Balboa tenía mejor pinta que tú después de que le machacase la cara el ruso —bromeó ella, soltando una carcajada a continuación.

—¡Muy graciosa!

—Ahora en serio, me alegro de que estés recuperado. Me asusté mucho cuando te vi por primera vez en el hospital. Y no fui la única.

Roberto no había tenido solo la visita de Susana. Pedro la había acompañado en un par de ocasiones y Quique se había acercado a verle al poco de recuperar la consciencia. Eva también había estado en el hospital, principalmente para ver cómo se encontraba y tratar de identificar a sus agresores. Roberto seguía sin recordar nada de lo sucedido, más allá de tomarse una copa en la terraza del «Dolce Vita». Al menos la visita sirvió para que limase un poco asperezas con Eva, que le pidió disculpas por la discusión que habían mantenido por teléfono.

Unos días después regresó de nuevo, esta vez con Hinojosa, para comentarle que no tenían ninguna pista sobre el autor o autores de la paliza. Nadie parecía haber visto ni oído nada esa noche, por lo que la investigación estaba en un punto muerto.

Tampoco iba mejor la del asesinato de Ana María. El día de la paliza habían hablado con su padre —al parecer su madre se encontraba bastante sedada ese día—, quien les contó que su hija llevaba más de un año trabajando como camarera para una empresa de catering y que, debido a su buen rendimiento, iban a trasladarla a un hotel de Madrid después del verano. Cuando le dijeron que la habían visto en Llanes con distintos hombres se limitó a presuponer que eran entrevistas de trabajo y no le dio importancia, como si no quisiese ensuciar el recuerdo de su hija.

En cuanto a las fiestas en el Palacio del Conde de la Vega del Sella, Eva comentó que había solicitado una orden para investigar tanto el interior de la finca como las actividades del Club Sella, pero que no había obtenido respuesta.

Llegados a ese punto, la investigación parecía no avanzar. Hinojosa mantenía que el principal sospechoso seguía siendo Santi, el alcalde del pueblo de Nueva, al que había pillado ya en dos mentiras. La primera cuando

negó haber visto a Ana María cuatro horas antes de su muerte, a pesar de que una amiga había visto a la víctima en un coche como el suyo y el GPS del vehículo indicaba que estuvo en ese lugar a esa hora. También les había mentido al decir que su mujer discutió con Ana María porque ella había ido al Ayuntamiento para pedirle un trabajo para una prima suya, cuando en realidad no tenía ninguna prima. Hinojosa creía que el motivo era que Santi tenía una aventura con Ana María y que por eso la había matado, algo con lo que Eva no parecía estar de acuerdo.

De cualquier modo, Roberto les escuchó, pero no se ofreció a seguir ayudando en la investigación. Ellos tampoco se lo pidieron, entendiendo que ya había hecho suficiente y que lo más importante ahora era que se recuperase de sus heridas. Al despedirse tras esa segunda visita, Roberto tuvo claro que allí se separaban sus caminos.

Llegaron a Nueva a las doce de la mañana bajo un cielo azul. En el hotel les esperaba Nico, al que acompañaba en ese momento su madre, con cara de pocos amigos.

—¡Ya era hora! —protestó en cuanto cruzaron la puerta—. Tengo que estar en el médico, en Llanes, dentro de veinte minutos.

—Lo siento, tía. Es que Rober necesitaba pasar por la Comandancia de la Guardia Civil de Oviedo antes de venir.

—A ver si ahora te ocupas ya de tu negocio y dejas de tirar tanto de mi hijo, que tiene una madre de la que ocuparse —dijo Rosario con evidente cabreo—. Te he dejado lista la comida de hoy. Vamos, Nico.

Roberto tuvo que dar un paso lateral para que la mujer no le llevase por delante de camino a la calle, además de dedicarle una mirada cargada de odio al pasar a su lado.

—Lo siento, hoy está de mal humor —se disculpó su hijo—. ¿Susana, me dejas tu coche para llevarla? Así no tiene que gastar dinero en un taxi y seguro que se le pasa el cabreo.

—Claro, ya sabes que puedes cogerlo cuando quieras —respondió entregándole la llave.

—No entiendo por qué mi madre no se compra un coche. Sabe conducir perfectamente y así no tendríamos que pedirte el tuyo cada vez que necesita ir a algún sitio.

—Porque no quiere gastarse dinero en él. Siempre fue muy tacaña, pero tú podrías comprarte uno.

—¡Quita, quita! Solo me faltaba tener un coche en la puerta a su

disposición. ¡Me tendría todo el día mareado! Prefiero pedirte el tuyo cuando lo necesite.

Una voz desde la calle llamó su atención.

—¡Nico! ¿Vamos o qué?

—¡Voy! —respondió el joven.

Susana soltó una carcajada cuando salió a la carrera con cara de agobio.

—Mi tía lo tiene dominado —dijo con ironía.

—Sí, es una mujer con mucho carácter.

—¡No lo sabes bien!

—Me pregunto qué es lo que le pasa conmigo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lleva mirándome mal desde que llegué al pueblo.

—La gente mayor es así de rencorosa. Ya sabes que mi tía Rosario era muy amiga de la madre de Miriam, la novia esa que tuviste y que...

—Sí, ya sé a quién te refieres —dijo Roberto notando cómo todavía le dolía escuchar su nombre.

—Sus padres siempre te echaron la culpa a ti de su muerte, a pesar de que no la tenías. Nunca entraron en razón. Luego, cuando la madre enfermó hace unos años de cáncer, mi tía dijo que todo era por culpa del dolor que le había causado la muerte de su hija.

—¿No me echará a mí la culpa también del cáncer de su amiga?

Susana se encogió de hombros antes de responder.

—No deberías hacerle caso. Desde que la madre de Miriam murió hace tres años, mi tía vive amargada la mitad del tiempo y la otra mitad se la pasa amargando la vida de su hijo. Está todo el día encima de él, pendiente de lo que hace y con quien anda. Si Ana María le dejó fue precisamente porque estaba harta de que mi tía se metiese en todo.

Roberto notó en ese momento que el cansancio estaba haciendo presa en él. A pesar de que el viaje desde Oviedo había durado algo más de una hora, sentía que estaba sin fuerzas y somnoliento, por eso decidió que lo mejor era acostarse un rato.

—¿Sigo teniendo la misma habitación? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Quieres la llave ya?

—Sí, voy a echarme un rato.

—Tienes cara de cansado.

—La verdad es que lo estoy. Necesito dormir un rato.

—En un par de horas estará la comida. Si no bajas a tiempo me ocuparé

de guardártela.

—Gracias.

Con la llave en la mano, Roberto subió a la habitación sin apresurarse. Aunque el costado le dolía menos, no quería forzar hasta que sus costillas estuviesen recuperadas del todo. Al entrar lo primero que hizo fue tumbarse en la cama sin desvestirse siquiera. Su idea era recostarse solo unos minutos y tomar fuerzas antes de darse una ducha, pero sus ojos se cerraron en cuanto tocó la almohada, sumiéndose en un profundo sueño.

Miriam ladeó la cabeza y le miró con sus intensos ojos color miel. De nuevo sus labios se movieron pronunciando unas palabras que, por más que lo intentó, no alcanzó a escuchar. Quiso pedirle que lo repitiese, pero antes de hacerlo se despertó con el corazón golpeando con fuerza contra su pecho.

¿Qué es lo que quieres decirme?, murmuró mientras se incorporaba para ir al baño.

Se lavó la cara en el lavabo y luego se miró en el espejo. Tenía unas oscuras ojeras bajos los ojos y varios moretones por la cara a consecuencia de los golpes recibidos, aunque por fortuna la inflamación ya había bajado bastante. La primera vez que se había visto en el baño del hospital pensó que alguien había jugado al billar con su cara. Con el paso de los días el dolor, por suerte, también había ido desapareciendo.

Desde que se había despertado en la cama del hospital había intentado recordar lo ocurrido aquella noche, pero solo tenía recuerdos inconexos, *flashes* que poco o nada le aportaban. Recordaba haber salido del bar solo y luego estar tumbado en el suelo mientras unas sombras lo rodeaban, pero nada más. Era como si alguien hubiese entrado en su mente y borrado sus recuerdos de algún modo.

Al mirar su reloj vio que eran las dos y media de la tarde, así que se lavó de nuevo la cara, decidido a dejar la ducha para más tarde, y bajó al comedor. Susana le recibió con una sonrisa desde la recepción.

—¿Estás mejor?

—Al menos ya no me encuentro tan cansado —respondió él.

—Seguro que después de comer te encuentras más recuperado.

Comieron juntos, aunque Roberto no estuvo demasiado hablador. Seguía dándole vueltas al significado de aquel sueño que se había repetido dos veces

ya. ¿Qué era lo que pretendía decirle Miriam? De algún modo sabía que estaba relacionado con lo que estaba ocurriendo en Nueva. Quizás el nombre del asesino o de la persona que le había implicado en aquel oscuro asunto.

—Estás muy callado —dijo Susana al cabo de un rato.

—Perdona, tengo la cabeza en otra parte.

—¿Qué te parece si mañana vamos a pasear por la playa? Seguro que el aire del mar te ayuda a curar las heridas.

—Pensé que lo bueno para las heridas era bañarse en el mar.

—Eso también, y con el buen tiempo que hace yo no me lo pensaría dos veces —dijo soltando a continuación una carcajada

—Lo haré si te bañas conmigo.

—No, yo soy muy friolera.

—No te preocupes, puedo arrojarte después con la toalla.

—Entonces acepto —dijo ella sonriendo halagada—, aunque tendré que buscar un bikini. ¡A saber dónde lo tengo! Ni me acuerdo de cuando fui a la playa la última vez.

—Tranquila, yo tampoco tengo bañador.

—¿No me estarás proponiendo que nos bañemos sin ropa? —preguntó lanzándole una mirada insinuante.

—No sería la primera vez. Cuando íbamos de fiesta a Villanueva siempre terminábamos dándonos un baño desnudos en la playa de Canal. Y en Cuevas creo que también nos dimos alguno.

—¡Menudos exhibicionistas!

—Lo que pasa es que íbamos muy borrachos —dijo rompiendo a reír y contagiándola a ella con su risa.

Después de comer Susana tuvo que regresar a su puesto en la recepción, por lo que Roberto salió a dar un paseo, o al menos eso fue lo que le dijo a ella. Tenía muy claro donde quería ir y con quien hablar.

El «Dolce Vita» no tenía mucha gente, tan solo una pareja tomando café y un cincuentón jugando a uno de los ordenadores que Quique le había enseñado días atrás. Su amigo salió de la barra para recibirle en cuanto le vio entrar.

—¡Me alegro de verte, Rober! ¿Ya te han dado el alta?

—Sí, esta mañana —dijo a la vez que le estrechaba la mano.

—Me habría gustado ir más veces a verte, pero se acerca el verano y no puedo alejarme del negocio mucho tiempo. Tengo un par de camareros, pero hay que estar encima de ellos.

—Lo sé, no te preocupes. Ya ves que estoy bien.

—Y yo me alegro de que sea así. ¿Tus compañeros de la Guardia Civil ya cogieron a los cabrones que te dieron la paliza?

—Todavía no, por eso vengo a verte. Cuando fuiste a visitarme al hospital estaba bastante sedado todavía y no tuve la oportunidad de hablar mucho contigo.

—Podemos hacerlo ahora, pero mejor siéntate mientras voy a por un par de cafés. Así hablaremos tranquilos.

—Muy bien.

Roberto ocupó una de las mesas del fondo y esperó a que Quique llegase con dos cafés y se sentase a su lado, antes de preguntar:

—¿Tienes idea de lo que me pasó aquella noche?

—No, tío, esperaba que tú me lo contases.

—Yo no me acuerdo de nada.

—¿Por los golpes?

—No lo sé —respondió Roberto encogiéndose de hombros—. Solo recuerdo sentarme a tomar una copa. Nada más.

—Estuviste arriba, en la terraza, quince minutos como mucho. Subí a llevarte la copa en persona, un vodka con naranja, y la siguiente vez que te vi fue cuando saliste por la puerta.

—¿Iba solo?

—Sí, ya se lo conté a tus compañeros, la guardia civil esa tan maciza y el otro que siempre va con ella. No vi nada raro. Lo único que puedo decirte es que cuando subí a la terraza poco después habían volcado tu copa en la mesa, no sé si tú o alguien al pasar. Había una despedida de soltera y todas las chavalas estaban bastante bebidas, así que igual fueron ellas.

—Sí, eso lo recuerdo. Lo que no recuerdo es haberte pagado la copa, por ejemplo.

—La pagó Diego.

—¿Qué Diego?

—El baboso.

Roberto le miró extrañado.

—¿Y eso por qué?

—Dijo algo sobre limar asperezas contigo.

—¿Sabes si luego hablé con él?

—Yo no os vi juntos, aunque sí sé que subió a la terraza un poco antes de que tú te fueses. No sabría decirte si hablasteis o no.

—¿Y sabes si salió de aquí detrás de mí?

—No sabría decirte. Te vi salir solo cuando estaba sirviendo unas copas a unos clientes y luego ya no me fijé.

—¿Diego estaba solo o acompañado?

—Estaba sentado en esta misma mesa con uno de sus amigos colombianos, uno que tiene una cruz tatuada en el cuello.

—Sé quién es.

—Sí que recuerdo que cuando Diego me pagó tu copa el colombiano ya no estaba en la mesa, y que no volví a ver a ninguno de los dos el resto de la noche, aunque había tanta gente que no sabría decirte seguro si estaban aquí o no.

Roberto se quedó pensativo y un temor empezó a rondarle la mente.

—Dime una cosa, Quique. Desde que preparaste la copa hasta que me la subiste arriba, ¿la perdiste de vista en algún momento?

—¿Tu copa?

—Sí.

—Pues... no sé, tío. Ese día serví varias copas como la tuya, es una de mis especialidades.

—Haz un poco de memoria, por favor.

Quique cerró los ojos y arrugó el entrecejo como si estuviese explorando cada rincón de su cerebro.

—Siempre preparo las copas encima de la barra, para que cualquier cliente que vea cómo lo hago sienta curiosidad y me pida una. Estaba terminando la tuya cuando Diego llegó y me preguntó si esa copa era para ti. Cuando dije que sí, sacó la cartera y me dio un billete de veinte euros para que le cobrase.

—¿Y qué hiciste?

—Me di la vuelta hacia la caja y le cobré.

—Entiendo —dijo Roberto notando cómo una luz se encendía en su cabeza.

Quique no tardó muchos segundos en llegar a la misma conclusión que él.

—¿Crees que te echó algo en la bebida?

—Podría ser.

—¿Y que por eso derramaron tu copa después de irte tú?

—Es una posibilidad.

—Pero no sé de ninguna droga que haga perder la memoria.

—Yo sí, la burundanga.

—¿La que dicen en la tele que usan los extranjeros para violar a las

mujeres? Pensé que era un mito.

—Tal vez no lo sea.

—¡Joder, tío! Si alguien te echó esa mierda en la bebida por culpa mía no me lo perdonaré nunca. ¿Quién pudo hacerlo?

Roberto no respondió. Apuró el café de dos tragos, a pesar de estar caliente, y sacó la cartera.

—¿Cuánto te debo?

—¿Estás tonto? Guarda eso, anda. Estás invitado.

—Gracias.

Roberto se despidió de su amigo alegando que se encontraba cansado y regresó de inmediato al hotel. Necesitaba comprobar hasta qué punto los efectos de aquella droga eran reales o solo un mito, tal y como había dicho Quique.

Al regresar al hotel apenas se paró a hablar con Susana. Le dijo que estaba un poco cansado y que quería dormir la siesta, así que subió a su habitación. Una vez allí buscó su tablet y se conectó a internet. En el buscador puso una única palabra: burundanga, y no tardó en encontrar toda la información que buscaba.

«La llamada burundanga es en realidad escopolamina, una droga muy común entre violadores y ladrones, ya que anula la voluntad de las víctimas y hace que ejecuten órdenes sin oposición. También provoca amnesia».

Roberto notó cómo se le aceleraba el corazón conforme iba leyendo los distintos artículos. En uno de ellos, incluso encontró declaraciones de personas que habían sido drogadas con burundanga.

«Ligué con una chica en un bar, la invité a una copa y salimos a bailar. Ya no recuerdo más. Me desperté horas después en mi casa. Me habían robado la cartera, el portátil, la tele y todos los objetos de valor que tenía».

«Recuerdo estar en el cajero sacando dinero mientras me acompañaba una persona a la que no conocía y entregarle el dinero sin ser capaz de negarme. Le entregué quinientos euros».

«Desperté en un portal desnuda de cintura para abajo y con un escozor en la entrepierna».

«Estaba mirando los movimientos de mi banco cuando vi que faltaban tres mil euros de mi cuenta de ahorros. Fui a mi banco y la cajera me dijo que dos días antes había ido con un amigo a sacar dinero. Yo no recordaba nada de aquello».

Como esos había una veintena de testimonios solo en España.

Roberto se centró entonces en la procedencia de la escopolamina. Lo primero que encontró fue que era una droga cuyo uso se había extendido en Colombia y desde allí había llegado a España. También leyó que se absorbía

rápidamente por el tracto gastrointestinal y que se ponía en circulación a través del torrente sanguíneo, desde el hígado. De ahí llegaba al cerebro, donde actuaba sobre el hipotálamo, afectando al sistema nervioso central y bloqueando la memoria.

Era de difícil detección si no se realizaba un análisis dentro de las primeras seis horas. Solía suministrarse a través de la bebida, aunque también mediante un spray por contacto en la piel. El efecto duraba las dos primeras horas, dependiendo de la dosis, aunque una dosis excesiva de escopolamina provocaba taquicardia severa, insuficiencia respiratoria, colapso vascular y, finalmente, la muerte.

Por último, Roberto buscó cómo obtener la escopolamina. Estaba presente en algunos somníferos y tranquilizantes con receta médica, aunque los malhechores la extraían de algunas plantas solanáceas como la mandrágora, la belladona o la brugmansia arborea, más conocida como floripondio o árbol de las trompetas. Iba a buscar imágenes de ellas cuando sonó el teléfono de la habitación.

—Rober, soy Susana. Perdona que te despierte —dijo nada más descolgar el teléfono.

—No pasa nada, no estaba dormido.

—Es que hay alguien aquí que pregunta por ti

—¿Quién?

—La madre de Ana María.

La mujer tenía cuarenta años, pero aparentaba más de cincuenta. Tenía unas profundas ojeras bajo los ojos, el pelo sucio, recogido en una cola de caballo mal atada, y una evidente palidez.

—Perdona que te moleste, pero no sabía a quién acudir —comenzó a decir la mujer con voz nerviosa y atropellada—. Acabo de estar con Lucía, la madre de Diana Cuesta, y ella me dijo que tú eras el único que había mostrado interés por la muerte de su hija. Y que además eres del pueblo.

—Lo fui. Ahora vivo en Madrid.

—Pero conoces Nueva. Seguro que tú sabrás encontrar al que mató a mi hija.

Su tono de voz era desesperado, aunque no lo elevaba más de lo necesario.

—Lo siento, ya no investigo el caso. Además, yo...

—Por favor —le interrumpió ella—, al menos escucha lo que tengo que contarte y luego decide.

—Está bien —accedió—. Vamos a un sitio donde podamos hablar a solas.

—El comedor está vacío —apuntó Susana.

Roberto y la mujer se dirigieron a la sala y, una vez dentro, cerraron la puerta.

—La Guardia Civil no investigó la muerte de Diana y pronto dejará de investigar la de mi hija —dijo de manera atropellada, de pie en medio del comedor.

—No creo que eso vaya a ser así.

—¿Ah, no? Ya lo verás. Los periodistas se largaron de aquí hace una semana, cuando desapareció la hija de ese torero tan famoso, y sin esa presión mediática a la gente le importa una mierda lo que ocurra aquí. Si quieres que la Policía y la Guardia Civil te hagan caso tienes que salir todos los días en la televisión, si no ya puedes olvidarte de que investiguen nada.

—Perdone, pero...

—Y la prueba es que hace días que no recibo una llamada de nadie. —La mujer apretó los labios, como si contuviese el llanto, y luego negó con la cabeza—. Nadie va a hacerle justicia a mi niña.

—¿Cómo que nadie la ha llamado? —preguntó Roberto sorprendido—. ¿No fueron dos guardias civiles a su casa?

—Sí, dos días después de la muerte de mi hija, pero yo estaba tan mal que no pude hablar con ellos. Llevo esperando desde entonces a que vuelvan o me llamen.

—Puede que estén siguiendo alguna línea de investigación.

—¿En serio crees eso? —dijo en tono escéptico.

—No lo sé, hace cinco días que les vi por última vez, pero estoy seguro de que están haciendo su trabajo.

—¿Y por qué no está detenido el alcalde de Nueva?

—¿El alcalde? ¿Y eso por qué?

La mujer pareció dudar, por eso Roberto señaló la mesa más cercana.

—Por favor, siéntese. ¿Cómo se llama?

—Marga —respondió ella tomando asiento en una de las sillas.

—¿Qué pruebas tienes contra el alcalde, Marga? —preguntó Roberto tomando asiento a su vez.

—Antes tengo que explicarte mi relación con mi hija.

—Claro, te escucho.

La mujer echó mano a su bolso y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Te importa que fume?

—A mí no, pero esto es un comedor. No está permitido fumar.

—Es verdad, tienes razón —dijo guardándolo de nuevo—. Tuve a mi hija muy joven, con veinte años. Pensé que eso era una bendición, porque cuando se hiciese mayor tendríamos muchas cosas que compartir. Incluso podíamos salir de fiesta juntas. Mi marido es un muermo al que no le gusta salir, por eso estaba tan ilusionada cuando nació Ana María. Lástima que las cosas no sean como una se las imagina. Supongo que sabes lo que quiero decir.

—La verdad es que no. De momento no tengo hijos.

—El caso es que cuando era pequeña nos llevábamos genial, pero a los dieciséis entró en la adolescencia y pegó un cambio brutal de carácter —prosiguió Marga—. Me contestaba mal a todas horas, dejó de contarme lo que hacía y la mayoría del tiempo ni me hablaba. Era como si estuviese enfadada conmigo todo el día. Solo hubo una época en la que pareció que estaba más calmada, cuando salió con Nico, pero duraron poco.

—¿Y eso? —preguntó Roberto interesado en saber su opinión.

—Era muy crío y demasiado parado para ella. Ana María quería moverse, conocer mundo, hacer cosas, y ese crío no le podía seguir el ritmo. De todas formas ahí sí que demostró ser adulta. Un día me contó, de los pocos que mantuvimos una charla, que había discutido con la madre de Nico. La encontró un día por la calle y empezó a echarle la bronca por haber dejado a su hijo, pero Ana María demostró que ya no era una niña y la puso en su sitio con mucha educación.

—Conozco a la madre de Nico.

—Sí, es un mal bicho —dijo Marga sin darle tiempo a opinar—. Aun así, yo hubiese preferido que se quedase con él. A partir de entonces apenas paraba por casa. Empezó a trabajar como camarera para una empresa que organizaba banquetes y fiestas en casas particulares, al menos fue lo que nos dijo, de las que volvía en muchas ocasiones bien entrada la madrugada. Al poco de empezar a trabajar se sacó el carnet de conducir y se compró un coche, con lo que obtuvo la independencia que tanto había deseado siempre. No trabajaba todos los días, aunque cuando lo hacía era casi siempre de noche. Luego se pasaba el día durmiendo, así que apenas la veíamos.

—Si se compró un coche es que le pagaban bien.

—No lo sé. Abrió su propia cuenta en el banco y dejó de darnos

explicaciones. Un día entré en su habitación cuando se estaba vistiendo y vi que tenía unas marcas en las espaldas, como de arañazos. Le pregunté qué le había pasado y me echó de la habitación de muy malos modos, diciendo que no me metiese en su vida. Después de aquello nuestra relación se enfrió más todavía, si es que eso era posible. Comencé a observarla en silencio y lo que vi no me gustó. En una ocasión descubrí que tenía marcas en las muñecas, como si se las hubiesen atado, y en otra encontré en el baño un neceser con varios tubos de geles lubricantes. No me atreví a preguntarle para que eran.

—Puede que tuviese una vida sexual muy activa.

Marga no se tomó a mal el comentario.

—Quizás, no lo voy a negar. Era muy guapa y sabía cómo atraer a los hombres, aunque nunca la vi con ninguno, después de dejarlo con Nico. A veces hablaba por teléfono con amigos con los que luego quedaba para cenar, pero nunca los conocí. Eso fue lo que hizo que una noche la siguiese.

—¿A dónde?

—A una de esas fiestas en las que trabajaba. La seguí con mi coche hasta el Palacio del Conde de Nueva. Es una finca que hay a la entrada del pueblo.

—La conozco.

—Intenté entrar después que ella, pero había un guardia de seguridad en la puerta que me obligó a darme la vuelta. Las dos siguientes noches que salió la seguí también y la vi entrar en el mismo sitio.

—¿Y qué relación tiene todo eso con el alcalde de Nueva?

—Hace dos o tres meses me enteré de la discusión que tuvo con la mujer del alcalde, así que le pregunté por lo ocurrido. Se limitó a decirme que había sido un mal entendido, pero yo insistí y le dije que esperaba que no estuviese liada con él.

—¿Y qué te dijo ella?

—Se echó a reír y luego lo negó. Dijo que había estado hablando con él porque conocía gente que le podía ofrecer trabajo en Madrid, aunque en ese momento no me explicó de qué se trataba. Lo dejé correr, hasta que vi que los días siguientes a la muerte de Diana Cuesta estaba muy nerviosa. Una noche la escuché hablando por teléfono con alguien a quien llamó Santi, diciéndole «Alguien tuvo que empujarla».

—¿Santi, el alcalde?

—Supongo. Mi hija le dijo que quizás había visto algo que no debía y que por eso estaba muerta, pero él debió decirle algo que la tranquilizó, porque antes de colgar la escuché decir «Claro que te creo. Sí, hablamos esta

noche».

—¿Crees que hablaban de Diana?

—Estoy casi segura.

—¿Y qué relación tenía tu hija con ella?

—No lo sé, pero sospecho que las dos iban a esas fiestas en el Palacio. Quizás mi hija tenía razón. Puede que las dos vieses algo que no debían y decidieron acabar con ellas.

Eso podía explicar la relación entre ambas, pero no los mensajes aparecidos en sus móviles dirigidos a él, por eso Roberto no le dio mayor credibilidad que a cualquiera de las otras pistas que habían obtenido hasta el momento.

—Creo que deberías hablar con la sargento Ruano y explicarle esto mismo que me has contado a mí —sugirió.

—Ella no se implicará en la investigación como tú. Tienes que ayudar a mi niña —dijo Marga con la voz rota, a la vez que sus ojos se llenaban de lágrimas—. Tienes que encontrar al que me la quitó. —Y dicho eso rompió a llorar.

Roberto trató de calmarla poniendo la mano sobre su hombro y asegurando que la ayudaría. Lo dijo más por empatía que por convencimiento, aunque eso pareció tranquilizar a Marga, que no tardó en dejar de llorar.

—Prométeme que lo investigarás. No dejes que esa gente con dinero se salga con la suya.

Eso tocó la fibra adecuada en Roberto, que asintió con la cabeza.

—Está bien.

Salieron del comedor y la acompañó hasta la puerta del hotel, donde se despidió de ella. Cuando regresó al interior, Susana le miró con cara de circunstancias.

—Pobre mujer, tiene que estar pasándolo fatal.

—¿A qué hora cierra el Ayuntamiento? —preguntó Roberto mirando su reloj.

—Hoy es viernes, así que cerró a las dos.

—¿Y no abre de tarde?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

Antes de responder buscó las llaves del coche en su bolsillo.

—Porque es hora de que hable con un amigo para que me cuente la verdad de una puñetera vez.

Una mujer, que se presentó como la mujer de Santi, le abrió la puerta. Era seca, altiva y con el gesto torcido, como si acabase de abrirle la puerta a un vagabundo. Tenía los labios inflados de botox y un exceso de maquillaje que no dejaba adivinar su edad, aunque parecía que estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta.

—Soy guardia civil y tengo que hablar con él de un asunto oficial —dijo Roberto al comprobar que presentarse como su amigo no había surtido el efecto esperado. Acto seguido se dio cuenta de que el aspecto amoratado de su cara no ayudaba a generar demasiada confianza.

—Está en el salón —respondió ella haciéndose a un lado y abandonando la casa en cuanto él entró. Por un momento estuvo a punto de pedirle que se quedase, pero finalmente dejó que se alejase en un Mercedes Clase C en dirección al pueblo. Ya hablaría con ella más adelante si era necesario.

Roberto se encontró a su amigo sentado en el sofá con un portátil sobre el regazo. Levantó la mirada y al verle dibujó una mueca de sorpresa.

—Rober, tío, tienes una pinta horrible.

El hecho de que no se levantase siquiera para recibirle hizo que el recién llegado le mirase con dureza.

—Estoy bien, es menos de lo que parece. ¿Interrumpo algo? ¿Estás trabajando?

—Sí, el año que viene hay elecciones y ya estoy preparando cosas.

—Entiendo. La vida del político siempre es ajetreada.

—Solo descansas cuando la dejas —dijo el otro cerrando el portátil y dejándolo a un lado.

—Hay un tema del que quiero hablar contigo, Santi, relacionado con la investigación que estamos llevando a cabo.

—¿De qué se trata?

—Del Club Sella y de las chicas que participan en esas fiestas.

El otro dibujó una sonrisa que a todas luces resultó forzada.

—Sí, algunas han trabajado como camareras en esas fiestas, pero no veo el problema.

Roberto se puso serio.

—No me toques los cojones, Santi. Sabes de sobra de lo que te hablo. En esas fiestas no hay camareras. Lo que sí hay es sexo a cambio de ciertos pagos, tanto en metálico como materiales.

Aunque su amigo trató de aparentar tranquilidad, notó el nerviosismo en su voz.

—No sé quién te habrá contado eso, pero no es cierto. Esas chicas...

—Piensa bien lo que vas a decir —le cortó notando cómo la rabia le invadía—. Aunque te parezca que estoy hecho una mierda, soy capaz de sacarte a rastras de esta casa y llevarte a patadas hasta el Palacio para que me enseñes lo que hay allí dentro. Y como encuentre una sola cosa sospechosa, aunque sea una papelina de coca vacía, te juro que te encierro en una celda.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —respondió desde la posición de poder en la que todo político se creía intocable.

—Quizás en lugar de ir al Palacio sea mejor llevarte a rastras hasta el Acantilado de San Antonio para darte un pequeño empujón, como hicisteis con Diana Cuesta.

—Nadie lanzó a Diana. Se tiró ella.

—¿Y por qué motivo lo haría?

—No tengo ni idea.

—Entonces creo que lo mejor es que me acompañes al cuartelillo. Un par de noches en el calabozo te ayudarán a darme una respuesta más convincente.

Santi se puso en pie con gesto serio.

—¿Me estás amenazando?

—Desde que entré por la puerta, lo que pasa es que no te quieres dar por aludido.

—Yo no he hecho nada.

—¿Qué crees que pasaría en cuanto se supiese que el alcalde de Nueva está detenido? ¿Afectaría eso a las elecciones? —preguntó Roberto en tono irónico.

—No puedes acusarme de nada.

—Puedo y lo haré, aunque te aseguro que la prensa será más dura contigo que yo. Ya sabes lo dispuestos que están siempre a rascar en la vida de la

gente. Harán programas enteros contigo. Tu cara se hará famosa en televisión, eso te lo garantizo. ¿Qué me dices, hablas conmigo ahora o prefieres que se ponga en marcha el circo mediático?

Santi se tomó unos segundos para reflexionar y finalmente se dejó caer en el sofá con gesto contrariado.

—Di lo que tengas que decir.

—Para empezar, sé que te viste con Ana María la noche que murió. —Su amigo hizo ademán de rebatirle, pero Roberto alzó la mano para impedirle hablar—. No intentes negarlo. Tenemos una testigo que os vio en «La Fuentina» y los datos del GPS de tu coche lo confirman. Imagino que esa noche querías organizar una fiesta especial para tus amigos que venían de Madrid, así que le pediste a Ana María que se preparase para cumplir sus deseos. Probablemente la orgía se os fue de las manos. Puede que uno de tus amigos se emocionase demasiado y se la cargó, así que tuvisteis que simular que la habían matado en Cuevas para alejar las sospechas.

Conforme hablaba, Santi negaba con la cabeza, algo que Roberto ya esperaba, pero cada palabra estaba dicha para buscar una reacción en él, y no tardó en conseguirla.

—Nosotros no matamos a Ana María. Ni siquiera estuvimos con ella.

—¿Y eso?

—No apareció.

—¿Y no la llamaste por teléfono para ver si le había ocurrido algo?

—Su presencia tampoco era necesaria.

—¿Qué quieres decir?

Santi debió darse cuenta de que estaba hablando demasiado, porque guardó silencio unos segundos y luego preguntó.

—¿Estás aquí como amigo o como guardia civil?

—Eso depende de ti.

—Prefiero pensar que estoy hablando con mi amigo, aquella persona a la que podía confesarle mis secretos y que siempre estaba a mi lado cuando lo necesitaba.

Si pretendía tocar la fibra sensible de Roberto no lo consiguió, aunque él fingió que era así. Necesitaba hacerlo si quería llegar a la verdad.

—Lo que hablemos quedará entre tú y yo.

—Muy bien —admitió conforme Santi—. Ana María no era la única que iba a asistir a la fiesta. Ya había contactado con dos chicas más para atender a mis amigos.

—¿Qué chicas?

—No puedo decírtelo.

—¿Prostitutas?

—No, eran Damas del Club

—¿Qué significa eso?

—Son mujeres que han firmado un acuerdo en el que se comprometen a ofrecer sus servicios a los miembros del Club a cambio de una serie de beneficios.

—Supongo que beneficios económicos.

—Sí

—¿Y eso no es prostitución?

—No. Lo hacen por propia voluntad, nadie las obliga y si en algún momento desean romper el contrato pueden hacerlo. Solo tienen que respetar la cláusula de confidencialidad firmada.

—¿Diana Cuesta también era una Dama del Club?

—No puedo darte nombres.

—Pero Ana María sí —dijo, intuyendo que la respuesta a la pregunta anterior era afirmativa—. ¿Te acostabas con ella?

—No voy a contestarte a esa pregunta, Rober. Lo siento.

—Tu mujer pensaba que sí.

—Porque la vio un día salir de mi despacho. Nada más.

—¿Tu mujer sabe lo del Club?

Tardó unos segundos en responder a la pregunta.

—Sabe que pertenezco a él, pero no sabe lo que ocurre dentro. Las normas marcan que las esposas no pueden acudir a las reuniones y eventos que organizamos.

—¿Es solo para maridos?

—Sí.

—¿Qué ocurrió la noche que murió Ana María? Y no me mientas —le advirtió Roberto—, sé que la llamaste dos veces.

No se sabía la identidad de la persona que había llamado a Ana María esa noche, pero ya tenía claro que había sido su amigo.

—Quedé con ella a eso de las diez para decirle en persona lo que necesitaba. Mis dos amigos de Madrid no habían estado nunca en esta delegación, y querían conocer a las chicas de la zona.

—O sea, que todas las chicas son de aquí, de Llanes.

—No todas. Hay chicas de Oviedo, de Gijón y de otras partes de

Asturias. Las llamamos cuando las necesitamos.

—Hace un momento has dicho delegación. ¿Es que hay más clubs como este?

—Sí.

—¿En Asturias?

—En Asturias solo este.

—¿Y en otros lugares de España, como Madrid? —Al ver que Santi asentía con la cabeza, prosiguió—. Por eso Ana María iba a irse a trabajar allí.

—Sí. Una vez que el compromiso de las Damas con el Club Sella queda demostrado les ofrecemos la posibilidad de solucionar su futuro. Se lo dije esa misma noche y se alegró mucho.

—Supongo que les ofrecéis un trabajo.

—Sí.

—O les pagáis una beca para que puedan estudiar.

—En ocasiones, también —respondió Santi sin ser consciente que no hacía otra cosa que confirmar la pertenencia de Diana Cuesta al Club. Cuando se dio cuenta de su error, recondujo la conversación con rapidez—. Estos dos socios deseaban acompañar la cita con algo de coca, así que le encargué a Ana María que la consiguiese. Ella tenía un contacto que se la suministraba.

—¿Quién?

—No lo sé, nunca se lo pregunté. Cuando alguien pedía coca ella la traía y ya está.

—¿Y quién la pagaba?

—Yo le daba el dinero.

—¿Se lo diste esa noche?

—No, me dijo que le había sobrado de la última vez.

—¿Y luego qué pasó?

—Quedamos en vernos más tarde en el Palacio, pero no apareció.

—Así que la llamaste al móvil.

—Sí, pero no me lo cogió. Por suerte, mis amigos no echaron de menos la coca, así que no volví a acordarme de Ana María hasta que a la mañana siguiente corrió el rumor por el pueblo de que había aparecido un cadáver en Cuevas.

Roberto observó la reacción de su amigo al decir eso. Estaba claro que le dolía el recuerdo de su muerte.

—Supongo que sería mucho pedir que me dijese qué personas

pertenecen al Club.

—Eso es imposible. Son personas poderosas, más que yo y, por supuesto, mucho más que tú. Gente con un nivel adquisitivo muy alto y con un poder político que les hace intocables. No te interesa enfrentarte a ellos.

—No sería la primera vez que lo hago.

—¿Y de qué les vas a acusar? No hay nada ilegal. Las chicas son mayores de edad y sirven al Club por decisión propia, de forma voluntaria. Algunas solo prestan sus servicios como damas de compañía, acompañando a los socios a eventos sin que haya sexo de por medio o simplemente van a comer con ellos para hacerles compañía. Si luego desean ir más allá o no, es decisión suya.

—¿Y qué hay de la droga?

—Es para consumo personal. Te aseguro que no encontrarás fuentes llenas de coca como en las películas.

—Debería comprobarlo por mí mismo, ¿no te parece? —replicó cansado del tono seguro y prepotente con el que le estaba hablando.

—No podrás entrar en el Palacio sin una orden judicial, y te aseguro que nunca la conseguirás. Y ahora, si no tienes más preguntas...

—Quiero que me cuentes lo que ocurrió con Vanesa.

—¿Vanesa? —Santi le miró extrañado.

—La que te acusó de haberle propuesto que te hiciese una mamada a cambio de un empleo.

—¡Yo jamás hice eso! —dijo ofendido—. Quería trabajar en el Ayuntamiento y cuando le dije que no había vacantes libres me amenazó con hacer pública esa mentira. Esa tía estaba loca, te lo aseguro. No me extraña que terminase muerta.

—¿No era Dama del Club?

—No.

—Pero Diana Cuesta, sí. —Santi no respondió a su pregunta—. Sé que lo era. Solo necesito que me digas si sospechas de alguien que tuviese motivos para acabar con la vida de Diana y Ana María por prestar sus servicios en el Club.

—¿Te refieres a alguien que quisiese castigarlas por lo que hacían?

—Sí. Quizás alguien del pueblo.

Santi negó con la cabeza.

—Lo dudo. Nadie en el pueblo sabe lo que ocurre en el Club. Muchos ni siquiera conocen su existencia.

—¿Cómo puede ser eso?

—Nunca verás a un socio del Club por el pueblo. Acceden directamente al Palacio y luego se van.

—¿Y las chicas no hablan de ello con nadie?

—No.

—¿Y si lo hacen? —preguntó consciente de que Diana se lo había contado a su amiga Laura.

—No las matamos, si es lo que estás pensando —respondió Santi con una sonrisa irónica—. Se les interpone una demanda por violación de contrato de confidencialidad, y te aseguro que ninguna se arriesga a incumplirlo.

—¿Y tú diriges el Club?

—Solo soy delegado.

—¿Para eso viniste a Nueva? —intuyó.

—No puedo hablar de nada de eso. Yo también he firmado un contrato de confidencialidad, Rober. Lo siento, pero no puedo contarte más.

—Puedo conseguir una orden judicial y llamarte a declarar.

El farol no funcionó.

—He respondido a tus preguntas porque quiero que atrapes al que mató a Ana María, y no sé si a Diana también, pero no me pidas más. No solo está en juego mi futuro, también el de mi familia.

—Está bien —accedió Roberto.

En realidad él no llevaba ninguna investigación. Si estaba allí era porque le había prometido a la madre de Ana María ayudarla dentro de lo posible y, sobre todo, porque no soportaba que su amigo le hubiese mentido. Cuando salió de su casa no estuvo seguro de si lo había hecho de nuevo o había sido sincero.

Esa noche Roberto cenó con Susana en el comedor del hotel, una cena en la que la mayor parte del tiempo estuvo ausente. Ella llevó el peso de la conversación, mientras él no dejaba de repetir en su cabeza la conversación que había mantenido con Santi y de analizar cada una de sus palabras. No era casualidad que Diana y Ana María estuviesen muertas después de trabajar en el Club Sella. El problema era averiguar el motivo que había provocado su muerte, sobre todo porque sería muy difícil traspasar las puertas del Palacio del Conde para averiguar lo que sucedía dentro.

Después de la cena, y tras pedirle disculpas a Susana por estar tan poco comunicativo, se acercó al «Dolce Vita» para hablar con Quique. Era imposible que nadie en el pueblo supiese de la existencia del Club Sella, y un bar como ese era el lugar ideal para que uno se enterase de lo que ocurría en el pueblo. A la gente se le soltaba la lengua en cuanto bebía más de la cuenta y seguro que Quique había escuchado miles de conversaciones que no se escuchaban en ningún otro lugar.

En el local había muy buen ambiente para ser un viernes por la noche. Cinco parejas bailaban en la pista, mientras una veintena de personas ocupaban la mayoría de mesas de la planta baja. No vio a su amigo en ese momento, sino a una chavala de unos veinte años de rostro agradable que se dirigió a él en cuanto se acercó a la barra.

—Muy buenas, ¿qué vas a tomar?

—¿No está Quique?

—Hoy vendrá un poco más tarde —respondió ella con una sonrisa—. ¿Te pongo algo?

—¿Tienes algo sin alcohol?

—Claro, lo que tú quieras.

—No sé —dudó él. Lo cierto es que le apetecía más una cerveza que otra

cosa, pero no quería mezclarla con los antiinflamatorios que estaba tomando cada ocho horas—. Algún zumo o algo así.

—¿Qué te parece un coctel sin alcohol? Te puedo poner un Shangai, un San Francisco sin alcohol o un Shirley Temple. Lo que más te guste. Hice un curso este invierno y sé preparar un montón de ellos.

—Entonces dejaré que me sorprendas.

—Muy bien.

La camarera se alejó unos metros y cogió una coctelera metálica donde echó un par de hielos. Mientras preparaba el coctel, Roberto se volvió hacia el resto del local para ver si reconocía a alguien. Había gente de su edad, aunque también gente más joven. No cabía duda de que a Quique el negocio le iba muy bien.

En un momento dado creyó ver una cara conocida entre todas las que había, alguien que se dirigió a la planta superior, a la terraza. Solo en el último momento pudo ver que se trataba de Juanín, así que pensó en seguir sus pasos.

—Aquí tienes —llamó su atención la camarera.

Sobre la barra había dejado una copa alargada con un líquido en su interior de dos colores: amarillo en el fondo y naranja en el resto. El borde de la copa estaba empapado en azúcar y tenía una rodaja de limón de adorno. Dos pajitas de color negro completaban el conjunto.

—¿Qué es?

—Un coctel especial que he creado yo —respondió ella sonriente.

Roberto tomó un sorbo por las pajitas y degustó el sabor del líquido. Era dulzón, con un agradable sabor a fruta que no supo identificar.

—Está muy bueno —dijo para satisfacción de la joven—. ¿Cómo se llama?

—Lo llamo burundanga helada. —Ella debió notar que le cambiaba la cara porque se apresuró a decir—: Puedes estar tranquilo, no lleva nada de alcohol.

Roberto forzó una sonrisa y sacó la cartera.

—¿Cuánto es?

—Cinco euros.

Dejó el billete sobre la barra y cogió la copa como si fuese un tesoro. *Solo me faltaba que se me cayese*, pensó con ironía mientras atravesaba el local en dirección a la escalera que llevaba a la terraza. Subió los escalones con cierta lentitud, aunque justo antes de pisar los dos últimos se detuvo.

Desde su posición vio a Juanín al fondo de la terraza charlando con Diego «el baboso» y su pandilla de amigos. En un momento dado Juanín, al que se le veía algo nervioso, le entregó a uno de los colombianos algo en la mano que el otro metió en el bolsillo y, pasados unos segundos, el mismo colombiano le estrechó la mano para que cogiese lo que escondía en ella.

Así que no dejas que trapicheen en tu bar, ¿eh, Quique?, pensó, como si su amigo pudiese escucharle. Al ver que Juanín regresaba, Roberto descendió las escaleras y se situó en un lugar del local donde su amigo no le viese al bajar. Al llegar al piso inferior fue directo a los aseos, de donde salió unos minutos después tocándose la nariz, como si algo dentro de ella le molestase. Juanín se encaminó a la salida del local, así que Roberto siguió sus pasos, y no fue hasta que ambos estuvieron fuera del local que llamó su atención.

—¿Ya te vas, Juanín?

El otro, al escuchar su nombre, se volvió y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Qué pasa, Rober! —Su expresión cambió cuando vio el aspecto de su amigo—. ¡Hostia, tío! ¿Qué te ha pasado en la cara!

—Tuve un pequeño accidente.

—¡Joder, estás hecho una mierda!

—Tranquilo, es menos de lo que parece. ¿Te vas ya?

—Sí, he quedado con unos amigos en Llanes.

—¿Has venido a pescar?

—A dar una vuelta, pero me voy ya.

—Es que quería preguntarte un par de cosas, si tienes tiempo.

Quizás aquel fuese el momento de averiguar si su amigo tenía algo que ver con las notas aparecidas en los móviles.

—Claro, dime.

—Tengo entendido que tú y Gustavo erais buenos amigos.

Juanín perdió la sonrisa y se puso serio.

—Sí, tío. Fue una putada lo que le pasó. Él no mató a esa chavala, te lo aseguro.

—Lo dices muy convencido.

—Porque sé que no fue él. Yo le conocía.

—¿Estuviste con él aquella noche?

—No, pero pasamos el día juntos, pescando, y volvimos cerca de la hora de cenar. Estaba reventado y me dijo que ese día no saldría; que vería el partido de fútbol en la tele y luego se iría a dormir.

—Pues parece ser que sí salió.

—Aunque lo hubiese hecho, él jamás la habría matado. Estaba colgadísimo por ella.

—¿De Vanesa?

—Sí, claro. ¡No iba a ser de su mujer!

—Tengo entendido que no se llevaban bien.

—Gus estaba hasta los cojones de ella. Susana siempre fue muy posesiva y muy celosa. Quería que se quedase en el hotel con ella y que no se moviese de allí, así que cada vez que volvía a casa después de salir por ahí conmigo tenían bronca.

—Supongo que su mujer tendría motivos para enfadarse —dijo Roberto en su defensa.

—Tampoco hacíamos nada malo. Salíamos por ahí, nos tomábamos unas copas y tonteábamos con alguna chavala.

—No creo que solo tontease. Vanesa estaba embarazada de Gustavo.

—Eso fue después, cuando las cosas ya estaban mal entre ellos. — Roberto dedujo que estaba mintiendo, pero no interrumpió a su amigo—. De todas formas Susana tampoco era ninguna santa. Anduvo como loca detrás de Gus, incluso cuando él todavía tenía novia, antes de que muriese.

—¿De qué novia me hablas?

—La que se ahogó en la playa de Canal.

—Me suena haber leído algo de eso en internet, pero no sabía que era la novia de Gus.

—Aquello fue muy raro, tío. Nadie se ahoga en esa playa, tú lo sabes bien.

—¿Crees que Gustavo le hizo algo?

—¡Imposible! Estaba destrozado por su muerte, y Susana lo aprovechó para liarse con él. Esa tía no me gusta nada. Nunca me gustó.

Roberto notó resquemor en sus palabras, como si tuviese una cuenta pendiente con ella.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que te he dicho antes. Gus me contaba las broncas que tenían y me decía que estaba harto de ella. Un día conoció a Vanesa y se enamoraron.

—¿Susana lo sabía?

—Creo que se lo dijo su madre, porque el rumor ya circulaba por todo el pueblo.

—¿Y qué hizo?

—Le dijo que si no la dejaba se separaría de él.

—Pero no lo hicieron.

—Ese fue el error de Gus. En vez de separarse y seguir cada uno por su camino, le dijo que sí, que la dejaría, pero siguió viéndose con ella a escondidas. Yo le dije que se estaba equivocando, pero me dijo que quería esperar a encontrar trabajo.

—O le gustaba jugar a dos bandas.

Juanín se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que esa noche no salió. Se quedó dormido en el sofá, viendo el partido, y ahí despertó al día siguiente. Dijo que no recordaba haber salido a ningún sitio.

—Tal vez iba puesto.

—¿Puesto de qué?

—Pues de coca.

—Nosotros no nos metíamos esa mierda.

—Venga, no me jodas, Juanín —protestó Roberto con una media sonrisa—. Acabo de verte ahí arriba comprándoles una papelina a esos colombianos.

—No era para mí.

—Luego te metiste en el baño y saliste de él con una sonrisa de oreja a oreja. No me tomes por tonto, soy guardia civil y sé de sobra cuando alguien se ha metido una raya. Lo veo en tus pupilas y en la expresión de tu cara.

Su amigo tardó pocos segundos en reconocer la culpa.

—Vale, es verdad, pero Gus apenas la probaba, solo de vez en cuando.

—Puede que esa noche se pasase un poco con la coca y decidiese quedar con su amiguita en Cuevas. Una vez allí ella le amenazó con contarle a su mujer lo del embarazo, él perdió el control y...

—No, él no la mató —dijo Juanín convencido y bastante cabreado.

—Está bien, tampoco arreglamos nada discutiendo de ello.

—Tú me has preguntado.

—Es cierto, perdona —dijo Roberto para rebajar la tensión—. ¿Por qué no te quedas y tomamos una copa?

—No, gracias, tengo que irme. Hasta luego.

Juanín se largó con gesto enfadado y sin mirar atrás. Roberto no hizo nada por detenerle. Aunque no había sido capaz de arrancarle a su amigo una confesión, al menos dos cosas estaban claras: el tal Gus no era ningún santo y Juanín parecía capaz de cualquier cosa con tal de sacarle de la cárcel.

—¡Pero mira quien tenemos aquí! —escuchó una voz a su espalda interrumpiendo sus pensamientos.

Al volverse se encontró con Diego «el baboso», acompañado del colombiano que tenía la cruz tatuada en el cuello.

—¡Qué mala pinta tiene el *malparido*! —exclamó el colombiano soltando una carcajada.

—¿Te han pegado? —le secundó Diego.

—No es tan malo como parece —respondió Roberto.

—Deberías de tener cuidado —dijo Diego con su estúpida sonrisa de siempre—. Últimamente este pueblo no es seguro.

Eso provocó la carcajada de su acompañante, que Roberto decidió ignorar.

—Me has ahorrado subir a Villanueva a hablar contigo —comenzó a decir con apariencia tranquila.

—¿Para qué?

—Para preguntarte por Ana María.

—¿Quién? —preguntó Diego fingiendo ignorancia.

—Ana María Montes, la chavala de Piñeres que apareció muerta en Cuevas.

—No me suena.

—Pues tengo entendido que era clienta tuya.

—Te han informado mal.

—Y que estuviste con ella la noche que la mataron.

—Este marica parece que no tuvo bastante —dijo el colombiano al oído de Diego con cara de cabreo.

El otro le hizo un gesto con la mano para que se callase y luego se dirigió a Roberto.

—Conozco a mucha gente. No recuerdo si estuve con ella o no. Esa noche esto estaba a tope —dijo mirando de reojo a su espalda—. Había muchísima gente.

—Seguro que la recuerdas. Vino a compraros unas papelinas.

—Escúchame bien, *hijoeputa* —intervino el colombiano apretando los dientes—. ¿Por qué no te largas y nos dejas en paz? Vas a terminar teniendo un problema si sigues con esas *mamonadas*.

Esta vez fue Roberto quien sonrió.

—Te aseguro que me las he visto con tíos más duros que tú. ¿Por qué no cierras la boca antes de que te arreste?

—Ven por mí si tienes cojones —le replicó agarrándose los genitales con una mano.

—Tranquilo —intervino Diego alargando el brazo delante del pecho de su amigo—, te está provocando. Su familia es así, son todos unos chulos y unos provocadores que luego no tienen donde caerse muertos.

Roberto era consciente de que su estado físico no era el adecuado para meterse en una pelea, aunque no pudo evitar replicarle.

—Al menos yo voy de frente.

—Sí, claro. Ten cuidado cuando vuelvas al hotel, las calles de Nueva son muy oscuras por la noche y uno nunca sabe lo que se puede encontrar.

Sin más, Diego y su amigo regresaron al interior del local riéndose por lo bajo. Roberto los observó mientras entraban y luego miró la copa que tenía en su mano. En ese momento recordó algo que había dejado pendiente en el hotel, así que posó la bebida en el alféizar de una de las ventanas y se dirigió al hotel. Susana le miró sorprendida cuando le vio entrar.

—¿Ya has vuelto?

—Es que tengo que mirar una cosa por internet —respondió de manera apresurada.

En cuanto llegó a la habitación, cogió la tablet de la mesita, donde la había dejado antes de bajar a hablar con la madre de Ana María esa tarde. La encendió, retomando la última página abierta en el navegador, y pinchó el enlace que buscaba. Eso le llevó a un artículo de una página de jardines asturianos sobre la brugmansia arborea.

«La brugmansia arborea o trompetero es un árbol de atractivas flores con forma de trompeta y que puede alcanzar los siete metros de altura. Es un árbol muy ornamental, por lo que es habitual encontrarlo en muchas casas particulares. Sus flores contienen escopolamina, conocida popularmente como burundanga».

Roberto buscó imágenes de la brugmansia, algunas del tamaño de un arbusto y otras de un árbol de varios metros de altura, la mayoría con flores de color blanco, aunque también las había amarillas y de color rosa. Amplió una

de ellas para que ocupase la pantalla completa y de inmediato recordó donde la había visto.

—¡Ya te tengo, cabrón!

Continuó buscando artículos referentes a la burundanga durante un buen rato, sobre sus características, efectos y tratamiento. También buscó el modo de obtención de una dosis suficiente para anular la voluntad de una persona, aunque no encontró nada a ese respecto. A pesar de ello, cogió su teléfono móvil y marcó el número de la sargento Ruano.

—Eva, soy Roberto.

—¡Ah, hola! —exclamó sorprendida por la llamada—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, aunque un poco cansado.

—¿Ya te han dado el alta?

—Sí, esta mañana.

—Me alegro.

—Eva, te llamo por un tema.

—Tú dirás.

—Sé quiénes me dieron la paliza y creo que sé cómo lo hicieron.

—¿Estás seguro?

—Bastante, de hecho acabo de estar con dos de ellos ahora. Sospecho que esa noche me echaron en la bebida una sustancia que me hizo perder la memoria y el control de mi cuerpo. Debieron esperarme luego, a la salida del bar, para darme la paliza.

—¿Qué tipo de sustancia?

—Burundanga.

—Ya te dije en una ocasión que nunca he visto esa droga.

—Pues acabo de leer varios artículos sobre ella y existe. Se obtiene de una planta llamada brugmansia o árbol de las trompetas y Diego tiene una en su casa. La vi un día que subí a hablar con él.

En ese momento Roberto se dio cuenta de que seguramente ese había sido el motivo por el que luego le habían dado la paliza.

—Eso no quiere decir nada —le contradijo Eva—. Hay muchas plantas de las que se pueden obtener fármacos y sustancias narcóticas, pero para eso se requiere de un complejo proceso que la mayor parte de la gente desconoce. Muchos ni siquiera saben las características de esas plantas. Las tienen en su jardín porque les gustan sus flores.

—¿Y quién te dice a ti que uno de esos colombianos no sabe cómo

extraer burundanga de esa planta? Después de todo, es una droga que se usa mucho en Colombia.

—Lo siento, pero no conozco a nadie que haya sufrido los efectos de la burundanga. Hay chicas que se escudan en ella para alegar que han sido violadas, cuando realmente estaban tan bebidas que cometieron una locura de la que se arrepintieron cuando se les pasó la borrachera.

—Eso ha sonado bastante machista, y más viniendo de una mujer.

—Es que no sabes lo que me he encontrado en mi trabajo. Te sorprendería lo que está dispuesta a hacer y decir la gente en ciertas situaciones.

—Diego y sus amigos colombianos son traficantes de droga. Seguro que si alguien puede tener acceso a la burundanga son ellos.

—Por lo que yo averigüé mientras estabas en el hospital, el tal Diego es solo un camello de tres al cuarto que pasa cuatro papelinas de vez en cuando. Nada más.

—Pues el coche que tiene no indica eso. Y los de sus amigos colombianos, menos.

—La mayor parte de la droga que llega a Asturias viene de Galicia o Madrid, y se distribuye desde Oviedo y Gijón. Eso es lo que me han dicho los de Antidroga cuando les he preguntado por ello. No sé de dónde saca esa gente el dinero para sus coches, pero te aseguro que no es del tráfico de drogas. La coca que llega a Llanes o Ribadesella no proviene de Nueva.

—¿Y qué hay de la paliza que me han dado?

—Necesitamos pruebas físicas para detenerles, o algún testigo.

—Si me dejas a solas en una celda con Diego te prometo que conseguiré que confiese.

Eva soltó una carcajada, como si se tomase a broma su comentario.

—Deberías descansar y tratar de recuperarte —le aconsejó—. El lunes regresaré a Llanes y si quieres paso a verte y hablamos con más tranquilidad.

—¿No estás por aquí?

—No, estoy en Oviedo. Hoy era la vista previa para la solicitud de puesta en libertad que el abogado de Gustavo Villar cursó en el juzgado, y mi jefe quería que estuviese presente.

—¿Y qué tal ha ido?

—Bien, por extraño que parezca. La verdad es que el cabrón del abogado había planteado muy bien la solicitud, pero el juez se mantuvo inflexible. Esta vez la justicia funcionó como debía.

—Me alegro. Se lo diré a Susana.

—Ya lo sabe. La llamé esta tarde en cuanto lo supe.

—Pues no me comentó nada —dijo Roberto extrañado.

—Es normal, estará deseando pasar página. ¿Nos vemos el lunes entonces?

—Sí, claro.

Después de despedirse de ella, dejó el teléfono en la mesita y decidió bajar al comedor a por un botellín de agua, para apagar la sed que le había despertado el coctel que había tomado en el «Dolce Vita».

—¿Todavía no estás dormido? —preguntó Susana desde el otro lado del mostrador de recepción.

Al mirar su reloj, Roberto vio que era la una menos cuarto de la madrugada.

—No. Venía a ver si tenías por ahí una botella de agua. Estoy muerto de sed.

—Claro. En el comedor hay una nevera de bebidas. Coge lo que necesites.

Roberto entró en la sala y cogió una botella grande de agua. Al regresar se encontró con que Susana le miraba con atención.

—¿Qué tal te encuentras del costado?

—Ni lo noto, gracias a la medicación, pero no sé qué tal dormiré.

—Si necesitas algo no dudes en llamarme.

—¿Vas a quedarte toda la noche aquí, en la recepción?

—Esa es la idea —respondió ella encogiéndose de hombros—. Mi primo tenía partida esta noche y no podía decirle que la anulase después de las horas que se pasó aquí para que yo pudiese estar en el hospital contigo.

—No sé si te he dicho lo mucho que te agradezco que estuvieses tan pendiente de mí.

—Varias veces ya —dijo ella sonriendo.

—Tendré que encontrar un modo de agradecértelo.

—Me basta con que me invites a cenar un día de estos.

—Yo estaba pensando en un collar o unos pendientes, pero ya veo que eres una mujer fácil de contentar —bromeó Roberto.

—Soy más de gestos románticos que de cosas materiales.

—Tomo nota. Bueno, espero que no se te haga muy larga la noche.

—Tengo aquí un libro que estoy deseando leer —dijo mostrándole un

lector Kindle.

—¿No será «Cincuentas sombras de Grey»? —dijo Roberto soltando una carcajada.

—Eso sí que sería demasiado masoquista, en mi situación —respondió ella riendo—. No, es un libro sobre cómo mejorar mi negocio.

—En eso no puedo ayudarte, aunque creo que lo llevas bastante bien.

—Siempre se puede aprender algo nuevo.

Roberto le dedicó una última sonrisa y se dirigió a la escalera.

—Hasta mañana.

—Que descanses —le despidió ella— y llámame si necesitas algo.

Roberto llegó a la habitación sintiendo un hormigueo en el estómago, y no precisamente de hambre. Por mucho que intentase retener sus sentimientos, lo cierto es que Susana le atraía muchísimo, más que ninguna mujer en mucho tiempo. No sabía cómo explicarlo. No solo era la sensualidad de sus labios o la perfección de sus curvas. Cada gesto, cada mirada, cada sonrisa parecían despertar en él deseos que cada vez le costaba más dominar. Incluso estuvo a punto de coger el teléfono de la habitación y llamar a la recepción para decir: «Sí, hay algo que necesito de ti», pero la cabeza pudo más que su bragueta y decidió darse una ducha, pensando que así lograría calmarse. Solo lo logró en parte.

Salió de la ducha con la toalla a la cintura pensando si ponerse de nuevo la faja de sujeción que le habían dado en el hospital para proteger las costillas. Lo cierto era que se encontraba mejor sin ella que con ella puesta. Antes si quiera de tener tiempo a decidirse escuchó unos suaves golpes en la puerta. Intrigado se acercó y al abrirla se encontró con Susana de pie, mirándole con cara de circunstancias.

—Lo siento, no sabía que estabas en la ducha.

—Acabo de salir —respondió sin sentirse incómodo por llevar puesta solo la toalla a la cintura.

—Solo venía para decirte que al final no voy a quedarme en la recepción —dijo sin poder evitar mirar nerviosa su torso desnudo—. A mi primo se le estropearon los planes y está bastante cabreado. Se había tomado varias bebidas energéticas para jugar toda la noche por internet y ahora es incapaz de dormir. Va a quedarse por mí en la recepción, así que me voy dormir a casa.

—No.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no vas a irte.

Roberto dio un paso adelante y la cogió por la cintura. Antes de que ella tuviese tiempo de decir nada sus labios se unieron en un delicado beso. Luego la atrajo al interior de la habitación y cerró la puerta sin soltar su cintura.

—Pensé que no querías que esto fuese tan rápido —dijo ella sonriendo.

—He cambiado de opinión —aseguró atrayéndola hacia él y besándola de nuevo, esta vez con mayor pasión.

Susana le rodeó con sus brazos y se pegó a su cuerpo tanto como pudo, buscando notar a través de la ropa su piel desnuda. Cuando los labios de Roberto se deslizaron por su cuello, dejó escapar un gemido de placer que aumentó su grado de excitación. Sus manos recorrieron la espalda de él hasta llegar a la cintura, arrancándole la toalla con facilidad. Luego se deslizaron hasta su entrepierna, provocando en Roberto un gemido de placer.

—Ya veo que me estabas esperando —bromeó ella.

—No te imaginas lo que deseaba esto.

—Yo también lo deseo.

Los labios de Susana se posaron sobre el cuello de Roberto, lamiéndolo, y luego bajaron por el pecho hasta uno de sus pezones, donde su lengua jugueteó durante unos segundos. A continuación se deslizaron hacia su ombligo sin que él hiciese nada por impedirlo. Tan solo cerró los ojos y se dejó llevar.

Cuando los labios de Susana bajaron a su entrepierna, Roberto sintió una corriente eléctrica recorrer todo su cuerpo, arrancándole un jadeo rítmico que hizo que no tardase en comprender que iba a ser difícil controlarse. Dio un paso atrás y agarró a Susana por las manos para ayudarla a levantarse.

—Ahora sí que va demasiado rápido —dijo con una sonrisa que fue imitada por ella al ponerse en pie.

Roberto quería disfrutar de aquel momento que llevaba tanto tiempo deseando, por eso sus manos buscaron los botones de la camisa que ella llevaba puesta y comenzaron a desabotonarlos uno a uno. Sin embargo, la tarea resultó más difícil de lo que esperaba ya que al llegar al tercer botón este se atascó.

—Espera —dijo ella ayudándole y desabrochando tanto ese como el resto de botones con facilidad.

Al abrirse la camisa para quitársela, Susana dejó a la vista un sujetador negro de encaje en el que sus pechos parecían gritar por ser liberados. Las manos de Roberto los acariciaron y luego se deslizaron a su espalda en busca del enganche, aunque ella le hizo rectificar.

—Se desabrocha por delante.

Cuando lo hizo y sus senos quedaron libres, Roberto los acarició con suavidad. Eran tal y como se los había imaginado, firmes y duros, con el tamaño suficiente para no poder abarcarlos con su mano. Acarició los pezones con delicadeza y notó como se endurecían, a la vez que los labios de Susana se unían a los suyos en un apasionado beso.

Las manos de Roberto no tardaron en continuar su recorrido y bajar a la cintura en busca del botón que mantenía cerrados los pantalones. Esta vez no necesitó ayuda. Los desabrochó con rapidez, bajó la cremallera e introdujo su mano en ellos, deslizándola sobre su ropa interior en busca de su punto de mayor excitación. Cuando lo encontró, ella gimió y sus manos se aferraron con fuerza a su espalda. Roberto trató de mover los dedos, pero el pantalón estaba demasiado apretado, por eso sacó la mano, a pesar de la leve protesta de ella.

Agarró con ambas manos la cintura del pantalón y tiró hacia abajo de él, arrastrando a la vez el tanga que llevaba puesto. Luego hincó una rodilla en el suelo para acompañar el pantalón hasta sobrepasar las rodillas, lo que le permitió ver su pubis a pocos centímetros de su cara. Le agradó ver que lo llevaba depilado, aunque dejando una línea de vello vertical que tan sensual le había parecido siempre. Tanto fue así que enterró su cara en él olvidándose del pantalón.

Mientras sus manos agarraban con firmeza sus glúteos, su lengua buscó aquello que sus dedos no habían sido capaces de encontrar. Susana gimió con más fuerza y se aferró a sus cabellos, a la vez que cerraba los ojos.

—Espera —le pidió ella al cabo de un rato agarrando sus muñecas y tirando hacia arriba para obligarle a incorporarse—. Quiero sentirte dentro de mí.

—Entonces mejor vamos a la cama. Este suelo de madera es demasiado duro —dijo él arrancándole una risa.

Roberto la cogió en brazos y la llevó a la cama donde la tumbó y ayudó a descalzarse y quitarse el pantalón entre nuevas risas.

—Si sé que esto iba a ocurrir hubiese venido preparada con una toalla, como tú —bromeó ella.

—Eso me habría quitado la emoción de desnudarte.

Roberto se tumbó sobre ella y acarició sus senos a la vez que se besaban. Notar su cuerpo desnudo pegado al suyo hizo que sintiese cómo la excitación crecía en él, alcanzando un deseo tan grande que ya no se vio capaz de controlar.

—Espera —dijo antes de no ser capaz de parar—, tengo que coger un

preservativo.

—No te hace falta, tengo puesto un anticonceptivo. Además, quiero sentirte plenamente dentro de mí.

Las piernas de Susana rodearon su cintura y le invitaron a no detenerse más. Cuando Roberto la penetró, ella gimió y le miró a los ojos durante unos segundos como si tratase de transmitirle lo mucho que había deseado que sucediese aquello. La respiración de ambos no tardó en acompañarse con cada movimiento y sus cuerpos temblaron conforme el placer crecía y se hacía más intenso, hasta que Susana le pidió que parase.

—Espera, quiero estar sobre ti cuando llegue al orgasmo.

Un ligero movimiento fue suficiente para que Roberto entendiese lo que quería. Rodaron de costado sobre la cama y ella se situó sobre él. Susana le cogió las manos y las puso sobre sus senos para que los acariciase, y luego comenzó a moverse. Lo hizo primero despacio, deslizando las caderas adelante y atrás, para aumentar después la cadencia con las manos apoyadas en sus hombros.

Roberto observó como ella cerraba los ojos y se mordía el labio inferior al borde del éxtasis. Sus manos se deslizaron hasta las caderas y de ahí a los glúteos, que agarró con la fuerza justa para ayudarla en su movimiento. Cuando vio que la cadencia del jadeo aumentaba, una de sus manos subió hasta el pezón y comenzó a pellizcarlo con suavidad. Eso hizo que ella comenzase a temblar y supo que estaba ya al borde del orgasmo.

En otra situación, Roberto habría aguantado hasta que ella llegase al clímax, para luego disfrutar de su turno, sin necesidad de contenerse. Pero esta vez deseaba llegar al orgasmo a la vez que su pareja, por eso se contuvo hasta el último momento y, solo cuando notó que el cuerpo de ella se contraía acompañado de un prolongado gemido de placer, se dejó llevar.

La explosión de sensaciones que recorrió todo su cuerpo le arrancó de la garganta un gemido que no fue capaz de controlar y que solo se ahogó cuando Susana unió sus labios a los suyos. Fue un beso apasionado y profundo, la unión de dos cuerpos que habían llegado juntos al clímax y que sentían en ese momento una unión difícil de alcanzar.

—Te quiero —dijo ella al separarse sus labios, mirándole a los ojos.

En ese instante, Roberto no pensó en su deseo de abandonar Nueva y regresar a Madrid. No pensó en reincorporarse a su trabajo en la Guardia Civil ni en la vida que le esperaba a quinientos kilómetros de allí. En ese instante, dejó que fuese su corazón el que hablase por él.

—Yo también te quiero.

Miriam seguía tumbada bocarriba sobre el manto de finas piedras, con su pelo rojizo extendido a lo largo de él. Era la misma imagen que había visto en anteriores sueños, y al igual que en ellos llevaba puesto el vestido blando y el colgante con símbolos celtas. Sin embargo, esta vez había algo diferente. De fondo podía escuchar el sonido de las olas acariciando las rocas, como una suave melodía que activó todos sus sentidos. Miriam ladeó la cabeza para mirarle con sus preciosos ojos marrones y movió los labios pronunciando unas palabras que esta vez sí logró escuchar.

—Los muertos no se ahogan.

Roberto se despertó de golpe con Susana abrazada a su pecho. Eso hizo que su corazón, que en ese momento latía a mil por hora, se calmase. La luz que entraba por la ventana indicaba que ya hacía rato que había amanecido.

—¿Estás despierto? —susurró ella.

—Sí.

—Me quedaría aquí contigo para siempre.

—¿Y qué te impide hacerlo?

—El negocio que tengo que atender —respondió incorporándose para mirarle—. Mi primo estará ya subiéndose por las paredes.

Roberto besó sus labios y luego dijo con una sonrisa seductora:

—Seguro que puede esperar una hora más.

—De eso nada —dijo ella incorporándose y saltando de la cama entre risas—. Voy a darme una ducha antes de bajar.

Él contempló maravillado su cuerpo desnudo mientras se dirigía al baño. Observó sus redondeados glúteos, esos que había disfrutado tanto acariciando

la noche anterior, y se fijó en que tenía un tatuaje justo encima de ellos, donde terminaba la espalda. Siempre le habían atraído las mujeres que llevaban un tatuaje discreto en alguna parte de su cuerpo y ese, aunque no pudo verlo bien, despertó el deseo en él. Entró en la ducha detrás de ella e hicieron el amor con igual o mayor pasión que la noche anterior.

Media hora después Susana regresó a la habitación para vestirse. Roberto la observó desde la puerta del baño con una sonrisa mientras se ponía la ropa interior, aunque la perdió al ver el tatuaje con más detalle. Era el símbolo del dólar, una «S» a la que cruzaban dos líneas verticales.

—Curioso tatuaje. ¿Qué significa? —preguntó intentando disimular su desconcierto.

—¿Qué tatuaje?

—El de tu espalda.

—¡Ah, ese! Muchas veces ni me acuerdo de que lo tengo. Me lo hice cuando era joven. Es la «S» de mi nombre.

—Pues parece el símbolo del dólar.

—Lo es. Quería una «S», pero algo especial. Me gustaron varias, incluso la de Superman —dijo soltando una carcajada—, pero cuando vi esta lo tuve claro. Tenía dieciocho años y soñaba con vivir en una mansión y tener dinero suficiente para comprarme lo que quisiese. Pensé que tatuarme el símbolo del dinero lograría que mi sueño se hiciese realidad. Está claro que me equivoqué. ¿Por qué lo preguntas?

Roberto se recompuso de inmediato.

—Porque me parece muy sexy.

Ella caminó hasta él y le besó en los labios.

—Esta noche te enseñaré lo sexy que puedo llegar a ser.

Minutos después Susana bajó a la recepción, mientras Roberto se quedaba en la habitación vistiéndose. Se lo tomó con calma, para darle tiempo a ella para que relevase a su primo Nico y se marchase a su casa. Cuando bajó diez minutos después Susana ya estaba tras el mostrador, observándole con una sonrisa resplandeciente.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió él siguiéndole la corriente.

—¿Has dormido bien hoy?

—He amanecido mejor.

—Es lo que tiene vivir en el campo —dijo ella conteniendo la risa—. Hoy es sábado y hay mercado, así que mi madre ha organizado una comida

familiar. ¿Te apetecería venir conmigo?

—No sé —dudó.

Ella soltó una carcajada al ver su cara.

—No te preocupes, no te voy a presentar como mi novio, solo como un amigo de la infancia de mi hermano al que he invitado a comer. Además, Pedro está deseando verte.

Roberto dudó unos segundos, pero al final aceptó. Lo cierto era que no tenía nada mejor que hacer ese día.

—De acuerdo, pero tendré que llevar unos pasteles o algo. ¿Hay pastelería aquí?

—No. Si quieres pasteles tendrás que ir a Llanes, aunque a mí los que más me gustan son los de la pastelería Nieto, en Ribadesella. Hace un caballo de ángel que está riquísimo. ¡Y los milhojas ni te cuento!

—Pues no se hable más. Iré a por una docena de ellos.

—¿No te importa?

—Claro que no. Me apetece conducir un rato y de paso visitar Ribadesella. Hace años que no paso por allí. Nos vemos luego.

—¿No vas a desayunar?

—No, ya tomaré un café por allí. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. Tengo que preparar las facturas de un par de clientes que se marchan mañana domingo.

Minutos después Roberto puso rumbo a Ribadesella en su coche. Durante todo el viaje no dejó de rememorar una y otra vez la noche de sexo que había pasado con Susana. No exageraba al pensar que era la mujer más ardiente que había conocido jamás. Nunca nadie se había entregado a él de aquel modo tan desinhibido ni con aquella pasión desbocada, llevándole hasta el punto de disfrutar del sexo como no lo había hecho con ninguna otra mujer hasta ese momento. Lo cierto es que se había sentido como un adolescente descubriendo el sexo por primera vez.

Llegó a Ribadesella en menos de veinte minutos, sorprendido de ver cómo había cambiado el pueblo. Amén de las urbanizaciones de chalets, le llamó la atención el puerto deportivo, que no recordaba de su última visita.

Hacía un día precioso, con el cielo completamente azul y despejado de nubes, así que pensó en dar un paseo por la playa. Antes fue hasta la pastelería, que encontró gracias al Google Maps y donde pasó un rato entretenido hablando con el dueño, un hombre mayor que aseguraba conocer la costa asturiana como la palma de su mano. Luego aparcó al otro lado del

punto de alcanzar la playa cuando le llamó la atención una embarcación que en ese momento circulaba por la ría en dirección al mar abierto. Era un precioso yate de más de diez metros de eslora, con una espaciosa zona en proa para tomar el sol. Es lo que hacían varias mujeres en bikini mientras escuchaban a todo volumen música de reguetón. Aunque lo que más le llamó la atención fue ver quien iba patroneando la embarcación: Diego «el baboso», acompañado de sus amigos colombianos.

La pregunta surgió en la mente de Roberto de manera inmediata: ¿De dónde había sacado el dinero para permitirse semejante yate?

No quiso ni imaginarse cuanto podía costar cualquiera de los chalets que iba dejando a su izquierda, aunque lo que más le llamó la atención fueron los veleros y embarcaciones de motor del puerto deportivo. Estaba claro que el nivel adquisitivo de los veraneantes de Ribadesella había subido bastante.

Estaba a punto de alcanzar la playa cuando le llamó la atención una embarcación que en ese momento circulaba por la ría en dirección al mar abierto. Era un precioso yate de más de diez metros de eslora, con una espaciosa zona en proa para tomar el sol. Es lo que hacían varias mujeres en bikini mientras escuchaban a todo volumen música de reguetón. Aunque lo que más le llamó la atención fue ver quien iba patroneando la embarcación: Diego «el baboso», acompañado de sus amigos colombianos.

La comida familiar fue bastante agradable, aunque al principio Roberto se sintió algo nervioso. Susana y él llegaron como amigos, pero los gestos cariñosos de ella y las miradas que se lanzaron no tardaron en llamar la atención de su madre y su hermano. Ninguno de ellos dijo nada, pero Roberto vio en sus caras que sabían lo que ocurría. No le resultaba fácil explicarle a su amigo que estaba liado con su hermana, aunque en toda la comida no vio en él un mal gesto ni una mirada de desaprobación, lo que ayudó a que se sintiese cada vez más relajado.

Después de comer, y mientras las mujeres preparaban el café. Roberto y Pedro salieron al jardín y se sentaron en los sillones de mimbre que había debajo de una frondosa higuera, la misma en la que se columpiaban de pequeños.

—Es increíble los días que está haciendo —dijo Roberto, temeroso todavía de que su amigo le hiciese algún reproche ahora que estaban a solas.

—Sí, la verdad es que parece que ya estamos en pleno verano. Esperemos no pagarlo cuando llegue de verdad.

—Recuerdo que siendo crío hubo varios veranos seguidos que hizo un tiempo espectacular. Supongo que fue entonces cuando esto empezó a llenarse de veraneantes.

En ese momento Susana se asomó a la puerta de casa y les hizo un gesto con la mano para llamar su atención.

—¿Queréis el café solo o con leche?

—Yo solo.

—Yo con leche —respondió Roberto.

Regresó al interior y, pasados unos segundos, Pedro comentó:

—Me encanta ver a mi hermana tan feliz.

—A mí también —le secundó con algo de timidez.

—Se lo merece. Lo ha pasado tan mal este último año que pensé que no volvería a ser la misma de antes. Bueno, la misma de antes, no —rectificó—, la que era antes de casarse.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cometió un gran error casándose con el cabrón de Gustavo. Si algo ha tenido siempre mi hermana es que cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien la haga cambiar de idea. Estaba tan enamorada de Gustavo que no supo ver cómo era realmente y tampoco quiso escucharme cuando le dije que no se casase con él. Yo conocía a Gustavo de antes y sabía que le tiraban mucho las faldas. Imaginé que nunca le sería fiel a mi hermana, pero ella no quiso hacerme caso. Ni siquiera cuando murió su novia dudó de él.

—¿Te refieres a la que se ahogó en Canal?

—Sí. ¿Lo sabías? —preguntó Pedro mirándole extrañado.

—Anoche me encontré con Juanín y me lo contó.

—Yo creo que ahí pasó algo. Para empezar Carmen, la novia de Gus, no sabía nadar, así que dudo mucho que se metiese en el agua. Además, según me contó mi hermana, era muy posesiva con Gustavo y muy celosa. Se enfadaba en cuanto lo veía hablando con otra y lo agobiaba bastante. Yo creo que la Guardia Civil sospechó de él desde el principio, por eso lo tuvieron detenido un día entero.

—¿Y le acusaron de algo?

—No, porque demostró que en el momento en que murió Carmen no estaba con ella, sino pescando con un amigo cerca de Llanes.

—¿Ese amigo no sería Juanín?

—Sí.

¡Qué casualidad!, pensó Roberto. ¡Y qué oportuno!

—Ya veo que hace tiempo que andaban juntos —comentó.

—Pues no lo recuerdo bien, pero yo creo que un par de años después de dejar de venir tú ya empecé a verlos juntos, sobre todo de fiesta y de borrachera. Después de casarse, le dije a mi hermana varias veces que no era bueno que le dejase andar con él, pero no quiso hacerme caso. Luego pasó lo que pasó y la que más sufrió fue ella.

—¿Crees que Gustavo mató a su antigua novia? —preguntó Roberto interesado en retomar el suceso.

Aunque no tuviese conocimientos profundos de criminología, sabía que había asesinos que mataban por un motivo concreto, porque algo se activaba en su cabeza y les empujaba a hacerlo. Quizás Gustavo no soportaba que las

mujeres lo controlasen e intentasen manejarlo, por eso había matado a su novia primero y años después a Vanesa Tamargo.

—Mucha gente pensaba que había sido él, que la había lanzado al agua en medio de una discusión, pero mi hermana creyó en su inocencia desde el principio. Jamás pensó que fuese un asesino y le apoyó en todo momento. Creo que lo hizo porque ya estaba enamorada de él.

Roberto no quiso compartir con su amigo la idea que le vino a la cabeza en ese momento. Se puso en pie y sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón con la mayor naturalidad de la que fue capaz.

—Ahora vuelvo. Olvidé que tenía que hacer una llamada.

Se alejó unos metros, los suficientes para que su amigo no pudiese escuchar la conversación.

—Eva, soy Roberto.

—Dime —respondió ella al otro lado del auricular.

—Necesito que me hagas un favor. ¿Puedes acceder a una autopsia de un ahogamiento que hubo en la playa de Canal, en Villanueva de Pría, hace diez años?

—Me pillas en mal momento, estoy comiendo con mi pareja.

—¡Vaya, lo siento! —se disculpó.

—Puedo pasarme luego y mirarlo, pero contaba con que estarías descansando y recuperándote, no investigando. Ya sabes que...

—Sí, ya sé que no puedo participar en la investigación, pero es que acaba de comentármelo un amigo y no sé por qué me tiene intrigado.

—¿Quién es la víctima?

—Se llamaba Carmen y era novia por aquel entonces de Gustavo Villar.

—No hace falta que lo mire, lo recuerdo perfectamente. Salió a relucir cuando lo investigamos por el asesinato de Vanesa Tamargo. Fue sospechoso de la muerte de Carmen Posada, pero no le acusaron porque tenía coartada. Ese día lo había pasado con un amigo pescando en Llanes, quien confirmó su coartada.

—¿Y entonces por qué fue sospechoso?

—Porque su novia no murió ahogada. Al hacer la autopsia se descubrió que no tenía los pulmones encharcados de agua, aunque tampoco tenía golpes en la cabeza ni en cualquier otro lugar del cuerpo. La conclusión fue que ya estaba muerta al caer al agua, pero los investigadores no lograron descubrir cómo se había producido la muerte. Bueno, en realidad lo achacaron a un paro cardíaco, si mal no recuerdo. Lo que quedó claro fue que Gustavo no la mató.

Lo siento, si es eso lo que esperabas oír.

—Gracias, Eva. Pásalo bien con tu pareja.

Se despidió de ella y colgó el teléfono, mientras sentía un escalofrío recorrerle la espalda. Una voz poderosa resonó dentro de su cabeza, la misma que había escuchado en su sueño y que le repitió de nuevo al oído: «*Los muertos no se ahogan*».

Pasadas las cuatro de la tarde Susana y Roberto se despidieron y abandonaron la casa materna, aunque en contra de lo que él esperaba no regresaron al hotel.

—¿Dónde vamos? —preguntó al ver que salían del pueblo.

—He convencido a mi primo para que se quede por mí hasta mañana en el hotel. Bueno, en realidad ha sido idea suya. Necesita comprarse un cacharro nuevo para jugar a la consola y necesita más horas extras.

—¡Mira qué bien! ¿Y dónde me llevas?

—Ahora lo verás.

Pasaron el resto del día en Cantabria. Primero estuvieron en San Vicente de la Barquera, desde cuyo castillo pudieron disfrutar de la belleza de su ría. Luego fueron a Comillas, donde visitaron «El capricho de Gaudi» y el cementerio junto al mar, presidido por el impresionante «Ángel exterminador». Por último estuvieron en Santillana del Mar, con sus calles empedradas y sus casas de aspecto medieval. Cerca de allí cogieron una habitación en un precioso hotel rural, donde pasaron la mitad de la noche haciendo el amor y la otra mitad durmiendo abrazados.

Roberto era consciente de que cada minuto que pasaba junto a Susana aumentaban las posibilidades de que estuviese dispuesto a renunciar a su trabajo y no volver a Madrid. Incluso pensó de qué modo podía ganarse la vida si se quedaba en Nueva. Después de tantos años alejado del pueblo que le había visto nacer, sentía como si una fuerza invisible le empujase a quedarse. No quería irse, y todo era a causa de Susana. Conocerla era lo mejor que le había pasado en la vida, al menos en los últimos años, y no quería renunciar a ella. Quizás por eso comenzó a sentir un profundo miedo.

¿Y si las notas las había escrito alguien que quería vengarse de él? Alguien con quien quizás tenía una cuenta pendiente y que esperaba el

momento oportuno para matar a alguien que le importase de verdad. ¿Y si enamorándose de Susana no había hecho otra cosa que ponerla en peligro? Eso hizo que sintiese un terror tan profundo que abrazó a Susana contra su pecho con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó ella extrañada.

—Sí, es que te quiero mucho.

—Yo también a ti.

Pasaron la mañana del domingo en Santoña, paseando junto a la playa hasta llegar al Fuerte de San Carlos, y después fueron a comer a San Vicente de la Barquera, donde permanecieron hasta media tarde. Cuando regresaron a Nueva eran cerca de las ocho de la tarde. Justo al aparcar delante del hotel Susana recibió un mensaje en su teléfono móvil que le arrancó una mueca de disgusto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto.

—Mi hermano acaba de mandarme un mensaje. Su mujer no se encuentra bien y necesita que alguien la ayude con los críos.

—¿Y él no puede?

—Por lo visto le salió un trabajo de última hora y necesita irse en cuanto llegue yo.

—¿En domingo? —se sorprendió Roberto.

—Coge chollos cuando le salen, independientemente del día que sea.

—¿Y tu madre no puede ir?

—No tiene coche ni carnet, así que tendría que llevarla yo de todas formas. Además, mi cuñada y ella no se llevan muy allá. Prefiero ir yo a ayudarla, si no te importa.

—Claro que no. La familia es lo primero.

—Nico me va a matar cuando le diga que se tiene que quedar unas horas más. Y a ti seguro que tampoco te hace gracia quedarte solo.

—Por mí no te preocupes. Veré alguna peli o leeré un rato.

—Puede que cuando vuelva te pille todavía despierto —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

—Y si no me despiertas —le propuso, besando sus labios.

—Cuenta con ello.

Después de que Susana pusiese rumbo a Naves, a casa de su hermano, Roberto pensó en subir a su habitación un rato, pero en el último momento se le ocurrió dar un paseo hasta la playa. Aunque le dolían un poco las costillas, la verdad es que el aire del mar le sentaba muy bien, así que montó en su

coche y se dirigió a la playa de Cuevas. Mientras conducía, su mente rememoró el sueño que había tenido los días anteriores, y repitió de forma inconsciente las mismas palabras que Miriam había pronunciado:

—Los muertos no se ahogan.

¿A quién podía referirse? ¿A Carmen, la novia de Gus, la que había muerto en la playa de Canal, o tal vez a otra persona, un cadáver del que todavía no tenían conocimiento? Quizás Miriam solo estaba jugando con él en sus sueños, como había hecho en el pasado. En más de una ocasión había buscado discutir solo por el placer de verle enfadado, para luego reconciliarse como si no hubiese pasado nada. Tenía que reconocer que a Miriam siempre le había gustado manipularle, uno de los motivos por los que había roto con ella. Lo que no comprendía era que siguiese haciéndolo después de tantos años, a través de sus sueños.

Trató de apartar esos pensamientos de su cabeza para concentrarse en la carretera, y entonces vio algo que le desconcertó, un cartel que ponía «Villanueva de Pría». ¿Cómo podía ser? Había tomado el desvío al pueblo antes de llegar a la playa de Cuevas y no se había dado ni cuenta. Por un momento pensó en volver por donde había ido, pero en el último momento decidió continuar. Hacía años que no estaba en la playa de Canal y quizás regresar a ella le ayudase a ordenar las ideas. Y si no era así tampoco le iría mal dar un paseo.

Entró en el pueblo y lo cruzó en dirección a la playa. Pasó la casa de Diego «el baboso», en cuyo exterior estaban aparcados los coches de los colombianos, aunque no se veía movimiento de gente, y continuó unos metros más allá, hasta donde terminaba el asfalto y comenzaba una pista de tierra con un cartel que solo autorizaba el paso a maquinaria agrícola. Siendo domingo supuso que no habría circulación, pero aun así decidió no complicarse y regresó al pueblo para dejar allí el vehículo.

No le llevó mucho tiempo llegar a la playa, poco más de diez minutos, durante los cuales transitó entre fincas que en el pasado habían sido pasto del ganado, y muchas de las cuales ahora estaban abandonadas y sin uso, con la hierba bastante alta en algunos casos. El acceso a la playa se realizaba por un camino en pendiente descendente, cuya anchura era mayor de lo que recordaba. Supuso que lo habrían arreglado para que los veraneantes con niños pequeños pudiesen acceder a la playa con el carricoche, algo que certificó al llegar al último tramo, con el suelo de piedra.

La de Canal no era una playa espectacular. Era pequeña, estrecha y sin

arena cuando subía la marea. Pero era tranquila, por eso la gente del pueblo la prefería antes que la de Cuevas, mucho más saturada en verano.

La paz que le rodeaba en ese momento hizo que se sentase en una de las grandes rocas que presidían la cabecera de la playa y se quedase allí, con la mente en blanco, observando el suave romper de las olas en la orilla. Necesitaba vaciar su mente durante unos minutos, aunque el tiempo pasó tan rápido que cuando se dio cuenta ya estaba oscureciendo. Abandonó la playa y en vez de volver por donde había llegado, arriesgándose a encontrarse con Diego y sus amigos, decidió continuar la pista, siguiendo el recorrido circular que la llevaba de vuelta a Villanueva.

Subió una pequeña pendiente y al girar en dirección al pueblo, el sonido de su móvil le obligó a detenerse. Eva acababa de mandarle un mensaje:

—Estaré ahí el lunes a primera hora. Me gustaría que tomásemos un café.

No le pareció mala idea, por lo que respondió de forma afirmativa y continuó la marcha, hasta que algo llamó su atención. Un coche circulaba por el tramo de pista que había usado él para llegar a la playa, saltándose la prohibición de circular por ella. La curiosidad hizo que esperara para ver de quien se trataba. Desde su posición solo pudo distinguir los faros del coche y cómo se detenía justo donde empezaba el camino de descenso a la playa. Las puertas se abrieron y entonces escuchó:

—Date prisa, marica, y saca los carros —dijo una voz con acento latinoamericano—. Ya están de camino.

—No apures —dijo una segunda voz, esta con acento asturiano—. Tenemos media hora para prepararlo todo.

Por un momento Roberto creyó reconocer la voz, aunque no se movió de su posición. Un arbusto cercano le mantenía oculto a vista de ellos, así que esperó unos minutos hasta que las voces se alejaron y pudo acercarse a la entrada de la playa.

Se quedó paralizado cuando vio que era un Range Rover blanco con una pegatina en la parte de atrás que ponía «poderío asturiano». Sin duda, era el coche de Pedro.

El cielo despejado y la luna casi llena ayudaron a Roberto a moverse con facilidad por la línea de costa, siguiendo una senda de pescadores que le situó unos cincuenta metros por encima de la playa de Canal. Recordaba haberla usado en una ocasión para poder divisar desde esa altura a las inglesas que un verano se pusieron a hacer *topless* en la playa, cuando él tenía doce o trece años. La noticia llegó a la pandilla de la mano de un chaval que vivía en Villanueva, así que todos cogieron las bicis y subieron al pueblo para disfrutar de semejante espectáculo, al grito de «Despelote en Canal». Fue un esfuerzo que no mereció la pena. Las inglesas tendrían unos cincuenta años y en cuanto los vieron encaramados allí arriba se taparon y comenzaron a gritarles para que se fuesen.

En esta ocasión Roberto no quiso asomarse mucho, para no descubrir su posición, pero pudo escuchar lo que hablaban, gracias al eco que generaban las paredes de roca de la playa.

—Es demasiado pronto para desembarcar la mercancía —protestó Pedro—. Normalmente lo hacemos de madrugada. Cualquiera pescador que esté por aquí podría vernos.

—Yo no mando, ya lo sabes —respondió su acompañante—. Nos dicen una hora y venimos. ¿Tienes algún problema?

—Pues sí. Mi mujer no se encontraba muy bien hoy y me jode dejarla en casa sola con los niños.

—Cómprale un collar de perlas con lo que saquemos hoy y ya verás cómo se recupera.

Tras unos segundos de silencio, el colombiano empezó a hablar de fútbol, lo que hizo que durante al menos veinte minutos no hablase de otra cosa, hasta que la melodía de un teléfono móvil les interrumpió. Como no podía ser de otro modo, era una canción de reguetón.

—Dime, *brother*... Sí, estamos listos... De acuerdo. —El tipo pareció cortar la llamada—. Prepárate, ya vienen.

La espera no fue demasiado larga. El suave golpeo del mar contra las rocas no tardó en mezclarse con el sonido de un motor fueraborda. Desde su posición Roberto veía la cabecera de la playa, pero no el recorrido del canal hasta llegar a mar abierto, por eso se movió de su posición. Retrocedió por el sendero que había tomado hasta una posición desde la que podía ver lo que sucedía en la playa, aunque fuese a más distancia.

La marea estaba baja, por lo que Pedro y su acompañante caminaron hacia el agua, hasta alcanzar el punto en el que rompían las olas. Llevaban puestas unas botas de pescador que alcanzaban la altura del pecho. Una vez allí se detuvieron y alumbraron el mar con dos poderosas linternas. Apenas un par de minutos después una embarcación entró en Canal y se acercó a la orilla sin apenas revolucionar los motores. En cuanto vio a la persona que la patroneaba, la reconoció al instante. Era Diego y el yate era el que había visto saliendo del puerto deportivo de Ribadesella el día anterior. Le acompañaban sus otros dos amigos, situados en la proa.

—Joder, Pedro —murmuró Roberto—, por eso decías que Diego no te caía mal. ¿Qué coño estás haciendo con él?

No tardó mucho en averiguarlo. Con bastante rapidez, los colombianos de la proa fueron descargando un buen número de paquetes plastificados del tamaño de una caja de zapatos, al menos treinta, que iban sacando de una trampilla situada en el suelo. Conforme los recibían, Pedro y su compañero los iban lanzando a la arena, donde el agua no podía alcanzarles. La operación no duró mucho, apenas un par de minutos, y no cruzaron una sola palabra durante ese tiempo. En cuanto terminaron, el yate regresó por donde había llegado y los dos de la playa comenzaron a colocar los paquetes en dos carretillas de mano con voluminosas ruedas, para acercarlos a la entrada de la playa en varios viajes. Roberto aprovechó ese momento para regresar a su anterior posición y así poder escuchar lo que hablaban. No fue hasta tener todos los paquetes reunidos de nuevo, que Pedro preguntó:

—¿No son demasiados? Creo que no van a caber en el maletero.

—Claro que sí, marica. Y si no caben pliegas los asientos de atrás.

—Eso dejaría los paquetes a la vista.

—Pues los tapas con una manta. No me seas *malparido*.

—¿A ti no te preocupa que nos puedan meter veinte años en la cárcel si nos para la Guardia Civil? —protestó Pedro mientras comenzaba a ascender

por el camino de piedra, tirando de la carretilla de mano—. Porque a mí sí. No quiero dejar sola a mi familia.

—Hemos hecho ya más de veinte viajes a Gijón y nunca ha pasado nada.

—No sé, quizás esta vez deberíamos ir por la costa, en lugar de la autovía.

—¡No me seas marica! Olvídate de la carretera nacional. Por ahí es más fácil que nos pare una patrulla. Iremos por la autovía, como siempre.

Roberto comprendió enseguida que el traslado de los paquetes desde la playa hasta el interior del coche les iba a llevar un rato, así que esperó a que cargasen el primer viaje en el todoterreno y, en cuanto regresaron a la playa para realizar el siguiente, aprovechó para abandonar su posición y tomar el número de la matrícula del coche de su amigo. Luego se dirigió al pueblo, aunque antes de llegar llamó a Eva para contarle lo que había descubierto.

—Si os dais prisa podéis pillarlos todavía con la droga —dijo después de ponerla al corriente.

—Demasiado precipitado. Tengo que informar a mi comandante y que él hable con los de Antidroga para informarles, pero hay algo que sí podría ayudarles. ¿Serías capaz de seguirles para decirnos donde se encuentran en todo momento?

—No estoy cerca del coche ahora mismo, pero seguro que llego antes de que terminen.

—Muy bien, entonces síguelos y me vas informando. Intenta que no te vean y que...

—Tranquila, no es la primera vez que hago esto —la interrumpió—. Eso sí, asegúrate de que a mi amigo no le pase nada. Diles a los agentes que vayan a realizar la detención que no tengan el gatillo fácil.

—Eso dependerá de si ofrecen resistencia o no a la detención, pero se lo diré de todas formas.

—Y en cuanto al yate...

—Tranquilo, avisaremos al puesto de Ribadesella para que los detengan en cuanto lleguen al puerto. No te preocupes por eso.

—Te llamaré cuando esté en camino.

Roberto llegó a su coche y lo movió para situarlo en una calle desde la que pudiese ver qué camino seguía el coche de Pedro al salir del pueblo. Podían optar por ir hasta Nueva y desde allí coger la autovía a Oviedo y Gijón, o ir en dirección contraria, hacia el pueblo de Piñeres, por un recorrido más corto. Tardó diez minutos en salir de dudas. El Range Rover blanco llegó

al cruce y giró a la derecha, en dirección a Piñeres. Roberto esperó a que se hubiese alejado lo suficiente antes de seguir el mismo camino.

Mientras lo hacía sintió cómo se le encogía el corazón. Lo que menos se imaginaba al volver a Nueva era que terminase metiendo en la cárcel a su mejor amigo.

El Range Rover se mantuvo siempre a una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora, excepto cuando pasaba por un túnel o un tramo que obligaba a circular a una velocidad menor. Roberto, por su parte, se mantuvo a una distancia de unos cien metros, menos los momentos en que había algo más de tráfico, lo que aprovechaba para acercarse y asegurarse de que seguía al coche correcto. De todas formas, los faros traseros del Range Rover eran muy característicos y fáciles de identificar.

En todo momento estuvo enlazado por teléfono con Eva, a la que llamó nada más entrar en la autovía y luego cada diez o quince minutos para confirmarle que todo iba según lo previsto. Fue antes de llegar al pueblo de Villaviciosa cuando ella le llamó para informarle de donde se realizaría la detención.

—Los de Antidroga me han informado de que la detención se realizará en un túnel en obras que hay después de la salida trescientos setenta y uno de Quintueles. El túnel se llama Infanzón y tiene casi ochocientos metros de largo. Una vez entren en él no podrán huir. Tres patrullas les pararán dentro del túnel, mientras dos más bloquean la salida y otras tres la entrada, en cuanto pasen. Eso sí, tienes que avisarme cuando tomes la autovía de Gijón, después de pasar el túnel que pasa por debajo de la ría de Villaviciosa.

—No hay problema, pero avisa a tus compañeros de que yo entraré detrás de ellos en el túnel.

—Es mejor que te quedes fuera, Rober.

—Quiero asegurarme de que mi amigo no sufre ningún daño.

—Ya te he dicho que no tiene por qué pasarle nada, siempre y cuando se rinda sin ofrecer resistencia. Es mejor que te quedes fuera.

—Tranquila, no es la primera vez que me veo en una situación como esta. Tú avísales.

Eva intentó convencerle, pero Roberto no dio su brazo a torcer. Lo normal era que los dos ocupantes del Range Rover se entregasen en cuanto la Guardia Civil les apuntase con sus armas, pero habiendo un colombiano de por medio ya no estaba tan seguro. Algunos de ellos habían venido a España siendo unos críos y sin conocer nada de la violencia que se vivía en su país, pero otros habían sido traídos por las propias mafias porque sabían usar un arma y porque no dudaban en hacerlo cuando era necesario.

Roberto abrió la guantera que había sobre el volante y comprobó que su pistola Glock, la que había recogido en la Comandancia de Oviedo al salir del hospital, seguía donde la había guardado al llegar a Nueva. La sacó de su caja y la puso a su lado, en el asiento del acompañante.

—Esperemos que no tenga que usarla —murmuró.

Diez minutos después llamó a Eva, en cuanto salió del túnel de la ría, antes de llegar al punto donde la autovía se separaba para seguir las direcciones de Oviedo o Gijón. Ya mantuvo la llamada activa hasta el final.

—Acabamos de pasar la salida de Quintueles —dijo poco después notando cómo su cuerpo se tensionaba.

Roberto vio acercarse el túnel y el cartel indicando que el carril de la izquierda iba a quedar anulado en breve, así que aceleró para acercarse al vehículo de Pedro. Estaba a menos de veinte metros de ellos cuando un conductor, ignorando el límite de velocidad por obras, se metió delante de él poco antes de que la fila de conos anulase el carril izquierdo. Era un Audi Q7, que por su tamaño le dificultaba la visibilidad de lo que ocurría por delante. Roberto sintió deseos de pitarle, pero, dado que no quería llamar la atención de los ocupantes del Range Rover, optó por acordarse de toda su familia.

Durante el primer tramo de túnel no ocurrió nada. Pedro, que seguramente no quería saltarse el límite de velocidad por si había algún radar en el túnel, no pasó de los cincuenta kilómetros por hora, mientras el capullo del Audi se pegaba a él como si con ello fuese a conseguir que se apartase. Por delante de ellos no se veía ningún coche.

Roberto no tardó en distinguir a un obrero situado en el carril de la izquierda, anulado por la fila de conos, que movía su mano arriba y abajo para indicar a los vehículos que aminorasen la marcha. Al pasar junto a él tuvo la sensación de que se trataba de un guardia civil. Cien metros después se toparon con un semáforo rojo con otros dos obreros con chalecos amarillos al lado de una furgoneta aparcada en el carril de la izquierda, mientras otra parecía maniobrar bloqueando en ese momento el paso. Al menos es lo que

parecía.

Todo ocurrió rápido, aunque no del modo que Roberto esperaba. No supo quién, pero alguien empezó a disparar. Los dos guardias disfrazados de obreros se pusieron a cubierto tras la furgoneta junto a la que estaban, mientras Roberto intentaba coger la pistola. No llegó a alcanzarla. Su coche sufrió una fuerte sacudida y perdió de vista el arma. Cuando levantó la mirada a la carretera vio que el causante era el Audi que tenía delante. El capullo del conductor se había puesto nervioso al iniciarse el tiroteo y no se le había ocurrido otra cosa que intentar salir de allí marcha atrás. Y lo peor de todo fue que lo consiguió.

La potencia del motor y el peso del vehículo desplazó el de Roberto con facilidad, aunque el conductor del Audi giró demasiado el volante, con lo que le apartó de su trayectoria pero dejó el suyo cruzado en el túnel. Eso permitió al guardia civil ver lo que estaba ocurriendo.

En el Range Rover, el colombiano había bajado la ventanilla y, con medio cuerpo fuera, estaba disparando con un arma corta contra la furgoneta que les bloqueaba el paso. En el suelo, al pie de ella, le pareció ver un cuerpo tendido e inmóvil. Tras la furgoneta supuso que estaban ocultos el resto de guardias que pretendían hacer la detención y que, a tenor del resultado o no lo habían hecho bien o algo les había fallado. El colombiano disparó también contra la otra furgoneta mientras le gritaba a Pedro que les sacase de allí.

Roberto trató de alcanzar su arma, aunque le llevó varios segundos localizarla en el suelo, al pie del asiento del acompañante. Cuando la tuvo en su poder y se incorporó, vio que el Range Rover estaba girando para ir en su dirección. Abrió la puerta y bajó del vehículo apuntando con su arma al frente. Aunque estaba dispuesto a disparar en caso necesario, deseó que su amigo detuviese el coche y no siguiese avanzando. Pedro debió reconocerle, porque frenó en seco y le miró desconcertado. Vio miedo en sus ojos, el miedo a morir tiroteado en una situación con la que no contaba, pero, sobre todo, a manos de un amigo de la infancia. Eso fue lo que le paralizó e impidió que siguiese acelerando a pesar de que el colombiano, que se había vuelto a sentar en su asiento, le gritaba para que arrancase.

La mirada de Roberto se enfrentó con la de su amigo y supo que no iba a hacerlo, que no iba a pasar por encima de él, pero todo se truncó cuando el colombiano alzó su pistola y apuntó con ella a la cabeza de Pedro. Roberto no tuvo tiempo para pensar, aunque tampoco lo necesitó. Durante cinco años no solo se había estado preparando en la UEI para una situación así, sino que se

había enfrentado a ella en varias ocasiones, por eso no dudó.
Sujetó con firmeza su arma y apretó el gatillo.

La sala de interrogatorios de la Comandancia de Oviedo era una sala de seis metros cuadrados con una mesa en el centro y dos sillas a cada lado. El detenido, único superviviente del tiroteo, estaba sentado observando a los dos guardias civiles situados frente a él.

—Nunca pensé que te vería aquí, Pedro —dijo Roberto sin disimular su decepción.

Su presencia allí se debía a una petición expresa del comandante Alameda, máximo responsable de la UCO en Oviedo, convencido de que su amistad con el acusado ayudaría a arrancarle una confesión antes de que su abogado dificultase esa tarea.

—Lo siento —acertó a decir Pedro.

—Y menos por este motivo —prosiguió mirando de reojo a Eva—. No puedo creerme que seas un traficante de drogas.

—Yo solo la transporto —se defendió mirándole con ojos tristes—. Las cosas en casa se pusieron muy mal cuando la crisis. No nos llegaba para pagar la hipoteca que nos habían concedido al comprar la casa y no tenía de donde sacar el dinero. Lo hice para salir del paso.

—Sin embargo, has continuado haciéndolo.

—Es difícil decir que no a un dinero tan fácil.

—¿Tu mujer lo sabe?

—No tiene ni idea. Piensa que consigo el dinero haciendo chapuzas.

Roberto no tuvo muy claro si decía la verdad o mentía, aunque era lo de menos en ese momento.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Por qué? —Pedro se tomó unos segundos para responder, como si el mismo no supiese la respuesta—. Para poder ir de vacaciones con mi mujer o para pagar los estudios de mis hijos el día de mañana. Para cambiar el coche,

poder cenar en sitios caros o ir a una tienda y no tener que mirar el precio de las cosas. No sé. Supongo que me aficioné al dinero rápido y nunca pensé que estuviese haciendo nada malo. Yo solo cojo la droga y la entrego en Gijón. Ya está.

—¿Dónde la entregas? —intervino en ese momento Eva.

—Lo siento, no puedo decirlo.

—Te interesa colaborar —dijo Roberto con gesto serio.

—Podemos ofrecerte una importante rebaja en la condena si colaboras —le secundó ella—, pero para eso tienes que darnos información que nos ayude a desarticular esta banda de narcotraficantes. Si nos ayudas, estarás libre mucho antes de lo que piensas.

—No puedo, si lo hago pondré a mi familia en peligro.

—Eso no debe preocuparte ya —afirmó Roberto convencido—. Hemos detenido a Diego y sus dos amigos. Ahora mismo están de camino hacia aquí.

—Vamos, dinos lo que sabes —insistió Eva—. ¿De dónde viene la droga?

—De un barco pesquero. No sé cual. Es un barco que viene de Galicia y que descarga la mercancía en el yate de Diego lejos de la costa, en alta mar. Luego él lo desembarca en la playa de Canal, donde nunca hay gente al caer la noche, y la llevamos a Gijón.

—¿Adónde?

Pedro pareció no querer continuar.

—Necesitamos saberlo —le pidió su amigo—. Es el único modo de ayudarte y de ayudar a tu familia.

—Está bien. Es una casa que está en Cabueñes, a las afueras de Gijón. —Y acto seguido les dio la dirección exacta.

—¿Quién la recoge? —preguntó Eva.

—Un matrimonio que vive allí. Yo les entrego los paquetes de droga y luego me largo. No sé lo que hacen con ella.

La sargento asintió conforme y salió de la sala dejándoles solos.

—¿Qué vais a hacer conmigo, Rober?

—De momento irás a la cárcel, pero te prometo que no será la misma en la que estén esos colombianos, ni ninguno de sus amigos.

—¡Dios, cómo le voy a explicar esto a mi familia! —exclamó Pedro llevándose las manos a la cara y rompiendo a llorar como un niño.

Roberto se puso en pie y se acercó a su amigo para ponerle la mano sobre el hombro.

—Tranquilo todo saldrá bien.

—No puedo dejarles solos, Rober. ¡No puedo!

En ese momento sintió deseos de decirle: «haberlo pensado antes», pero la amistad que les unía desde pequeños hizo que se mordiese la lengua y guardase esos pensamientos para él. No obstante, hubo algo que no se pudo resistir a preguntarle.

—¿Tú sabes quién me dio la paliza, verdad?

Pedro le miró con ojos llorosos y negó con la cabeza.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Pero sabes quién lo hizo.

Tardó unos segundos en responder.

—Diego se puso nervioso —comenzó a decir—. Al parecer fuiste a su casa y le amenazaste. Pensó que estabas aquí investigando lo de la droga, así que sus amigos y él decidieron darte un escarmiento para quitarte de en medio una temporada. ¡Pero te juro que yo no sabía nada de eso! Me enteré días después, el día que me dijeron que me iban a necesitar para este envío.

—¿Cómo lo hicieron? ¿Me drogaron?

—Creo que sí.

—¿Solo lo crees?

—Yo no sé mucho de esa mierda. Hace unos años escuché decir a uno de los colombianos, el que tiene una cruz tatuada en el cuello, que sabía cómo preparar una droga con la que se podía controlar a las personas. Que podía obligarles a hacer lo que quisiesen, que obedeciesen sus órdenes, y luego no recordasen nada. No le creí, la verdad, y menos cuando dijo que se preparaba hirviendo las flores de un árbol.

—¿Cómo llamó a esa droga?

—No sé, un nombre raro, como africano.

—¿Burundanga?

—¡Sí, eso!

—¿Y cómo lo hicieron para drogarme?

—Diego dijo que te había echado un poco en tu copa y que luego habías obedecido todas sus órdenes. Te dijo que salieses del «Dolce Vita» y tú obedeciste como un zombi. Luego te llevaron a una calle con poca luz y te dieron una paliza. —Al ver la cara que estaba poniendo su amigo, Pedro se justificó—. Te juro que estuve a punto de contártelo cuando fui a verte al hospital, pero no tuve valor. Vi que te ibas a recuperar y preferí no complicar las cosas. Lo siento.

Roberto contuvo la rabia que sentía en ese momento y se encaminó a la salida de la sala. En ese momento no era capaz de mirarle a la cara.

—Por favor, perdóname —insistió Pedro—. Siento no habértelo dicho antes.

—Luego hablamos —dijo saliendo con gesto serio y cerrando la puerta sin mirar atrás.

Lo cierto era que la charla le había dejado bastante tocado. Siempre había tenido a Pedro por un buen amigo y que no le dijese quien le había dado la paliza era como si él mismo hubiese participado en ella. En ese momento solo sentía ganas de meterle en una celda y tirar la llave.

Al salir, se encontró con Eva, que le estaba esperando con cara sonriente.

—El comandante Alameda ya tiene la información de la casa y lo está coordinando todo para detener a todos los que estén en ella.

—Espero que sean los mismos que organizaron la detención en el túnel.

—No, esta vez han pedido un equipo de la UEI. Lo del túnel fue improvisado, con gente de Gijón que no era muy experta en ese tipo de detenciones.

—¿El guardia al que el colombiano disparó está bien?

—Sí, recibió un disparo en el hombro y otro en el chaleco. —Roberto asintió conforme—. Por cierto, lo has hecho bastante bien ahí dentro.

—Sabía lo que tenía que preguntarle. No fue difícil.

—Acaban de traer detenido a Diego y el comandante quiere que le interroge. ¿Qué me dices, te atreves con él?

Roberto recuperó el ánimo de inmediato.

—Lo estoy deseando.

Media hora después Roberto y Eva estaban sentados frente a Diego en la sala de interrogatorios. No parecía estar nervioso, sino más bien todo lo contrario. Estaba apoyado en el respaldo de la silla con las manos en la nuca y una sonrisa complaciente que Roberto sintió deseos de arrancarle de un guantazo.

—Pareces demasiado tranquilo para estar a punto de ingresar en la cárcel una buena temporada —comenzó a decir Roberto. Había acordado con Eva que en principio tomaría el mando del interrogatorio, ya que conocía al detenido.

—Nadie va a encerrarme. Yo no he hecho nada.

—Tengo que reconocer que siempre me pareciste un fantasma, un narco de chiste —prosiguió ignorando sus palabras—. Nunca imaginé que estuvieses traficando a gran escala. Doscientos kilos de coca es mucha coca.

—No sé nada de esa cocaína. No estaba en mi coche ni en mi casa, así que no es mía.

—Nuestro equipo de criminalística ha encontrado restos de ella en tu yate y varios tipos de huellas dactilares en los paquetes —intervino Eva—, incluidas las tuyas.

—Esta vez no te han pillado con una par de papelinas, capullo —dijo Roberto con gran satisfacción al ver que se le borraba de la cara aquella estúpida sonrisa—. ¿Qué pasa, ya no te hace gracia?

—Esa droga era de los colombianos, no mía.

—Pues ellos dicen que es tuya —aseguró consciente de que le estaba mintiendo. Todavía no habían interrogado a los colombianos, pero Diego no lo sabía, ya que le habían mantenido aislado hasta el momento—. Ya ves, no han tenido reparos en cargarte el muerto, aunque también es normal. Aunque bailes su mierda de música no eres uno de los suyos.

—¡Que te den por el culo!

—No, gracias, pero a ti en la cárcel seguro que sí te darán. ¡Te vas a poner las botas!

Diego apretó los dientes en señal de rabia y no dijo nada más.

—Podemos ofrecerte una rebaja en la condena —dijo Eva pasados unos segundos—. Sabemos que recogías la droga de un barco pesquero que venía de Galicia.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Nadie, llevamos más de un año vigilando vuestros movimientos —aseguró para no perjudicar a Pedro—. Si colaboras con nosotros podemos hablar con el fiscal para que te rebaje la petición de condena.

—No tengo nada que contaros.

—Esos colombianos no te van a proteger. Te interesa contarnos lo que sepas.

Diego negó con la cabeza como única respuesta.

—Entonces dínos por qué mataron a Ana María —intervino Roberto—. Porque lo hicieron ellos, ¿no?

—¿Cómo? —preguntó mirándole desconcertado.

—¿Fue porque os debía pasta y no os la pagaba, o porque sabía lo de vuestro negocio con la droga?

—Nosotros no matamos a esa chavala.

—Pues te vieron hablando con ella en el «Dolce Vita» la noche de su muerte.

—Sí, porque necesitaba un par de papelinas de coca para una fiesta que tenía esa noche, pero le dije que no llevaba ninguna encima. No sé nada más.

—¿Y qué pasó luego?

—Nada, me quedé tomando algo con mis amigos. ¿Por qué no le preguntas a tu amiguita la del hotel? La vi luego hablando con ella en la barra.

—Lo sé, y ya le pregunté.

—Pues yo no te puedo ayudar.

—¿No te tomaste una copa con ella? O alguno de tus amigos colombianos.

—No.

—Quizás cuando estaba hablando contigo le echaste algo en la bebida sin que se diese cuenta.

—¿Qué insinúas?

—Ana María estaba buenísima. Tal vez pensasteis en montaros una fiesta

privada con ella y la drogasteis para sacarla del local. Luego la cosa se descontroló, o tal vez ella se despertó de los efectos antes de tiempo y tuvisteis que acabar con ella.

—¡Eso es una gilipollez!

Roberto notó que la rabia crecía dentro de él.

—No sería la primera vez, ¿verdad? Hace no mucho te acusaron de violación, aunque hubo más casos de mujeres a las que drogaron con burundanga. ¿Fue así como me disteis la paliza?

—¡Estás loco! —exclamó con una cínica sonrisa dibujada en la cara.

—Pues este loco te va a arrancar la cabeza.

Roberto se puso en pie de golpe y, de no ser porque Eva le sujetó a tiempo, lo habría conseguido.

—Vamos, sal de aquí —le ordenó la sargento tirando de su brazo para sacarle de la sala, mientras Diego le miraba con odio.

—Sabes que van a matarte, ¿no? —dijo el detenido.

—¿Cómo dices?

—Mataste a uno de los suyos. Esos colombianos son vengativos y van a ir a por ti.

—No me dan miedo, aunque antes van a pasar una larga temporada en la cárcel.

—Menos de lo que tú te crees. Los abogados se encargarán de sacarnos pronto —dijo sonriendo con suficiencia—. Además, las cárceles aquí son como un hotel de cinco estrellas. Gimnasio, piscina, televisión, Wifi... Igual hasta escribo un libro.

—Te va a dar tiempo para escribir una saga de veinte libros —dijo entonces Eva desde la puerta—, y tus amigos que se preparen para ser extraditados. Seguro que las cárceles colombianas no son tan cómodas como las nuestras. Igual hasta tienes suerte y te vas con ellos.

—Eso no va a ocurrir nunca. Las leyes de este país no lo permiten.

—Ya lo veremos.

Ambos salieron de la sala y cerraron la puerta.

—Lo siento —dijo Roberto—, pero es que llevo años deseando romperle la cara a ese gilipollas. ¡No lo soporto!

—La idea era sacarle información sobre el tema de las drogas, no sobre la muerte de Ana María —le reprendió Eva.

—Lo sé, pero...

—Quizás no fue tan buena idea dejarte entrar.

—¿Por qué lo dices? —le miró sorprendido Roberto—. ¿Es que no quieres saber quien la mató?

—Por supuesto, pero dudo que esos colombianos...

—Me drogaron con burundanga, Eva, lo sé. Y es probable que lo hayan hecho también con varias mujeres. Una ya los denunció en su día y seguro que hay otras que no lo hicieron por vergüenza. Puede que esa noche Ana María fuese una de sus víctimas y que acabasen matándola por algún motivo.

—¿Te das cuenta de que estás fantaseando? La puesta en la escena de Ana María estuvo preparada casi al milímetro, no fue algo improvisado. La desnudaron y pusieron sus manos sobre el pubis porque el asesino quería dar a entender que era una mujer impura, que no protegía su sexo de los hombres. La castigó porque era promiscua.

—¿Eso es lo que ha dicho el crimilólogo en su informe?

—Sí, entre otras cosas. Además, no fue violada, ni forcejeó con su asesino. Tu amigo Diego y los colombianos no la mataron. Lo siento.

—¿Puedo leer ese informe?

—Deberías regresar a Madrid y olvidarte de este caso.

—No puedo —aseguró convencido. Llegado a ese punto no estaba dispuesto a rendirse—. Le prometí a su madre que encontraría al asesino de Ana María.

—Escucha, Rober...

Un revuelo que se produjo en el pasillo interrumpió sus palabras. Varios guardias civiles pasaron a su lado soltando exclamaciones de sorpresa, mientras otro reía de forma nerviosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva.

—¡Es acojonante! —respondió el guardia antes de seguir su camino—. ¡La que están liando en Madrid!

En una sala cercana entraron varios guardias a la carrera, así que tanto Eva como Roberto siguieron sus pasos. Al fondo, a media pared, había una pantalla de televisión alrededor de la cual estaban arremolinadas al menos diez personas. Roberto vio que aparecía en ella un reportero que estaba al pie de los Juzgados de Plaza de Castilla, en Madrid, mientras un letrado en la parte inferior decía: «10.15 horas. Prosiguen las detenciones».

—¿Alguien va a explicarme lo que pasa? —se impacientó Eva.

—¡Una pasada! —dijo alguien—. Hoy a primera hora nuestros compañeros de la UCO han detenido al menos a veinte personas. Entre ellos está el presidente de la Comunidad de Madrid y el alcalde de la ciudad. Hay

varios concejales detenidos y algunos políticos más. ¡Esto es una gozada!

Su primera reacción fue de extrañeza, como si todo fuese una broma, hasta que la imagen en pantalla cambió y vio a varios agentes de la UCO llevándose detenidas a varias personas. En ese momento sintió un hormigueo recorriéndole el estómago y se preguntó por qué no estaba allí con ellos. Para aquello había trabajado los últimos años, realizando escuchas, siguiendo a sospechosos, analizando movimientos de cuentas bancarias y un sinfín de cosas más. Parte de su trabajo había desembocado en lo que ahora se veía en pantalla, por eso se sintió traicionado. Sacó su teléfono móvil y marcó el número personal del comandante Varela. Su jefe le respondió con tono neutro.

—No puedo hablar mucho, Roberto, en cinco minutos tengo que reunirme con el coronel Martín Lozano.

—¿Qué es lo que está pasando?

—Lo que te dije que ocurriría. Esto no es más que el principio.

—¿Por qué no me llamó? Puedo estar en Madrid en cuatro horas.

—No hace falta, ahora necesito que te recuperes. Esto no ha hecho más que empezar. Nos queda un duro trabajo por delante.

—Estoy perfectamente. Puedo empezar a trabajar mañana mismo.

—No seas impaciente. Luego hablamos.

El comandante cortó la llamada y Roberto apretó los dientes con rabia. No podía creer que fuesen a dejarle fuera de todo aquello.

Al levantar la mirada vio en la pantalla cómo el presidente de la Comunidad de Madrid, con lágrimas en los ojos, era llevado entre dos agentes de la UCO. No supo si eran lágrimas de vergüenza o de miedo, aunque deseó que fuese por ambas cosas.

Roberto estaba sacando un café de la maquina cuando Eva se acercó a él. Lo hizo con gesto contrariado.

—Así que has estado investigando por tu cuenta.

—¿Lo dices porque hablé con la madre de Ana María?

—Sí.

—Vino a verme hace dos días. Estaba preocupada porque la investigación no avanzaba y quería contarme algunas cosas.

—Podías haberme llamado por teléfono para decírmelo.

—La verdad es que estos últimos días han sido bastante intensos.

—¿Y qué has averiguado?

—Creo que las muertes de Diana Cuesta y Ana María Montes están relacionadas.

Eva le miró sorprendida

—¿Hablas en serio? Te recuerdo que Diana se suicidó lanzándose por ese acantilado.

—Nadie de su entorno cree que tuviese motivos para hacerlo. Iba a irse a estudiar medicina a Madrid después del verano. ¿Por qué iba a suicidarse entonces?

—Era adolescente. Tal vez tenía algún problema que no supo afrontar.

—Hasta hace un rato yo pensaba lo mismo —aseguró Roberto—. Creí que Diego y sus amigos colombianos estaban implicados, que quizás la habían drogado y violado y que por eso ella se suicidó.

—No es una mala teoría —reconoció Eva.

—Pero cuando me dijiste lo del informe del criminólogo y el motivo por el que habían dejado el cuerpo de Ana María así, en la playa, lo descarté. Creo que a Diana y a Ana María los mató la misma persona y que lo hizo por el mismo motivo.

—¿Qué motivo?

—Algo que vieron o escucharon en una de las fiestas del Club Sella.

—¿De qué hablas? —preguntó Eva mirándole extrañada.

—Estuve hablando con Santi y me lo confesó todo. En el Palacio del Conde se organizan fiestas en las que hay mujeres que mantienen relaciones sexuales con los socios del club a cambio de ciertos beneficios económicos.

—¿El alcalde te dijo eso?

—Me lo dijo Laura, la mejor amiga de Diana, a quien ella le contó lo que hacía en esas fiestas. Santi solo me lo confirmó.

—¿Y eso que tiene qué ver con su muerte?

—No lo sé todavía, pero tanto Diana como Ana María pertenecían al Club. Puedo demostrarlo solo con ver el informe de sus autopsias. ¿Puedes conseguírmelas?

—Claro, pero no termino de entender qué relación puede tener eso con los mensajes dirigidos a ti.

—Yo tampoco.

—¿Qué me dices de tu amigo el pescador?

—¿Juanín?

—Sí. Encontró los dos cadáveres y se quedó el móvil de la primera víctima varios días. ¿Puede tener algún motivo para implicarte en todo esto? Quizás alguna cuenta pendiente contigo.

—Contra mí, no, aunque... —Roberto reflexionó unos segundos antes de continuar—. Es muy amigo de Gustavo y cree que fue encarcelado injustamente. Podría estar dispuesto a hacer cualquier cosa por él para conseguir que lo liberen, pero tanto como matar a dos mujeres, no creo.

—¿Y alguien más del pueblo con el que tengas relación?

—No lo sé, Eva. Sospecho de todo el mundo y de nadie. Tengo la sensación de que Nueva guarda más secretos de los que yo imaginaba.

—Tal vez deberías volver a Madrid y olvidarte de todo este asunto. Tarde o temprano pillaremos al asesino.

—De momento no puedo irme. Tengo que llamar a Susana y decirle que su hermano está detenido. No puedo dejarla tirada ahora.

Eva le miró a los ojos y dibujó una ligera sonrisa.

—¿Eso significa que hay algo entre vosotros?

—Puede ser.

—Hacéis buena pareja.

Roberto asintió con la cabeza.

—Gracias.

—¿Entonces te quedarás por Nueva estos días?

—De momento sí.

Roberto tenía claro que de no ser por Susana en ese momento ya estaría camino de Madrid, pero entendía que no podía dejarla, al menos hasta que viese a su hermano y solucionase un poco las cosas. Ni siquiera sabía cómo decirle que tenía que volver de nuevo a su trabajo.

Después de tomar el café, marcó su número de teléfono y le explicó lo que estaba ocurriendo. Ella no encajó bien que su hermano estuviese detenido y la cosa fue peor cuando le explicó que la Guardia Civil le había pillado con el coche lleno de droga. No le dijo nada de su intervención en el caso, era algo que prefería contarle en persona, aunque sí le prometió que tanto ella como su madre podrían verle antes de ingresar en prisión.

Tras despedirse volvió a la oficina en la que estaban Eva e Hinojosa, que ya le esperaban con las autopsias de Diana y Ana María sobre la mesa. Se sentó a leerlas con detenimiento, aunque no le llevó mucho tiempo encontrar la coincidencia que había entre ambas.

—Mirad, aquí está —dijo señalando una hoja de cada informe—. Las dos tenían tatuado en la cara interior de la muñeca izquierda el símbolo del dólar, una «S» con una línea vertical cruzándola.

Eva se encogió de hombros.

—¿Y eso que significa?

—Su pertenencia al Club Sella.

—¿Las marcaban como al ganado? —preguntó Hinojosa.

—Sí.

—¿Y para qué? ¿No sería más fácil hacerles un carnet de socias?

—Sí, claro, uno que todo el mundo pueda ver —respondió Roberto con ironía—. Creo que deberíais investigar ese Club y averiguar lo que ocurre detrás de esos muros. Conseguir un listado de los socios. Seguro que en él encontráis al asesino.

—Hay una posibilidad en la que no has pensado —comenzó a plantear Eva—. Dices que las mataron porque vieron o escucharon algo.

—Sí, eso creo.

—¿Y no podría ser que las matase alguien que desaprobaba su conducta? —Roberto no supo darle una respuesta, por eso ella continuó—. ¿Cuánta gente en el pueblo sabe de la existencia de ese Club y de lo que se hace en él?

—Creo que nadie, al menos eso es lo que asegura Santi.

—¿Y no te parece extraño que en un pueblo tan pequeño, en el que todo el mundo sabe de la vida de los demás, nadie sepa nada de ese asunto?

—Pues sí.

—El asesino puede ser cualquier vecino.

—¿Quién?

—Tendremos que investigarlo, aunque de momento yo no puedo hacerlo, tengo que quedarme aquí.

—Yo podría ir con Rober a Nueva para investigar —se ofreció Hinojosa. Eva movió la cabeza de forma negativa.

—La prioridad ahora mismo es cerrar el tema de la droga. Los de Antidroga nos han pedido que les echemos una mano, así que quiero que extraigas la información del GPS del coche de Pedro y luego que vayas a Villanueva y Ribadesella para hacer lo mismo con los coches de Diego y de sus amigos colombianos.

—¿Y eso?

—Quieren averiguar cuantas descargas han hecho y situarlos en el lugar tanto de recogida como de entrega.

—Esa información también nos podría servir en la investigación de los asesinatos —apuntó Roberto.

Hinojosa asintió con la cabeza.

—Es cierto.

—De acuerdo —dijo Eva mirando a Hinojosa—, mañana lunes te encargarás de eso y traerás aquí los datos. El martes volveremos juntos a Nueva y visitaremos ese palacio, a ver qué averiguamos.

Roberto iba a pedir acompañarles cuando sonó la melodía de su móvil. Era Susana.

Las siguientes horas no fueron fáciles para Roberto. Del desconcierto por la detención de su hermano, Susana pasó a la rabia cuando le contó que era él quien había descubierto que estaba descargando la droga en la playa y cargándola en su coche. Por un momento pensó que la perdería para siempre. Susana no quiso seguir hablando con él y entró con su madre a ver a Pedro a la celda de la Comandancia en la que estaba detenido. Solo cuando salieron, volvió a hablar con él.

—Mi hermano dice que le salvaste la vida, que ese colombiano iba a dispararle en la cabeza y que tú disparaste antes. —Tenía los ojos enrojecidos, de haber llorado.

—Siento que Pedro esté detenido.

—Él se lo ha buscado —afirmó su madre con rabia y los ojos llenos de lágrimas—. Debió pensarlo antes de meterse en esa porquería de la droga.

—¿Cuántos años de cárcel le van a caer a mi hermano?

—No lo sé, pero que haya colaborado con nosotros es un punto a su favor. Si sigue haciéndolo la condena podría ser mucho menor. Cinco años, tal vez menos.

—¡Cinco años! —exclamó su madre rompiendo a llorar.

—Tranquila, mamá —dijo Susana abrazándola—. No conviene que te disgustes.

—Yo no tuve un hijo para verlo en la cárcel.

—Vamos, voy a sacarte de aquí.

—¿Queréis que os acerque a algún sitio? —preguntó Roberto—. ¿Tenéis hotel ya?

—Quiero irme a casa —aseguró la mujer entre lágrimas—. Llévame a casa, hija.

—Claro, mamá.

—Puedo llevaros —se ofreció él. Susana parecía bastante nerviosa y no la veía muy capaz de conducir en ese momento.

—Sería un detalle, pero no quiero interrumpir tu trabajo.

—No seas tonta. Os llevaré en tu coche y ya volveré a buscar el mío.

—Gracias —dijo ella con una tímida sonrisa.

Durante el viaje de vuelta a Nueva apenas hablaron, solo cuando la madre de Susana comenzó a soltar improperios contra su hijo por haberse metido en la droga.

—¡No hay nada peor que tener un hijo tonto! Mira que le dije veces que no podía vivir por encima de sus posibilidades. La culpa es de su mujer, que siempre quiso vivir muy bien. Quería el mejor chalet de Naves y cenar todos los fines de semana por ahí —aseguró la mujer con rabia—. No entendía que estaba casada con un albañil que se quedó en el paro.

—Mamá, Lorena no tiene la culpa. Mi hermano fue quien decidió traficar con esa droga.

—Porque ella quería que entrase más dinero en casa. Siempre le gustó vivir por encima de sus posibilidades.

Susana sacudió la cabeza como si no estuviese de acuerdo con su madre, y dejó de discutir con ella, aunque la mujer todavía estuvo un rato echando pestes de su nuera. Roberto entendió que era el único modo que tenía de desahogarse, haciendo lo que mucha gente hacía cuando había problemas en la familia: echar la culpa al de fuera, al que no pertenecía a ella. Él tenía claro que el único culpable de su conducta era Pedro. Nadie le había puesto una pistola en la cabeza para traficar con droga. Era algo que su madre no iba a querer escuchar, por eso se limitó a conducir y guardar silencio. Susana hizo lo mismo.

Al llegar a Nueva, se dirigieron directos a casa para dejar allí a su madre. Su hija se quedó dentro durante varios minutos con ella y finalmente salió secándose las lágrimas de los ojos con un pañuelo.

—Llévame al hotel —le pidió a Roberto.

—Tal vez sería mejor que te tomaras unos días libres.

—No puedo. Hoy ya he tenido que dejar a mi tía Rosario allí y no me hace ninguna gracia. No tiene carácter para atender a los clientes.

—Es un poco seca, ¿no?

—Yo siempre la conocí así, aunque mi madre dice que de joven era mucho más alegre. Le cambió el carácter cuando se quedó embarazada de un cabrón que se largó y la dejó tirada antes de que naciese mi primo. Nunca

volvió a saber más de él.

—¡No jodas!

—Como te lo cuento. Desde entonces solo vive para mi primo, lo tiene tan sobreprotegido que a veces no lo deja ni respirar.

—Supongo que a tu primo le resultará difícil echar novia con una madre así.

—Pues sí. Que yo sepa la única fue Ana María. Nunca le he visto salir con ninguna chavala después de ella. Y es una pena, porque es muy buen chaval. Es muy cariñoso y tiene muy buen corazón. Yo lo quiero mucho, como si fuera mi hermano. No se merecía que Ana María lo tratase así.

—¿Y su madre que dijo cuando lo dejó?

—Pues lo normal en estos casos. Que si ya te lo dije, que si ya veía yo que era una buscona, que si no era buena para ti... Aquello le sirvió para tener todavía más arropado a mi primo. ¡Pobre!

Llegaron al hotel antes de que Roberto tuviese tiempo de ahondar más en el tema, así que decidió dejarlo para otra ocasión. Al llegar a la recepción la mujer les miró con sorpresa.

—¿Ya estás aquí?

—Sí, mamá no se encontraba bien —respondió Susana—, así que decidimos volver a casa.

—Normal. Menudo disgusto debe tener. ¡Ay, que sufrimientos nos traen los hijos! —se lamentó—. Tendré que ir a verla.

—Ahora iba a echarse un rato, mejor déjalo para más tarde.

Ella torció el gesto como si no estuviese de acuerdo y salió de detrás del mostrador.

—Como quieras. Ya sabéis donde me tenéis.

De nuevo, al pasar junto a Roberto, le lanzó una mirada que él interpretó como de resentimiento. Una vez la perdieron de vista, se volvió hacia Susana para preguntarle:

—¿A tu tía nunca se le va a pasar el cabreo conmigo?

—Es mayor y ya sabes que a su edad la gente se vuelve muy cascarrabias. No le hagas caso.

—Eso quisiera.

Lo cierto era que empezaba a cansarle la actitud de la mujer.

La tarde en Nueva era gris y amenazaba lluvia, como un reflejo de los sucesos que estaban ensombreciendo el pueblo. Eran las ocho de la tarde, pero parecía que estaba a punto de oscurecer. Roberto decidió dar una vuelta antes de cenar. Susana necesitaba pasar un rato a solas, así que recorrió las calles del pueblo sin una dirección concreta. El costado le dolía bastante menos y sus piernas le pedían movimiento, tras tantos días sin hacer ejercicio. Llevaría media hora callejeando, inmerso en sus pensamientos, cuando se encontró frente a una casa que le resultó conocida. Ni siquiera supo cómo había llegado hasta ella, aunque en un primer momento no logró identificarla. Fue al abrirse la puerta y ver a la joven salir que recordó de qué le sonaba: era Laura, la amiga de Diana Cuesta.

—Hola, Laura.

—Ah, hola. ¿Qué tal?

—Bien, estaba dando un paseo.

—Yo también voy a dar una vuelta. Necesito airear un poco la cabeza después de estudiar toda la tarde. ¿Ya se sabe algo de la muerte de Diana?

—De momento nada. Creo recordar que me dijiste que solo salió con Borja, el hijo del alcalde, ¿no?

—Sí.

—¿Tú no sabrías si conocía a Nico?

—¿El primo de Susana? —Roberto asintió con la cabeza—. Sí, claro que lo conocía. ¡Menudo pesado!

—¿Por qué lo dices?

—Anduvo una temporada colgado de ella.

—¿De Diana?

—Sí, incluso le mandó flores una vez. No es mal chaval, pero se encaprichó con Diana este invierno, cuando estuvo dándole clases particulares

de matemáticas. Diana tuvo que cortarle el rollo porque veía que él se estaba ilusionando demasiado, así que le dijo que como amigos bien, pero que nada más.

—¿Cómo se lo tomó él?

—Pues no muy bien. Estuvo unos días sin darle clases, según él porque no se encontraba bien, y luego su madre llamó a la de Diana para decirle que a su hijo no le compensaba dar clases particulares y que era mejor que se buscara otro profesor.

—¿Su madre? —se sorprendió Roberto—. ¿Y eso?

—Por lo que yo sé, Nico siempre ha estado muy pegado a las faldas de su madre. Está muy *enmadrado* —afirmó convencida.

—Ya veo.

—Lo siento, pero tengo que irme.

—Claro, gracias por hablar conmigo, Laura.

—No hay de qué.

La joven se alejó y Roberto decidió que era el momento de volver al hotel.

Esa noche Roberto cenó en el comedor del hotel con Susana. Lo hicieron cuando ya no quedaba nadie en él, pasadas las diez de la noche. Ella estaba bastante tocada por el asunto de su hermano, así que no se lo mencionó. Tampoco le contó nada de la posibilidad de regresar a Madrid, dado que no era el momento oportuno. Ella era el único motivo por el que podía plantearse no aceptar la oferta del comandante Varela, de ahí que todavía no hubiese tomado una decisión en firme. Le atraía la idea de meter en la cárcel a todos aquellos a los que había estado investigando los últimos años, pero lo que más le apetecía en ese momento era quedarse en Nueva con Susana. Separarse de ella podía echar por tierra una relación que acababa de empezar y con la que estaba muy ilusionado. Siempre podía pedir destino a Llanes o Ribadesella, y asegurarse así estar cerca de ella.

—Estás muy callado —dijo Susana cuando casi habían acabado de cenar.

—Lo siento, tengo muchas cosas en las que pensar.

—Yo también.

—¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Trabajas?

—No, mi primo se ha ofrecido a quedarse para que descanse.

—Parece buen chaval.

—Es un cielo.

—Qué pena que sea tan dependiente de su madre.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Susana mirándole extrañada.

—Porque me recuerda mucho a un amigo que conocí en Oviedo, que tenía a su madre todo el día encima de él —improvisó una historia sobre la marcha—. No salía con una chavala si su madre no la aprobaba antes y acabó siendo un solterón.

—Mi tía Rosario no suele meterse en eso, aunque sí que se cabrea cuando alguien le hace daño.

—Entonces supongo que se cabreó mucho con Ana María.

—Ella no la mató, si es lo que estás pensando —dijo de pronto dejando a Roberto descolocado—. La pilló un día por la calle y le cantó las cuarenta, pero nada más. Yo también lo hice la noche que me la encontré en el «Dolce Vita».

—Pensé que te llevabas bien con ella.

—No me llevaba mal, pero esa noche vino a preguntarme por Nico y me pareció que lo hacía por compromiso, no porque le importase realmente cómo estaba él, así que fui un poco dura con ella, lo reconozco. Creí que le vendría bien que alguien le dijese a la cara que lo que hacemos daña a veces a otras personas.

Y con eso zanjó la cuestión.

Después de cenar, Susana le dijo que esa noche dormiría en casa con su madre. No quería dejarla sola después de lo sucedido con su hermano, algo que él aceptó sin problemas.

—Recuperaremos el tiempo perdido cuando todo se solucione —dijo Roberto a modo de despedida antes de subir a su habitación.

Media hora después Susana subió a verle y estuvieron haciendo el amor hasta cerca de la medianoche. Después ella se fue a casa.

Cuando a la mañana siguiente Roberto bajó a la recepción se encontró con que Susana ya estaba en ella, así que la saludó con un beso en los labios.

—Espero que hayas dormido bien —dijo ella.

—Hubiese dormido mejor contigo a mi lado.

—Y yo también.

—¿Qué tal está tu madre?

—Mejor. Se tomó una infusión de las suyas y durmió toda la noche.

—Podría darme la receta —dijo Roberto con una sonrisa—. ¡La de noches que me he pasado sin dormir por los problemas del trabajo!

—Son cosas de abuelas. Tiene recetas para casi todo. Una vez tuve el mayor dolor de cabeza de mi vida y me preparó una infusión con varias hojas y flores que tenía en casa. En diez minutos se me pasó.

—Esos conocimientos no deberían perderse.

—Ella y mi tía Rosario los aprendieron de la abuela, y es algo que de momento guardan como un tesoro, aunque espero que no tarden en enseñármelos a mí —afirmó señalando a continuación el comedor—. ¿Quieres desayunar algo?

—No, gracias. Me apetece dar un paseo hasta la playa. Me tomaré allí un café.

—Espero que no vayas andando, está *orabayando*⁶.

—No, tranquila, cogeré mi coche y... ¡Mierda, lo dejé en Oviedo!

—Llévate el mío —dijo girándose a su espalda y cogiendo las llaves de un extremo del tablero donde estaban colgadas las llaves de las habitaciones—. Está aparcado en la plaza reservada delante del hotel.

—Procuraré no darle ningún golpe —bromeó él.

—Me encantaría ir contigo, pero hoy tendré que quedarme aquí todo el día.

—No te preocupes, habrá otros días que podamos pasar juntos.

La besó de nuevo en los labios y salió del hotel en dirección al coche. Tal y como había asegurado Susana, el *orbyu* estaba mojando las calles, aquella lluvia tan fina que algunos llamaban «cala bobos» porque parecía que no mojaba, pero cuando uno se daba cuenta estaba empapado hasta los huesos.

Puso rumbo a la playa de Cuevas, aunque a mitad de camino tuvo que detenerse para responder a una llamada de teléfono. Era Hinojosa.

—¿Qué pasa, tío? ¿Por dónde andas?

—Camino de la playa de Cuevas —respondió Roberto—. ¿Y tú?

—Yo voy hacia Villanueva. He revisado ya el GPS del coche de tu amigo Pedro y el de Diego en Ribadesella. Ahora voy a revisar los de los colombianos, que por lo visto los tienen aparcados en casa de Diego. He quedado allí con una patrulla de rurales, pero luego podíamos vernos para comer juntos.

—Pues claro. ¿Has averiguado algo en el coche de Pedro?

—Que no estuvo en la playa cuando mataron a Ana María. —Roberto resopló aliviado. Su amigo ya tenía bastantes problemas con el tema de la droga—. Tengo los datos de las veces que fue a esa playa a cargar la droga y el recorrido hasta el punto de entrega. Hay registrados cinco viajes desde que compró el coche hace un año, que coinciden con los que hizo Diego a Ribadesella.

Un coche pasó pegado al de Roberto y le pitó sin muchos miramientos, advirtiéndole de que se había parado en una zona de la carretera donde obstaculizaba parte del paso.

—Te tengo que dejar. ¿Entonces nos vemos luego para comer?

—Claro, te llamo en cuanto termine —se despidió Hinojosa.

Roberto llegó a la playa de Cuevas pocos minutos después y se encontró con que el bar estaba casi vacío. Solo había una pareja sentada bajo una de las sombrillas, como si no les molestase la lluvia que caía a su alrededor. Curiosamente, fue bajar del coche y paró de llover, por lo que decidió sentarse también en una de las mesas con sombrilla. Le apetecía tomar un café mirando el mar, aunque el día fuese tan gris que invitase a quedarse en casa.

El camarero no tardó en acercarse.

—¿Qué vas a tomar? —Al reconocerle, forzó una sonrisa—. Ah, hola.

Era el dueño del bar, al que había interrogado después de aparecer el cadáver de Ana María.

—Me gustaría tomar un café con leche.

—¿Largo o corto?

—Largo. ¿Tienes algo para acompañarlo? No he desayunado nada.

—Casadiellas⁷. Me las acaban de traer ahora.

—Ponme una.

No tardó ni dos minutos en regresar con el desayuno.

—¿Ya cogisteis al que mató a la chavala esa en la playa?

—Estamos en ello —respondió Roberto casi por obligación.

—Pobre. Sus amigas dejaron un montón de flores en el sitio en el que apareció muerta, aunque el que más pena me da es su novio. Viene casi todos los días y se queda un rato de pie, delante del lugar donde apareció.

—¿Su novio? —Se interesó Roberto.

—Sí, Nico. Hablé con él hace unos días. Estaba llorando y no dejaba de repetir que lo sentía. Supongo que es por no haber estado con ella esa noche.

—¿Eso te dijo?

—Me dijo que estaban enfadados y que sentía mucho lo que le había pasado. Incluso se sentía culpable.

—¿Por qué?

—No me lo dijo, pero supongo que es por eso, por no estar con ella esa noche. La verdad es que me da mucha pena el chaval. No debería sentirse tan culpable.

El dueño del bar dejó la frase en el aire y regresó a su trabajo, dejando a Roberto pensativo.

Roberto se reunió con Hinojosa en un restaurante de Cuerres, un pueblo situado a varios kilómetros de Nueva en dirección a Ribadesella. Lo hizo para poder hablar con él sin que hubiese oídos indiscretos escuchando. Había solo media docena de personas en el comedor, pero aun así ocuparon la mesa situada más al fondo.

—Este sitio está bastante escondido. Espero que la comida merezca la pena.

—Ni idea, es la primera vez que vengo —reconoció Roberto—. Lo busqué en el GPS del coche de Susana y me pareció que este estaba bastante alejado.

—¿Y a qué viene tanto secreto?

—Me apetecía alejarme de Nueva y charlar tranquilamente contigo.

—¿Qué pasa, has averiguado algo nuevo?

—Sí, pero antes cuéntame que tal te ha ido a ti.

—Ninguno de los colombianos estuvo en la playa de Cuevas la noche en la que mataron a Ana María y tampoco tu amigo Diego. —Roberto asintió con la cabeza, como si lo esperase—. Lo que sí encontramos en uno de los coches fue un pequeño frasco cuentagotas con un líquido incoloro que habrá que analizar en el laboratorio.

—¿Burundanga? —intuyó.

—No lo sé, habrá que esperar a los resultados. De cualquier modo esos colombianos van a pasar una temporada en la cárcel. Tu amigo Pedro está dispuesto a contárselo todo al fiscal a cambio de una rebaja en la condena.

—Es lo mejor que puede hacer.

—¿Y tú qué? ¿Has averiguado algo nuevo?

—Sí, aunque no estoy seguro. Si hago caso de lo que me dijo Eva puede que tenga una pista fiable.

—Puedes confiar en ella. Sabe bastante de esto.

—Lo que no tengo son pruebas que puedan respaldar mi teoría.

—Eso sí es un problema.

Roberto se quedó callado unos segundos, dudando si decirle a su amigo lo que necesitaba. No podía negar que temía lo que pudiese descubrir, aunque le daba más miedo lo que eso fuese a implicar.

—Hay algo que quiero que hagas por mí —se decidió finalmente.

—Tú dirás.

—Quiero que te conectes al GPS del coche que tengo aparcado ahí fuera.

—¿Y eso?

—Una corazonada. O un mal presentimiento, mejor dicho. ¿Podrás hacerlo?

—Ahora mismo, si quieres. —Roberto asintió con la cabeza, por lo que Hinojosa se puso en pie—. Si no te importa pídeme algo para comer, a ver si ya está en la mesa cuando vuelva.

—¿Qué te pido?

—Una ensalada.

—¿En serio?

—No, joder —respondió Hinojosa soltando una carcajada y cogiendo la llave del coche que le ofreció—. Pídeme algo a la brasa.

—Una parrillada para dos, entonces.

—¡Perfecto!

Hinojosa salió del comedor justo cuando Roberto recibía un mensaje de Whatsapp. Era Susana, que le decía que le quería y que le echaba de menos. Sintió de inmediato un vértigo en el estómago que no supo cómo reprimir. Por un instante dudó si responder o no. El futuro de ambos dependía de lo que Hinojosa estaba a punto de averiguar y no sabía si estaba preparado para afrontarlo. Al ver que un camarero se acercaba a la mesa para tomar nota, respondió con un simple «yo a ti también».

Cinco minutos después Hinojosa regresó del exterior con el ordenador portátil bajo el brazo.

—¿Y mi comida? —preguntó al ver la mesa vacía.

—Acabo de pedirla.

—Eso nos da tiempo para ver lo que me he descargado.

En pocos minutos la pantalla mostró una serie de datos que los dos fueron analizando al detalle, primero día a día y luego centrándose en las horas cercanas a la muerte de Ana María. Roberto notó que se le paraba el corazón

unos segundos al ver los resultados representados en el mapa.

—¡Joder, tío! —le miró Hinojosa con una mezcla de sorpresa y extrañeza —. ¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía.

—¿Entonces por qué me has pedido que lo mirase?

Roberto sacudió la cabeza, como si se negase a creerlo.

—Busca los datos del día de la muerte de Diana Cuesta —le pidió a su amigo.

—¿La chavala que se suicidó tirándose por el acantilado ese?

—Sí.

Hinojosa buscó la fecha de la muerte y seleccionó la visión de mapa en el programa. Este mostró los distintos lugares donde se encontraba el coche y la hora.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó señalando con el dedo.

—El lugar donde termina la pista que lleva a la playa de San Antonio —respondió Roberto sintiendo cómo la cabeza le daba vueltas.

—¿Y eso que significa?

—Que Diana no fue sola hasta el acantilado, la llevaron. ¡Joder, no puede ser! —exclamó incapaz de continuar.

Pocas horas después se reunieron con Eva, a quien Hinojosa había puesto ya en antecedentes y que se personó en la playa de Cuevas cuando el reloj marcaba las seis y media de la tarde. Llegó acompañada de dos Nissan Patrol de la Guardia Civil que esperaron pacientes mientras ellos tres se reunían dentro del coche de ella.

—Cuéntame primero cómo sospechaste de ella —se dirigió en primer lugar a Roberto.

—No sospeché de ella, en realidad mis sospechas iba encaminadas a Nico. Cuando Laura, la amiga de Diana Cuesta, me dijo que Nico había andado detrás de ella vi la relación que él tenía con las dos víctimas. Primero salió con Ana María y, cuando ella le dejó, se encaprichó con Diana, que también lo rechazó. Creo que eso despertó su odio hacia ellas.

—Pero él no pudo matar a Ana María —intervino Hinojosa—. Tiene coartada. Estuvo jugando a las cartas con varios huéspedes.

—No digo que las matase él. Digo que Nico fue el desencadenante.

—Explícate —le pidió Eva.

—Las mató alguien cercano a él, alguien que no soportaba verle sufrir así y que deseaba castigar a las dos chavalas por lo que le hicieron.

—¿Y por qué crees que pudo ser su prima? —preguntó Eva.

—Susana estuvo con Ana María poco antes de su muerte en el «Dolce Vita», discutiendo con ella —respondió notando cómo algo se le desgarraba por dentro al hacer esa afirmación—. Ella misma me lo reconoció. Además, el coche es suyo.

—Eso no quiere decir nada. Alguien pudo cogérselo.

—¿Quién?

—Alguien que tuviese acceso a las llaves.

Eso creó en Roberto alguna duda.

—Creo que siempre las tiene colgadas en un panel de la pared, junto a las llaves de las habitaciones.

—Entonces cualquiera pudo cogerlas cuando ella no estaba.

—Sí, ¿pero quién?

—¿Quién más trabaja en el hotel?

—Rosario, la madre de Nico. Es la cocinera.

—¿Y sabe conducir?

—Eso creo.

Conforme respondía a las preguntas de Eva, Roberto vio más claro hacia donde le llevaba su lógica. Aunque la pregunta clave fue la siguiente que le hizo.

—¿La ves capaz de castigar a quienes hicieron daño a su hijo?

En ese momento Roberto se sintió asqueado consigo mismo. ¿Cómo no había pensado en ello antes de acusar directamente a Susana? Lo normal era que, si estaba enamorado de ella, se hubiese negado a creer en su culpabilidad, pero él había hecho todo lo contrario. Cuando el dueño del bar de Cuevas le contó que había escuchado a Nico decir que sentía la muerte de Ana María, lo primero que pensó era que conocía a su asesino —asesina, en este caso— y que lamentaba no haber hecho nada por salvarla. A eso se unió el hecho de que Susana le hubiese confesado que había discutido con ella aquella noche y que reconociese que Nico era como un hermano para ella. Estaba claro que eso le daba un motivo para matarla y, dado que había estado con ella esa noche, la oportunidad de hacerlo.

No fue hasta reunirse con Hinojosa y comentarle los resultados de los análisis de los coches de los colombianos que se le ocurrió revisar el GPS del coche de Susana. Y lo hizo con la idea de demostrar que ella era la asesina.

No se planteó en ningún momento otra posibilidad, por eso ahora se sentía tan mal consigo mismo.

—Rober, no me has contestado —le sacó de sus pensamientos Eva—.
¿Ves a la madre de Nico capaz de matar a alguien?

—Es una mujer fuerte y con mucho carácter. Eso es cierto. Y...

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva al ver que se quedaba pensativo.

—Desde que volví al pueblo no ha dejado de mirarme con odio.

—¿Y sabes por qué?

—Sí. La madre de Miriam y ella eran muy amigas. Creo que me culpa de la muerte de ambas.

—¿Te refieres a la novia aquella que tuviste y que se suicidó?

—Sí.

—Eso podría explicar los mensajes aparecidos en los móviles. Tal vez desea vengarse de ti.

Roberto asintió con un ligero movimiento de cabeza, dándole la razón. Ahora todo tenía sentido.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Habrá que preguntarle a Susana si le dejó el coche a su tía esos días —respondió Eva.

—Y buscar huellas de ambas víctimas en él —sugirió Hinojosa.

—Aunque las encontrásemos, eso demostraría que estuvieron en el coche, pero no cuando —dijo Eva negando con la cabeza—. Necesitamos más pruebas.

—O su confesión —apuntó Roberto—, aunque será difícil conseguirla. Eva sonrió.

—Si lo hizo ella, conseguiremos que nos lo diga.

Susana les recibió con una sonrisa, que se borró casi de inmediato cuando vio la seriedad que reflejaban sus rostros.

—¿Pasa algo? —intuyó.

Eva dejó que fuese Roberto quien hablase en primer lugar, tal y como habían acordado de vuelta a Nueva.

—Susana, necesito preguntarte algo —comenzó a decir con voz temerosa—. ¿Alguien más usa tu coche?

—¿El BMW?

—Sí.

—Suelo dejárselo a mi primo, y a veces a mi hermano, si lo necesita.

—¿Recuerdas si la noche anterior a encontrar el cadáver de Ana María en Cuevas lo usaste?

—Esa noche fui al «Dolce Vita» para ver si salías y tomar una copa juntos, si mal no recuerdo. No, no cogí el coche. De allí me fui directa a casa andando. Me apetecía tomar un poco el aire.

—¿Alguien pudo coger tu coche? —intervino Eva en la conversación.

—No lo sé. Las llaves siempre están aquí colgadas —dijo señalando el tablero que había a su espalda—. Cuando mi primo lo necesita, me avisa y las coge.

—¿Y tu tía?

—¿Mi tía? —preguntó extrañada—. No sé... Normalmente es mi primo el que la lleva a los sitios cuando lo necesita. Antes tenía coche, pero se le estropeó hace cinco o seis años y no quiso comprar otro. Usa a Nico de chófer.

—Muy bien, gracias por todo —se despidió Eva, tras lo cual salió del hotel.

Roberto se disponía a seguir sus pasos cuando Susana le preguntó

preocupada:

—¿Qué ocurre?

—Nada, tranquila, luego te lo explico. Ahora tengo que irme —dijo haciendo ademán de marcharse, aunque en el último momento se acercó a ella y le dio un beso en los labios—. Te quiero.

—Y yo a ti —replicó ella desconcertada.

Acto seguido Roberto salió del hotel y se reunió con Hinojosa y Eva en la plaza del pueblo. Ya eran cuatro las patrullas de la Guardia Civil Rural que les acompañaban.

Mientras los rurales cortaban la calle en ambos sentidos, Eva llamó a la puerta de la casa en la que vivían Rosario y Nico. Fue precisamente él quien abrió la puerta.

—Buenos días —saludó con timidez.

—Buenos días. ¿Está tu madre en casa?

—Sí, en la cocina.

—Muy bien, quiero que salgas y acompañes al cabo Hinojosa al coche. —Tanto él como Roberto se encontraban a su espalda, a un par de pasos de distancia.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Luego te lo explico. Ahora, por favor, sal —le ordenó haciéndose a un lado para que pudiese pasar.

El joven obedeció con cara de desconcierto y, mientras Hinojosa se lo llevaba cogido del brazo, Eva y Roberto entraron al interior de la vivienda. Encontraron a la mujer en la cocina, lavando unos platos en el fregadero.

—Señora, tiene que acompañarnos —aseguró la sargento.

La aludida les miró de medio lado y continuó con su labor.

—¿Por qué? ¿Se me acusa de algo?

—De la muerte de Diana Cuesta y de Ana María Montes.

—Pensé que Diana se había suicidado —dijo con una frialdad que sorprendió a los dos guardias civiles. Se la veía demasiado tranquila.

—Yo también lo pensaba —aseguró Eva—, pero tenemos pruebas de que alguien la empujó.

La mujer dejó dentro del fregadero el plato que estaba lavando y cerró el grifo.

—¿Qué curioso! —dijo volviéndose para mirar a Roberto mientras se

secaba las manos con un trapo—. ¿Eso no te recuerda a nadie?

—Yo no maté a Miriam —se defendió él de inmediato, al entender el sentido de la pregunta.

—Eso cuéntaselo a su madre, que murió de pena, o a su padre, que se pasa el día bebiendo para olvidar cómo su familia se destrozó desde el momento en que tú entraste en ella.

—¡Eso es mentira! —exclamó Roberto en un ataque de rabia—. Estoy harto de que todo el mundo me culpe de esa muerte. Yo no tuve nada que ver con aquello. Dejé a Miriam porque nuestra relación no iba bien, pero eso no quiere decir que la dejase tirada. Esa noche había quedado con ella para hablar y hacerle ver que podíamos seguir siendo amigos. No tenía motivos para suicidarse.

—Y no lo hizo. Solo te hizo falta darle un empujón para librarte de ella, ¿verdad?

—¡Vete a la mierda, vieja loca!

—¡Ya basta! —Eva se interpuso delante de Roberto para tranquilizarle, mientras Rosario sonreía con frialdad—. No hemos venido para esto.

—Tienes razón, lo siento —se disculpó él bajando la mirada al suelo.

Eva se volvió hacia la mujer, que parecía disfrutar con la situación.

—Queda usted detenida. Por favor, acompáñeme.

—Yo no he hecho nada.

—Eso lo veremos en el cuartelillo.

Rosario dejó que la sujetase del brazo y la condujese a la puerta, aunque antes de salir se volvió hacia Roberto.

—Espero que la imagen de Miriam muerta te acompañe hasta el final de tus días.

«Los muertos no se ahogan».

Roberto se despertó sobresaltado, tanto que Susana, que dormía a su lado, se despertó también.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí —respondió él recuperando la calma—. Solo era un sueño.

No entendía por qué Miriam seguía atormentándole. ¿Qué quería de él? Rosario, la madre de Nico llevaba dos días detenida y, aunque de momento Eva no había sido capaz de arrancarle una confesión, varias pruebas apuntaban a su culpabilidad.

Sus huellas dactilares estaban tanto en el volante como en la palanca de cambios del coche de Susana. Ella lo había explicado relatando que un mes atrás lo había cogido a escondidas para bajar hasta la playa y comprobar si todavía estaba en condiciones de conducir, para así no depender tanto de su hijo. Nadie la había visto conducir el día que decía, por lo que no se podía demostrar su inocencia. Lo que si habían constatado Eva e Hinojosa, después de hablar con varias personas, era que Rosario tenía una especial animadversión hacia Ana María y Diana, de las que había dicho por el pueblo que eran unas provocadoras y unas fulanas.

Su exagerado sentimiento de protección por su hijo, además de su convencimiento de que ambas víctimas se habían reído de él, era lo que había llevado a los investigadores a mantenerla detenida, a la espera de encontrar alguna prueba material en el registro que se iba a llevar a cabo en su casa ese día.

Aunque se había negado a responder a ninguna pregunta, Eva no tenía duda de que ella era la autora de los asesinatos, por eso Roberto no entendía por qué Miriam llevaba dos noches seguidas asaltándole en sus sueños. Seguía viéndola tumbada sobre un lecho de piedras oscuras, con su precioso pelo

rojo extendido sobre él y aquella dulzura en la mirada que le había enamorado años atrás. En cada sueño repetía la misma frase, «*los muertos no se ahogan*», como si tratase de transmitirle algo que él no alcanzaba a entender.

Trató de dormir de nuevo, pero ya no lo consiguió, así que se levantó y fue al baño a refrescarse la cara. Miró su reloj y vio que eran las ocho de la mañana. A esa hora el calor en la habitación era ya sofocante, por eso pensó en salir a tomar un poco el aire. Dado que no estaba en el hotel, sino en casa de Susana, se puso el pantalón y la camiseta para no correr el riesgo de encontrarse con su madre en el pasillo estando desnudo. Su hija había insistido en que se quedase esa noche a dormir allí con ella, dado que no quería dejar a su madre sola por la noche. La mujer no terminaba de encajar que Pedro estuviese encarcelado.

Salió a la terraza exterior y bajó por la escalera hasta el jardín, donde al menos corría el aire. El termómetro llevaba dos días alcanzando los veintiocho grados, lo que sumado a la humedad del ambiente hacía que el calor fuese asfixiante. Caminó descalzo por el césped en dirección a la mesa y las sillas que había bajo la higuera, hasta que escuchó la melodía del móvil que llevaba en el bolsillo del pantalón.

—¿Mamá? —preguntó extrañado al descolgar—. ¿Estás bien?

—Pues claro, hijo. ¿Por qué no iba a estar bien?

—Porque son las ocho de la mañana.

—¡Ay, perdona! Pensé que era más tarde. Siento haberte despertado.

—No pasa nada, mamá, ya estaba despierto.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó ella con tono preocupado—. ¿Ya estás mejor?

—Sí, aunque sigo en Nueva.

—Eso es que te tratan bien. ¿Has visto a mi amiga Isabel?

—Sí, ya le di recuerdos de tu parte.

—¿Qué tal su hija? ¿Cómo se llama?

—Susana.

—¡Eso! Era preciosa de niña, y estaba enamoradísima de ti.

—Sí, eso me han dicho.

—Siempre se preocupó mucho por ti.

—¿Y eso?

—Al principio, cuando te fuiste al ejército me llamaba todas las semanas para saber de ti. Luego llamaba una vez al mes, más o menos, hasta que te casaste. A partir de ahí ya solo hablé con su madre, aunque siempre me

preguntaba por ti.

—Espera un momento, mamá —dijo Roberto desconcertado—. ¿Dices que hablabas con ellas de mí?

—Sí, claro.

—¿Y Susana sabía que yo estaba en la Guardia Civil?

—Pues claro. Hará unos seis meses me llamó para preguntarme que tal te iban las cosas. Quería saber si te habías vuelto a casar y si seguías en Madrid. ¿Por qué? ¿Es que hice algo malo?

—No, solo que... Susana no me comentó nada de eso cuando regresé a Nueva —dijo desconcertado.

—Seguro que se llevó una alegría al verte después de tantos años.

—Sí —respondió sin dejar de darle vueltas a lo que acababa de oír—. Mamá, ¿le contaste a Susana que estaba trabajando en la UCO?

—No lo sé, hijo. Supongo que sí. Hablamos de muchas cosas, sobre todo de ti y de lo mal que lo pasaste después de separarte. ¿Sabes que ella también está separada?

—Sí, mamá, lo sé.

—Imagino que sí se lo dije. ¿Por qué?

—Por nada, tranquila —dijo para no preocuparla.

Roberto se despidió de su madre y colgó el teléfono desconcertado. Durante un rato estuvo caminando por la finca intentando recordar todo lo que había sucedido desde que había regresado a Nueva, analizando cada conversación, cada detalle. Pero fue al dar la vuelta a la casa y llegar al jardín trasero cuando de pronto lo vio todo claro, tan claro como el cielo azul que tenía sobre su cabeza.

Y en ese preciso instante entendió lo que Miriam pretendía explicarle en su sueño.

Roberto estaba en su habitación cuando sonó el teléfono fijo situado junto a la cama.

—Soy Susana —escuchó su voz al otro lado de la línea—. Eva está aquí abajo preguntando por ti.

—Ahora voy.

No tardó ni un minuto en bajar a la recepción, donde le esperaba la sargento con expresión nerviosa.

—Necesito hablar contigo, Rober —dijo mordiéndose el labio inferior.

—No sabía que hubiésemos quedado.

—Ya, pero es que tengo que hablarte de algo importante. ¿Podemos ir al bar de enfrente?

—Sí, claro.

Salieron sin despedirse de Susana y cruzaron la plaza hasta el bar situado al otro lado de la calle. El buen tiempo de los últimos días había hecho que el dueño sacase las mesas y las sillas al exterior, al igual que otros bares del pueblo. Tomaron asiento y pidieron un par de cervezas.

Hasta que el camarero no regresó con ellas no cruzaron una sola palabra. Fue al quedarse a solas de nuevo cuando Roberto le preguntó por la investigación, lo que provocó que Eva comenzase a llorar. Fue un llanto contenido que hizo que él se situase a su lado y le pasase el brazo por encima del hombro para tranquilizarla, aunque consiguió el efecto contrario. Tras confesar Eva que su jefe iba a relevarla del caso por lo mal que lo estaba llevando, rompió a llorar desconsolada.

Así permanecieron más de un minuto, ella llorando con la cabeza apoyada en su pecho y él acariciando su pelo para tranquilizarla. Pasado ese tiempo, Eva se separó y le miró fijamente a los ojos durante unos segundos, hasta que acarició con su mano el rostro de Roberto y sus labios se unieron a

los suyos en un delicado beso. Apenas duró un instante, pero cuando se separaron Roberto la miró con expresión de no comprender nada. Ella tampoco le dio ninguna explicación. Lo que hizo fue intentar besarle de nuevo, aunque esta vez sus labios no encontraron el destino deseado. Roberto retrocedió e interpuso una mano entre ambos.

—No puedo.

—Por favor, Rober, te necesito.

—Lo siento, Eva, pero esto no es posible —dijo él poniéndose en pie y negando con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Acaso no te gusto?

—Claro que sí, pero...

—¿Entonces?

—No me esperaba esto. Yo... no puedo. Lo siento.

Roberto hizo ademán de irse, pero ella le agarró del brazo.

—Por favor, no me dejes. Necesito que hablemos de esto.

—Ahora no puedo, Eva.

—¿Entonces cuando?

—No lo sé.

—¿Por qué no nos vemos esta noche en el «Dolce Vita»? —preguntó con voz desesperada—. Hay cosas que necesito decirte.

—Eva, yo no...

—Por favor, dame al menos la oportunidad de mostrarte cuales son mis sentimientos hacia ti.

Después de meditar unos instantes, Roberto asintió con la cabeza.

—Está bien. Nos vemos allí a las once.

—Gracias —dijo ella con una amplia sonrisa—. Te esperaré lo que haga falta.

Roberto no dijo nada más, se dio la vuelta y cruzó la calle en dirección al hotel, con expresión contrariada. Susana le observó con gesto serio al entrar.

—¿Estás bien?

—¿Eh? Sí, sí —respondió él, con gesto distraído.

—¿Qué quería Eva?

—Nada. Hablar de un tema del trabajo. Nada importante.

—Entiendo.

—Quiere que nos reunamos esta noche en el «Dolce Vita».

—Pensé que ibas a quedarte conmigo toda la noche, aquí en el hotel —protestó ella.

—Solo será un rato. Volveré enseguida.

—¿Cuándo habéis quedado?

—Después de cenar, a las once. Te prometo que volveré enseguida.

—¿Tan importante es? —Al ver que él no sabía darle una respuesta, Susana asintió con la cabeza—. Está bien.

Roberto le dio un beso en los labios, al que ella respondió con cierta frialdad, y subió a su habitación. Esa noche Susana tenía el turno de noche, lo que iba a facilitar su cita con Eva.

Empezaron a cenar a las diez y media, cuando ya no quedaban huéspedes en el comedor. Roberto estaba nervioso y apenas levantó la mirada del plato, temeroso de enfrentarse a la mirada de Susana. Su pensamiento estaba centrado en Eva, tanto que no escuchó a Susana al preguntarle sobre la detención de su tía. Tuvo que forzar una sonrisa cuando le preguntó de nuevo y disculparse alegando que no podía hablar del tema. No era la primera vez que le preguntaba por ese asunto en los últimos dos días, aunque siempre le dio la misma respuesta negativa.

—Sé que mi primo no mató a Ana María —dijo convencida al ver que no le iba a sacar ninguna información—, aunque ahora esté bastante enfadado contigo.

—Mañana hablaré con él.

—Mejor espera unos días. Hablé con él esta mañana, cuando le hice el relevo, y ya le expliqué que la única persona que ha actuado mal en todo este asunto es su madre. Él cree en su inocencia, como buen hijo, pero yo no pondría la mano en el fuego por mi tía Rosario. —Al ver que Roberto no decía nada, continuó—. Siempre estuvo muy obsesionada con Nico, desde que era pequeño. Luego cuando creció lo protegía en exceso. Le decía que las chavalas de hoy en día son unas busconas que solo quieren cazar a los hombres, y ninguna le parecía buena para él.

—¿Crees que ese odio pudo llevarle a matar a Ana María y, quizás, también a Diana? —se decidió finalmente a preguntarle.

Susana se tomó unos segundos para responder.

—Es mi tía, pero la veo capaz de eso y de más —comenzó a decir—. No puedes imaginarte el odio con el que siempre habló de ti, después de que pasó lo de Miriam. Y lo mismo con Ana María. La criticó por todo el pueblo y la puso de puta para arriba después de que cortó con su hijo.

—¿Qué podía tener en contra de Diana? —preguntó fingiendo no saber nada del tema.

—Mi primo me contó que le gustaba, pero que ella le rechazó de muy malos modos. Lo llamó *friki* y se rio de él a la cara. Quizás se lo contó a su madre y ella quiso vengarle. No lo sé. No imagino lo que puede pasar por la cabeza de una persona como mi tía en un momento dado.

—Ni yo.

No volvieron a hablar del tema. Cuando terminaron de cenar eran casi las once de la noche, por lo que Roberto miró el reloj nervioso.

—¿Qué tal estaba la cena? —preguntó ella captando su atención.

—Bien.

—No tengo tan buena mano como mi tía Rosario en la cocina, pero al menos he intentado salir del paso. Mañana tengo un par de entrevistas con dos cocineras que respondieron al anuncio.

—Seguro que encuentras a alguien adecuado.

—Lo que no sé es cómo voy a hacer mañana para ir a comprar algunas cosas que necesito. ¿Sabes si tardarán mucho en devolverme el coche?

—Los de criminalística ya lo han analizado en busca de huellas, así que no creo que tarden mucho. De todas formas, ¿por qué no usas el mío?

—Me da miedo darle un golpe.

—Por eso no te preocupes, tengo seguro.

—Ya lo supongo.

—También puedo llevarte yo, sí lo prefieres.

—Lo prefiero, la verdad.

—De todas formas, tengo aquí las llaves, por si las quieres.

—No hace falta. Voy a traerte un café con leche.

Roberto miró su reloj.

—No me da tiempo. Quedé a las once con Eva en el «Dolce Vita».

—Que espere un poco —dijo Susana dirigiéndose a la cocina.

Roberto aprovechó que se quedaba solo para sacar su teléfono móvil y mandarle un mensaje de Whatsapp a Eva: «*He terminado de cenar. Voy a tomar un café antes de ir*».

Susana regresó enseguida con un vaso de café con leche.

—¿Volverás muy tarde? —preguntó mientras se lo entregaba.

—No creo. Tenemos que hablar de un par de cuestiones y luego volveré a hacerte compañía.

—¿Eva no tiene novio?

Él se encogió de hombros antes de responder.

—No que yo sepa.

—Es muy guapa.

—Sí, pero no tanto como tú.

Susana dibujó una ligera sonrisa y le observó mientras tomaba un sorbo de la taza.

—Está templado —dijo Roberto a modo de queja.

—Te he puesto la leche templada para que no llegases tarde a tu cita.

—Claro...

Roberto notó cómo le invadía una extraña sensación. Al principio fue una especie de sopor, como si se le adormeciese la frente y sus ojos fuesen a cerrarse por el sueño, aunque en realidad no fue capaz de cerrarlos. Pronto dejó de tener consciencia de lo que sucedía a su alrededor y solo escuchó una voz penetrando en su cerebro como si fuese la suya propia.

No tardó en perder el control de sus actos.

Cuando Roberto tuvo de nuevo percepción del entorno que le rodeaba vio que se encontraba en su habitación, en el hotel. Estaba sentado en la cama, y delante de él, a dos pasos, le observaba Hinojosa con cara de preocupación.

—¿Qué hago aquí? —preguntó Roberto desconcertado.

—¡Menos mal, tío! —le respondió su compañero aliviado—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. —Roberto miró la estancia que le rodeaba y trató de recordar—. ¿Cómo he llegado a la habitación?

—Susana te lo ordenó. ¿Qué es lo último que recuerdas?

—Pues... estaba en el comedor... tomando un café con ella. ¿Qué ha pasado?

—Debió echarte la burundanga en el café porque, en cuanto lo probaste, empezaste a obedecer todas sus órdenes.

—¿En serio?

—Sí. Primero te dijo que bebieses todo el café y luego que le dices las llaves del coche. Cuando lo hiciste te dijo que subieses a la habitación y te acostases, y tú lo hiciste sin rechistar. Eras como un zombi.

—¿Y tú dónde estabas?

—Aquí en la habitación, escuchándolo todo a través del micro que llevas puesto —aseguró señalando su camisa.

Roberto la tocó y notó que tenía un cable bajo ella, recorriéndole el pecho.

—No lo recuerdo.

—Contábamos con ello. Ahora lo importante es que te recuperes del todo.

Roberto se esforzó por acceder a sus recuerdos, pero todo lo ocurrido después de terminar de cenar había desaparecido, como borrado de un disco

duro. Lo que sí recordó fue la conversación que había mantenido esa misma mañana con Hinojosa y Eva, en la que habían trazado un plan para desenmascarar a la asesina de Ana María.

—¿Dónde está Eva?

—La última vez que me comuniqué con el agente que está cerca de ella me dijo que estaba en el «Dolce Vita», hablando con Susana. No te preocupes, todo va según lo previsto.

Roberto miró su reloj. Eran las once y media de la noche, así que fue al baño y se refrescó la cara. Notaba una extraña pesadez en el estómago, como si se hubiese tomado varias jarras de cerveza seguidas.

—Es por el líquido ese —le explicó Hinojosa cuando se lo comentó.

—¿Qué líquido?

—El carbón activado. Tuve que ordenarte que tomaras la botella entera porque no sabía cuánto hacía falta para que absorbiese esa droga.

—¿Ordenarme?

—Sí, tío. Podría haberte dicho que corrieses desnudo por el pueblo que lo habrías hecho. Es acojonante como esa mierda domina tus actos.

En ese momento el móvil de Hinojosa emitió un pitido.

—Acaban de salir del «Dolce Vita» —dijo tras mirar la pantalla—. Tenemos que irnos.

—De acuerdo.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo —respondió Roberto asintiendo con la cabeza—. Acabemos con todo esto.

Bajaron a la planta inferior, donde se encontraron con Nico en la recepción. El joven no se atrevió a decirles nada, pero le lanzó una mirada de intenso odio a Roberto, que él decidió ignorar. Ni siquiera le preguntó qué hacía allí, cuando se suponía que Susana debía quedarse en la recepción toda la noche. Salieron a la calle y se dirigieron al coche de Hinojosa, aparcado al otro lado de la plaza. Dentro les esperaba un guardia civil de paisano al que Roberto conocía bien.

Mientras Hinojosa se sentaba en el asiento del copiloto, él lo hizo en la parte de atrás, justo en el centro para poder ver bien la pantalla de diez pulgadas situada sobre el salpicadero.

—Bien, ya están moviéndose —dijo Hinojosa señalando el mapa representado en ella, en el que se veía con claridad un punto rojo.

—¿Van en mi coche? —preguntó Roberto.

—Sí, tal y como suponíamos. Veremos su posicionamiento en esta pantalla todo el rato.

Roberto puso la mano sobre el hombro del guardia civil que estaba al volante.

—Gracias por ayudarnos, Juan.

—No tienes por qué darlas. No nos has pedido nada que no llevemos años haciendo.

—Lo sé, pero seguro que tenéis trabajo estos días en Madrid.

—No te creas. De momento son los equipos operativos los que están actuando. Nuestro trabajo ya estaba hecho de atrás, como bien sabes. Y ahora dime por dónde debo ir.

Roberto miró la pantalla y comprobó que todo iba según el plan previsto. El punto rojo estaba callejeando en ese momento por el pueblo, alcanzando ya las últimas casas.

—Sube por esta calle y antes de cruzar la vía del tren gira a la izquierda —le señaló con el dedo al frente, para luego dirigirse a Hinojosa—. ¿Tenemos gente en el acantilado?

—Sí, hay dos agentes muy cerca, en la Ermita de San Antonio, preparados para actuar.

—Esperemos que no sea necesario.

Roberto indicó al conductor el camino que debía de seguir, una carretera oscura que les sacó de Nueva y les llevó hasta el pequeño pueblo de Ovio. Una vez lo cruzaron, llegaron al de Picones. En ningún momento trataron de alcanzar al vehículo que seguían. Se mantuvieron muy por detrás de él, sin verle en ningún momento, para que las luces de su coche no les delatasen.

Sobrepasaron las cuatro casas que componían el pueblo de Picones y tomaron la pista de tierra en dirección a la playa, momento en el cual el conductor apagó las luces del vehículo y circuló con el motor muy poco revolucionado. En la pantalla podía verse con claridad cómo el coche al que perseguían se había detenido al llegar a su destino.

—Así es como debió hacerlo con Diana Cuesta —comentó Hinojosa.

Pasaron junto a un campo de maíz, situado a trescientos metros de su destino, donde Roberto le ordenó al conductor detenerse.

—Nos bajamos aquí. Si seguimos podría escuchar el ruido del motor.

Hinojosa siguió sus pasos y los dos comenzaron a trotar camino adelante aprovechando la oscuridad que en esos momentos les proporcionaban las nubes que cubrían el cielo y que ocultaban la luna. No tardaron en llegar al

punto donde terminaba la pista y estaba aparcado su coche, una pequeña explanada con una cuadra de animales a un lado y una valla de madera que cruzaba el camino para impedir que pasasen los vehículos.

Dado que no había ocupantes en el interior, tomaron el camino que se dirigía a la playa de San Antonio, distinguiendo a lo lejos dos figuras, lo que hizo que Roberto acelerase el paso nervioso. El miedo a llegar demasiado tarde le invadió, por eso Hinojosa le agarró del brazo mientras le decía en voz baja:

—Tranquilo, Eva no correrá ningún peligro. Toda va según lo previsto.

A pesar de ello, Roberto no aminoró la marcha. Llegaron al camino de bajada a la playa y allí tomaron la senda que ascendía hasta la Ermita de San Antonio. La diferencia de nivel no era muy grande, pero las rocas que poblaban el lugar no les permitieron ver a las dos mujeres hasta llegar arriba. Estaban detenidas a escasos diez metros del borde el acantilado, de espaldas a ellos.

—¿Por qué no me obedeces? —escuchó la voz nerviosa de Susana, mientras las nubes se apartaban para permitir que la potente luz de la luna llena les iluminase a todos—. Te he dicho que sigas caminando. Quiero que saltes al llegar al final del camino. Allí te espera un mundo mejor.

Roberto se acercó sin que ella se diese cuenta de su presencia y preguntó con voz grave:

—¿Eso fue lo que le dijiste a Diana Cuesta para que saltase?

Susana se giró y miró desconcertada a Roberto.

—¿Qué... has dicho?

—Que si mataste a Diana así.

—Yo no he matado a nadie.

—Supongo que a ella también la drogaste con burundanga y la trajiste aquí para que saltase —dijo Roberto recorriendo los metros que le separaban de ella, hasta detenerse a muy pocos pasos. Eva permanecía inmóvil, de pie, con la mirada perdida.

—No sé de qué estás hablando.

—De esa droga capaz de borrar los recuerdos y anular la voluntad de las personas. La que me echaste en el café para asegurarte de que me quedaba en mi habitación esta noche.

—Sí, la misma que me echaste a mí en la bebida mientras estábamos en el «Dolce Vita» y me levanté para ir al baño —intervino Eva despertando de golpe de su letargo—. ¿Pensabas que no sabía que lo harías, que no te vigilábamos?

El rostro de Susana era de total desconcierto, contrastando con la frialdad que encontró en la mirada de Roberto cuando se volvió hacia él para defenderse. No logró que las palabras saliesen de su garganta.

—Todo ha sido un montaje —comenzó a explicarle él—. El beso en el bar frente al hotel, para que pudieses vernos, la cita con Eva en el «Dolce Vita»... ¡Todo!

—¿Por qué? —preguntó Susana con voz quebrada.

—Porque sabíamos que si veías peligrar tu relación con Roberto, actuarías —dijo Eva—, y no nos equivocamos.

—Yo no he hecho nada —dijo con inesperada frialdad, recuperándose de la sorpresa inicial.

—Mataste a Diana Cuesta y Ana María Montes.

—Yo no maté a nadie y no podéis demostrar lo contrario.

En ese momento los dos guardias civiles ocultos tras la ermita llegaron hasta su posición. Uno de ellos llevaba las esposas en la mano.

—De momento vamos a detenerte por intento de asesinato —prosiguió Eva haciendo un gesto a los recién llegados—. Veremos si en el cuartelillo sigues negando la verdad.

Susana no puso ninguna oposición mientras la esposaban ni cuando se la llevaron de vuelta al camino principal. Eso sí, sonrió con una extraña frialdad y mantuvo la vista al frente en todo momento como si nada de todo aquello fuese con ella.

No fue hasta perderla de vista que Eva dijo:

—Creo que no va a ser fácil que confiese.

—¿Tú crees? —preguntó Hinojosa acercándose a ellos.

—La veo demasiado tranquila. De la sorpresa inicial pasó enseguida a una posición de extraña frialdad. Creo que sabe que no tenemos ninguna prueba material para acusarla y por eso está tan tranquila. Seguro que lo analiza todo de camino al cuartel de Llanes y cuando llegue allí ya estará preparada para defenderse durante el interrogatorio.

—Ella lo hizo —dijo Roberto convencido—. Estoy seguro.

—Yo también lo estoy —aseguró Eva—, pero debemos demostrarlo y el único modo que tenemos es que confiese. Por eso te necesito, Rober.

—¿A mí?

—Sí. Las primeras horas de detención son vitales para arrancarle una confesión a un asesino. La mayoría de ellos están orgullosos de lo que han hecho y necesitan contarlo. Quieren que alguien entienda por qué lo hicieron, incluso que comparta sus razones, y en este caso ese alguien eres tú. Ella está enamorada de ti y necesita que comprendas por qué lo hizo. Tienes que lograr que te lo diga.

—Dudo que yo sea capaz de conseguir algo semejante.

—Claro que sí —dijo convencida—. Estaré contigo en la sala de interrogatorios y te ayudaré cuando lo necesites.

Roberto se tomó unos segundos para tomar una decisión. No sabía si estaba preparado para oír de los propios labios de Susana que era una asesina, que era ella quien había matado a esas dos chavalas. Su mundo se había sumergido en una pesadilla de la que solo quería despertarse. Pero entonces recordó a Marga, la madre de Ana María. Recordó su dolor y su ruego

desesperado para que alguien encontrase al asesino de hija. Aquello no era solo una cuestión entre él y Susana. Mucha gente había sufrido por culpa de ella y se merecían saber la verdad. Y, sobre todo, que se hiciese justicia.

—Está bien, lo haré, pero tendrás que darme unas pautas.

—Hablabremos de ello de camino a Llanes.

Susana aparentaba tranquilidad, como si nada de aquello fuese con ella. Estaba sentada en una sala de interrogatorios muy parecida a la de Oviedo, aunque algo más pequeña. Eva se quedó apoyada en la pared, junto a la puerta de entrada, como si quisiese mantenerse al margen de la conversación. Roberto, por su parte, se acercó a la mesa, pero no se sentó. Estaba tan nervioso que era incapaz de hacerlo. Susana levantó la mirada hacia él y sonrió.

—Has venido a verme —murmuró.

—He venido a hablar contigo. —La tenía delante y era incapaz de creer que fuese una asesina—. La verdad es que no lo entiendo.

—¿El qué?

—No entiendo por qué lo hiciste. Cuando leí la nota por primera vez pensé que la había escrito alguien que me odiaba, alguien que tenía una cuenta pendiente conmigo. Lo que nunca imaginé fue que la hubiese escrito alguien que estaba enamorada de mí y que lo había estado toda su vida.

Esas palabras parecieron agrandar a Susana, que dibujó una ligera sonrisa, indicando a Roberto que iba por el buen camino.

—¿Lo hiciste por eso? —le preguntó a continuación—. ¿Para que regresase aquí?

—Nunca entendí por qué te fuiste y no regresaste nunca más al pueblo después de la muerte de Miriam.

—No podía hacerlo, la gente me odiaba —dijo siguiendo los consejos que le había dado Eva antes de entrar en la sala.

—Yo no te odiaba.

—Lo sé, al menos lo sé ahora, pero entonces no lo sabía. Todo el mundo me culpaba de su muerte y no podía soportarlo.

—Ella se suicidó, tú no tuviste la culpa.

Roberto decidió que era el momento de sentarse frente a ella. Tenía las manos esposadas al frente, apoyadas en la mesa, por eso alargó las suyas y las cogió.

—Te quiero, Susana, nada cambiará eso, pero necesito entenderlo para poder perdonarte. Tengo que saber por qué lo hiciste.

—No hay nada que saber —aseguró ella con una sonrisa.

—¿Por qué Diana Cuesta? ¿Fue porque había rechazado a tu primo o solo para que yo regresase a Nueva?

—Diana se suicidó —dijo con naturalidad.

—Diana Cuesta no se suicidó —intervino Eva sin moverse de su posición—. Había una sustancia en su organismo que desconocíamos, pero que podremos identificar ahora que sabemos lo que hay que buscar. Es la misma sustancia que hay en mi sangre y en la de Roberto, la sustancia que echaste en mi copa cuando estábamos en el «Dolce Vita».

—Yo no te eché nada en la bebida.

—No estaba sola allí, había dos guardias de paisano conmigo sentados al fondo del local observando todos tus movimientos. Te vieron sacar un pequeño dosificador de perfume y espolvorear su contenido en mi copa. El mismo dosificador que encontramos en tu bolso, dentro del coche, y que ya está analizando nuestro laboratorio. No tardaremos en tener los resultados, aunque ya te adelanto que no era perfume lo que había en él.

Susana pareció contrariada por esas palabras, pero enseguida recuperó la calma.

—¿Y qué se supone que había en él?

—Escopolamina, más conocida como burundanga.

—No tengo ni idea de lo que es eso.

—Yo tampoco lo sabía —intervino Roberto—. Es más, cuando fui a casa de Diego y vi que tenía en su casa un árbol de las trompetas pensé que él era el asesino. Incluso sus amigos colombianos la utilizaron para darme una paliza. Pero ninguno de ellos tenía motivos para matarlas, así que los descartamos. No fue hasta esta mañana que lo comprendí todo. —Roberto soltó sus manos y se recostó en el respaldo de la silla—. Mientras hablaba con mi madre, caminé hasta el jardín de detrás de tu casa y entonces lo vi: un árbol de trompetas con las flores amarillas.

—Muchas casas tienen uno de esos.

—Sí, pero pocas en las que viva alguien que sepa preparar infusiones y ungüentos naturales como tu madre. ¿Fue ella quien te enseñó las propiedades

de esas flores?

—Te equivocas, Rober.

—En el caso de Vanesa, entiendo perfectamente por qué lo hiciste. Yo habría hecho lo mismo. —Esa afirmación pareció despertar cierto interés en ella—. No solo se acostaba con tu marido, sino que encima se quedó embarazada de él. Nadie te puede culpar moralmente de haber acabado con su vida.

Hizo una pausa para ver si Susana decía algo, y al ver que no era así prosiguió.

—Supongo que hiciste con Gustavo lo mismo que conmigo hoy. Le pusiste una dosis suficiente de droga como para que se quedase dormido en el sofá toda la noche o al menos unas horas. Luego le cogiste el móvil y le mandaste un mensaje a ella para veros en la playa de Cuevas. Vanesa nunca pensó que te presentarías en lugar de Gustavo y mucho menos que la golpearías en la cabeza con un martillo. Alguien como ella no merecía otra cosa, la verdad. Hay que ser muy hija de puta para liarse con un hombre casado mientras su mujer trabaja de sol a sol en un hotel.

Por un momento tuvo la sensación de que Susana iba a darle la razón. Incluso asintió levemente con la cabeza. Tal y como le había dicho Eva, si lograba mostrar empatía hacia ella y lo que había hecho podría conseguir que confesase. Sin embargo, no escuchó de sus labios lo que esperaba.

—Tú no te quedaste dormido hoy, así que no creo que la droga tenga esos efectos que dices.

—Es por el carbón activado —apuntó Eva—. Anula los efectos de la droga, por eso no me afectó cuando la echaste en mi copa y por eso fui consciente en todo momento de lo que ocurrió cuando salimos del bar.

—No sé de qué hablas.

—Me ordenaste subir al coche y, cuando llegamos al final de esa pista, caminar en dirección al acantilado.

—No creo que eso sea un crimen.

—Lo hubiese sido si te hubiese obedecido cuando me ordenaste que saltase.

—No recuerdo nada de eso —dijo encogiéndose de hombros.

—Por eso llevé un micrófono oculto, para que puedas escucharlo en el juicio tantas veces como quieras.

Susana apretó los labios en señal de rabia y se limitó a guardar silencio.

—En tu coche han aparecido huellas tanto de Diana como de Ana María

—prosiguió Eva—, pero no hay rastro de sangre ni signos de lucha en el interior. Eso indica que subieron contigo al coche voluntariamente, probablemente bajo los efectos de la burundanga.

—Cualquiera pudo coger mi coche. Las llaves siempre están colgadas en la recepción. Pudo ser mi tía, mi primo o incluso algún cliente.

—No hagas esto, Susana —dijo Roberto con gesto contrariado—. No hagas que te odie. Quiero entender lo que hiciste y por qué lo hiciste. ¿Fue por mí? Le diré a Eva que salga y hablaremos tú y yo solos, pero, por favor, no me mientas.

—Roberto, no —intervino Eva acercándose a él con gesto contrariado—. Esto no es lo que habíamos acordado. Sabes que no puedo hacer eso.

—Por favor, déjanos solos unos minutos. Tenéis todas las pruebas en contra de ella, incluso habéis encontrado la piedra con la que mató a Ana María.

Al decir eso, Susana torció el gesto en señal de sorpresa, aunque no dijo nada. Lo hizo Eva al darse cuenta de su reacción.

—Estaba en el jardín de tu madre, adornando el suelo alrededor de unas hortensias junto con otras piedras. Tiene tus huellas y la sangre de la víctima. —La habían encontrado durante el registro a última hora de la tarde, según indicaciones de Roberto, aunque todavía no habían tenido tiempo de analizarla en el laboratorio. Era algo que ella no tenía por qué saber—. Esta vez no podrás engañarnos como hiciste con el martillo de la caja de herramientas de Gustavo.

—Por favor, Eva, sal de aquí un momento —insistió Roberto—. Necesito hablar con ella a solas. Necesito entenderlo.

—Puedo ganarme una bronca de mis jefes si lo hago.

—Ya puedes demostrar su culpabilidad. Déjame al menos que yo pueda entender por qué lo hizo. La quiero demasiado como para no darle la oportunidad de que lo haga.

—Está bien, pero no puedo prometerte mucho tiempo.

—Gracias.

Roberto esperó a que Eva saliese de la sala y entonces miró a Susana.

—Siento haber estado alejado de ti todos estos años.

—No fue culpa tuya.

—Lo sé, pero de haber sabido lo que sentías por mí... —Hizo una pausa de unos segundos antes de continuar—. No fui consciente de que siempre me habías querido hasta que hablé hoy con mi madre. Ella me contó que a menudo

le preguntabas por mí.

—Te eché mucho de menos cuando dejaste de venir al pueblo.

—Me lo imagino.

—Cuando me enteré de que te habías ido al ejército recé para que volviesses, pero poco a poco fui perdiendo la esperanza. Luego supe que te habías casado y no me quedó otra que intentar olvidarte.

—¿Fue entonces cuando conociste a Gustavo?

—Sí, creí que él haría que te olvidase. Era guapo, simpático y me trataba muy bien.

—El único problema era que tenía novia.

—Sí —dijo ella bajando la mirada.

—¿Qué ocurrió? ¿La mataste tú? —Al escuchar eso, Susana le clavó la mirada con gesto serio—. No me mires así, tú estabas con ella cuando murió. ¿Qué pasó realmente?

—Se ahogó.

—No, ya estaba muerta cuando cayó al agua.

—¿Quién lo dice?

—La autopsia. Y también... —Roberto guardó silencio para no decir más de la cuenta. Al cabo de unos segundos, prosiguió—. Tengo entendido que Carmen, la novia de Gustavo, era muy posesiva y muy celosa.

—No era buena persona. Éramos amigas desde hacía años y ella sabía que me gustaba Gus, pero no tuvo reparos para liarse con él y robármelo. Incluso me lo restregó por la cara en una ocasión, aunque luego me pidió perdón. Tenía a Gustavo como embrujado, así que solo había una manera de separarlo de ella.

—¿Qué pasó ese día en la playa de Canal?

—Fuimos juntas a dar un paseo. Le dije que no me encontraba bien, que tenía problemas en casa y que necesitaba charlar con una amiga. En realidad quería hacerle entender que no podía tratarlo así.

—¿A qué te refieres?

—Se acostaba con otros hombres sin que él lo supiese. Gustavo era para ella un juguete, una distracción. No lo merecía.

—Siempre odié a ese tipo de mujeres manipuladoras.

—Lo único que quería era convencerla para que cortase con Gus. No quería hacerle daño. En mitad de la conversación le dije que le había robado a mi madre un perfume que tenía escondido y que, según ella, volvía locos a los hombres, hecho con flores de varias plantas. Se lo ofrecí para que lo probase.

Mi madre me había dicho que un par de dosis eran suficientes para que cumplierse todas mis órdenes, pero ella comenzó a echarse sin control. En la muñecas, en el cuello, en la ropa, incluso el pelo. Gastó medio bote y entonces, de pronto, cayó al suelo fulminada.

—Una dosis excesiva de escopolamina puede provocar un paro cardíaco.

—Entonces no lo sabía. Cuando vi que estaba muerta hice lo único que se me ocurrió: la arrastré hasta el agua y la dejé allí para que todos pensasen que se había ahogado.

Roberto se tomó unos instantes para analizar lo que le acaba de contar.

—¿Dices que el bote de perfume era de tu madre?

—Nunca supo que se lo había cogido. Una vez, cuando era cría, escuché cómo mi abuela le contaba que una dosis era perfecta para dormir toda la noche y que con dos cualquier persona obedecería sus órdenes.

—Y lo usaste a partir de ese día.

Susana le miró a los ojos y sonrió orgullosa.

—Sí.

Para Roberto fue muy duro empatizar con Susana, mucho más que fingir el beso con Eva o la discusión posterior. Sabía que era necesario hacerlo para que lo confesase todo, pero cada minuto que compartían en aquella sala aumentaban sus ganas de salir corriendo.

—Quizás no fue tan buena idea quedarte con Gustavo, a tenor de lo que ocurrió después —arrancó a decir decidido a acabar lo antes posible con aquello—. No quiero ni imaginarme lo que sufriste estando casada con él. Que te dejase sola en el hotel para irse de fiesta con sus amigos y liarse con todas las que quería no debió ser fácil de soportar.

—La verdad es que no.

—Está claro que tanto Gustavo como Vanesa te obligaron a actuar así.

—Te aseguro que intenté arreglar las cosas —aseguró ella—. Hablé con Gustavo, pero poco menos que se rio de mí. No lo sabe nadie, pero un día me dijo que si le pedía el divorcio se quedaría con la mitad del hotel y me obligaría a venderlo.

—¡Qué hijo de puta!

—A partir de ese momento tuve muy claro que solo tenía una salida. —Bajó la mirada y a los pocos segundos la levantó dibujando una sonrisa de orgullo—. Eva no se equivocó. Le eché a Gus la cantidad justa en la bebida para que se quedase sentado en el sofá durante varias horas. Luego cogí su móvil y le mandé un Whatsapp a Vanesa para quedar con ella en la playa de Cuevas. El martillo lo cogí de su caja de herramientas, la que llevaba siempre en el coche, y me puse unos guantes para no dejar huellas.

—¿Sabías que ella estaba embarazada?

—Sí. Unos días atrás escuché a Gus hablar con ella de ese tema por teléfono, por eso decidí zanjar el asunto de una vez por todas.

—Lo hiciste bien. Acabaste con ella y conseguiste que le colgasen la

muerte a él.

Susana sonrió agradecida.

—Aun así, lo pasé muy mal durante varios meses, hasta que un día decidí hablar con tu madre para preguntarle por ti. Cuando me dijo que no estabas con nadie y que vivías en Madrid recuperé la esperanza. Luego vi una noticia en la tele en la que aparecía la UCO deteniendo a aquella mujer que había matado al hijo de su pareja y supe lo que tenía que hacer.

Roberto tragó saliva y procuró sonreír. Solo de pensar que Susana había matado a dos mujeres para conquistarle hizo que sintiese náuseas.

—¿Por qué elegiste a Diana?

—Por cómo había tratado a mi primo. Se rio de él, lo llamó friki, y le dijo que jamás saldría con alguien como él. Esa niñata se creía superior a los demás —dijo con desprecio—. Incluso la oí decir a sus amigos que lo mejor de irse a Madrid a estudiar era perder de vista a todos los pueblerinos de Nueva. No tenía respeto por nadie.

—Lo sé, estas nuevas generaciones no tienen respeto por nada ni por nadie.

—Imaginé que tus jefes te pedirían que vinieses al pueblo en cuanto vieses el mensaje en su móvil, lo que me daría la oportunidad de acercarme a ti. No contaba con que quisieses irte tan pronto.

—Por eso fuiste a por Ana María.

—Te juro que no tenía pensado hacerlo, pero esa noche me la encontré en el «Dolce Vita» y empezó a criticar a mi primo. Me dijo que era un crío incapaz de salir de detrás de las faldas de su madre y que trabajaba conmigo en el hotel porque no tenía ninguna ambición. En un momento de la conversación me dijo algo que me ofendió tanto que saqué el dosificador de perfume del bolso y se lo eché en la mano que sujetaba el vaso. A partir de ahí obedeció todas mis órdenes.

—Supongo que saliste con ella del local.

—No. Lo cierto es que le ordené que me esperase en «La Fuentina», donde apenas hay luz, y allí la recogí con mi coche.

—¿Por qué dejaste su cuerpo desnudo? —preguntó Roberto imaginando lo que había sucedido al llegar a la playa de Cuevas.

—Eso no tiene importancia.

—¿Fue porque pertenecía al Club Sella, como tú en el pasado?

Susana le miró con gesto serio.

—¿De dónde has sacado eso?

—Del tatuaje de tu espalda.

—Ya te dije por qué me lo hice.

—Lo sé, pero hemos revisado tus cuentas. Empezaste a acumular dinero cuando tenías dieciocho años y lo hiciste hasta los veintitrés. Antes de abrir el hotel recibiste un ingreso de diez mil euros procedente de una empresa con sede en Madrid.

—Eso no es ilegal.

—Por supuesto que no. Yo jamás te juzgaría por algo así. Era tu vida y tenías todo el derecho a hacer lo que quisieses con tu cuerpo. —Al escuchar eso Susana le miró desconfiando—. Sabías que Ana María era una Dama del Club. ¿Por eso le pusiste las manos sobre el pubis?

—Puede ser.

—¿Qué te dijo realmente en el «Dolce Vita» que te cabreó tanto?

—Dijo que no podía seguir saliendo con un idiota como Nico cuando podía conseguir a hombres con muchísimo más dinero que él y más poderosos. Y luego lo remató diciendo algo así como «a algunas nos llevan a Madrid, no como a otras, que se quedan en esta mierda de pueblo trabajando en un hotel».

—¿Ella sabía que fuiste Dama del Club?

—Eso parece.

—Tal vez se lo dijo Santi.

—Abandoné el Club antes de que llegase él y se pusiese al frente de su dirección. Seguramente lo sabía porque vio los archivos.

—¿Qué archivos?

—El Club lleva un registro de todo lo que ocurre dentro del Palacio. Damas, socios, fiestas...

Aunque esa información fuese importante, Roberto quería centrar la conversación en los actos que habían llevado a Susana a aquella sala de interrogatorios. Y todavía había algunas preguntas sin respuesta.

—Hay algo que no entiendo y que necesito que me expliques —comenzó a decir sin perder detalle de cada uno de sus gestos—. La nota que dejaste en el móvil de Diana decía algo así como «las tres merecían morir». Supongo que te referías a ella y a Vanesa.

—Sí —le confirmó asintiendo con la cabeza.

—La tercera supongo que era Carmen Posada, la novia de Gustavo. La respuesta le sorprendió.

—No.

—¿Cómo que no?

—Siempre consideré la muerte de Carmen como algo accidental, dado que yo nunca pretendí matarla. En el caso de Vanesa y Diana sí que quería acabar con su vida.

—Entonces... ¿quién fue la tercera?

—¿No lo adivinas? —preguntó Susana con una ligera sonrisa.

Roberto miró su expresión y de pronto todo cobró sentido. Los sueños durante los días siguientes a su muerte, que habían regresado quince años después, justo el mismo día en que había muerto Diana Cuesta. ¡Y en el mismo lugar!

Las palabras salieron de su boca como un lamento que le desgarró el alma.

—¿Tu mataste... a Miriam?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Susana sin perder la sonrisa. Roberto no dudó. Necesitaba oírsele decir.

—Sí.

—Está bien, si es lo que quieres...

—Por favor.

—Sí, yo la maté.

—¿Por qué?

—Yo estaba enamorada de ti. En realidad creo que lo estuve desde siempre, aunque tú nunca te diste cuenta.

—Eras una cría.

—Lo sé, pero el siguiente verano ya no lo sería tanto, solo necesitaba tener el camino despejado. Me alegré cuando mi hermano contó en casa que habías roto con ella, pero aquel día, al volver a casa y pasar junto a la casa de Miriam, la escuché por la ventana decirle convencida a una amiga que iba a volver contigo.

—Yo nunca le dije eso, solo que quería verla de nuevo para arreglar las cosas entre nosotros y quedar como amigos.

—Pues ella interpretó que ibais a salir juntos de nuevo. Ella no te merecía, Rober —aseguró con un gesto de rabia—. Era caprichosa y creída, y presumía de que te tenía comiendo de su mano.

Roberto no estaba de acuerdo con esa apreciación, pero decidió no llevarle la contraria.

—¿Y qué pasó?

—Esa noche volví antes de la hora a la que habíais quedado y la esperé cerca de su casa. Cuando salió logré convencerla para que me acompañase hasta el Acantilado de San Antonio.

—¿Cómo? —Antes de que respondiese, Roberto lo hizo por ella—.

¡Usaste la burundanga!

Susana se encogió de hombros.

—Le rocié la cara y desde ese momento siguió mis órdenes.

—Tú ya sabías entonces los efectos que tenía esa droga, mucho antes de que muriese Carmen.

—La verdad es que había visto a mi madre usar el elixir con mi padre, cuando llegaba borracho a casa y se ponía muy pesado, o cuando quería averiguar lo que había hecho con sus amigos y donde había estado. Una vez vi cómo se lo echaba en el vino y luego le decía: «vete a la cama y duerme hasta mañana». Mi padre obedeció como un perrito faldero.

—Pero... no lo entiendo. Podías haberle dicho a Miriam que volviese a casa, para que no quedase conmigo esa noche. Incluso le podías haber dicho que se olvidase de mí.

—Eso no habría funcionado. Al día siguiente habría intentado recuperarte, y si no al verano siguiente. El único modo de llegar a ti era despejar el camino. ¿Quieres saber cómo murió?

Roberto negó con la cabeza. Sabía de sobra cómo había muerto Miriam. Lo había visto decenas de veces en sus sueños. Con la mirada perdida, se puso en pie y se encaminó a la puerta, hasta que la voz de Susana le hizo detenerse.

—Todo lo hice por ti. Entré en el Club Sella para ganar suficiente dinero para los dos y porque quería aprender a satisfacerte como la mejor de las amantes. Cuando supe que te habías casado perdí toda esperanza y traté de olvidarte. Logré enamorarme de otro, pero el engaño de Gus hizo que comprendiese que solo tú podías ser el hombre de mi vida. Ningún otro, solo tú, por eso luché para recuperarte.

—¿Recuperarme? —murmuró incapaz de volverse para mirarla.

Pasado unos segundos, ella dijo:

—¿Me sigues queriendo después de saber lo que hice?

Roberto se tomó unos segundos y continuó caminando hasta la puerta. Solo cuando su mano agarró la manilla, acertó a decir, sin volver la mirada:

—Quiero a la mujer que me cuidó en el hospital y que luego se entregó a mí como nadie lo ha hecho. Nadie podrá quitarme eso.

Y acto seguido salió de la sala.

El jurado popular que juzgó a Susana la declaró culpable y fue condenada a cuarenta años de prisión sin posibilidad de reducción de condena. De nada sirvió que se desdijese de su declaración inicial, una vez comprendió que la supuesta empatía de Roberto solo buscaba que confesase, ni que su abogado intentase acusar a la Guardia Civil de coacción en el interrogatorio. Las grabaciones de vídeo de la sala de interrogatorios y las pruebas que se presentaron en el juicio demostraron su culpabilidad.

Susana recibió el veredicto con un grito de rabia, convencida de que no había hecho nada malo, aunque lo que más le dolió fue que Roberto no volviese a hablar con ella. Solo se vieron durante el juicio, y el único momento en que cruzaron las miradas fue durante la declaración de él.

Fue un momento muy duro para Roberto. No podía perdonarle lo que le había hecho a todas aquellas mujeres, y mucho menos a Miriam. Era como si nunca hubiese conocido a la persona que se sentaba en el banquillo, como si fuese alguien muy diferente a la mujer de la que había llegado a enamorarse y por la que a punto había estado de renunciar a su trabajo. La condena le alivió en cierto modo, aunque regresar a Madrid y a la UCO fue lo que le libró de caer en una profunda depresión.

Tanto Eva como Hinojosa recibieron sendas felicitaciones por la detención de Susana y la presentación de las pruebas que permitieron su condena, aunque aquel no fue el fin de los sucesos en Nueva de Llanes.

Dos meses después del juicio un equipo de la UCO irrumpió en la finca conocida como Palacio del Conde de la Vega del Sella, donde registraron el edificio y requisaron una importante información referente a las actividades del Club Sella y de sus socios. En ella se encontraron con que varias de las llamadas Damas del Club habían prestado sus servicios cuando todavía eran menores de edad. Eso trajo como consecuencia la inmediata detención del

alcalde de Nueva por un delito de proxenetismo y pederastia, aunque no fue el único detenido. Con el paso de los días se produjeron numerosas detenciones en distintos puntos de España, que hicieron saltar las alarmas en el panorama político y social del país.

Todos ellos esperaban que su posición social y su dinero les salvaran de ir a la cárcel, pero no contaban con que varias damas declarasen en su contra. Una a una relataron las prácticas que tenían lugar tanto en ese club como en una docena más situados en diversas Comunidades Autónomas, algunas de las cuales rayaban el sadomasoquismo más duro.

El juez que llevó el caso se mostró inflexible en la aplicación de la ley y varios de los socios terminaron en la cárcel. Comprendieron demasiado tarde que el país estaba cambiando de manera imparable.

No fueron los únicos en terminar entre rejas. Juan José Delgado Osuna, nuevo Director de la Guardia Civil y antiguo juez del Tribunal Constitucional, puso en marcha un plan para que la UCO pudiese llevar ante la justicia a cualquiera que quebrantase la ley. Para ello contó con un buen número de jueces que no se dejasen sobornar ni intimidar por el poder político y por primera vez en la historia de la democracia de España el Poder Judicial empezó a ser independiente del Poder Ejecutivo.

El Departamento de Anticorrupción, al que Roberto se reincorporó, sacó del archivo todos los casos pendientes y uno a uno todos los políticos que habían prevaricado, robado o malgastado dinero público, así como sus socios, fueron encarcelados.

Un año después el panorama político español no era ni la sombra de lo que había sido en el pasado, aunque todavía quedaba mucho trabajo que hacer. Por eso Roberto decidió tomarse un par de días para regresar a Nueva de Llanes y resolver un asunto pendiente.

La detención de Susana fue todo un escándalo en el pueblo, y más cuando salieron a la luz los crímenes que había cometido. Muchos fueron los que la condenaron, a ella y a su familia, obligando a su madre a irse a vivir lejos de Llanes. Aunque fue mucho peor el escándalo del Club Sella, que salpicó a algunas familias cuyas hijas, nietas o sobrinas prestaban o habían prestado sus servicios en el Palacio del Conde a lo largo de los últimos diez años.

Críticas y murmuraciones envolvieron el pueblo creando enemistades y enfrentamientos que un año después todavía se respiraban en el ambiente. Al menos así se lo explicó Quique cuando Roberto regresó a Nueva de Llanes para cerrar página.

Desde la detención de Susana no había vuelto a soñar con Miriam y eso le había dejado un regusto amargo. De algún modo sentía la necesidad de reencontrarse con ella en sus sueños. Necesitaba pedirle perdón por no haber sabido protegerla aquella noche y también por no haber interpretado lo que quería decirle en sus sueños. Pero, sobre todo, necesitaba despedirse de ella, por eso regresó al pueblo.

Se reunió con Quique en el «Dolce Vita» a media tarde, cuando apenas había gente. Su amigo le contó que la relación entre los vecinos del pueblo seguía siendo bastante tensa, aunque se había calmado algo en las últimas semanas.

—Es porque se acerca el verano —aseguró Quique convencido—. Este año el buen tiempo está haciendo que los veraneantes vengan antes y, aunque estemos a finales de junio, la ocupación de los hoteles y casas rurales es bastante buena.

—¿Qué pasó con el hotel de Susana?

—Tuvo que venderlo para pagar la indemnización a las víctimas. Su madre también vendió la casa y se marchó a vivir lejos de aquí, creo que a

Candás. La gente del pueblo la verdad es que se cebó bastante con ella.

—En el juicio no se demostró si sabía o no lo que su hija hacía con la droga.

—Pues aquí nadie la perdonó. Incluso la trataron de bruja —dijo Quique con cierto pesar—. ¿Y tú qué tal?

—Bien, sigo en Madrid, aunque he pasado parte del año en diversos lugares de España, como Valencia, Valladolid y Sevilla.

—Los de la UCO estáis haciendo un trabajo cojonudo, aunque no sé dónde vais a meter a tantos corruptos y ladrones.

—Por eso no te preocupes. Se están rehabilitando un par de cárceles que no tenían casi uso y hay un proyecto para la construcción de dos más.

—¡No jodas!

—Como te lo cuento.

—Yo los tiraría a todos desde lo alto del Acantilado de San Antonio. — Nada más terminar de decirlo dibujó una mueca de disgusto—. Lo siento, no ha sido un comentario muy acertado.

—No te preocupes, precisamente para eso he venido.

Roberto le explicó lo que tenía pensado hacer, algo con lo que su amigo estuvo de acuerdo.

—Seguro que a ella le gustará, esté donde esté en este momento.

Después de despedirse de él, puso rumbo a Cuevas del Mar y aparcó en uno de los pocos sitios libres que encontró. Quique no había exagerado al afirmar que había muchos veraneantes ya en el pueblo. La playa estaba a tope. Cogió el camino que iba hasta la playa de San Antonio, cruzándose por el camino con varias parejas de distintas edades. Una de ellas en concreto llamó su atención. Tendrían unos dieciséis años, y le recordaron de inmediato a Miriam y a él cuando iban de la mano hasta la playa.

Ascendió por el camino, y justo al llegar arriba se detuvo al encontrarse con un pescador que caminaba caña al hombro y con la mirada clavada en el suelo. Tuvo que llamarlo por su nombre para que se detuviese.

—¿Qué pasa, Juanín?

—¿Rober? —preguntó sorprendido al alzar la mirada y verlo delante de él—. ¡Hostia, tío, cómo me alegro de verte! ¿Qué tal estás?

—Bien —respondió estrechándole la mano que le ofreció.

—No tuve oportunidad de darte las gracias el año pasado.

—¿Por qué?

—Por hacer que liberaran a Gus. Si no es por ti se hubiese podrido en la

cárcel. ¡Y todo por esa hija de la gran...!

—Fue un trabajo de todos —le interrumpió—. Lo importante es que se hizo justicia.

—Pues sí. ¿Tienes tiempo para tomarte una cerveza conmigo en el bar de la playa?

—No, gracias. Quiero ir hasta San Antonio un momento y luego me voy a Madrid.

—Sí, claro —asintió con la cabeza como si comprendiese el motivo—. Nos la tomaremos la próxima vez que vengas. Porque tienes que volver, tío. Este es tu pueblo.

—Lo sé. Gracias, Juanín.

Se despidieron con un nuevo apretón de manos y Roberto continuó su camino. No había vuelto a aquel lugar desde que habían detenido a Susana, aunque cuando ascendió en dirección a la Ermita de San Antonio no pensó en ella, sino en Miriam.

Llegó hasta el acantilado donde ella había perdido la vida, deteniéndose a pocos pasos del borde. El calor todavía era sofocante a esa hora de la tarde, aunque no le importó. Roberto cerró los ojos y revivió en su mente la imagen de Miriam tumbada sobre el lecho de piedras negras, con su precioso pelo rojizo esparcido en él. Invasado por una emoción que no pudo contener, murmuró:

—Lo siento, Miriam, debí estar a tu lado aquella noche.

Una ráfaga de viento frío acarició de pronto su cara, aliviándole del calor sofocante y haciendo que sintiese una paz interior como hacía mucho tiempo que no sentía. Eso fue suficiente. En aquel preciso instante supo que Miriam le había perdonado.

—Hasta siempre —dijo abriendo los ojos para contemplar la inmensidad del mar ante él.

Permaneció allí durante varios minutos, disfrutando de la paz que le embargaba, hasta que decidió que era el momento de regresar. Al hacerlo se percató de una figura que le observaba desde la Ermita de San Antonio. Estaba a unos cien metros de él, pero lo identificó de inmediato. Era Toño, el padre de Miriam.

El hombre no hizo ademán de caminar hacia él, solo se limitó a alzar la mano a modo de saludo. Roberto imitó su gesto y, cuando sus miradas se encontraron, vio en sus ojos la paz que él acababa de encontrar. Los labios del hombre se movieron y pronunciaron una palabra que, aunque no llegó a

escuchar desde la distancia, entendió perfectamente: «Gracias».

Roberto dibujó una sonrisa y asintió con la cabeza, a modo de conformidad, y continuó caminando en dirección a la playa de Cuevas. Puede que su vida estuviese ahora muy lejos de Nueva de Llanes, pero por primera vez en mucho tiempo sintió que aquel era su hogar y que no sería la última vez que regresaría a él.

Gracias por leer **Los muertos no se ahogan**.

Si te ha gustado puedes entrar en mi blog <http://www.albertomeneses.es> y ver qué otras novelas he escrito, así como futuros proyectos, noticias y ayudas al escritor

También puedes enviarme sugerencia, pregunta o comentario al siguiente correo alberto.meneses@hotmail.es

Contacto con el autor:

Correo:

alberto.meneses@hotmail.es

Blog:

<http://www.albertomeneses.es>

Facebook:

<https://www.facebook.com/albertomenesesescritor>

Twitter:

https://twitter.com/Albert0_Meneses

Otras obras del autor

MUNDO SIN FUTURO
(Trilogía Centauri 1)

El único deseo de Randy es regresar a casa para llevar una vida normal, alejado de las guerras en las que ha estado combatiendo durante los últimos años. Sin embargo, cuando la lanzadera espacial en la que viaja desde Marte sufre una inesperada avería, se ve inmerso en una interminable persecución, en la que su único objetivo será proteger la vida de la joven hija de un Senador de los Estados Unidos.

Pronto los dos descubrirán la terrible verdad que se esconde tras esa cacería: un asteroide va a impactar contra la Tierra, borrando todo rastro de vida sobre ella. Sólo unos pocos podrán salvarse, en las lanzaderas espaciales que los gobiernos del mundo están construyendo en secreto, mientras la población ignora lo que está a punto de suceder.

[COMPRAR EN AMAZON](#)

CENTAURI, UN NUEVO FUTURO
(Trilogía Centauri 2)

El asteroide Euris ha impactado contra la Tierra. Millones de personas han perdido la vida y muchas más lo harán en los meses siguientes. La única esperanza de la humanidad es viajar a Centauri, un planeta donde la humanidad deberá comenzar de nuevo. Para hacerlo posible parte del gobierno estadounidense se queda en la Tierra, en un antiguo refugio nuclear desde el que coordinarán la evacuación.

Pero los efectos del impacto no serán el único problema al que se enfrentarán. Sus túneles no son tan seguros como parecen y algunos aprovecharán la devastación para hacerse con el poder.

Mientras eso sucede en la Tierra las pocas lanzaderas que cada país pudo construir antes del desastre se encaminan con un puñado de elegidos hacia Centauri, un planeta fértil e inhabitado.

Una vez allí deberán preparar el terreno a los que les seguirán, aunque a su llegada descubrirán que no todos los países pretenden vivir en paz. China quiere convertirse en la primera potencia del nuevo mundo y para ello utilizará una información que todos los demás ignoran. Centauri no es el lugar idílico y seguro que todos suponen.

[COMPRAR EN AMAZON](#)

HIJOS DE CENTAURI
(Trilogía Centauri 3)

Han pasado diecisiete años y la raza humana se ha asentado en Centauri, aunque todavía está lejos de vivir en paz y armonía. A los problemas económicos provocados por la continua llegada de supervivientes de la Tierra, se suma una religión llamada Hijos de Centauri que está atrayendo a gran parte de la población a sus comunidades, arrebatando a los países la mano de obra que necesitan para crecer.

El clima de inestabilidad se agrava con la muerte de los principales líderes del planeta, lo que obliga a Randy Wayne a abandonar su granja para investigar la amenaza a la que se enfrentan, sin saber que con ello pondrá en peligro la vida de su familia y la suya propia.

¿Por qué el misterioso líder de los Hijos de Centauri tiene un ejército armado que le protege? ¿Se alcanzará con la creación de una federación planetaria la estabilidad que todos los habitantes de Centauri desean?

[COMPRAR EN AMAZON](#)

PACK TRILOGÍA CENTAURI

Los 3 libros de la Trilogía Centauri en un solo pack a un precio rebajado.

Vive la lucha de la humanidad por la supervivencia ante el inminente impacto de un asteroide que dejará la Tierra inhabitable.

Contiene:

- MUNDO SIN FUTURO
- CENTAURI, UN NUEVO FUTURO
- HIJOS DE CENTAURI

[COMPRAR EN AMAZON](#)

DESTINO ORIÓN
(EL OCASO DE LOS DIOSES 1)

«Se suponía que aquel iba a ser un viaje hacia la libertad, hacia una nueva vida en la que podría comenzar desde cero dejando atrás las estrictas normas que habían regido toda mi vida. Sin embargo, esa libertad que tanto anhelaba iba a ser más difícil de alcanzar de lo que yo suponía.

El único modo de llegar a mi nuevo hogar era viajando hasta el otro extremo del universo en una pequeña nave de transporte, saltando de una estación espacial a otra y tratando de evitar las naves que los presos huidos del planeta Lexus estaban utilizando para masacrar a quienes caían en su poder.

Lo que yo no sabía al subir a la nave Aurora era que el mayor de todos los peligros se encontraba dentro de ella, entre los pasajeros que me acompañaban en aquel arriesgado viaje. Aunque había algo que ellos ignoraban: que estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para alcanzar mi ansiada libertad. Nadie iba a impedirme llegar al planeta Orión».

[COMPRAR EN AMAZON](#)

**EL ÚLTIMO PLANETA
(EL OCASO DE LOS DIOSSES 2)**

«Tras un peligroso viaje, por fin estoy en Orión, el lugar en el que esperaba disfrutar de mi ansiada libertad, aunque al llegar nada ha resultado ser cómo esperaba. El contrato que me une a este lugar me reservaba una amarga y cruel sorpresa que va a convertir mi vida en un infierno del que me resultará imposible escapar.

Me encuentro en un planeta olvidado por el resto de la Federación donde la única ley que rige es la del más rápido en disparar su arma y en el que no hay cabida para los débiles; en un pueblo gobernado por un único hombre cuyo oscuro pasado parece estar unido al mío de algún modo.

Mi nombre es Anabel y estoy atrapada en el último planeta habitado de este vasto universo, esperando una oportunidad para recuperar mi libertad... porque si hay algo que tengo claro es que no pienso dejar de luchar hasta conseguirla».

[COMPRAR EN AMAZON](#)

**EL ROSTRO DE LA VENGANZA
(EL OCASO DE LOS DIOSSES 3)**

«Los navajos han atacado el planeta Orión y ahora se disponen a derrocar a la Federación. Soy la única persona que puede evitarlo, o al menos eso fue lo que me dijo mi tío Bruno Conti antes de morir a manos de Dremer de Neis, líder de los navajos.

Para lograrlo, debo viajar al planeta Arcadia, donde encontraré una información vital para salvar a la humanidad, y sobre mi pasado y el motivo por el que fui abandonada al nacer.

No obstante, nada de eso es tan importante como llevar a Eric a un hospital donde le curen de sus graves heridas. Al hacerlo me arriesgo a ser detenida por incumplir mi contrato de propiedad, aunque no me importa. He decidido emprender un camino que ya no tiene vuelta atrás».

[COMPRAR EN AMAZON](#)

PACK EL OCASO DE LOS DIOSES

Los 3 libros de El Ocaso de los Dioses en un solo pack a un precio rebajado.

Contiene:

- DESTINO ORIÓN
- EL ÚLTIMO PLANETA
- EL ROSTRO DE LA VENGANZA

[COMPRAR EN AMAZON](#)

MUERTE NEGRA
(LA GUERRA DE LOS DIOSSES 1)

La nueva saga que finaliza el recorrido que inició la **Trilogía Centauri** y continuó con la saga **El ocaso de los dioses**.

Han pasado diez años desde que los navajos atacaron Arcadia e iniciaron la guerra contra la humanidad. La Federación Interplanetaria está sufriendo una derrota tras otra y nuestra raza se encuentra al borde de la extinción ante un enemigo que no hace prisioneros.

Un pelotón de rangers viaja al planeta Alvia en busca de la única persona que puede ayudarles a ganar la guerra, pero al llegar encuentra algo que no esperan: las calles están pobladas de cadáveres.

Lo que en un primer momento parece ser fruto de un ataque los navajos, pronto revelará algo más terrible y terrorífico: los habitantes se han matado unos a otros después de que una lluvia negra cayese sobre ellos, transformándoles en algo... ¡inhumano!

El reloj está en marcha y nuestro fin se acerca.

[COMPRAR EN AMAZON](#)

DIARIO DE UN MUNDO SIN FUTURO
(spin-off de **Mundo sin futuro**)

¿Qué harías si supieses que un asteroide se va a estrellar contra la Tierra borrando todo rastro de vida sobre ella?

Bajo esta premisa nace **Diario de un mundo sin futuro**, un blog en el que su protagonista nos cuenta cómo se desarrolla su vida a partir del momento que conoce el desastre que se avecina. Le seguiremos a lo largo de 47 entradas mientras se prepara para sobrevivir al impacto (buscando un refugio adecuado y aprovisionándose de todo lo necesario) y lo que sucede en la sociedad que le rodea conforme van pasando los días y se acerca la fecha de impacto.

Es un spin-off, una historia paralela a la que se desarrolla en la novela **Mundo sin futuro**. Transcurre en el mismo tiempo, pero en distinto lugar: en León (España).

[COMPRAR EN AMAZON](#)

CUERPO DE ASALTO

La humanidad está al borde de la extinción. Los recursos de la Tierra se han agotado y el hambre y las enfermedades diezman a la población, obligando al ser humano a trasladarse al Sistema Hermes. Allí conocerá un bienestar como nunca hasta entonces, aunque tras dos siglos de paz y prosperidad una nueva amenaza se cierne sobre nuestra raza. Los antianos, la única raza inteligente de Hermes, amenazan con adueñarse de la galaxia y exterminar al hombre para siempre. La única opción es tomar las armas y crear un ejército capaz de parar el avance de los antianos y derrotarles.

Tommy es un chico tímido que ha perdido a sus padres al inicio de la guerra y cuyo único deseo es poder vengar su muerte. Su vida comenzará a cambiar cuando se convierte en una estrella del Rompedor, el deporte más famoso de la época, formando parte del equipo de los Toros. Junto a ellos conocerá la gloria y la fama, aunque las continuas derrotas del ejército colonial a manos de los antianos le devolverán pronto a la realidad. Los humanos están perdiendo la guerra y la única esperanza de impedirlo reside en un nuevo traje de combate y la unidad que lo maneja: el Cuerpo de Asalto. Tommy se alistará en él, sin saber que esa decisión cambiará para siempre el rumbo de la guerra.

[COMPRAR EN AMAZON](#)

INUNDACIÓN: EL DESPERTAR

La Gran Inundación ha sumergido la Tierra. Los supervivientes viven en ciudades-cúpula a varios kilómetros bajo la superficie del mar. Ya no existen países ni estados y el ser humano ha tenido que adaptarse tecnológicamente para lograr sobrevivir.

En una de las ciudades, Nueva Cartago, la paz se ve alterada cuando aparecen los cuerpos de varios ciudadanos muertos en extrañas circunstancias. Daniel será el policía encargado de investigar y perseguir al autor, sin saber que sus creencias se vendrá abajo cuando descubra la terrible verdad que se oculta tras los asesinatos.

¿Qué oscura amenaza ha despertado en la ciudad? ¿Qué papel juegan los misteriosos guerreros vestidos de negro que la recorren? ¿Está Daniel preparado para afrontar su destino?

[COMPRAR EN AMAZON](#)

ALBERTO MENESES

- [1.](#) Es
- [2.](#) Abuela
- [3.](#) Niños, chavales
- [4.](#) Niñas, chavalas
- [5.](#) Postre típico asturiano similar a las crepes francesas.
- [6.](#) Lluvia fina
- [7.](#) Postre típico asturiano, una especie de empanadilla espolvoreada de azúcar y rellena de una pasta de nueces y anís.

Table of Contents

[Contents](#)

[Título y autor](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Los muertos no se ahogan](#)

[0](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)
[52](#)
[53](#)
[54](#)
[55](#)
[56](#)
[57](#)
[58](#)
[59](#)
[60](#)
[61](#)
[62](#)
[63](#)
[64](#)
[65](#)

[Después de la lectura](#)
[Contacto con el autor](#)
[Otras obras del autor](#)
[Mundo sin futuro \(TC1\)](#)
[Centauri, un nuevo futuro \(TC2\)](#)
[Hijos de Centauri \(TC3\)](#)
[Pack Trilogía Centauri](#)
[Destino Orión \(O1\)](#)
[El último planeta \(O2\)](#)
[El rostro de la venganza \(O3\)](#)
[Pack El ocaso de los dioses](#)
[Muerte Negra \(GD1\)](#)
[Diario de un mundo sin futuro](#)
[Cuerpo de Asalto](#)
[Inundación: El despertar](#)
[Notas](#)